

Vida de Don Juan Manuel de Rosas
Tomo 1



VIDA DE DON
JUAN MANUEL DE ROSAS

Manuel Gálvez

VIDA DE DON JUAN MANUEL DE ROSAS

TOMO I

Coedición especial:





Comentarios y anotaciones de capítulos
JORGE PERRONE

Realización en co-producción editorial, bajo idea y supervisión de
Salvador Schillaci

Dirección técnica y coordinación
Luis Roberto Barone

Diagramación y ordenamiento
José Grimberg, Enrique Villarreal y Ricardo Parpagnoli

Selección fotográfica y artística
Héctor González

Fotografías
Foto "Díaz"

Composición en frío y películas
"Centrograf" - Riobamba 436 - 8º p. Bs. As.

PALABRAS PREVIAS

Queremos señalar el inmenso cariño y el esfuerzo editorial que hicieron posible la aparición de una obra como la que hoy presentamos.

No fue intención poner en máquina un libro más, sino integrar a la cultura de nuestro pueblo, un trabajo verdaderamente argentino. De ahí el rescate de esta "Vida de don Juan Manuel de Rosas", escrita en 1940 por Manuel Gálvez, cuando el revisionismo no tenía sospecha de industria. Biografía cabal en su estilo, y pura justicia en el tema, marco un hacer en la investigación histórica. Procuramos ilustrarla como se merece, para ambientar una época fundamental de nuestro pasado, y provocar el clima que la hiciera más comprensible a las nuevas generaciones.

Un equipo de gente maravillosa trabajó durante casi dos años en el proyecto. Se consultaron archivos: se buscó material iconográfico y pictórico, se hicieron fotografías especializadas, se exhumaron antiguas descripciones del país, se redactaron notas que profundizan épocas y circunstancias. Todo de común acuerdo y en la afinidad propia de los que trabajan con el cariño profesional.

Vaya nuestra gratitud a quienes con su afán colaboraron en la realización de esta labor: a José Grimberg y Enrique Villarreal, desde cuya artesanía en diagramado y composición nos llegaron valiosas sugerencias; a la Secretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires, quien puso a nuestro alcance a través de los museos históricos todo el material necesario para ser fotografiado; a Héctor González, que trabajó entendidamente en la selección gráfica, eligiendo cuadros, motivos, manuscritos, en sus tantas idas y venidas a los distintos museos; a Atilio Villani, del Honorable Consejo Deliberante de Monte, quien sin conocernos, con esa modestia propia de los hombres de nuestro pueblo, nos brindó desinteresadamente sus vastos conocimientos lugareños; a María Josefa Zuloaga, Directora ad-honorem del Museo de Chascomús, por todas sus atenciones; a los Directores, empleados, maestranza de los distintos Museos, que no escatimaron su ayuda para que esta obra fuera óptima en su ilustración; a Jorge Perrone, por el especial cuidado que puso al escribir los comentarios que anotan los capítulos originales; a doña María Elena Gaviola de Gálvez, en reconocimiento a la confianza depositada en nosotros para la edición de esta nueva tirada de "Vida de don Juan Manuel de Rosas".

Los editores

Manuel Gálvez

Eminentes escritores han juzgado la obra literaria de Manuel Gálvez como: Stefan Zweig, Miguel de Unamuno, Juan Maragall, Heinrich Mann, James Joyce, Jakob Wassermann, Rubén Darío, Upton Sinclair, Herman Hesse, Francis Carco, Israel Zangwill, Paul Morand, Valéry Larbaud, Georges Brandes, Romain Rolland, René Worms, Georges Duhamel, etc. Además de juzgar su obra mantuvieron con Manuel Gálvez una importante correspondencia y a varios de ellos llegó a conocer.

También en su archivo hay cartas de escritores amigos: Benito Lynch, Horacio Quiroga, Juan Pablo Echagüe, Valle Inclán, Enrique Amorín, Pérez de Ayala y muchos otros.

Se han hecho más de cuarenta traducciones de diversos libros suyos, los hay hasta en árabe, yiddisch, servo-croata, ruso, búlgaro, eslovaco, griego, checo, portugués, etc.

Candidato al Premio Nobel de Literatura en 1933, 1934 y en 1951.

Se inicia en la literatura con un artículo que publicó en un diario de Santa Fe cuando tenía diecisiete años.

En 1903 funda la revista "Ideas", que fue el órgano de su generación. Y en 1907 publica su primer libro: "El enigma interior", versos.

Estudió Derecho en la Universidad de Buenos Aires. Obtiene su título de abogado en 1904; pero nunca ejerció la profesión. Su tesis universitaria fue la trata de blancas, tema donde se inspira para escribir años más tarde su novela: "Nacha Regules".

Conoce a nuestro país "pueblo a pueblo", fue durante veinticinco años Inspector de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial.

Nació en Paraná el 18 de julio de 1882. Perteneció a una ilustre familia de Santa Fe. Es octavo nieto de don Juan de Garay. Todos sus ascendientes por la rama paterna fueron santafecinos, por eso se siente santafecino más que entrerriano, también porque su niñez y parte de su adolescencia transcurrió en Santa Fe.

En 1910, año en que se casa con Delfina Bunge, representó al gobierno argentino en una conferencia sobre el paro forzoso que se realizó en París. Viajó por varios países, especialmente por España. Ya había estado en Europa en 1906. De estos viajes por la Península y de sus estudios sobre la vida y el arte españoles, surgió: "El solar de la raza" en 1913. Dio al autor prestigio de gran prosista. Ricardo León en su libro: "Los caballeros de la cruz", dice: "... es como un Kempis de doctrina patriótica". Y el embajador argentino en Madrid, trasmite a Manuel Gálvez las felicitaciones de Alfonso XIII.

Su primera novela: "La maestra normal" la publica en 1914. Fue considerada como la mejor novela argentina escrita hasta entonces. Miguel de Unamuno manda un artículo al diario "La Nación", donde elogia esta novela.

Siempre tuvo al margen de su trabajo de escritor alguna pasión intelectual: el inglés, el árabe, que empezó a estudiar en los tres meses que estuvo en el norte de Africa en 1911. Años más tarde estudió Filosofía.

En 1915 no había editoriales. Pensó que debía realizar algo grande y práctico por el escritor y el libro argentinos. Y con el exclusivo deseo de ayudar a los demás, generosidad poco común entre los escritores, funda una editorial: "Cooperativa E. Buenos Aires" en 1917. Dice en su segundo tomo de "Recuerdos de la vida literaria": "Piense el lector que estábamos en 1917 y piense lo que después han significado los nombres de los escritores cuyos libros editamos por exclusiva elección mía y varios de los cuales eran por entonces desconocidos para el público. He aquí algunos: Benito Lynch, Horacio Quiroga, Pedro Miguel Obligado, Alfonsina Storni, Carlos Ibarguren".

En 1919 forma, casi al mismo tiempo, dos editoriales más: "Pax" y "Biblioteca de novelistas americanos".

Poeta, ensayista, dramaturgo, sociólogo, novelista y biógrafo. La novela es su vocación.

Para él las condiciones principales de un novelista son: "Capacidad para el trabajo, saber narrar, conocer la vida y mirarlo todo sin prejuicios, con humildad. También es esencial escribir claro, sin elocuencia ni barroquismo".

La novela que más sensación produjo fue "Nacha Regules" (1919). Stefan Zweig al leerla en 1928 escribe a Manuel Gálvez: "... su novela es de un realismo impresionante, sin sentimentalidad y llena de sentimiento y soy feliz de saber que más allá del mar hay un autor como Ud. que honraría cualquier nación". Esta novela está traducida a once idiomas, tiene dieciocho ediciones extranjeras y dieciséis en español.

En 1924 le pidieron dos artículos sobre Romain Rolland. Los escribió en francés. Uno le fue pedido por la comisión que preparaba el "Liber Amicorum Romain Rolland", compuesta por Maxim Gorki, George Duhamel y Stefan Zweig, como homenaje al maestro que iba a cumplir sesenta años. En el magnífico libro colaboraron los más ilustres hombres de la intelectualidad del mundo: Einstein, Freud, Gandhi, Tagore, Unamuno, Brandes, Nansen y muchos más, filósofos, poetas, artistas.

El otro artículo sobre Rolland, le fue pedido por la revista "Europe", colaboraron también muchos hombres célebres en todo el mundo, como: Upton Sinclair, Waldo Frank, Barbusse, etc.

Realiza su último viaje a Europa en 1925. Visita Atenas, también Jerusalén, El Cairo y Estambul. A su regreso estudia griego antiguo y moderno. Lee el Evangelio en griego y llega a traducir al español cuentos de escritores helénicos contemporáneos a él, como: Kastanakis, Palamás, Xenópulos, Miryvillis.

En 1928 es nombrado miembro correspondiente de la Real Academia Española.

Se publica en ese mismo año, el primer tomo de las "Escenas de la guerra del Paraguay": "Los caminos de la muerte". Y en 1929 se publicaron los otros dos tomos: "Humaitá" y "Jornadas de agonía".

En ninguna parte han tenido tanto éxito las "Escenas" como en Francia. En abril de 1930, "Les Nouvelles Littéraires", el más importante de los semanarios literarios de París, dedica una página íntegra. Era la primera vez que en ese periódico se hablaba con semejante extensión y en tono de tanta alabanza, de un libro hispano-americano. El ensayo se titulaba: "Manuel Gálvez y su Ilíada argentina"; su autor: André Levinson, era un escritor de renombre. En un párrafo de su ensayo dice: "... Y mediante el



salvajismo primitivo de la naturaleza y la poesía de lo lejano, que suplen aquí a la distancia que dan los siglos, el escritor argentino ha logrado sacar de estos sucesos, bastante recientes y de importancia local, la materia de una Ilíada moderna en que la leyenda se enlaza con la historia".

En el mismo semanario en 1933, Valéry Larbaud escribe otro artículo: "Letras argentinas: Manuel Gálvez": . . . "el movimiento del relato nos arrastra, la suerte de los personajes secundarios, en número considerable, nos interesa hasta el punto de darnos la ilusión de lo vivido y las grandes figuras históricas apasionan nuestra atención como lo hacen, por ejemplo, los retratos de Goya". Más adelante expresa que la Trilogía sólo puede ser comparada con "Guerra y Paz" de Tolstoi y con "The Dinasts" de Thomas Hardy.

También en "Les Nouvelles Littéraires", un crítico y novelista que obtuvo el Gran Premio de la Novela de la Academia Francesa: Gabriel d'Aubarede, lo considera como el más "poderoso" de los novelistas argentinos y en su extenso ensayo: "Un Tolstoi argentino: Manuel Gálvez", dice: 'Tiene las cualidades maestras: potencia de visión vez a vez objetiva e interior, majestad arquitectural y una incesante animación dramática que se encuentra tan raramente en las obras compuestas, trazadas con arte. ¡Cómo falta esto, por ejemplo, en nuestro Flaubert! En Gálvez como en Tolstoi, esta rara síntesis está admirablemente lograda".

Escriben también sobre la Trilogía: Marcel Brion, Georges Pillement, Daniel Rops y otros.

En 1939 el gobierno de Francia elige veinte libros de la literatura mundial para que sobre ellos den examen los aspirantes a ingresar en la Escuela Naval; entre esos veinte libros, junto a obras de Balzac, Racine, Somerset Maughan, Vauvenargues etc., figura sólo un escritor sudamericano: Manuel Gálvez con su libro: "Los caminos de la muerte". Gálvez considera este hecho, como uno de sus grandes triunfos.

En 1930 por pedido de John Galsworthy, Presidente Internacional del P.E.N. Club de Londres, funda el Centro Argentino del P.E.N. Club. Es elegido Presidente, trabaja intensamente durante tres años.

Propone, en ese mismo año, al ministro de Instrucción Pública, Guillermo Rothe, la creación de la Academia Argentina de Letras. Le explica su proyecto: veinte académicos en representación de todos los géneros literarios, desde la poesía hasta la oratoria. Le presenta un memorándum que empieza así: "En todas las naciones cultas existe una Academia de Letras, y la Argentina debiera ya tenerla". El ministro acepta el proyecto, y así, Gálvez funda la Academia. Nombrado académico, renuncia dos años después.

Aparece su novela: "Miércoles Santo". Louis Parrot que tenía reputación de pensador e hispanista, escribe en "Lettres Françaises": ". . . es una de sus obras maestras y que puede ocupar un sitio entre los grandes libros de la literatura mundial". Imposible transcribir todos los juicios de todos sus libros.

Se realizó en Francia en 1930, un concurso internacional de novelas anticomunistas. Chesterton fue elegido para representar en el jurado a las letras inglesas; Fillippo Meda, a las italianas; Henri Bordeaux a las francesas y Manuel Gálvez a las de lengua española.

Obtiene en 1932 el Primer Premio Nacional de Literatura por su novela histórica: "El general Quiroga".

En 1936 se realizó en Buenos Aires el XIV Congreso Internacional del P.E.N. Club. He aquí la lista de los invitados que resolvieron venir: Stefan Zweig, Jules Romains, Emil Ludwig, Mario Puccini, Giuseppe Ungaretti, Georges Duhamel, Baldomiro Sanín Cano, Jacques Maritain y muchos otros.

La llegada de los congresales fue un emocionante suceso; para Gálvez constituyó un éxito, pues muchos de ellos lo conocían. En general, era el único argentino cuyo nombre había llegado hasta ellos. Por ejemplo: Stefan Zweig. Gálvez se le acerca, le dice su nombre y Zweig le da un gran abrazo; lo mismo ocurre con Duhamel. Y cuando le presentan a Chernichovski se queda asombrado, conoce su nombre y había leído "Historia de arrabal" en yiddisch.

Se suicida Alfonsina Storni en 1938. Deja dos últimas cartas: una para el comisario, la otra para Gálvez. Dice Así:

Querido Gálvez:

Estoy muí mal. Por favor. . . mi hijo. . . Tiene un puesto municipal, yo otro; ruéguele al Intendente en mi nombre que lo ascienda, acumulándole mi sueldo. Gracias. Adiós. No me olviden. No puedo escribir más.

Alfonsina

Tinta roja. Palabras que se caen hacia la derecha. Líneas irregulares. Impresionante documento. Manuel Gálvez explica: ". . .comprendí que me escribiese a mí y no a otro. Ella tenía alta idea de mí: me juzgaba leal, caballero y buen amigo. Me sabía cumplidor, exento de egoísmo y capaz de hacer un gran servicio a cualquiera". Enseguida se ocupó de realizar el deseo de Alfonsina. LLevó al joven Alejandro Storni ante Goyeneche, Intendente Municipal de Buenos Aires. Goyeneche prometió hacer lo que Alfonsina pedía.

Es el primer escritor argentino que habla de la soledad espiritual desde 1918. Profundiza este tema en su gran novela: "Hombres en soledad" en 1938. "Hay soledad —decía— por falta de amistad, de mutua comprensión y aun de cultura. Y, sobre todo por olvido de Dios."

Muchos son los diccionarios en que figura Gálvez y los libros de notables escritores que hablan sobre él, como: Max Daireaux, Ronald de Carvalho, Francis de Miomandre, Eduardo Barrios, John Crow, etc.

Un alemán: Adolf Spemann, publicó un libro que no es sino una lista de las más importantes obras publicadas en el mundo desde 1150 hasta 1939. Nada más que una lista. Nación por nación y año por año; inclusive figuran escritores japoneses, hindúes, islandeses y ucranianos. En esta formidable obra, reveladora de una erudición pasmosa y de una paciencia infinita, están desde el autor del "Roman de Renart" y San Francisco de Asís hasta los modernos Gide, Unamuno y Joyce. En esta nómina sólo aparecen cuatro argentinos; Manuel Gálvez con ocho libros; Benito Lynch, con tres; y Enrique Larreta y Ricardo Güiraldes, con uno.

En el "Almanach de Lettres", que aparece en París, en el tomo correspondiente a 1947, en un diccionario de escritores extranjeros, se dice de Gálvez: "Considerado como el más grande novelista argentino actual".

Muere Delfina Bunge de Gálvez en 1952.

Dedica más de diez años a escribir sólo biografías. Biógrafo honesto, biógrafo de excepción; había consagrado previamente mucho tiempo para reunir la documentación necesaria. En 1958 contesta a una pregunta de un reportaje: ". . . esto es lo que hace falta en nuestro país, hombres que tengan el coraje de decir la verdad y un público bien intencionado que quiera escucharla y diarios que se animen a publicarla; vivimos en la mentira y en la farsa, creando falsos valores. Desgraciado de aquel que revele verdades históricas aunque consten en los archivos, el que se atreve a demostrar que son mentiras ciertas cosas que se vienen diciendo desde hace décadas, será un traidor o poco menos. El mártir de la verdad, en este país, tiene cerradas todas las puertas".

Terminadas sus nueve biografías, sigue escribiendo novelas.

En 1954 se casa con María Elena Gaviola.

Del primer matrimonio tiene tres hijos: Manuel Gálvez Bunge, Delfina Gálvez de Willians, y Gabriel Gálvez Bunge. Los nietos son veinte.

Imposible definir en pocas líneas la personalidad completa de Gálvez; es en nuestra literatura y en nuestra historia el testimonio al que ha de recurrirse cuando se quiera saber lo ocurrido en la Argentina y en América, no sólo dentro de los años en que vivió, sino en muchos que le precedieron.

En su archivo literario hay juicios sobre sus libros en búlgaro, en servo-croata, esloveno, juicios finlandeses, griegos, lituanos, noruegos, alemanes, ingleses, franceses, etc.

El ilustre crítico español: Cansinos Assens, dice en su libro "Verde y dorado en las letras americanas": "Manuel Gálvez ha llegado a esa altura en que el arte deja de ser un tormento para ser un dominio. Señorea sobre el plano total de la literatura española y es suya la herencia de Galdós que tantos vanamente, se disputan en la Península".

Si hubo ejemplos notables de conocimiento de su nombre, también los hubo de desconocimiento. Gálvez dice: "En este renglón de las 'miserias' del escritor es preciso colocar la lucha con el medio ambiente y con los colegas. El ambiente de esta ciudad es sencillamente pavoroso y no creo que en el mundo entero exista nada peor. El autor argentino es mirado con indiferencia. Personas incompetentes se permiten darle a uno consejos o criticarlo, a veces, de manera agresiva. . . Ya se imaginará en qué estado espiritual vivimos los escritores, en lucha continua, agotadora, contra la incomprensión, la indiferencia y lo que es mucho peor, el espantoso esnobismo de nuestras clases superiores". Agrega: "No es menos llena de disgustos la lucha contra los colegas. Muchos de ellos sólo piensan en ofender a otros". Más adelante dice: "El no haber contestado a los libros que enviaban, y sobre todo, el haber opinado siempre acerca de escritores y libros con absoluta sinceridad, me han atraído incalculable número de enemigos". Termina así: "Por suerte, está en mi la convicción de que todo –las grandezas, las 'miserias', los elogios, las adulaciones y las envidias– todo pasa. No vale la pena pensar en vanidades. Sólo queda el libro cuando queda. Pues aquellos que viven mil años, son rarísimos. La gloria sólo existe para los grandes genios: los Esquilos, los Cervantes, los Dostoievskis. . ."

Después de cincuenta años vuelve a la poesía y publica en 1957: "Poemas para la recién llegada".

Le interesa recibir a sus amigos escritores. En general hablan de temas literarios; a veces de política, aunque nunca actuó en ella ni perteneció a ningún partido político. Sus ideas son nacionalistas. Los nacionalistas argentinos procedían de Charles de Maurras y no del fascismo. Aspiraban al orden y a la jerarquía; al predominio de los valores espirituales sobre los materiales y a que se le diese a la Iglesia el lugar que le corresponde.

En uno de los actos de homenaje que se realizaron a los diez años de su muerte en 1972, el Doctor Arturo Berenguer Carisomo pronunció una brillante conferencia en la Subsecretaría de Cultura de la Nación. Dijo en un párrafo: "Nacionalista en el término exacto quiere decir que se pertenece a una nación, se pertenece a una patria, se pertenece a un destino y por lo tanto, asumir esa patria y ese destino en las vías del quehacer estético, es lo que corresponde a todo hombre que se sienta hombre de esa patria. Ese fue el nacionalismo de Gálvez". Era pues, nacionalista y católico.

Periodistas y admiradores quieren verlo; a todos recibe con igual cordialidad y sencillez, aunque tengan distintas ideas políticas o religiosas. No encasilla a las personas. No se aleja de ellas. Dice siempre lo que piensa. No traiciona su conciencia.

No es necesario señalar la autenticidad de su vocación literaria. Dijo en 1959: "He escrito siempre lo que he sentido. Escribo todos los días. Para mí no hubo vacaciones jamás, ni sábados ni domingos. Mi vocación fue y sigue siendo un destino".

Dejó cincuenta y ocho libros publicados y diez inéditos.

Trabajaba siempre, hasta corregía galeras o pruebas de páginas de imprenta. Seis meses antes de su muerte empieza a escribir una nueva novela; está sin terminar.

Leía mucho. En los últimos años prefería releer las grandes obras de sus maestros o autores preferidos, como: Flaubert, Galdós, Balzac, Rubén Darío, Eca de Queiroz, Dostoievski, Zola y muchos otros.

Muere el 14 de noviembre de 1962.

M.E.G. de G.

CONSIDERACIONES PREVIAS DIRIGIDAS AL LECTOR

Tentábame don Juan Manuel desde 1930, cuando me documentaba para *El gaucho de Los Cerrillos*. Pero fue mi "descubrimiento" de Yrigoyen lo que me llevó hacia Rosas. Al enterarme de los primeros años de don Hipólito, encontré apasionantes noticias sobre los últimos tiempos del gobierno de don Juan Manuel y los años que siguieron. Hay misterio en la circunstancia de que Yrigoyen naciera el año de la caída de Rosas, que fue su muerte civil. Desaparecía de la escena política el gobernante que defendió la soberanía y se interesó por las clases inferiores, y entraba en la vida el hombre que más amor sintió por el pobre en nuestro país y el que defendió la soberanía. Mientras leía los diarios y los documentos que hablaban del abuelo de Yrigoyen –sobre todo, el proceso a los *mazorqueros*– hallaba datos valiosísimos e inéditos acerca de la vida pública y privada en la época de Rosas.

Trabajé en el *Rosas* con encarnizado fervor, dominado por afán de justicia y de verdad y convencido de que faltaba una historia suya. La de Saldías, *Historia de la Confederación Argentina*, comprende cinco volúmenes y no todo se refiere a Rosas. El libro de Carlos Ibarguren, aparecido catorce años antes que el mío, es excelente pero incompleto. Poco hay en él sobre las intervenciones extranjeras y poco también acerca de los unitarios. Un libro magnífico, que me hizo ver el colorido de la época, es el *Rosas y su tiempo*, de José María Ramos Mejía. ¿Quiso el gran escritor hundir a Rosas? El caso es que, tal vez contra su voluntad, lo exaltó. Había en su espíritu, indudablemente, una secreta admiración hacia don Juan Manuel.

El *Rosas* tiene noventa páginas más que el *Yrigoyen*, a pesar de estar escrito en forma en exceso apretada. El *Yrigoyen* es libro de frase larga, de prosa amplia. El *Rosas*, no. Esto significa mayor material en el *Rosas* y mayor esfuerzo literario. Nada más arduo que escribir con absoluta desnudez y apretamiento. ¿Cómo pude realizar en dos años la tremenda labor? Trabajaba desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche. Para mí no hubo domingos ni días de fiesta. Y en los dos últimos meses llegué a trabajar dieciséis horas diarias.

Era el que primero entraba en el Archivo General de la Nación, instalado en el viejo Congreso, en Victoria y Balcarce. Para estar allí a la doce, almorzaba en casa, yo solo, o en algún restaurante del barrio. Permanecía hasta las cinco. Tomaba té, rápidamente, por ahí cerca, y volaba a la Biblioteca Nacional. Esto, cuando no iba a la del Jockey, en donde tenía casi todos los libros que necesitaba. Los periódicos los recorría en la Biblioteca Nacional o en la del Museo Mitre.

Revisé en el Archivo, hoja por hoja, los ciento treinta y cuatro legajos de la secretaría de Rosas, y otros legajos y archivos que allí se encuentran. También trabajé en el Archivo Nacional de Montevideo, y en el de la Universidad de La Plata. Créase o no, pero durante los largos años en el Archivo y en las bibliotecas, rara vez vi a los ases de la historia oficial y mentirosa. Nunca encontré a Ricardo Rojas. A Levene lo vi en dos o tres ocasiones en la Biblioteca Nacional, lo mismo que a Capdevila. A quienes hallé bastantes veces fue a Gandía y a Roberto Levillier. Y muchas, muchísimas veces, a José Luis Busaniche, que no pertenecía a la historia oficial y que verdaderamente sabía historia. Hace poco, un joven investigador me dijo que en la totalidad de los legajos de la secretaría de Rosas sólo figuran como firmantes Ravignani, Julio Irazusta y yo.

Como yo no pretendía ser historiador "de oficio", sino enterarme, no organizaba mi documentación. No hice un fichero. Tampoco estudiaba los papeles después de copiados. Ni se me ocurrió copiar un documento por entero. Dejábame llevar por mi instinto. Utilizaba papeles de escaso ta-

maño, y allí copiaba la fecha, el nombre del autor de la carta –si de carta se trataba–, y las frases para mí interesantes. Mi ojo clínico me advertía que del documento que tenía en las manos sólo tales y cuales palabras me servirían. Y puedo asegurar que nunca copié una frase que no me fuese necesaria. Mi ojos iban derecho a lo esencial. Y al margen de cada frase copiada, intercalé muchas veces ideas que acababan de ocurrírseme, sea sobre la psicología de Rosas, sea sobre cualquier suceso de la época.

Como en mis novelas, había hecho un plan, dividido en capítulos, y para cada capítulo tenía una carpeta. Como es de suponer, los papeles que llenaba en el Archivo no convenían cada uno a una sola carpeta. Cortaba el papel en trozos pequeños y colocaba cada uno en la carpeta correspondiente. La desgracia era que, por olvido o por prisa, no escribía en cada trozo el número del legajo en donde estaba. He aquí por qué mi documentación, tan rica en pormenores, no puede ser utilizada por nadie, ni por mí mismo. Mi habilidad y rapidez para encontrar el dato que me convenía sólo es comparable con mi inhabilidad para ordenar y guardar ese tesoro.

Esto se hallaba de acuerdo con mi temperamento de novelista y de artista, y de acuerdo, también con mis gustos de lector.

Una de las cosas que me propuse mostrar, fue cómo los unitarios habían incurrido en no menor cantidad de hechos de sangre que don Juan Manuel y sus secuaces. La diferencia estaba en que Rosas, siendo autoridad legal y con facultades extraordinarias, tenía el derecho de castigar a los rebeldes contra el Gobierno, sobre todo si lo hacían con dinero de los franceses y en alianza con los uruguayos, con quienes nos hallábamos en guerra.

Era también importante insistir en el recuerdo del fusilamiento de Dorrego –origen de todos los males–, y en los asesinatos de gauchos cometidos por la dictadura de Lavalle. Igualmente era preciso recordar los fusilamientos ordenados por el general Paz en Córdoba, y por sus representantes en varias provincias. A Rosas se le achaca cuanto hicieron sus generales en el interior del país, pero no se le achaca a Paz lo que hicieron los jefes unitarios que de él dependían.

Es gracioso que los antirrosistas condenen a Rosas por los crímenes cometidos por Garzón y por Urquiza, que se hicieron enemigos suyos. Urquiza fue quien más desacreditó, sobre todo en el extranjero, al gobierno de don Juan Manuel. También era necesario hablar de sucesos posteriores a la caída de Rosas, por ejemplo de la llamada "matanza de Villamayor", fusilamiento en masa como jamás Rosas ordenó otro igual. Y del caos que sobrevino a raíz de Caseros, con su secuela de fusilamientos, cárceles, deportaciones y violencias de toda especie.

No menos importante para saber lo que Rosas significó en su época era citar lo que extranjeros responsables escribieron sobre él y su obra, sobre la paz que había en la provincia de Buenos Aires, sobre la prosperidad de los últimos años. Pero los escritos de los extranjeros deben ser utilizados con inteligencia. Los relatos de lo que a ellos les contaron en Buenos Aires nada valen. Pero vale, y mucho, lo que ellos vieron. En una biografía de Rosas no puede el autor dejar de transcribir las palabras de Benito Hortelano y de William Mac Cann, que vivieron entre nosotros, conocieron a Rosas y escribieron sendos libros después que dejaron el país, ni las de ciertos extranjeros avecindados en Buenos Aires, como las del respetable Padre Fahy.

No intenté hacer polémica ni exaltar a Rosas, sino exponer lo que acerca de él sabía. No me propuse defenderlo en lo que no tiene defensa. Los que dicen que yo he hecho el panegírico de Rosas o que no le he hallado ni un defecto, no han leído mi libro o faltan intencionadamente a la verdad.

Las últimas grandes guerras me sirvieron para comprender a Rosas. Es indudable que él entendía la guerra, adelantándose a su tiempo, con un criterio actual, el de 1914 y 1940. Cuando los gobernantes de las naciones europeas y de los Estados Unidos, tenía organizado un extraordinario espionaje y condenaba a muerte, en tiempos de guerra, a los que descubría en relaciones con el enemigo. Interpreté a Rosas viéndole en nuestro ambiente de esos tiempos, pero colocándolo en el panorama del mundo.

Para estudiar su personalidad utilicé la grafología, la psiquiatría y la fisognomía. Su letra es muy característica, y revela su poderosa personalidad, su lógica y su capacidad de acción. Groussac le creía incapaz de escribir nada que valiese. Ahí están, sin embargo, sus instrucciones a Arana y su bella proclama de Napostá.

Es el *Rosas* una biografía histórica, si bien aquí y allí muestro mi hilacha de novelista. La muestro en el movimiento con que refiero algunos sucesos, en los retratos, en mi gusto de referir pormenores ardientes de color, del rojo de esos tiempos terribles.

Pensé ponerle un subtítulo como al *Yrigoyen*. A Rosas le venía bien llamarle "el hombre de orden y de fuerza", o "el hombre de fuerza y de sangre". Lo último, hombre de sangre, no me entusiasmaba por no ser exacto y responder al criterio de los unitarios. El caso fue que entre vacilaciones se me pasó el tiempo y el libro salió sin subtítulo.

También hice un índice minucioso, donde estaban los temas de los muchos parágrafos de la obra. Esto me salió muy bien, y lamento no haber hecho igual con el *Yrigoyen*.

Por fin, con un bello retrato de Rosas en la cubierta, apareció mi libro a principios de diciembre de 1940. Los libreros y editores tienen horror a ese mes, y sin embargo a mí me ha ido muy bien con los libros publicados en diciembre: un 9 se puso en venta *Nacha Regules* y un 31 *Jornadas de agonía*, y ambos figuran entre los de mayor éxito entre los míos. De los cinco mil de *Rosas*, tres mil salieron en semanas. Lo edité yo mismo, y lo entregué a la librería El Ateneo, la más importante en las dos Américas, para que lo administrase. Lo edité yo porque en esos años de la guerra mundial, en que aquí luchaban los liberales contra los nacionalistas y neutralistas, nadie habría editado un libro imparcial sobre Rosas. Un libro sobre él y más o menos favorable, era un libro "nazi", en esos días en que, bajo la influencia del dinero yanqui y la dictadura del periodismo aliadófilo, dominaban los liberales izquierdistas.

La edición se agotó a mediados del 41, a los seis o siete meses de aparecida. ¿Cómo publicar la segunda? Yo no tenía dinero, y, para mayor calamidad, los gastos de imprenta se habían encarecido. Pero encontré una imprenta buena y para esos días barata: me cobró lo mismo que la anterior y eso que se utilizó papel de diario. El dinero me lo adelantó El Ateneo, que me pidió un descuento del cincuenta y cinco por ciento. Le puse una tapa completamente roja y a mediados del 42 ya estaba en las librerías.

Tardó esta segunda edición en agotarse cuatro años. El público pedía mi libro insistentemente. Inútil ofrecerlo a los editores por esos años. Por fin, se lo cedí a Tor. El director y propietario, Juan Carlos Torrendell, hombre de mucha visión y gran espíritu editorial, comprendió que era para él un negocio editar mis biografías y en 1949 lanzó al comercio treinta mil ejemplares de *Rosas*. Siguió haciendo nuevas ediciones cada año o cada dos años, y ya mi libro ha llegado a los ciento veinte mil.

Ninguno de mis libros tuvo menos prensa, y de ninguno se habló tanto. Nadie lo juzgó como debía ser juzgado. *Crítica, Argentina Libre* y *La Vanguardia*, dijeron que era "nazi". Ni palabra de crítica. Tengo la convicción de que no lo habían leído.

Porque en mi libro había cosas ingratas para los nazis alemanes. Dos ejemplos. El primero se relaciona con el apellido del político checoslovaco Hacha, que entregó su patria a los nazis alemanes. Hablando de los procedimientos de las naciones imperialistas para apoderarse de las naciones chicas, digo que nunca falta un Hacha –¿se comprende el equívoco? – para ultimar a los pequeños pueblos. Esta frase, como se ve, es bravamente antihitleriana.

Transcribí opiniones de Rosas sobre política europea. En carta a Terrero afirma, y no como elogio, "que Prusia es el enemigo más formidalbe del sistema constitucional" y acusa a Guillermo de Prusia y a Bismarck de haber faltado "a sus palabras solemnes ante el mundo, al empezar la guerra". A su fiel Antonino Reyes le escribe, después de la guerra franco-prusiana: "La organización militar de Prusia es una amenaza constante a la independencia y a la libertad constitucional de las demás naciones".

Y no sólo no simpatiza con el militarismo alemán, sino que ama fervientemente a la liberal Francia. Generoso amor, ya que tan mal trataron a su gobierno los franceses. Al saber firmada la paz con Prusia, comenta:

"Sí, está firmada. Mejor diré: la desgracia y vergüenza sin ejemplo para la Francia y las naciones interesadas que, debiendo auxiliarla, la han dejado sola. Al sentir dolores tales, sólo llorando puedo atenuarlos".

Y ésto lo escribía Rosas casi en los mismos días en que el "liberal" Sarmiento alababa al imperialismo alemán y a todos los imperialismos. . .

Por el lado nacionalista, hubo también contrarias opiniones. Dos escritores de esa ideología negábanse a reconocer en Rosas carácter democrático y en él veían un gobernante de tipo español, a lo Felipe II. Para mí, don Juan Manuel fue un revolucionario, un César democrático, amigo del pueblo, casi un precursor de los que hoy gobiernan en las actuales "democracias populares". Lo veo a Rosas como un moderado antecesor del socialismo. Como socialista lo vieron el ilustre Emilio de Girardin, el diputado francés Laurent, Mariano Fragueiro y hasta Esteban Echeverría, para el cual Rosas, como lo dijo en su polémica con De Angelis, "había nivelado todo y realizado la absoluta igualdad".

Veamos algunas opiniones independientes de la política actual, expresadas en diarios, revistas y cartas.

En *El Pueblo*, Ricardo Arden –creo que es un pseudónimo– publicó un artículo serio y sereno, que revelaba el estudio de la obra juzgada. Decía: "tiene la primera virtud de darnos un Rosas que respira y anda". Y agregaba: "Honda, hondísima perspicacia psicológica la de Galvez".

Silvina Bullrich, que juzgaba los libros en la revista *Atlántida*, dijo que yo había narrado "con humanidad" y justificado la vida de un hombre convertido en personaje de leyenda. "Quizá por primera vez –añadía– vemos a Rosas moverse libremente y obrar como un ser humano".

En *El Debate*, de Montevideo, apareció un artículo muy bueno, firmado con las iniciales C. L., que supongo las de Carlos Lacalle. Dice, entre otras cosas:

"Lo hemos leído atropelladamente, con pasión, con derroche y lujo de sentimiento. No podía ser de otra manera. Por un lado, la obra está realizada con un ritmo acelerado, de cabalgata; por otra parte, no somos más que un simple elemento de la multitud, y es para la multitud, para la masa, para el

pueblo, que don Manuel Gálvez acaba de levantar con gesto magnífico la figura prócer de Juan Manuel de Rosas".

He transcrito, como se ve, opiniones que se refieren al contenido literario del libro y a su forma. Es lo que me interesa. Respecto al contenido histórico, sólo pueden hablar los historiadores, aquellos que conozcan de veras nuestra historia. Pero también los que tengan inteligencia, sensibilidad, comprensión y buena voluntad, pueden ver que hay en mi obra unidad. Creo que hay también, como en el capítulo "El Hombre", muchas ideas sobre Rosas.

Un tonto, y a la vez presuntuoso y pedante, me lo negó todo, y hasta me criticó el que yo me metiese con los muertos y con los vivos. Hay, es verdad, cuatro o cinco adjetivos o frases bastante violentas contra un muerto o un vivo, contra Rivera Indarte, por ejemplo. Pero eso no impide la imparcialidad general del libro. Como lo he dicho en otra ocasión, la imparcialidad debe existir en el espíritu del historiador cuando se documenta y piensa en su personaje y en su libro; no tanto en el momento de escribir. Grandes historiadores, como Michelet en Francia y Vicente Fidel López entre nosotros, fueron apasionados en algunos instantes, y esto no les disminuye su valor. Hippolyte Taine también se metía con los muertos. Al referir cómo Pétion se había jactado de que una de las princesas, cuando él acompañaba a la familia real en su salida de París, le había "hecho ojitos", le suelta un grueso insulto intraducible al español y que significa varias cosas: bandido, canalla, crápula. . .

El lector perspicaz, el que desea comprender, ve la documentación detrás del texto. La vemos en Bainville, en Gaxotte, que no ostentan sus papeles, lo que ahora llaman "fichas". Y además, no hay escritor capaz de inventar la cantidad de pormenores –muchos de ellos totalmente inéditos– que llenan las páginas de mi libro.

Leonardo Castellani, uno de los hombres de mayor talento y saber que haya entre nosotros, me escribió:

"Las primeras impresiones son las mejores. Tengo que leerlo despacio. Pero tengo la impresión neta de que usted ha concluido una obra monumental. El estilo, despojado, objetivo y sumamente eficaz, tiene algo de Tácito. La frase de la página 353: *Así juzga el miserable a los orientales*, equivale y supera a una larga disquisición, con la intervención directa del *vir egregius* que decía Quintiliano debía ser el historiador, el cual tiene algo de magistrado. Otra cosa que estoy notando es la calidad argentina de su monumental trabajo, vivo, actual, valiente, ponderado, arraigado en lo antiguo y mirando adelante, con promesa de cosa eterna. Una sinceridad tranquila y casi sacerdotal de gràn moralista, unida a una absoluta modestia. ¡Y qué inmensa cantidad de *cosas* en ella! "

El primero de los uruguayos, Luis Alberto de Herrera, historiador, prosista, recio, caballero como ningún otro, empezaba así su carta:

"[. . .] la impresión de su obra es formidable. Trabajo concienzudo y valiente como ninguno antes –a no ser Quesada, precursor–, quedará como un mojón de patria y de nacionalismo, soberbiamente cincelado. Sus revelaciones dejan atónita a la gente".

Pocos hombres, entre nosotros, tenían tanta autoridad para hablar de nuestra historia, y, sobre todo, de la historia de Rosas, como Carlos Ibarguren. Me escribió:

"[. . .] Tendrá gran repercusión en nuestro país y en América. Su libro realiza vigorosamente y con éxito la explicación y justificación de Rosas, que inicié hace diez años, y contribuirá con suma eficacia a que se juzgue a ese gran caudillo argentino con otro criterio que el que ha dominado desde el año 1852, impuesto por la pasión política de unitarios, masones y liberales. La revisión de nuestra historia afrontada con valentía por la joven generación, logra con su libro un verdadero triunfo. Sus páginas vibrantes de vida, de color y de movimiento, se leen con el placer de una novela sin que el lector sienta el peso de la nutrida base documental en que se afirma su obra".

El político uruguayo Felipe Ferreiro, acaso el hombre que sepa más historia rioplatense, me escribió:

"[. . .] reciba las expresiones más fervorosas de mi admiración por su *Rosas*, que estoy leyendo lentamente para saborearlo bien, como merece creación tan soberbia. A su tiempo le hablaré largo de este su libro, que veo a la manera de pórtico de la Nueva Historia –la auténtica– rioplatense de 1830 a 1850".

Otro uruguayo, historiador y biógrafo notable, Telmo Manacorda, me hablaba de mi "enorme *Rosas*".

Mateo J. Magariños, también oriental y autor de obras históricas importantes, y a quien yo no había enviado el *Rosas*, me dijo en una carta:

"Es un gran libro por todos conceptos: documentado, preciso, *concluyente* (es Magariños quien subraya), de forma admirablemente ágil y persuasiva. Es, además, valiente y oportuno. Ha captado usted nuestra realidad histórica (digo "nuestra", rioplatense) de un modo que no vacilo en declarar

sorprendente. Su libro forma, desde ya, uno de los pilares de la nueva y verdadera historia en elaboración, que pronto dará al traste con la falsificada y declamatoria historia oficial. Le confieso que empecé a leerlo con desconfianza. Siempre se lee con desconfianza el libro de historia de un literato, aunque éste sea Manuel Gálvez. Me complazco en confesarle también que a los primeros capítulos vi que estaba frente a una gran obra y a un gran historiador".

El eminente historiador chileno Francisco A. Encina, autor de una magnífica biografía de Portales, me escribió:

"Me dice usted que la tarea resultó dura. Lo calculaba. Para aprehender a Rosas, como a Santa Cruz, a Portales y a García Moreno, no basta leer los documentos. Es necesario aclarar previamente el campo de la visión intelectual, remover el enorme hacinamiento de conceptos de ropa hecha y de deyecciones pasionales y doctrinales que el pensamiento del siglo XIX acumuló sobre nuestro cerebro, y acomodar la retina a la nueva luz. Es lo que usted ha logrado hacer en *Rosas*. El éxito ha correspondido al esfuerzo gastado".

Palabras de Rufino Blanco Fombona, que además de poeta, novelista y crítico, era historiador:

"Es un libro lleno de sorpresas y de enseñanzas. Yo estoy verdaderamente maravillado. ¡Qué arsenal de datos preciosos! ¡Qué lección tan bien dada! ¡Qué leyendas tan bien destruidas y qué claridad tan resplandeciente! Ese es un libro. Que lo divulguen en toda América y no se concreten a venderlo en Buenos Aires. Y cuando ya se haya divulgado bastante, yo le voy a pedir a usted permiso para que lo reproduzcan en un diario de Caracas. Que por allá lo estén leyendo a usted y conociendo a los unitarios, a los federales, a Rivadavia y al mismo Sarmiento, durante un año seguido. Usted ya ha roto con las mentiras estúpidas y los nacionalismos de que está llena nuestra América".

Raúl Scalabrini Ortiz, el autor de *El hombre que está solo y espera*, libro famoso, me escribió:

"Lo leo despacito, saboreándolo, con temor de que se acabe. Me sorprende usted a cada página. Me sorprende su estilo compacto, enteramente limpio de superfluidades literarias, un estilo noble y estrictamente ajustado a la grandeza del tema; me sorprende la suma de trabajo documental condensado en la obra; me sorprende la extraordinaria valentía para decir las cosas, sin eludir el adjetivo merecido. Su *Juan Manuel* perfecciona la senda que usted mismo abrió con su *Yrigoyen*".

Del gran paraguayo O'Leary:

Lo he leído con sumo deleite y extrema atención. Ha escrito usted algo definitivo. Vanos serán en adelante los empeños de los voceros anacrónicos de la leyenda unitaria. Su obra es inconmovible. Saldías echó los cimientos, Quesada levantó el plinto, usted ha fundido la estatua. Su *Rosas* es el Rosas de la realidad. Suya es la sentencia de la posteridad".

Leamos, para concluir, a un liberal ferviente, al colombiano Germán Arciniegas, que es uno de los mejores escritores de lengua española:

"Creo que usted ha escrito una obra de primer orden, escueta, sin palabra de más, apretada de datos, y que resulta breve no obstante su aparente extensión. Yo juzgo la obra de Rosas desde la otra orilla en donde usted se ha situado, pero si un liberal como yo me preguntase qué libro leer para enterarse de la vida de Rosas, no dudadría en señalarle el suyo, que es una lectura tan provechosa para los rosistas como para quienes creen que en América deben prevalecer principios de gobierno interno opuestos a los que él sostuvo. Usted opina con gran independencia de carácter, con valor, casi con temeridad, cada vez que la obra de Rosas así lo exige para quien la expone con sentido crítico, pero lo hace en pocas palabras, sin demorar el curso del relato".

Pero acaso nada tan interesante como la carta del doctor Gregorio Marañón. Nueve años después de publicado mi *Rosas*, cuando leí que él pensaba escribir un libro sobre el personaje, se lo mandé, para que lo conociera. Le aconsejaba pensar mucho antes de escribir sobre *Rosas*, pues podía perder su prestigio en ciertas empresas periodísticas y entre ciertas personas. Me contestó con la siguiente carta, que transcribo íntegra:

"Mi querido amigo: Hace tiempo que leí su *Rosas*. Me pareció admirable y me explico muy bien el gran éxito que allí ha tenido. Yo hubiera tenido mucho gusto en escribir una biografía de este gran personaje, sobre todo como ejemplo de la evolución del concepto del tirano en la política contemporánea y de la influencia de esa evolución en el devenir de la cosa pública. Abandoné el proyecto porque ustedes, y sobre todo usted, han dicho ya todo lo que puede decirse, desde las dos caras, de esta gran figura. Tenga usted la seguridad de que si no lo escribí hace tiempo, y si persisto en no hacerlo, no es por ninguna razón de conveniencia personal, razón que nunca ha movido ni inhibido mi gesto y mi pluma; sino porque creo que no tengo hada que decir. Le repito mi admiración por su libro y por su obra. Espero la nueva edición. Muy afectuosamente lo saluda su buen amigo *G. Marañón*".

Después de todo esto, viene bien la opinión adversa, expresada con ironía, de mi amigo Abel

Cháneton, el autor del *Vélez Sársfield*, buen escritor, pero fanático liberal y antirrosista: "Estoy leyendo tu *Rosas*. Estas primeras doscientas páginas me permiten formar ya un juicio. Hábilmente construido, bien escrito, documentado con agilidad, *Rosas* me parece tu mejor novela".

Como dije, recibí muchas cartas de desconocidos: desconocidos por mí y desconocidos por su vida oscura. Entre ellas figuran algunas mujeres y más de un estudiante. Y lo curioso es que, después de años de aparecido mi *Rosas*, sigo recibiendo cartas de desconocidos, en las que me hablan con fervor del libro.

Daré el primer lugar, por ser sacerdote, a un redentorista de cuya existencia yo no tenía noticia. Extracto frases de su carta, escrita desde Salta, donde era misionero:

"Creo que las gloriosas hazañas de nuestro Libertador habrían sido estériles, si no hubiera surgido don Juan Manuel para dar a nuestro pueblo dividido la unidad y afianzamiento que necesitaba. Pero este hombre providencial cayó bajo la pesada piedra de bien meditadas calumnias. Pero la verdad no muere y la justicia tarde o temprano aparece. Doctor: usted es un *hombre de Dios*, porque Dios ama la verdad y la justicia y los que defienden la verdad y la justicia son hombres de Dios. Yo soy un *rosista* convencido por mis propios estudios; tengo el retrato de don Juan Manuel en mi celda; he hecho casi diría un voto de hacer de mi parte todo lo que pueda para deshacer la falsa historia impuesta en nuestras escuelas; esa historia tejida de calumnias debe cesar. Doctor: como yo, son muchísimos los que se alegran por lo que usted está haciendo".

He aquí la carta de un ingeniero que debe ser joven, tanto es su entusiasmo:

"[. . .] Me creo en el imperioso deber de hacerle llegar la expresión de mi admiración y simpatía por su magnífico libro. Obra histórica la suya, viene a llenar una necesidad y a reparar una enorme injusticia. Su libro es tan ameno como una hermosa novela; pero infinitamente más interesante, de sucesos reales, de temas históricos de tanta trascendencia, vistos a la luz de la verdad. Se lo lee con la honda emoción que suscita la verdad histórica restaurada en el lugar que siempre debió ocupar, y la falsa historia que se desploma estrepitosamente: ¡es que nada hay que apasione tanto como el triunfo de la verdad sobre la mentira! "

He ahí otra carta:

"Muy pronto hará cinco días que tuve la dicha inmensa de comenzar la lectura de su libro. Lo he leído lentamente, muchos de sus capítulos dos veces. Probablemente inicie de nuevo su lectura. Cuando usted publicó esa hermosa obra de historia hace catorce años, no tuve la dicha de conocerla. Hoy tengo más de sesenta años de edad y confieso a usted, señor, que jamás creí que algo podría deleitar tan inmensamente mi espíritu. Su historia de Don Juan Manuel ha ratificado en mi corazón lo que siempre pensé de él. Perdone, señor Gálvez, mi atrevimiento al dirigirle estas malas líneas; es el entusiasmo natural de un argentino hijo de argentinos y nieto de gringos, que se ha sentido profundamente emocionado al conocer ¡a esta altura de su vida! tantas hermosas verdades y todas tan caras a nuestros sentimientos".

Innumerables personas me han dicho, y hasta con idénticas palabras, lo que me dijo el gran actor Enrique Muiño en mi casa, a donde había ido por un motivo que más adelante referiré: "Yo era antirrosista antes de conocer su libro, pero, desde que lo leí, soy furiosamente rosista".

Terminaré recordando una carta reciente, de fines de 1960, que me dirigió un estudiante de La Plata. Había visto muchas veces mi libro, pero no quería mirarlo, ni tocarlo, ni acercársele y hasta sentía por él asco. Pero, un día, la curiosidad pudo más que todo. Lo leyó y quedó convencido de que Rosas era uno de los más grandes argentinos. Y no olvidaré la respuesta que, a mi pregunta de si no había leído mi *Rosas*, me dio un redactor de uno de nuestros diarios tradicionalmente liberales: "Quisiera leerlo, pero tengo miedo".

El *Rosas*, como dije, ha entusiasmado a extranjeros cultos: a un alemán, víctima de Hitler, ahora entre nosotros; a uno de mis traductores al checo; a algún profesor y crítico norteamericano; a ilustres escritores españoles. Es libro de larga vida, y nada le harán los periodistas pasquineros ni los historiadores sin talento y comprensión.

Entre todos mis libros, es el *Rosas* uno de los que más quiero, porque es uno de los que más me han hecho sufrir. Por él se me han cerrado muchas puertas. Por él fui insultado y amenazado. Pero no importa. El que sale en defensa de la verdad y la justicia no ignora que tendrá que sufrir.



Juan Manuel de Rosas.
Según el óleo que perdura
su imagen a través del
tiempo. Figura y porte que
reflejan la imagen del
orden y la paz interior.

Capítulo I
EL VENCEDOR DE LA ANARQUIA

Es en 1820, en uno de los últimos días de junio. Un chasque, rumbo al sur, cabalga por la pampa. Desde hace horas atraviesa la estancia "Los Cerrillos", inmensa como un feudo, en la que busca al propietario. Sabe que lo encontrará en el puesto "La Independencia". ¡Leguas para llegar hasta allí, extremo límite de la civilización! Más allá viven los indios, con sus lanzas, sus boleadoras y la espantable amenaza de sus malones.

Frente al patrón. Si no lo conociera, el chasque sabría que es él. No por su vestimenta –chiripá de bayeta colorada y camisa ceñida al cuello con un pañuelo también colorado–, que es la de un paisano cualquiera, sino por su aspecto y su tipo. Es un hombre joven y rubio, de unos veintisiete años, de sólida y espléndida figura y de rostro afeitado y excepcionalmente bello: ojos azules, tez muy blanca y rosada, mirada penetrante, patillas de ancha base. Todo en él revela fuerza y virilidad.

El estanciero lee el pliego que le mandan con urgencia desde Buenos Aires. Es un llamado del brigadier Martín Rodríguez, flamante general en jefe del ejército de la Provincia. Le informa sobre la anarquía de la ciudad. Teme que horas luctuosas sobrevengan, y le pide ir allí, para defender al Gobierno con cuanta gente armada logre reunir. El joven estanciero no vacila. Dispone que sus gauchos le sigan, y abandona el puesto "La Independencia" para dirigirse a la casa de la estancia. Tiene ya muchos hombres apalabrados: desde fines de mayo comenzó, por encargo de la autoridad, a formar un regimiento con sus peones y los de las estancias vecinas. Es extraordinario lo que ha conseguido en un mes. Pero la gravedad de la hora exige un esfuerzo vehemente. Y se instala en su casa de "Los Cerrillos", situada en la Guardia del Monte.

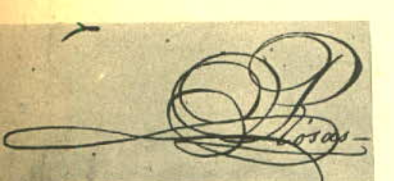
Desde allí, con rapidez, envía emisarios a los diversos puestos de




Colorados del Monte

su estancia y a las estancias próximas. Pronto y en grupos, algunos de los cuales son numerosos, comienzan a llegar los gauchos a "Los Cerrillos": unos con su caballo y su apero, y a veces con un amigo en ancas; y otros a pie. La mayoría son milicianos y forman, aunque dispersos, un regimiento. Muchos de ellos –ciento ocho– son peones de su estancia y de otras que él administra. Los ha armado y les ha dado el caballo, el apero y la ropa. Reúne cerca de dos mil hombres en media semana. Elige quinientos, y el último día de junio se pone a su frente y, todos a caballo, vestidos de chaqueta y chiripá colorados, se dirigen, a través de la pampa silenciosa, a salvar a la ciudad.

Este hombre de acción, este conductor de los gauchos, que no es militar y que sólo por cumplir su deber y defender el orden social se aleja de sus tierras y las desguarnece, dejándolas expuestas a los malones de los indios, se llama Juan Manuel de Rosas. El será, dentro de diez años, la más poderosa fuerza de la América Hispana.



Firma de Rosas

Sus antepasados, su infancia, su juventud.

¿De dónde ha surgido este hombre que, en lo mejor de su juventud, tiene tanto dominio sobre los gauchos?

Sus padres son argentinos y descienden de familias nobles. Los Ortiz de Rozas –verdadero apellido de su familia paterna– fueron ennoblecidos durante el reinado del Infante don Pelayo. Un tío bisabuelo suyo, el más tarde conde de Poblaciones, fue gobernador de Buenos Aires y presidente de Chile. Su padre fue administrador de los bienes de la Corona; y su abuelo materno, comandante general de la Campaña y jefe de la expedición a las Misiones.

Si su padre es manso y bondadoso, su madre, doña Agustina, posee carácter y, en grado máximo, energía. Juan Manuel ha salido a ella. Una vez, siendo una criatura, fue encarcelado en un cuarto; y se vengó del castigo levantando las baldosas del piso. Otra vez, ya casi hombrecito, le emplearon en una tienda, oficio distinguido entonces. Como el tendero quisiera hacerle lavar los platos, se negó. La madre pretendió que pidiera perdón al tendero, y como él no accediese, lo encerró a pan y agua. El muchacho falseó la cerradura, se quitó las ropas, y, medio desnudo, se fue a la casa de sus primos los Anchorena, a vestirse y a buscar trabajo. En un papel decíales a sus padres: "Dejo todo lo que no es mío". Y firmaba Juan Manuel Rosas, suprimiendo el Ortiz y escribiendo su apellido con ese y no con zeta, como lo hará durante toda su vida.



Padres de Rosas

Ha salido a la madre. Cuando la segunda invasión inglesa, en 1807, él, que apenas tenía catorce años –había nacido el 30 de

marzo de 1793–, tomó parte en la defensa de la ciudad, en el combate del 5 de julio, como servidor de un cañón. El jefe de las tropas, Liniers, lo felicitó y le entregó una carta para su madre, en la que elogiaba la "bravura" del chicuelo, *digna de la causa que defendía* y el alcalde de primer voto, don Martín de Alzaga, escribió a sus padres felicitándolos.

Al tener él dieciocho años, su padre, que conoce su seriedad, inteligencia y capacidad de trabajo, le encomendó la administración de su estancia. Se casó a los veinte, en 1813, con Encarnación Ezcurra, que tenía dieciocho, era de abolengo como él, y enérgica, inteligente y de rostro expresivo y bellos ojos negros. Cuéntase que, como su madre se oponía, hizo escribir a Encarnación unas líneas comunicándole estar embarazada, lo que no era cierto; y dejó la carta en donde su madre la viese. Leyó la carta doña Agustina y fulminantemente hizo casar a los novios. Pero Rosas negará en su vejez que la carta dijera lo que se le atribuye.

En ese año del casamiento se disgustó con sus padres. A la suegra no le agradaba la presencia de su nuera en la casa: Juan Manuel se lo oyó desde una pieza vecina. Fuese por esto, o porque los padres desconfiaran de la estricta honradez del hijo, Juan Manuel se quitó el poncho y la chaqueta que le había regalado la madre, y se fue. Dejó el campo y no quiso recibir sueldo ni recompensa por su trabajo de muchos meses. Juntóse con sus amigos Luis Dorrego y Juan Nepomuceno Terrero y se dedicó a la salazón de carnes. Es el fundador, entre nosotros, de esa importante industria: él estableció, a los veintidós años de edad el primer saladero argentino. Ganó mucho, y así pudo, poco tiempo después, asociado con Terrero, comprar el campo en donde fundó "Los Cerrillos". Más tarde, comenzó a administrar estancias de sus parientes los Anchorena, y sin cobrarles. Pasaba en la ciudad breves temporadas con alguna frecuencia, pues Encarnación, durante el invierno, se quedaba allí.

Es feliz en su hogar. El y su mujer se entienden y se quieren. Tienen un hijo varón, al que llaman Juancito, y una hija mujer, Manuelita, nacida en mayo de 1817. Han tenido otra hija antes que Manuelita, que vivió poco tiempo y cuya madrina fue una negra.

En el campo, el carácter de Juan Manuel, enérgico y duro por naturaleza, se endurece más aún. En el campo ha pasado parte de su niñez, entre los peones –gauchos valientes, brutales en sus diversiones y sus palabras– y los indios amigos, más brutales todavía, que frecuentan la estancia o allí trabajan. Es un gaucho él también, mas no por sus modales, que son los de un hombre distinguido, los de un gran señor. Sabe pialar y domar y conoce todas las estancias de la comarca por el gusto de sus pastos.



D. Martín de Alzaga



Doña Encarnación Ezcurra



Manuelita Rosas

Su vida pública hasta el momento ha sido poca, pero honrosa. En 1817, el Director Pueyrredón le nombró miembro de cierta Junta de Emigración, compuesta por personas notables, y que tenía por objeto estudiar las posibilidades de evacuación de la ciudad para el caso de que venga la anunciada expedición española. Y en 1819 presentó al Gobierno una importante memoria en que preconizaba la fundación de una Sociedad de Labradores y Hacendados y proponía lo que debía hacerse para poblar, trabajar, vigilar y defender los campos.

La anarquía desde 1810

Años después de aparecido este libro, el doctor Ernesto Celesia "descubrió" un documento según el cual Juan Manuel Rosas había sido dado de baja unos días antes del combate. El eminente historiador doctor José María Rosa hijo refutó a Celesia en dos trabajos, de los que extracto estas líneas. Los Migueletes eran un regimiento de milicias, en el que recibían instrucción militar algunos extranjeros y menores de quince años. Podían esos milicianos, en caso de guerra exterior, convertirse en voluntarios, previa eliminación de los extranjeros y los niños. Al saberse la aproximación de los ingleses, el jefe dio de baja "marginalmente" a los niños Lorenzo Frutos Gómez, Juan Manuel Rosas, Francisco Casavalle y José Antonio Vargas. Pero esta baja no significaba la efectiva separación de los niños. Esto basta y sobra para demostrar que ni Rosas ni su padre pidieron la baja. Fue una razón reglamentaria. Rosas actuó en servicios auxiliares, de lo que las cartas de Liniers y de Alzaga no dejan lugar a duda. Y también la tradición, que en muchos casos hace fuerza, como en el presente, ya que uno de los difundidores de esta actuación del niño Rosas ha sido el escritor unitario Eduardo Gutiérrez, enconado enemigo del Restaurador.

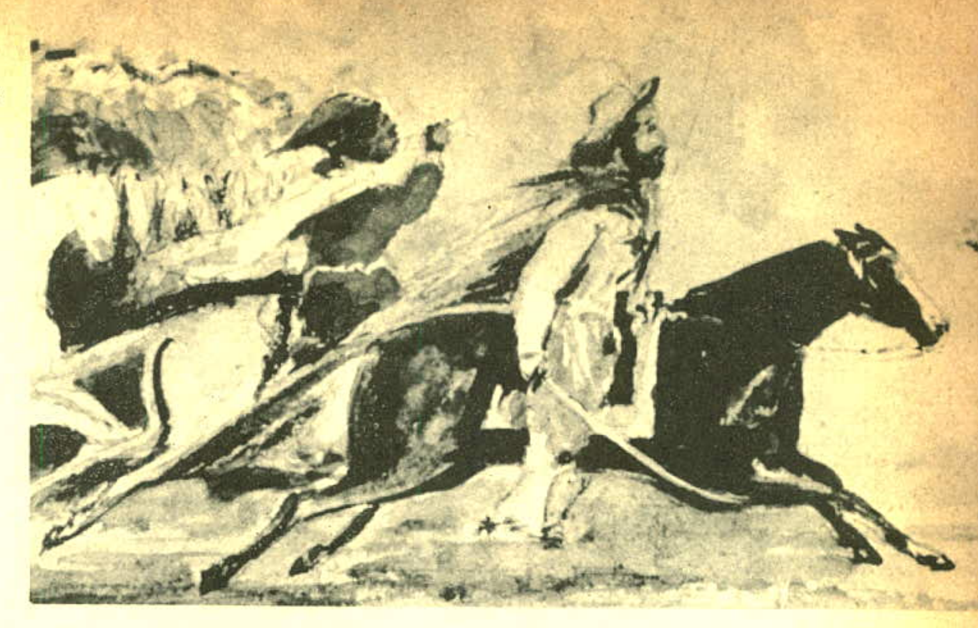
Mientras al frente de sus gauchos cabalga hacia Buenos Aires, Juan Manuel se pregunta qué ocurrirá allí. Aunque ha seguido con ansiedad los sucesos de los seis meses transcurridos de ese dramático año 20, y en una carta el general Rodríguez le comunica sus temores, no sospecha lo que acontece en ese preciso instante. Se han producido en lo que va del año tantos levantamientos militares y violentos cambios de autoridades, que un día existieron cuatro gobiernos, y muchas mañanas las gentes se preguntaban unas a otras: *¿Quién gobierna hoy?* .



Rosas niño

Desde hace diez años el país ignora la tranquilidad. Juan Manuel tiene el convencimiento de que el 25 de Mayo de 1810 no estábamos maduros para independizarnos de España. En tiempos de los

Gauchos de Rosas



Virreyes, lo que son ahora las provincias se gobernaban autonómicamente; y he aquí que desde 1810 Buenos Aires pretende gobernar a las otras. Ni tampoco es Buenos Aires, sino un grupito de hombres que se creen los más inteligentes y los más sabios. Acaso lo son, pero sus espíritus están atestados de doctrinas extranjeras, lejos de nuestras realidades. Ambiciosos, orgullosos, esos porteños han vivido combatiéndose entre ellos. Diez revoluciones, motines, sublevaciones y golpes de estado ha habido exactamente desde el 25 de Mayo de 1810, sin contar la conspiración de los españoles. Sólo ha durado algo la paz durante los tres años del Directorio, desde 1816 hasta 1819. Una paz relativa, pues se vivió en continua agitación y descontento, si bien no llegó a estallar porque fue descubierta, la revuelta que tramaban los enemigos del Gobierno en los años 16 y 17. Y paz sólo entre porteños, porque con las provincias Buenos Aires no la tuvo en ese período del Directorio, que transcurrió en guerra con los caudillos de la Banda Oriental, de Santa Fe y de Entre Ríos.

En este año 20, la crisis del orden ha llegado a la exasperación. Primeros días de enero: sublevación en Arequito del ejército que venía a defender al gobierno nacional contra los santafecinos. Febrero: las tropas nacionales, al mando del Supremo Directorio, son vencidas en Cepeda por Estanislao López, gobernador y caudillo de Santa Fe. Pánico en Buenos Aires. ¡Se vienen los montoneros! , exclama con terror la gente. Con esta palabra, los porteños califican de hordas sin disciplina, de bárbaros amontonados para el pillaje y el crimen, a los gauchos santafecinos y entrerrianos que siguen a Estanislao López y a Francisco Ramírez. Cae, por la de-



Brigadier General Estanislao López



Gaucho de la campaña de Buenos Aires en la época de Rosas

rrota, el régimen directorial, es decir, nacional, centralista y unitario. El jefe del ejército, el general Soler, exige la disolución del Congreso y del Directorio. Las provincias recobran su autonomía absoluta. Pocos días después, elecciones para miembros de la Junta de Representantes —así es llamada la legislatura de Buenos Aires—, que elige gobernador a Manuel de Sarratea. Sale a campaña Sarratea, dejando un gobernador interino, y el 23 de febrero firma, con López y Ramírez, el Tratado del Pilar. Los caudillos, con sus escoltas de gauchos andrajosos y de indios, entran en Buenos Aires y atan sus caballos en la Pirámide de Mayo, y luego suben al Cabildo, donde se les ha preparado una recepción. Primeros días de marzo: pronunciamiento del general Juan Ramón Balcarce, al frente de algunas tropas salvadas en Cepeda. Los caudillos se acercan de nuevo a Buenos Aires, y el entrerriano Pancho Ramírez exige a Balcarce que abandone la provincia. Balcarce huye, y el general Carlos de Alvear pretende apoderarse del gobierno. Cabildo abierto, en la plaza de la Victoria. El pueblo, al saber que está allí Alvear, el dictador de 1815, amotínase junto con la tropa. El Cabildo repone a Sarratea en la madrugada del 12 de marzo. Trece días después es descubierta la conjuración de Alvear. Transcurren treinta y dos días de tranquilidad mientras gobierna Sarratea. Pero en las elecciones del 27 de abril triunfan los *directoriales*, que ya empiezan a ser llamados *unitarios*. Sarratea queda aislado y desprestigiado por obra de sus enemigos y, cuatro días más tarde, el 1º de mayo, el Cabildo le pide la renuncia. Nómbrase gobernador interino al presidente de la Junta, cargo que a principios de junio se la da en propiedad. Otro mes y medio de calma; pero muy relativa, pues sábese que graves acontecimientos se preparan. Junio 16: el general Soler se hace nombrar gobernador por algunos representantes de la campaña, reunidos en la villa de Luján, y obtiene que el Cabildo de esa localidad lo reconozca. Comunica su designación al de Buenos Aires, que se somete —por temor, pues Soler es el dueño del ejército— a tamaña irregularidad. Renuncia el gobernador interino, y el 20 Soler entra en la ciudad y jura. Al otro día parte en campaña contra Estanislao López y deja en el mando militar de la ciudad a Manuel Dorrego que acaba de llegar del destierro en los Estados Unidos que le impusieron en 1816 y que nombra Comandante general de la campaña al brigadier Martín Rodríguez. Pero cuatro días después, Soler es derrotado por Estanislao López en la Cañada de la Cruz y el 30 huye a la Colonia, pueblo de la Banda Oriental, embarcándose ocultamente. La Provincia queda otra vez sin gobierno y el Cabildo asume el de la ciudad.

El balance de los seis primeros meses de ese año 20 no puede ser más lamentable. Los anarquistas —ha de pensar Juan Manuel— no

son ahora los caudillos incultos del litoral, sino los porteños Alvear, Balcarce y Soler: los dos últimos, generales de la Independencia que combatieron junto a San Martín y a Bolívar. Se han sucedido en esos meses con tanta facilidad los gobiernos; ha habido tantos atentados contra el orden, ese orden amado por Rosas tan fuertemente; de tal modo se ha apoderado de los porteños el espíritu anárquico, que mientras él galopa a través de los campos, al frente de sus milicianos, no acertaría con lo que está pasando. El no es hombre de partido. No se interesa por la política sino en cuanto a su relación con el progreso del país y la tranquilidad pública. Hombre de disciplina y de hogar; hombre de negocios, que se ha enriquecido trabajando duramente en el campo y vendiendo al extranjero productos del país, estará siempre de parte del orden. Por amarlo violentamente, aparte de que era un niño de diecisiete años, no quiso adherirse al movimiento de 1810. No creía en los que lo encabezaban, y estaba cierto de que traerían el caos. Aristócratas y europeizantes, no se interesaban por la campaña, y han pretendido, y pretenden, llamar a un príncipe europeo para que gobierne: proyecto que ha suscitado el levantamiento de los caudillos. Rosas no ha estado con ellos por considerarlos demócratas, sino por lo contrario. La Revolución nació oligárquica y aristocrática. La democracia estaba en el campo, pues la plebe de la ciudad era servil en 1810. El gran demócrata era el gaucho, el hombre que amaba su libertad y respetaba la de los otros. Pero aunque Rosas no participara en la Revolución, él, hasta entonces, ha hecho



Francisco Ramirez



Escena campera



Rosas en 1820

mucho por el país. No ha contribuido a librarlo de los españoles, pero lo ha librado de los indios. Sin él, la campaña de Buenos Aires hubiera sido arrasada por los salvajes y no hubiéramos podido independizarnos. Su obra, en cierto modo, ha hecho posible la de San Martín.

Su iniciación en la vida pública

Juan Manuel, en su marcha hacia la ciudad, se detiene en las Lomas de Zamora. Es el 1º de julio. Allí lo encuentran el brigadier Martín Rodríguez, comandante general de la Campaña, y el coronel Manuel Dorrego, que es el gobernador militar de la ciudad. Ellos le enteran de los sucesos: mientras el ejército de Estanislao López se acercaba a Buenos Aires, el coronel Manuel Vicente Pagola, un barbarote, al mando de las tropas vencidas en la Cañada de la Cruz, ha entrado en la ciudad, se ha apoderado del Fuerte, y, desgreñado y sucio, con las botas granaderas embarradas, ha subido a zancos la escalera del Cabildo, y se ha encarado con la corporación. No aspiraba Pagola a ser gobernador. Se contentaba con el cargo de Comandante de Armas, y el Cabildo, atemorizado, lo nombró. Rodríguez, Dorrego y Rosas vuelven a la ciudad y reconquistan el Fuerte y el 2 de julio se recogen los votos para miembros de la Junta Electoral, la que, al día siguiente, designa gobernador interino al coronel Dorrego.

Mientras tanto, el general Carlos de Alvear, que, despechado, se había ido al ejército de Estanislao López, se ha hecho nombrar en Luján, por varios diputados de la campaña, que se titulan *representantes de los pueblos libres*, gobernador y capitán general interino. El 4 de julio son leídos en el Cabildo de Buenos Aires su oficio y el de los diputados. A los diputados les contesta el Cabildo que Alvear es resistido por todo el pueblo.



General Aráoz de Lamadrid

Las tropas van a partir en campaña contra López y Alvear. Entre ellas, las de Rosas. A todos ha producido gran impresión el joven estanciero de "Los Cerrillos" y sus disciplinados gauchos. Rodríguez los felicita y pide para él –capitán desde 1817–, al gobernador delegado, pues también Dorrego ha salido a la guerra, el nombramiento de comandante del 5º regimiento de la Campaña, que recibe unos días después. Igualmente ha impresionado bien al coronel Gregorio Aráoz de Lamadrid, el valiente guerrero de la Independencia, el de las famosas cargas de caballería. Lamadrid, que manda una parte del ejército, ha llegado con sus hombres al puente de Márquez sin encontrar los caballos que Dorrego le había prometido en el Fuerte y Rosas se los consigue con eje-

Gauchos en un alto del camino, preparando un asado junto a sus carretas

cutiva rapidez. Tampoco Lamadrid ha encontrado el baqueano que necesita, y Rosas se le ofrece: *No necesita de baqueano, general; yo basto para conducirle y soy mejor que cuantos pudieran darle.* Lamadrid también felicita a ese *joven tan diligente y resuelto*, al que toma simpatía.

La honradez de sus soldados

Al comenzar las tropas la marcha, ya oscurece. Rosas, que conoce la comarca palmo a palmo, las va guiando. En una estancia se encuentra con Rodríguez, el general en jefe. Carnean y comen los soldados. Después de algunas andanzas, vuelven al puente de Barracas –inmediato a la ciudad–, por temor de que el enemigo lo ataque por sorpresa. Dorrego también vuelve. El caudillo de Santa Fe se ha retirado con el grueso de su gente. Quedan Alvear y el chileno José Miguel Carrera en San Nicolás. Hacia allá van ahora las tropas de Buenos Aires.

En el monte del Durazno, Rosas y sus hombres dan una lección de orden y disciplina. Los soldados de Dorrego, delante del propio gobernador, incurren en desórdenes de diversa especie. Han robado durante la marcha y roban en aquel lugar, y han carneado cuantas reses encontraron. Pero los soldados de Rosas, los del 5º regimiento de Campaña, sólo toman la carne que estrictamente necesitan.



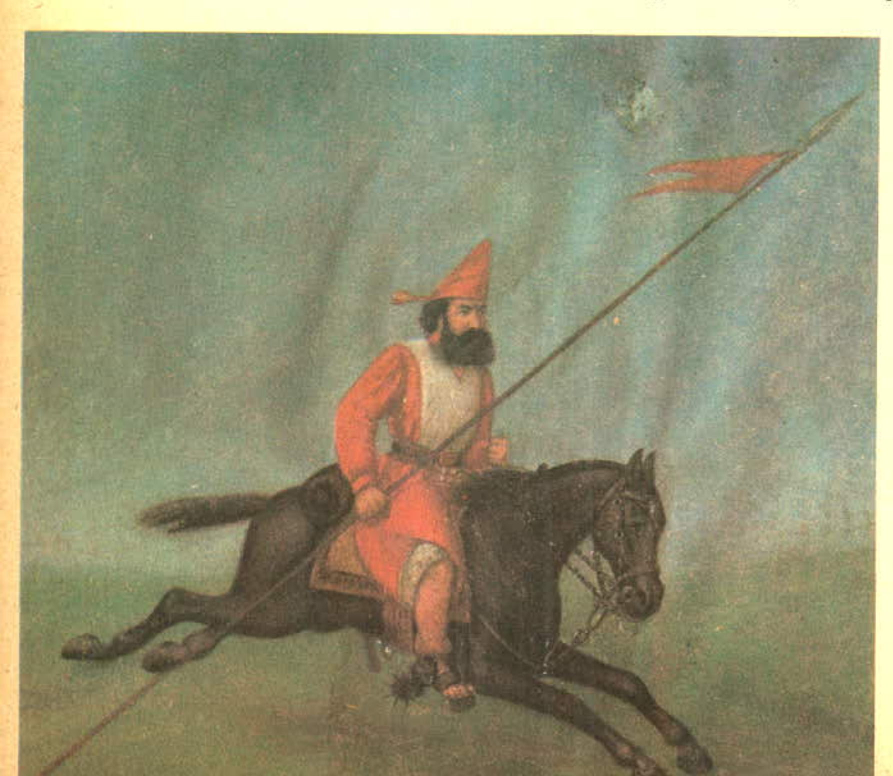
Carabinero federal (dibujo)



Gaucho federal

El 2 de agosto llegan a San Nicolás. Dorrego manda a la infantería; y Rosas, Lamadrid y Rodríguez, la caballería. El pueblo es tomado por asalto; y sus defensores se rinden, salvo Alvear y Carrera, que huyen hacia Santa Fe. Las tropas de Dorrego saquean el pueblo y los Colorados de Rosas dan otra vez ejemplo de corrección y disciplina: ejemplo desconocido en nuestros ejércitos, donde el saqueo fue siempre ley. Hasta aquellos soldados que estuvieron bajo el mando de jefes cultos y decentes, saquearon y violaron. ¿Qué extraño poder hay en Juan Manuel, en ese muchacho de veintisiete años, para imponerse así a sus soldados, simples gauchos? ¿Y qué rigidez de principios para inculcar a sus hombres que las vidas y los bienes deben ser respetados por los vencedores? Dos meses después, en una proclama, él mismo lo explicará, atribuyéndolo a la "superioridad" que su espíritu reconoce al "orden y a la subordinación"; a que iban a salvar y no a destruir; y al poder que tienen *la justa severidad y el religioso ejemplo.*

Pocos días después del combate de San Nicolás, se concierta un armisticio. En las gestiones de paz, Rosas representa a Buenos Aires. El 7 de agosto, después de haber hablado con el representante de López, celebra una entrevista con Dorrego. No es fácil que estos hombres se entiendan. Manuel Dorrego, espíritu culto, que ha pasado largo tiempo en los Estados Unidos, acaso no siente mucho aprecio por Rosas. Confía demasiado en sí mismo y carece de tacto. Rosas le pide que le deje arreglar con López una paz digna para Buenos Aires. Le asegura que si lo consigue, le hará nombrar gobernador, cosa que mucho desea Dorrego. En



Lancero del ejército de Rosas

vez de acceder, Dorrego, fastidiado, se levanta de su asiento, se cruza de brazos y exclama: "¿Y de dónde dimana ese interés de usted por esa paz bochornosa con que me está repicando? " Juan Manuel, que, por intermediarios, había prometido a López conseguir la paz siempre que López se retirara a la provincia de Santa Fe, le habla de esas promesas. Y entonces Dorrego, fanfarrón y confiado, le contesta: "¡Pues yo le prometí, a mi vez, ser elegido gobernador, nada más que por la influencia de este pliego de papel! " Es una nota al gobernador substituto, en donde le ordena convocar a la elección de los representantes que han de nombrar gobernador.

También Dorrego, en un intento hacia la paz, se entrevista con el gobernador de Santa Fe. Dorrego es federal como López, pero de un federalismo semejante al que ha visto en los Estados Unidos. López no le tiene simpatía: bajo su mando, las tropas de Buenos Aires, en 1815, saquearon y vejaron a la población de Santa Fe. López exige, con razón y justicia, que Buenos Aires indemnice a su provincia por esas y otras depredaciones que en ella causaron, arruinándola, los ejércitos porteños. Pero no se entienden los dos hombres, y ya no cabe dudar de que las hostilidades van a reanudarse pronto.



Hombre de campo en la época de Rosas

Rosas y Estanislao López

Dos días después, y ante las dificultades que opone Dorrego a la paz, Rosas, acaso también llevado por su instinto gaucho, si no por su destino, dirígese a entrevistarse con el general López. Su encuentro tiene honda trascendencia. De este encuentro, ocurrido el 9 de agosto, va a nacer, no solamente la paz futura entre Santa Fe y Buenos Aires, sino también el federalismo. Del conocimiento y comprensión mutua entre esos dos hombres surgirán los principios esenciales de nuestra actual forma de gobierno. Surgirá un sentido auténticamente argentino de la política, de la historia, y aun de la vida, que se opondrá a las ideas y a los sentimientos de los europeizantes y encorbatados partidarios de la unidad. No se sabe lo que hablaron López y Rosas. Pero todo lo que desde este día aconteció, demuestra que Rosas, indiferente hasta entonces a la política, hizo suyos los sentimientos federales que eran los de López desde tiempo atrás.

Estanislao López lleva a Juan Manuel siete años, y hace dos que gobierna a Santa Fe. Su tipo físico –alta estatura, anchas espaldas, ademanes lentos, mirar bondadoso– acuérdase con su espíritu fuerte y sereno, ecuánime y patriarcal. Los presuntuosos

porteños consideran como gaucho bruto y anarquista, como jefe de hordas, a este hombre noble e inteligente, genial estratego y estadista por instinto. Su federalismo no es exactamente el de hoy, sino más bien el que preconizarán los republicanos españoles años después: autonomía absoluta para cada provincia, con un gobierno central –el de Buenos Aires, en nuestro caso– encargado de las relaciones exteriores y de la guerra. Es la concepción de José Gervasio de Artigas, el caudillo de la provincia Oriental y verdadero padre y creador del federalismo y de la democracia entre nosotros. El porteño Juan Manuel de Rosas ha debido convencerse, en esa noche del 9 de agosto, de que el feralismo de López, a quién él más tarde llamará *el patriarca de la Federación*, es la única forma de gobierno posible en estas tierras.



General José Gervasio de Artigas

Tres días después de esta entrevista, los ejércitos combaten junto al arroyo Pavón. Rosas, hombre de disciplina, permanece al lado de Dorrego. Manda la caballería, y sus cargas, que dispersan la derecha de los santafecinos, contribuyen a la victoria. Los enemigos que más tarde Rosas tendrá en su vida y después de muerto afirmarán que él no ha peleado nunca.

Pero ahora Dorrego, que no es muy juicioso, quiere continuar la guerra, internarse en Santa Fe en persecución de López. Rosas y Rodríguez intentan disuadirlo de un error que le conducirá a la catástrofe. No lo consiguen, y sepáranse de Dorrego. Resulta lo que previnieron. Los ejércitos se encuentran el 2 de setiembre en las chacras del Gamonal, y las tropas de Dorrego son aniquiladas. Pero el vencedor no invade a Buenos Aires, y esto se debe a Rosas. Juan Manuel le envía con un emisario una carta en la que le pide no entrar en la Provincia, comprometiéndose él a que los porteños elijan gobernador al general Martín Rodríguez: partidario de la paz y de la alianza con Santa Fe contra el caudillo de Entre Ríos, Ramírez, que pretende su hegemonía sobre el litoral. A mediados de setiembre, López,, que ha aceptado, se retirará al pueblo de Rosario.



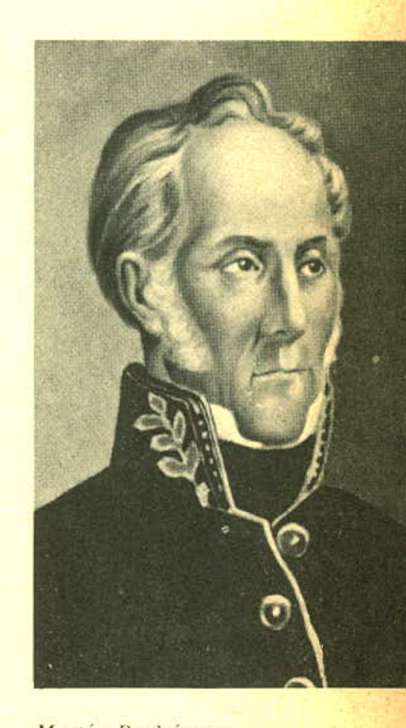
Cabeza de gaucho

En Buenos Aires, en la ciudad como en la campaña, se han realizado, mientras tanto, las elecciones de los representantes que deberán designar gobernador, y la Junta se ha instalado el 6 de setiembre. Rosas, sin que él lo pidiera ni supiera, ha sido elegido representante por San Vicente, pero él, que desdeña la política y no aspira a cargo alguno, renuncia. La candidatura de Dorrego, después del desastre del Gamonal, está casi muerta. Por entonces, aún no se ha formado definitivamente el Partido Federal. La gente más culta –los antiguos directoriales y que ya son llamados unitarios, porque quieren un gobierno único en todo el país– pide a Rosas, dueño de la situación, que elija entre uno de los

Guardia de San Miguel del Monte Gárgano. Fortín de avanzada de la línea de Frontera. (Siglo XVIII)

ex gobernadores y el general Rodríguez. Rosas es ya el hombre de mayor poder en la campaña. El candidato que él quiera triunfará. Si deseara ser gobernador podría serlo. Pero a él sólo le interesan la paz y el orden. Y dedícase a trabajar en favor de la candidatura de Rodríguez. No porque sea su amigo. Ni le importa que figure entre los directoriales o unitarios. Rosas quiere sólo la paz con Santa Fe. Ha hablado con Estanislao López y ha comprendido que este hombre, si la guerra sigue, puede perjudicar enormemente a Buenos Aires. Hay que hacer la paz con él, y Rodríguez, cuyas ideas Rosas conoce, la convendrá en seguida.

Pero he aquí que algunos de los representantes parecen arrepentirse de su preferencia por Rodríguez. Alegan que el brigadier está bajo la influencia de Rosas. Celébrase una reunión. Rosas presente allí —su renuncia es aceptada sólo el 18—, declara que si Rodríguez no es designado él no podrá mantener las seguridades de paz que ha dado a López y que así se lo escribirá al gobernador de Santa Fe, para dejarle en libertad de acción. Estas palabras impresionan y casi todos resuélvense a votar por Rodríguez. Entonces la Junta pide a Rosas que reorganice su regimiento, y lo traiga a las proximidades de la ciudad para asegurar con su presencia el triunfo del general Rodríguez. Rosas se va a la Guardia del Monte. El 12 de setiembre tiene ya reunida su gente en "Los Cerrillos", y el 24, desde la Cañada de Gaete, pide al gobierno armamentos y víveres. En su nota, declara que ama al hombre y que esto le "hace conocer la obligación de respetar las propiedades y protegerlas", para lo cual cree necesario que el



Martín Rodríguez

miliciano "encuentre en el seno de su regimiento todos los recursos". Impone entre sus soldados una subordinación y un orden que considera admirables, no menos que su entusiasmo, y así lo ha comunicado al gobernador desde Cañuelas.


General D. Gregorio Aráoz de Lamadrid

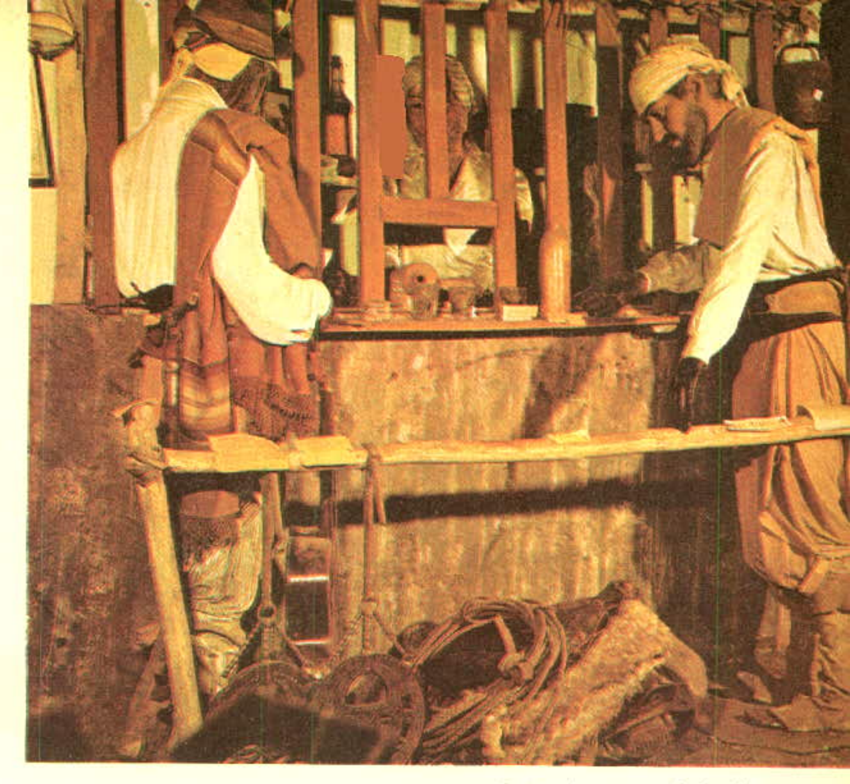
Juan Manuel –hay que insistir– nada ambiciona para sí. El servir a la Provincia y al orden no le reporta sacrificios. El trabajo está abandonado en su estancia, y sus pérdidas son considerables. Si desea imponer a Rodríguez no es por recompensas, sino porque Rodríguez hará la paz con Santa Fe y establecerá el orden. El resorte que mueve a Rosas es la pasión del orden. En una nota al gobernador, le dice que su conducta, en lo sucesivo, será "no pertenecer a otro que al bien de la provincia".

El 26 de setiembre la Junta designa gobernador al general Martín Rodríguez. Y al promulgar esta elección en su bando terrible, en donde habla contra "los novadores", los que abrazan "el espíritu de novedad, de falsa política, de crítica mordaz, de atentado y de insubordinación", anuncia que ha autorizado al Gobierno para aplicar "todo el rigor de las penas, hasta la de muerte y expatriación, conforme al influjo que tuvieren", a los que promuevan insurrecciones y discordias o perturben la tranquilidad pública. También le acuerda al gobernador facultades extraordinarias, pues le releva "de los trámites que prescriben las leyes para la formación de causas". De este modo violento se inician los unitarios –anotémoslo– al retomar el poder que nueve meses atrás habían perdido.

Tres días después de elegido Rodríguez, Rosas le escribe. Elogia de nuevo a su columna y le declara que "sería un dolor" entregar su dirección a sus "ningunos conocimientos militares". Agrega con modestia y franqueza: "El bien del país es para mí antes que todo; yo estoy en estado de aprender y no en el de enseñar". Y fundado en que para actuar militarmente es necesario un jefe "que conozca lo que yo no entiendo" y que le enseñe al soldado lo que él no se cree capaz de enseñar, suplica que se ponga al frente de sus hombres al coronel Gregorio Aráoz de Lamadrid. El gobernador no acepta su pedido, elogia los sentimientos que distinguen a Rosas "en obsequio del orden", y le manifiesta que la disposición de ánimo que él ha sabido inculcar a sus soldados es más valiosa que la mejor dirección técnica. De este modo, Rosas va creándose prestigio moral. Se le sabe fuerte, organizador, enemigo del desorden y de la anarquía. ¿Hay estrategia en sus actos, como dirán sus enemigos? No, puesto que él propone a otro hombre para el mando de su columna y porque toda su conducta posterior, durante ocho años, revelará en él una ausencia absoluta de toda ambición política.



Soldados de la época



Pulpería típica de la época

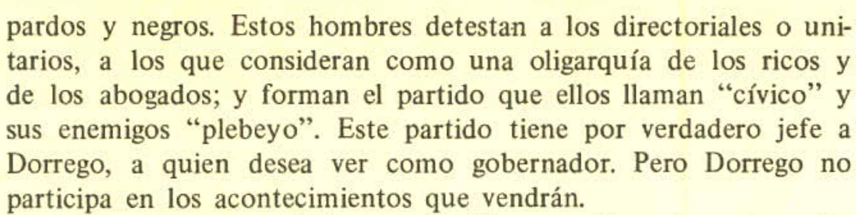
Motín del 1º de octubre

Rosas, aunque haya impuesto al unitario Rodríguez, no es unitario ni lo ha sido. Por el momento, no tiene color político. Simplemente es un hombre de orden y de trabajo. Si ha abandonado su estancia fue –repitámoslo– por defender el orden. Se ha sacrificado, en la exacta acepción de las palabras. Ha perdido mucho dinero por sus andanzas militares. Su sueño es volver a los trabajos del campo. Mas para esto es necesario que haya orden y paz. Tan ajeno es Rosas a los partidos, que, en una proclama dirigida a su regimiento el 28 de setiembre, mientras acampa junto al río de la Matanza –documento de rigurosa importancia porque es el primero de esa índole que él escribe y publica– no hay una palabra en la que pueda advertirse un propósito partidista. En cambio, aconseja a sus Colorados del Monte ser "constantes en ejemplarizar", les recuerda lo execrable que son la corrupción y la licencia y les dice que la Campaña comienza "desde hoy a ser la columna de la Provincia, el sostén de las autoridades". Esto es lo único que le interesa: sostener a las autoridades legítimas, porque sin autoridad no hay orden ni paz.

Pero los enemigos del nuevo gobierno están resueltos a voltearlo. Entre ellos figuran los ex gobernadores Soler y Sarratea y el coronel Pagola. Son los federales, y cuentan con el pueblo y con las milicias ciudadanas llamadas "los cívicos", especialmente con los oficiales y sargentos del segundo tercio, compuesto por



Negros bailando candombe, al compás de sus tambores



pardos y negros. Estos hombres detestan a los directoriales o unitarios, a los que consideran como una oligarquía de los ricos y de los abogados; y forman el partido que ellos llaman "cívico" y sus enemigos "plebeyo". Este partido tiene por verdadero jefe a Dorrego, a quien desea ver como gobernador. Pero Dorrego no participa en los acontecimientos que vendrán.

Motín militar del 1º de octubre. El coronel Pagola, a la noche montado en un caballo blanco, se presenta en la plaza de la Victoria al mando del regimiento Fijo, al que acaba de sublevar, y del segundo tercio de los cívicos. Por otra calle, entra el tercer tercio. Las tropas del Gobierno, que ocupan el Fuerte y las plazas de la Victoria y del 25 de Mayo –hermanas siamesas unidas por la Recova–, se defienden, pero son vencidas y Pagola asume el mando militar de la ciudad. El gobernador, en la madrugada del 2, huye hacia el sur, en dirección a Santa Catalina, en donde piensa encontrar al teniente coronel Rosas, que manda los regimientos de milicias y que no tarda en llegar con novecientos hombres.

Rosas salva el orden

Mientras estas tropas avanzan, Juan Manuel, hombre de tretas, envía a uno de los peones a la ciudad con un recado para dos o tres de sus fieles –abastecedores de carne del barrio de la Concepción–, pidiéndoles que interrumpan la asamblea o cabildo abierto que van a celebrar los vencedores en la iglesia de San Ignacio. Es el 3 de octubre. Reunión harto heterogénea: partidarios de Sarratea, individuos de la facción de Soler, sujetos de puñal, algunas personas decentes y mucha chusma, y entre ellos los elementos de avería enviados por Rosas. Uno de los jefes civiles de la revuelta propone a Dorrego como gobernador. Un amigo y pariente de Rosas le replica violentamente. El dorreguista pretende ocupar de nuevo la tribuna –el púlpito de la iglesia–, cuando se pone a vociferar un italiano, hombre culto pero chiflado, que padece de morbo anticlerical. Risas y chacota. Ya la reunión se trunca.



Gauchos payadores

El golpe de astucia del comandante Rosas ha sido muy hábil y oportuno, porque ya las avanzadas de sus tropas vienen entrando en la ciudad. En los barrios del sur, donde sostienen algunas guerrillas con los revolucionarios, aumenta su fuerza con la adhesión de numerosos grupos de pueblo. En la tarde de ese día 3, breves combates. Al siguiente, Rosas se apodera de las plazas de la Concepción y de Monserrat y su derecha llega a cinco cuadras del

Fuerte, donde está el grueso de las tropas de Pagola. Ese día, después de diversas tentativas de arreglo, va a reunirse la Junta de Representantes. Los revolucionarios han declarado que obedecerán al Cabildo, y el Cabildo asegura que cumplirá lo que disponga la Junta. La reunión de los Representantes se realiza en el convento de las Capuchinas. Tropas de Rosas vigilan las proximidades del convento. La reunión comienza a las once de la mañana y dura hasta la madrugada. La Junta se ratifica en el nombramiento del general Rodríguez, concede una amnistía general —con la que espera seducir a los revoltosos— y manda las tropas a sus cuarteles para que esperen órdenes del gobernador. Pero los revolucionarios no aceptan la resolución de la Junta y se preparan al combate.

Rosas, antes de atacar la plaza, en donde se han concentrado



Don Juan Manuel de Rosas



Los colorados de Rosas

los revolucionarios, entra en casa de sus padres, y –anotemos el rasgo de ternura filial y de modestia– les pide la bendición. Sus padres viven en la calle de la Reconquista, actual Defensa, frente al paredón de San Francisco. Por esa calle, donde están formadas sus tropas, lleva el asalto a la plaza. El gobernador Rodríguez permanece a bastante distancia de allí, en el cuartel de la Residencia. Rosas, a la cabeza de sus tres escuadrones, ataca la trinchera de Pagola, frente a San Francisco. Los Colorados hacen callar a los cañones y, en un combate al arma blanca, derrotan a los cívicos. Otros soldados fieles al gobernador desalojan a los revolucionarios de las azoteas. Con el final de este entrevero termina esta parte del combate. Y a las cinco de la tarde, montado en su bello tordillo de patas negras, al frente de sus Colorados del Monte, entra en la plaza del 25 de Mayo el joven teniente coronel Rosas[1].



Gauchos

Pero todavía no ha triunfado totalmente el Gobierno. Fuerzas de Pagola ocupan las proximidades de la plaza. A la cabeza de dos escuadrones, Rosas carga contra el cantón instalado en la Universidad y lo toma, mientras soldados del gobernador Rodríguez se apoderan de otros cantones. Juan Manuel reúne a sus Colorados en la plaza de la Victoria, pone guardias en ciertos sitios estratégicos, ordena buscar y recoger a los heridos de ambos bandos y organiza patrullas para que recorran la ciudad e impidan los desórdenes. Atardece, cuando llega el gobernador. Rodríguez, conmovido, se detiene frente a Juan Manuel, y como un homenaje al triunfador, se quita la gorra militar que trae

puesta y lo invita a colocarse a su izquierda y entrar con él en el Fuerte.

Al otro día, la Junta de Representantes vuelve a acordar al gobernador la suma del poder público, *con todo el lleno de facultades y la mayor amplitud de ellas que sea necesario al logro de la única y suprema ley de los estados, que es la salud del pueblo*, como reza el oficio dirigido a Rodríguez. "Con todo el lleno de facultades"... No lo olvidemos.

Un mes después, dos pobres diablos serán ejecutados en la plaza de la Victoria como culpables del movimiento dominado por Rosas.

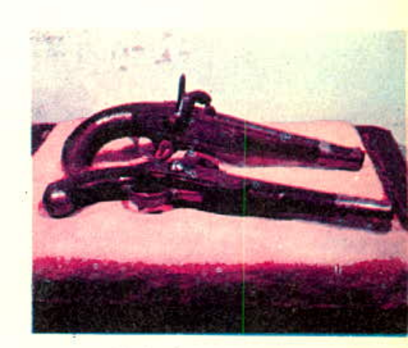


Soldado federal

Ejemplo de sus milicianos

En toda la población, cansada de tanta anarquía, no se habla sino de Rosas. Es el vencedor de los revoltosos, el héroe de la jornada. Se escriben versos en su elogio. Distribúyese, en una hoja suelta impresa en colores, en donde aparecen tres soldados suyos, el soneto que un fraile, uno de los mejores poetas de la época, ha compuesto en honor de los Colorados. Les llama a los milicianos del Sur "honorable legión americana"[2], les dice que graben en sus corazones *la memoria y la grandeza* de Rosas y les anuncia a esos restauradores del orden que la Provincia y las instituciones serán salvas si hacen siempre de la ley su empresa y de la libertad su divisa. Otro poeta compara a Rosas con Washington. Y en serie de poemas breves se alaba a las milicias del Sur, que cubren las calles de camisas coloradas y de las que el pueblo dice que *no hacen mal a nadie.*

Porque éste fue, en efecto, el mayor triunfo de Rosas. Ahí donde el vencedor siempre ha saqueado y robado, exigido contribuciones y violado a las mujeres, los Colorados se conducen con una corrección asombrosa. Nunca se ha visto nada semejante. La gente comenta absorta cómo los milicianos no han disparado un solo tiro que no fuese contra los sublevados, ni ejercido el menor acto de fuerza en perjuicio de nadie, ni aceptado bebida que no fuese agua pura. Azora el ver a esos gauchos, tan valerosos durante el combate, convertirse luego en hombres humildes, silenciosos, respetuosos. Ni los extranjeros ni los criollos encuentran palabras para elogiar la disciplina, la honradez, la sencillez de esos hombres de Rosas, de quienes nadie tiene la menor queja y a quienes nadie acusa ni siquiera de un simple acto de arrogancia. Un escritor de ese tiempo, un fraile genial, inventor de palabras como Rabelais, y decidor de grandes verdades, el padre Cas-



Armas de la época

tañeda, les llama en uno de sus periódicos "el batallón virtuoso de don Juan Manuel de Rosas", y escribe que el ejército salvador traía "la moderación unida con el valor", de tal modo que *antes y después de la victoria no se ha visto un solo voluntario ebrio, no se ha oído una sola expresión indecente, una sola acción indecorosa, nada que no respirase sinceridad y honradez.*

¿A qué se debe la conducta, acaso única en América, de estos soldados? Es la obra exclusiva de su jefe, que, como nadie, sabe imponerse y educar en la disciplina y que tiene, como nadie, la pasión del orden. Es indispensable recordar siempre estos sucesos



Lanzas y guitarras

Peones troperos "mateando", durante un descanso en el camino

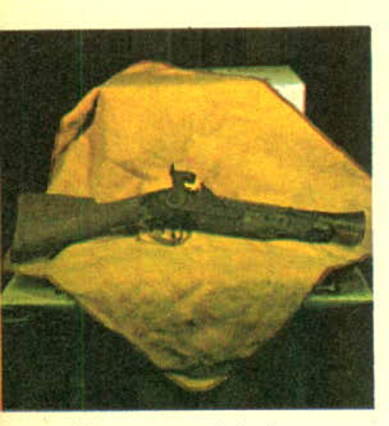
del año 20, para comprender a Rosas. Más tarde veremos cómo esta pasión del orden, que llega en él al fanatismo, le empujará, en el gobierno, a actos de dura justicia, de cruel justicia a veces contra los hombres de la anarquía.

Cinco días después del último combate, el ya coronel Juan Manuel de Rosas, ascendido por su coraje y sus méritos militares, en los que, por entonces, nadie duda, dirige un manifiesto al pueblo. Declara cómo estaba fatigado de contemplar la repetición de tantos actos anárquicos durante ese año y cómo "lamentaba en silencio la disolución de todos los vínculos que ligan al ciudadano con la autoridad". No pudo soportar *los efectos de la inseguridad pública* que iban a venir e hizo *un esfuerzo superior a la oscuridad de su destino*. Historia, en pocas palabras, cómo, tres meses atrás, ha venido en auxilio del orden y combatido en San Nicolás y en Pavón. Se lisonjea –recordemos de nuevo estas palabras y las siguientes– de "la superioridad que en él reconocen el orden y la subordinación". Sus hombres demostraron que "iban a salvar, no a destruir", porque *tanto es el influjo que comunica la justa severidad y el religioso ejemplo*. Y recuerda cómo sus tropas han respetado *al hombre y sus derechos.*

Todo este documento, aunque escrito en prosa algo barroca, es admirable. El padre Castañeda lo juzga "un virtuoso ramillete de pensamientos magnánimos", y agrega: *Ved, aquí, americanos, unos Catones con espada en mano. Ved aquí unos Cicerones armados: éstos son los que, mejor que César, vinieron, vieron y vencieron.* La revuelta, según el coronel Rosas, la han hecho "los



Padre Castañeda



Otras armas de la época

insubordinados del funesto germen de las rivalidades", los que han alucinado a unos pocos e impreso en ellos "el furor del encono" que –él lo jura– no ha existido en los vencedores. Señala a la división del Sur como brava para defender a las autoridades y "humilde, subordinada y ejemplar después del triunfo". La división, que va a partir, renueva sus juramentos de fidelidad y subordinación. "¡ Ojalá –exclama en una elocuente frase– que la sangre vertida sirva para restituirnos el bien que nos han arrebatado las pasiones! " Luego pide la unión, "la santa unión". Sin ella no hay patria. Sin ella todo es desgracia, "todo son fatalidades, miseria". Pero es preciso –aconseja a sus compatriotas– ser precavidos, sobre todo con "los innovadores, tumultuarios y enemigos de la autoridad". Y prorrumpe en estas palabras significativas: "¡ Odio eterno a los tumultos, amor al orden, fidelidad a los juramentos, obediencia a las autoridades constituidas! ".

En esta frase, como en las anteriores, está todo Rosas. Nadie tiene como él la pasión del orden. Para imponerlo, ha venido con sus gauchos a Buenos Aires; y ahora, una vez restablecidas las autoridades, él, que a nada aspira, se vuelve a su estancia y a su trabajo. Ha venido a luchar contra la anarquía y la ha vencido. Se ha sacrificado, sólo por destruirla. Recordémoslo siempre si queremos comprender a Rosas. Ahora se va a su campo, a seguir "la oscuridad de su destino". Y sólo volverá con sus gauchos ocho años más tarde, cuando la anarquía, más terrible y desolada que nunca, más cruel e injusta que nunca, reaparezca en la ciudad y en los campos.

NOTAS AL CAPITULO

[1] 1820. Aquí está Rosas en Buenos Aires, sin saberlo él mismo comenzando su destino político. Tiene 27 años. Aquí nació. Aquí fue tres años a la escuela; será todo lo que vaya. Cierta vez le confesó al inglés William Mac Cann que había concurrido un solo año. Humor o exageración. Pero no mucho. Tenía sobre sí la gracia —lo que Dios da gratuitamente— del talento político. Y supo aprovecharlo, que eso también nos dice el Evangelio debemos hacer fructificar los talentos, de cuyo uso se nos pedirá cuenta en el día del Juicio Final.

Buenos Aires es el paisaje que fundó la patria. Hambre de Mendoza, ciudad de Garay, puerto de contrabandistas. También infatuación de minorías, pero carácter de la tierra argentina. ¿Cómo era la ciudad, entonces? Emeric Essex Vidal, escritor, marinero, británico, pintor, dejará sus acuarelas testimoniales y melancólicas por el Londres de primera mitad del siglo XIX: "Picturesque Illustrations of Buenos Aires and Montevideo". Allí quedó en colores y por escrito, el argumento de esta comarca en la llanura:

"Antes que Buenos Aires fuera residencia del Virrey, se la consideraba en rango cuarta ciudad en Sudamérica, después superior a todas, salvo a Lima. Está edificada con calles rectas y anchas, sin pavimentar en medio, con veredas en los flancos. Se supone que tiene seis mil casas y unos setenta mil habitantes. La arquitectura de la catedral, la mayoría de las iglesias, los edificios públicos y privados, es atribuida a los hermanos legos jesuitas, que emplearon indios bajo su dirección, para realizar estos trabajos. Hay varios conventos y monasterios de monjas, construídos con hermosas piedras blancas, provenientes de una llanura no lejos de Buenos Aires. La blancura de los edificios públicos se conserva y se acentúa por la frecuencia del viento pampero, considerado como un excelente blanqueador.

Las calles principales se llaman de Santa Trinidad y de la Victoria. La primera, mira a la enorme entrada de la catedral, corre a lo largo de casi toda la ciudad y está ocupada por la clase

superior de sus habitantes. Casi todas las casas poseen jardín tanto al frente como atrás, y muchas tienen balcones de celosías, donde se cultivan hierbas de olor y flores. Sus claveles son los más grandes del mundo.

En este país la atmósfera es húmeda y echa a perder los muebles, especialmente en Buenos Aires, donde el piso de los cuartos que miran al sur, están siempre húmedos, los muros cubiertos de musgo, y ese lugar de los techos llenos de hierbas, casi tres pies de alto, debiendo ser limpiadas cada dos o tres años, para evitar que el agua de las lluvias se estanque y lo empape todo. La humedad, sin embargo, no es perjudicial para la salud."

Esta descripción es de 1819. Todavía hoy no hace falta más que llegar hasta San Telmo y constatar los detalles que perduran desde entonces. Y otros no muy aclarados todavía, salvando los matices: "Es asombroso que resulte casi tan difícil conseguir leche pura en Buenos Aires, como en Londres: resulta frecuente ver a los lecheritos rellenando sus tarros en el río, una vez que han vendido parte de su contenido."

Al inglés, inventor de "El tiempo es oro", le resulta difícil entender otras culturas: aquello del ocio creador de los griegos, el ensimismamiento —que dirá Ortega— estar sobre sí mismo, sin alterarse, alter-ego, en otro, permanentemente, como el mono, y que la pampa no es paisaje, es metafísica, donde el tiempo es sólo tardanza de lo que está por venir, como canta Martín Fierro. Por eso este vigilado desdén de Essex Vidal, cuando dice: "La aversión a toda clase de trabajo, mucho más fuerte en América que en otras partes, es notoria, porque se cree que la esencia de la nobleza consiste en no hacer nada. Imbuídos en estos principios y un definido sentimiento de la igualdad, los hijos del más humilde artesano desdeñan toda clase de labor y miran como objetivo demasiado bajo el continuar la ocupación de sus padres. Los vicios principales son el juego y una gran pasión por las mujeres; pero tienen una aguda percepción y un vigoroso entendimiento, de manera que si lograran las mismas ventajas que los europeos, sin duda los igualarían e incluso los superasen. Las artes mecánicas se circunscriben a las más indispensables, y ellas son practicadas por españoles pobres que vienen de Europa o las gentes de color.

Las mujeres de Buenos Aires, Montevideo y Maldonado, no gustan de hilar ni lana ni algodón, pero en otras ciudades es tarea habitual. Vestidos y modas son semejantes a los de España, pero en Buenos Aires y Montevideo, que son las ciudades principales y opulentas, el lujo es mayor y los negocios proliferan."

Está el río también, el este de la pampa hecho agua. Al inglés, marino de profesión, le causó misterio: "Cerca del centro de la ciudad, algo al norte del Fuerte, se ha construído una mole de piedra natural que sirve como desembarcadero. Tiene, más o menos, doscientas yardas de largo, doce de ancho y seis de alto. A pesar de esta protección, el río es tan bajo, que raramente pueden acercársele los botes, habiendo cinco o seis carros continuamente en actividad con el propósito de desembarcar pasajeros. Ha sucedido en los últimos diez años, que los hombres han ido a

caballo por el lecho del río, hasta cinco millas de la costa, cuando soplaba un viento fuerte del noroeste; más aún, se dice con toda autoridad, que hace veinticinco años, más o menos, durante un recio viento norte, desapareció el agua y dejó, a los habitantes de Buenos Aires, un horizonte de barro. Esto puede ocurrir, ya que el río tiene aquí treinta millas de ancho, y no más de tres brazadas de agua en su parte más profunda, salvo en las proximidades de la Colonia, donde hay un estrecho canal de cinco y seis brazadas. Lo contrario de esto se produce cuando sopla el viento del este, el cual, si es violento, levanta el agua en Buenos Aires, de modo que en un fuerte vendaval de ese punto, el malecón suele cubrirse, con excepción de su extremo, que es más alto que el resto y tiene una batería de tres cañones. De manera que estos vientos, según su dirección, hacen bajar o subir el río, no menos de siete pies. Hay otro fenómeno, aún más singular, tanto, que ninguna razón satisfactoria puede hallársele. En una oportunidad, cuando no prevalecía ninguno de estos vientos, el agua bajó tanto que se retiró a tres leguas de la costa, permaneciendo todo un día, y después, lentamente, creció hasta la altura habitual."

Así describe el paisaje donde llega don Juan Manuel, ese año 20, este pintor inglés que nos vio sin olvido.

[2] Se trata de Fray Cayetano Rodríguez, franciscano, nacido por 1776 en los pagos de San Pedro. Figura muy especial de nuestra historia en sus comienzos —murió por 1823— hizo el elogio de la Reconquista frente a Liniers y demás oficiales vencedores en 1806, y en la Iglesia de las Capuchinas exaltó en sermón memorable la Defensa de Buenos Aires. Fue diputado en la Asamblea Constituyente del año 13, y en el Congreso de Tucumán de 1816, donde redactó el Acta de nuestra Independencia. En 1815, al celebrarse el aniversario del 25 de mayo, el Cabildo de Buenos Aires debió recurrir al padre Castañeda para levantar el encomio de la Revolución en la Iglesia Catedral; nadie quería malquistarse con Fernando VII, redivivo en España, no fuera a ser que las vueltas de la historia nos dejaran colonia otra vez. El fraile contestó que "aunque fuera en la punta de una lanza iba a hacer pública profesión de su fe política".

Cantó "A la heroica victoria de Chacabuco", fundó y fundió ancha cantidad de periódicos —con nombres tan macarrónicos como "El Desengañador gauchipolítico, federimontonero, chotiprotector, putirrepublicador chacuacooriental de todos los hombres de bien que viven y mueren descuidados en el siglo XIX de nuestra era cristiana"—, creó una Escuela de dibujo en Buenos Aires, hizo el poeta muchas veces, se equivocó frente a Artigas y dejó este poema a los Colorados del Monte, que menciona Gálvez:

A LOS COLORADOS DEFENDIENDO AL PUEBLO

Nobles hijos del Sud, bravos campeones
vestidos de carmín, púrpura y grana,
honorable legión americana,
ordenas valientes escuadrones.

Plantasteis con honor vuestros pendones
sobre la ruina de la gente insana;
ilusoria dejando, inerme y vana,
la trama impura y vil de sus mandones.

La virtud y el valor, el alma han sido
de tan gigante empresa. Loor eterno
por tan glorioso triunfo conseguido.

Llénanos de gloria; que aún el nuevo Averno
vomite furias, quedará esculpido
en vuestro pecho leal, sensible y tierno.



Rancho de Rosas en Los Cerrillos, en su estado actual. (Pdo. de Monte). "Al visitarlo se siente como si la indiada volviera o estuviéramos viendo allí a los 'Colorados' adiestrarse para la guerra". (De apuntes para la historia de los pueblos. La voz de Monte. En su edición del 5-4-1968).

Capítulo II
EL SEÑOR DE LA PAMPA

Antes de volver a la pampa, Juan Manuel permanece unos días con sus tropas en las inmediaciones de la ciudad. Se teme otra revuelta. Y se teme a los indios, que han atacado a varias poblaciones del Sur.

Aunque viene siempre a la ciudad, ha querido, ante la perspectiva de una campaña, despedirse de sus padres. No ha podido hacerlo, y el 22 de octubre les escribe. "¡De los combates que sufre mi espíritu, Dios es testigo! " comienza. Se declara sensible a los afectos a que le mueven su condición de hijo, de esposo y de padre y cómo es víctima de su naturaleza vehemente. *¡Tanta es la impresión con que las pasiones excitan mi sensibilidad!* El día de la marcha se aproxima, y él llevará en el corazón a su *virtuosa compañera*, a sus *tiernos hijos*, a sus amantes padres. "A Juan Manuel de Rosas –dice, designándose en tercera persona–, que tiene valor para mucho, le falta para un personal adiós. Mis ojos no podrían resistir y toda mi entereza fluctuaría". La madre, en respuesta violenta, califica como acto criminal el de no haberse despedido. El le contesta a su "muy amada madre": respeta sus conceptos, pero no tuvo intención de delinquir. Ni un solo momento ha dejado de querer a sus amantes padres, y, si sobrevive de la nueva campaña, aprovechará un instante para pedirles la bendición y abrazarlos tiernamente. Y termina: *Para esto, ante todo y sobre todo, deseo la vida*. Siempre tratará a sus padres con el mismo cariño, y siempre, hasta en la vejez, evitará las despedidas solemnes. Expresa con vehemencia sus sentimientos, y así lo hará mientras viva. Si emplea formas exageradas no es tanto por exigencia de su temperamento como por ser costumbre de la época. Marco Avellaneda, abogado, poeta y futuro jefe de la coalición del norte, encabeza así una carta al coronel Juan Fa-



Coronel Juan Facundo Quiroga. (Litografía)

cundo Quiroga: *Mi dulce dueño*; y el propio Quiroga llama a cierto personaje *dueño de mis afectos.*

Pero Rosas no saldrá a campaña. La guerra con Santa Fe no se produce, y por obra suya.

He aquí en la estancia de Benegas, en el límite de las dos provincias, sus representantes. No se ponen de acuerdo. Santa Fe, arruinada por los ejércitos de· Buenos Aires, que saquearon la capital y desolaron los campos, exige, como condición de paz, y a título de indemnización, muchos millares de cabezas de ganado. Al gobernador de Buenos Aires parécele desdoroso el consentir.

Los representantes reúnense por última vez. Cada uno tiene ante sí los fantasmas de la guerra y de la anarquía. Pero está allí un hombre que ama, por sobre todo, el orden y la paz: Juan Manuel de Rosas. Ha ido allí con su propósito salvador, y ofrece entregar a Santa Fe, antes de un año, veinticinco mil cabezas de ganado. Ofrecimiento personal, no obligará al gobierno de Buenos Aires; pero él solicitará el concurso de los estancieros de la provincia.

La paz se firma el 24 de noviembre de ese año de 1820. En uno de los artículos del pacto, los gobiernos se comprometen a organizar un congreso nacional. El compromiso de Rosas figura en un agregado secreto. Los representantes sepáranse felices. No habrá guerra. La amistad entre Rosas y López se hace más fuerte. Juan Manuel invita a López a visitarle en "los Cerrillos", pero don Estanislao debe volver a Santa Fe, para las fiestas por la paz. No es menor el regocijo de Buenos Aires, que tanto teme a los santafecinos. Todavía no se sabe, pero se sabrá más tarde, que es Rosas, con su gesto generoso y patriótico, quien ha salvado a los pueblos de la muerte y de la miseria.

Rosas y los indios

Disgusto y desilusión de Rosas por esos días. Se los debe al general Rodríguez a quién él hizo gobernador, y que está demostrando, con sus actos, un funesto desconocimiento de nuestras realidades.

Para Rosas no hay tema tan trascendente como el de la seguridad de la campaña. Nadie lo conoce y entiende mejor que él. Al comenzar el año ha presentado al Gobierno una memoria, su segunda memoria sobre el asunto. En este documento afirma que "los bienes de la asociación han ido desapareciendo desde que nos hemos declarado independientes" y que en la campaña no hay derechos ni civilización. Habla de los propósitos del Gobierno, que



Rancho de Rosas en la estancia "Los Cerrillos"

desea se encaminen, como sus anhelos de ver el fin del desorden y el principio del orden. Quiere que las fronteras sean puestas "en un pie brillante de defensiva", que gobierne la campaña un militar, con facultades tan ilimitadas que pueda "imponer hasta la última pena, dando cuenta". Quiere que la campaña esté libre de ladrones, vagos, salteadores y perturbadores y que la ejecución de las penas se realice *con todo el imponente aparato que satisfaga a la causa pública, escarmiente a los malvados e imprima un justo horror al crimen*. Quiere, en fin, que la guerra contra el indio sólo se haga en último caso, como un mal menor.

¡Qué problema el del indio! Aunque las grandes tolderías están lejos, al sur de la Provincia y en las tierras que hoy constituyen los territorios de La Pampa y del Río Negro, los salvajes tienen toldos a treinta leguas de la capital. De cuando en cuando irrumpen en pueblos y estancias, y roban, asesinan, violan, incendian y se llevan gran número de cautivos. No puede haber nada estable ante la permanente amenaza del malón. Los gobiernos han tratado de contenerlos, para lo cual mantienen "guardias": modestísimos fuertes, defendidos por algunas docenas de soldados. Una línea de guardias marca la frontera con los indios. Cerca de los campos de Rosas está la Guardia de San Miguel del Monte. ¿Qué hacer ante los bárbaros? Atacarlos es gravísimo error: poseen armas de fuego, boleadoras, lazos, lanzas e ignoran el temor a la muerte. Sus caballos, los más ligeros de nuestros campos, están maravillosamente adiestrados.



Indio del Sud



Ataque de los indios ranqueles a una diligencia

Sólo se aniquilará a esos millares de hombres cuando se les ataque desde Buenos Aires hasta la cordillera de los Andes, empresa por el momento irrealizable. Ahora, para que no dañen, hay que pactar con ellos, buscar su amistad, hacerles regalos, sobre todo de yeguas, cuya carne comen cruda y cuya sangre beben.

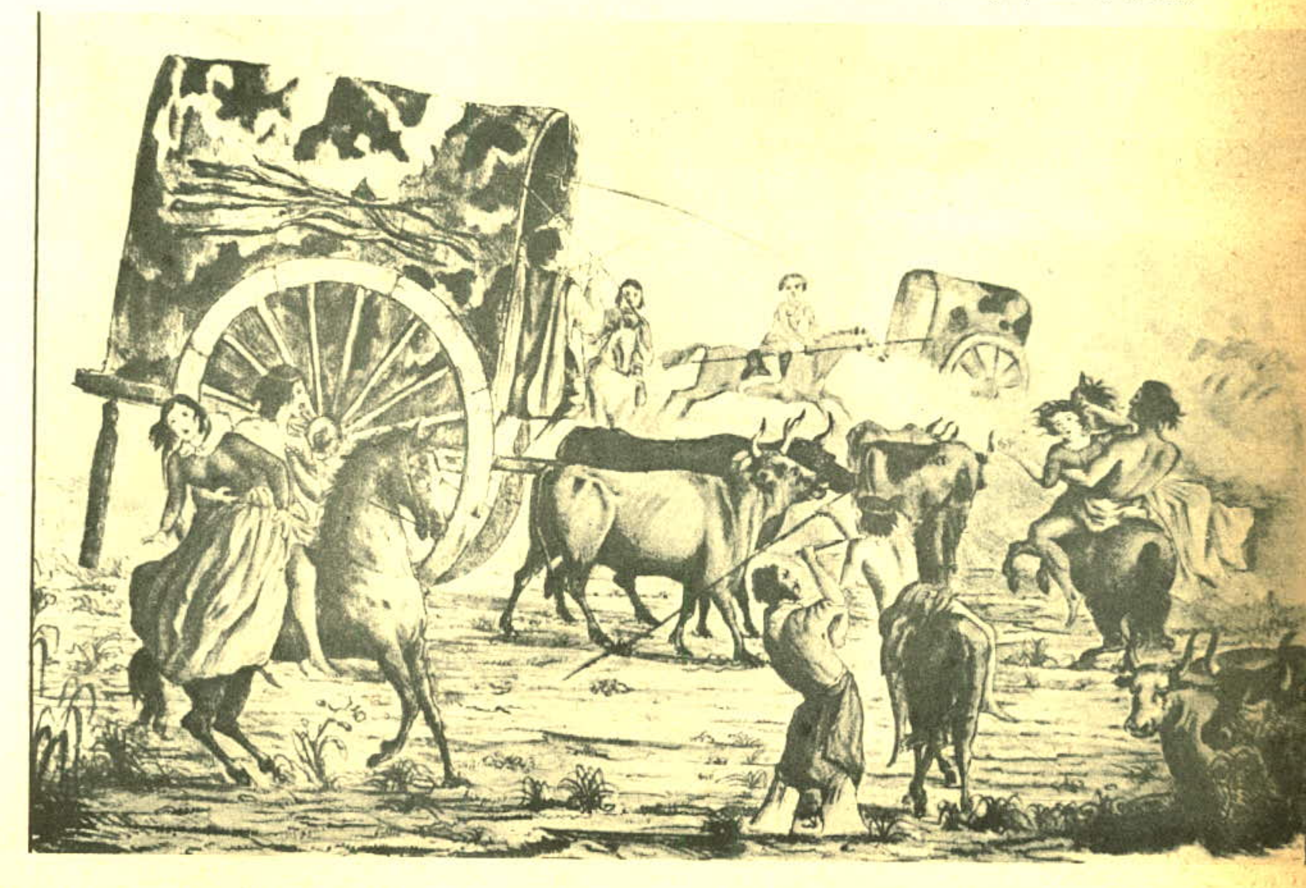
Pero a Rosas esto no le basta. En sus estancias tiene muchos indios, que allí adquieren rudimentos de civilización. Aprender a no robar ni matar. Muchos son bautizados y adoptan nombres cristianos. Hacia el 70, el jefe de los ranqueles será el indio Mariano Rosas, criado y bautizado en la estancia de Juan Manuel. Entonces, Mariano le dice al coronel Lucio Victorio Mansilla que ha ido en excursión a Los Toldos, cómo todo lo que sabe se lo debe a Rosas, que ha sido para él su *mejor padre.* Los amigos de Rosas, sin embargo, no son los ranqueles, sino los pampas, cuyos caciques se envanecen de esa amistad y le llaman Juan Manuel. Los ranqueles tienen sus toldos en lo que será después la gobernación de La Pampa, al sur de Córdoba. Los pampas son los vecinos de los estancieros del sur de Buenos Aires; Juan Manuel tiene tan frecuente trato con ellos que ha aprendido su lengua. Y para ellos, Rosas es el hombre que cumple, el hombre todopoderoso, el amigo y protector de los indios.

¿Qué ha ocurrido en Los Toldos? El caudillo chileno José Miguel Carrera, hombre de valer pero provocador de discordias, los ha alborotado. El día en que se firmó la paz, Carrera, que estaba en Santa Fe y temía ser entregado al gobierno de Buenos

Aires, ha huido con cien secuaces. Ha aumentado su horda con indios y ha atacado el Salto. La indiada ha incendiado el pueblo, robado y asesinado. Y trescientos cristianos, en su mayoría mujeres y criaturas, han caído en cautiverio.

Ante el terror de Buenos Aires, Rodríguez ordena atacar y perseguir a los asaltantes. Pero antes ha vencido, manda tropas, por tres puntos distintos de la Provincia, contra los pampas. Uno de los jefes es Rosas, que va al frente de sus Colorados. A él le disgusta esta campaña, porque los indios que devastaron el Salto no son pampas sino ranqueles. Los pampas, diez meses atrás, han firmado con Buenos Aires un tratado de paz y lo van cumpliendo. ¿Qué harán al ver cómo los cristianos lo violan? Atacarán por todas partes y será difícil contenerlos. En efecto, los malones comienzan; y la misma estancia "Los Cerrillos" es asaltada y asolada.

Un malón. Ataque de indios (Litografía de la época)



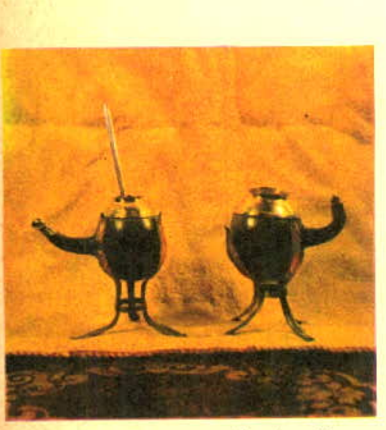


General Pancho Ramírez

Hombre de orden y disciplina, Rosas obedece al Gobernador; pero se distancia de él. Le ha herido, en los primeros días, que Rodríguez le ocultara su plan y no hubiera considerado sus informes al Gobierno sobre un problema que conoce mejor que nadie; y ahora, esta campaña insensata. Rodríguez, que le debe el ser gobernador, tiene con él reservas y desconfianzas. ¿Por qué esta actitud en el amigo de ayer? Juan Manuel no tarda en conocerla: Rodríguez acentúa cada vez más su unitarismo y rodéase de las "categorías" de esta facción. Juan Manuel es neutral; pero la amistad que ha trabado con Estanislao López le hace sospechoso de federalismo. Los hombres del círculo de Rodríguez lo atacan desembozadamente. Algunos incompresivos le creen capaz de unirse, junto con López, al caudillo de Entre Ríos, Pancho Ramírez, que acaba de declarar la guerra a Buenos Aires. Rosas, amargado, pide su retiro de las milicias. Se le concede en febrero de 1821, con derecho a usar uniforme.

Días después, publica, en hoja suelta, un manifiesto. Lo hace porque los unitarios, los fieles de Rodríguez, le acusan de querer derrocar al gobernador, en combinación con los que se llaman federales. En este documento, Rosas afirma no pertenecer a ningún partido. Si salió de su vida de estanciero fue por servir al orden. *Si a mí fueran los tiros solamente, enmudeciera; pero como se dirigen hasta lo más sagrado de la autoridad, debo hablar.* Anotemos estas palabras: "lo más sagrado de la autoridad". Ahora vuelve "a las labores de la vida privada". Y *al cambiar la espada por el arado* y al retirarse *para no ser más que un buen patriota y un particular amigo de las leyes*, declara que a nadie pertenece sino a la causa pública y que de nadie ha sido sino de la Provincia.

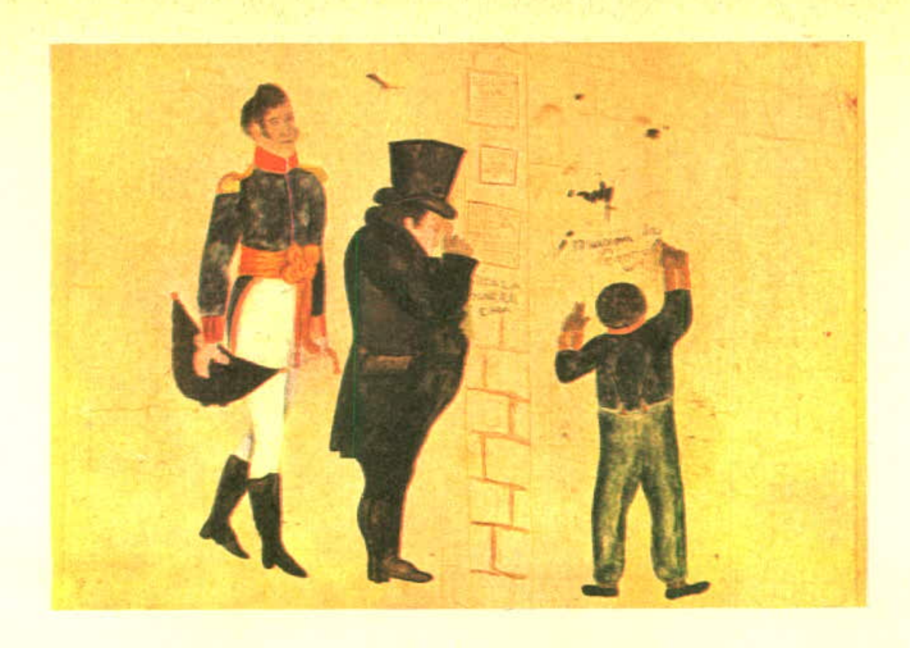
Y se va a "Los Cerrillos" a reconstruir su estancia, a vivir la vida oscura del estanciero. Pero no vuelve el mismo que de allí salió para defender la autoridad. Salió como un desconocido y vuelve transformado en un hombre respetable. Ha probado sus garras. Ha presentido que hay en él un destino extraordinario. Y con su sensibilidad alerta, él, que antes nunca se interesó por los sucesos políticos, se dispone a observarlos y a estudiarlos.



Mates que utilizaba Rosas

Rivadavia y su política antirreligiosa

Termina en marzo de reunir treinta mil ciento cuarenta y seis cabezas de ganado para Santa Fe –más de cinco mil de las prometidas y de las cuales cerca de dos mil son suyas y de sus socios– cuando sobreviene, semanas después, un acontecimiento.

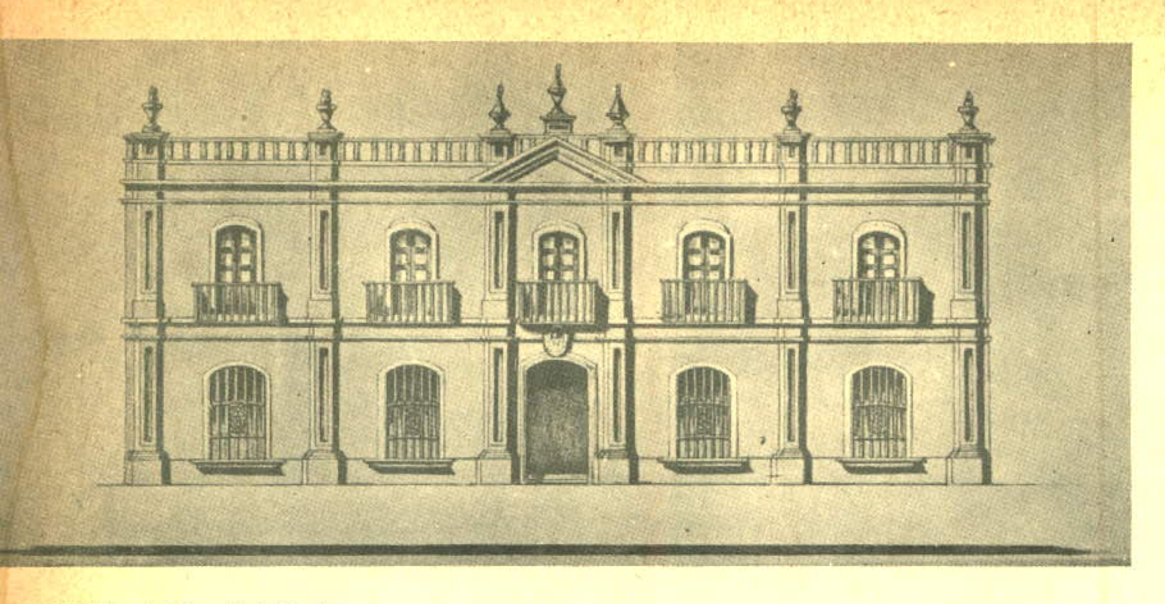


Caricatura anónima

Ha llegado de Europa don Bernardino Rivadavia, y Rodríguez, el 19 de julio, le nombra ministro de Gobierno. El cargo no ha estado vacante, pero el gobernador y sus allegados, amistosamente, logran la renuncia del que lo ocupa, con el fin de que "el señor Rivadavia", como le dicen con admiración, forme parte del Gobierno. O mejor, para que gobierne, pues eso ocurrirá dadas sus aptitudes, su prestigio y su temperamento dominador y los magros dones de estadista del general Rodríguez.

Don Bernardino Rivadavia, hijo de gallegos, tiene cuarenta y un años. Secretario del Primer Triunvirato, en 1811 se desempeñó con energía. En conflicto con la Junta –poder legislativo–, la disolvió mediante un golpe de estado. Ahogó sangrientamente la sublevación del regimiento de Patricios, el cual estaba en connivencia con los conservadores y con elementos populares. Y al descubrir la conspiración de los españoles en 1812, fusiló a treinta y tres, entre ellos, al jefe, el arrogante potentado don Martín de Alzaga, a otros hombres de importancia y a un sacerdote muy querido. Volteado el Triunvirato por la revolución del 8 de octubre de 1812, Rivadavia no ha vuelto más al poder[1].

Es un liberal, pero no al modo francés, más o menos jacobino, sino al de Floridablanca, el ministro de Carlos III. Liberalismo señoril y cortesano. Monárquico. Rivadavia fue elegido en 1815 para buscarnos en Europa un rey. Intentó traer a Carlos IV, que, destronado por su hijo Fernando VII, pasaba miserias en Roma. Se ha pretendido que este monarquismo era simulado. Es preferible creerlo sincero, pues el engañar al pobre Carlos IV era mala



Edificio del Consulado (Bs.As.), donde funcionaba la Escuela de Música.

acción. ¿Y cómo no sería monárquico quien, en Madrid, presentó *a los pies de Su Majestad las más sinceras protestas de reconocimiento de su vasallaje*? ¿Y cuando casi todos los hombres de su partido también lo son? Considérasele ilustradísimo, talentoso, hombre de ideas y de vastos proyectos, gran señor y poderosa personalidad. No le perjudica su fealdad. Es petiso, mal formado, trompudo y tiene el color amulatado; sus brazos son tan chicos que parecen de otro cuerpo; el vientre le abulta con exageración; y sus ojos, demasiado redondos y abiertos, surgen como al ras de las cejas. Tampoco le perjudica el vestir de cortesano: la casaca redonda, el calzón con hebillas. Y a sus méritos intelectuales y de carácter que se le atribuyen, al arte de conversar y convencer, agrega el venir de Europa, de París, el París de los años que siguieron a Waterloo, el de Luis XVIII, el de la segunda Restauración, en donde ha hecho amistad con celebridades como el general La Fayette, el sabio Humboldt y el filósofo Destutt de Tracy.

Su incorporación al gobierno es trascendental, pues, aparte de la obra que realizará Rivadavia, ella provoca el verdadero nacimiento del Partido Unitario. El espíritu unitario, caracterizado por el desprecio de los demás pueblos del país; por el europeísmo y el doctrinarismo; por el afán de ilustración y la indiferencia hacia la campaña, alborea en 1810. Comienza a concretarse en partido con el Directorio: gobierno central y nacional. Y así, los *directoriales* son los futuros unitarios. A la caída del Directorio, en 1820, desaparecidos los jefes, los partidarios de la

unidad se llaman *directoriales reformados*. Pero sólo se constituyen en partido cuando llega Rivadavia y en él encuentran un jefe. No en un partido como los del siglo XX, organizado en comités. Un partido, por entonces, no es una agrupación: es una coincidencia de opiniones, de sentimientos y de intereses.


Coronel Manuel Dorrego

Para Rosas el advenimiento de Rivadavia tiene importancia decisiva. Rivadavia, despreocupado de la campaña y del problema del indio, dedícase a fundar institutos culturales. Mientras Rosas tiene tendencias democráticas, Rivadavia, aristócrata y enemigo de la plebe, gobierna para la clase dirigente. Rosas es católico y respeta a la Iglesia, y Rivadavia, al año y tres meses de gobierno, impone su reforma eclesiástica: supresión de conventos, secularización de cementerios, disminución de los derechos y privilegios del clero. Por todo esto Rosas, ya distanciado de Rodríguez, se vincula con los grupos opositores que siguen a! coronel Dorrego y que son llamados *federales*.

Es esencial saber lo que hizo y lo que destruyó Rivadavia para comprender lo que Rosas habrá de hacer y restaurar más tarde.

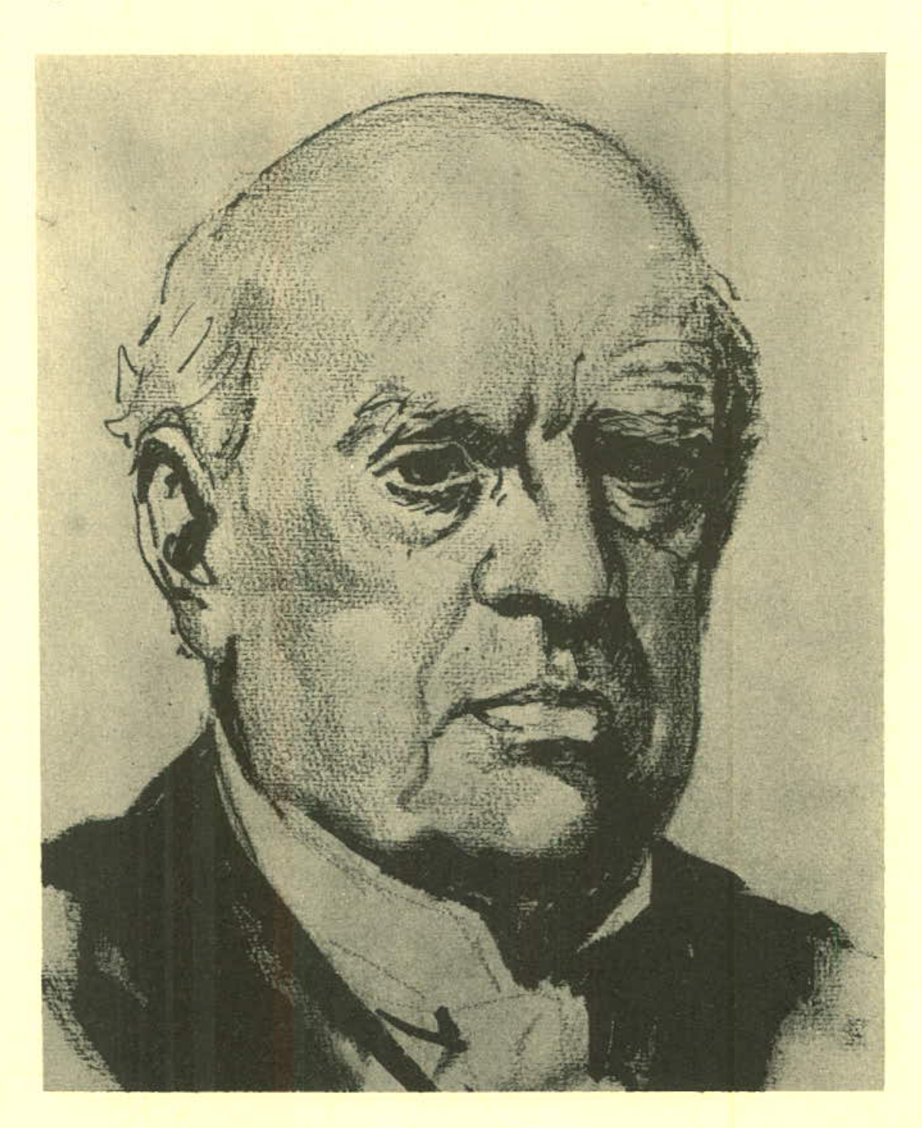
Impulsado por su pasión de cultura, por el afán de civilizar, Rivadavia produce, en los dos años y diez meses de su ministerio, una fabulosa cantidad de decretos. Muchos son útiles y excelentes. Otros, absurdos. Rivadavia quiere que la atrasada Buenos Aires tenga museos, academias científicas, instituciones literarias, escuelas de arte dramático y musical. No advierte que los indios están a treinta leguas de la ciudad. Redacta sus decretos en prosa afectada, y así dice que "1810 forma la era de nuestra existencia política", y llama "propietarios artistas" a los modestísimos industriales de su tiempo. Algunos de sus decretos hacen reír a sus contemporáneos, como el que encarga a una Academia de Medicina y Ciencias Exactas formar una colección de la geología y de las aves del país, y como aquel otro en que reglamenta la escuela de partos. Pero lo más absurdo que imagina este hombre ingenuo, al que sus admiradores llaman *el padre de las luces*, consiste en dar a España, amenazada por una agresión francesa, nada menos que veinte millones de pesos a fin de que, agradecida, reconozca la independencia americana.

En realidad, Rivadavia es un mediocre infatuado. Su mediocridad se revela cuando discute sobre algún político o escritor europeo: para él la prueba de mérito reside en ser admirado por mucha gente o en tener múltiples lectores. Sus largos años en Europa le han hecho mal. Insensible a nuestras realidades, pretende implantar aquí lo que allí ha visto, y en algunos casos, como dirá de él su correligionario Domingo F. Sarmiento, *aquello que Francia e Inglaterra no habían alcanzado*. El general José de

San Martín le juzgará severamente en su carta al chileno Palazuelos, escrita en 1847: *Sería cosa de no acabar si se enumerasen las locuras de aquel visionario, y la admiración de un gran número de mis compatriotas, creyendo improvisar en Buenos Aires la civilización europea con sólo los decretos que diariamente llenaba lo que se llamaba archivo oficial.*

El más grave error de Rivadavia es su política antirreligiosa. Nadie se la ha solicitado y el país llega a odiarla. Arroja de su convento a los franciscanos, que carecen de rentas, viven de la caridad, predican y enseñan a los bethlemitas, que sostiene un hospital. Nadie se ha quejado contra estos religiosos. La comisión que en la Sala, como suele llamarse a la Junta de Representantes

D. Domingo Faustino Sarmiento

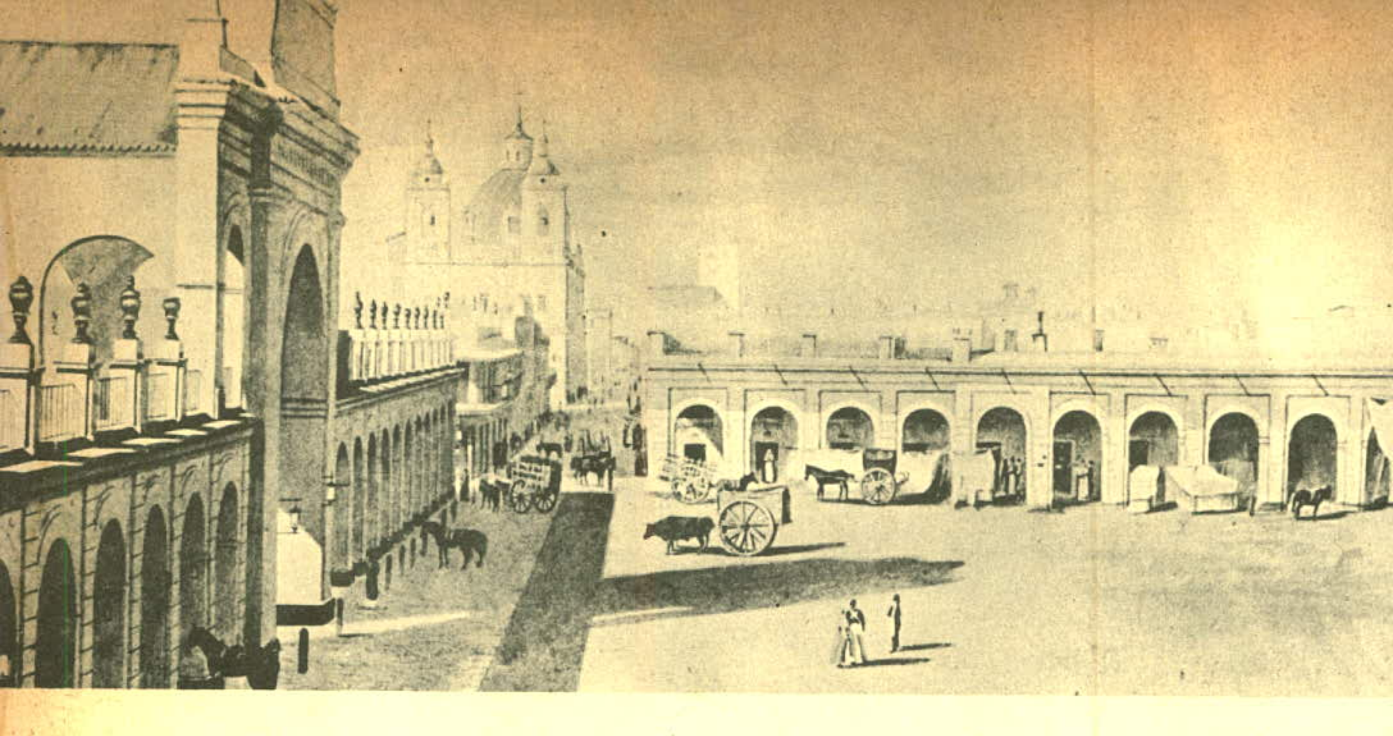




Iglesia de San Ignacio

o Legislatura, defiende el proyecto, informa que "si no la mayoría una gran parte del pueblo y provincia de Buenos Aires" mira a las comunidades religiosas "con respeto, y, puede asegurarse, con veneración". Es explicable, pues los han visto "dedicados a enseñar en sus escuelas, casi las únicas gratuitas que había en este pueblo, a una multitud de niños pobres; los han visto, y los ven hoy, prontos a servir en su ministerio adonde los llama la necesidad: a las cárceles, a consolar y prestar sus últimos auxilios a las víctimas desgraciadas de la justicia; a los confesionarios, a los púlpitos, a las casas particulares para reconciliar a los pecadores con su Dios, enseñar los principios de la moral sublime del Evangelio, consolar a los enfermos y afligidos de sus dolores y asistirlos en sus últimos momentos, aun cuando sea preciso pasar insomnes muchas noches a su cabecera". Y, sin embargo, la comisión aconseja que se apruebe el proyecto del Ejecutivo. . .

Por esta ley, el Gobierno se apodera de los bienes de los conventos, hasta de sus bibliotecas, archivos y objetos del culto; deja un convento de monjas, pero limita el número de las enclaustradas; obliga a los frailes a secularizarse y ofrece una pensión a los viejos y los impedidos; prohíbe profesar y hacer votos sin licencia y sin tener veinticinco años; se inmiscuye en pormenores



Arcos de la vieja Recova

ajenos al Estado; y desconoce la autoridad de la jerarquía residente en el extranjero sobre las casas de religión que deja subsistir.

Pero la obra anticlerical de Rivadavia y sus secuaces no se limita a esta ley. Suprime la Hermandad de la Caridad, porque, aunque este establecimiento se halla "en mejor estado del que podría esperarse", exigen su desaparición "los principios que rigen en el día, las ideas y costumbres que ellos hacen suceder a las que antes han dominado". Seculariza los cementerios y convierte en cementerio al convento de los Recoletos, a los que expulsa de su casa, a pesar de los elogios que les hace el decreto. Despoja al Santuario de Luján de las propiedades anexas. Favorece la entrada en el país de maestros protestantes, contra los que años después luchará Rosas, y las actividades de la Masonería. Permite la publicación de *El Lobero*, pasquín anticlerical, redactado en las oficinas del gobierno. Y por razones *de higiene* prohíbe enterrar en las iglesias.

La insolencia contra los representantes de Cristo, y el avance del descreimiento, son consecuencias de la política de Rivadavia. En la Sala, cuando se lee la nota del Provisor, en que se pide no se vote por la reforma, uno de los autores del proyecto califica las palabras del sacerdote, de *lenguaje egipcio en la boca de un frenético* y pide su extrañamiento. Pero ni el pueblo ni la sociedad simpatizan con la reforma. Y así, el Nuncio que envía Su Santidad a Chile al desembarcar en el año 23 –lo que hace a la una de la noche para evitar el contacto con nuestras autori-

dades– se dirige a su alojamiento por entre las casas iluminadas en su honor y el fervor del pueblo, que, hasta esa hora tan avanzada, le ha estado esperando en la ribera.

Rosas detesta a los unitarios. Mientras él, sin perder su distinción natural, es campechano, sencillo y nada intelectual, ellos son solemnes y afectados, se expresan presuntuosamente y hablan de doctrinas políticas y filosóficas y de escritores extranjeros. Rosas ve el mundo desde la tierra, desde la campaña argentina. Ellos lo ven desde los libros, pensando en imitar a Europa. Rosas cree que esos hombres desarraigados espiritualmente son funestos. El, formado en el campo, siente un poco a lo gaucho. Es el hombre de la pampa, "el señor de la pampa", como no tardarán en llamarle sus enemigos, creyendo disminuirle. Ellos sienten como extranjeros. Son hombres de salones o de bufetes. Ninguno sería capaz de domar un potro o de hacerse querer y comprender por los gauchos y por los indios. Por un momento le han mirado con desconfianza y temor. Ahora están tranquilos. Juan Manuel ha vuelto a su campo, y en la ciudad mandan ellos, los hombres de principios, los intelectuales, los que desprecian a los gauchos y admiran a la civilización europea.



Tomás Manuel de Anchorena

Pero la aristocracia y la ilustración no impiden a los unitarios expresarse de sus enemigos con inaudita violencia. Por los días de la llegada de Rivadavia, *La Gaceta de Buenos Aires* llama al Partido Federal "monstruo horrendo" y habla de la "ferocidad de sus maldades", de que "se encarniza contra las leyes y reglas sociales" y de que "no sufre la luz de la razón y del convencimiento, alimentándose solamente de la maldad y de la ignorancia". Los unitarios empiezan, así, a crear los grandes odios de partidos, de los que más tarde serán víctimas.

El estanciero

Rosas, mientras tanto, trabaja en su estancia y dirige tres estancias vecinas, de los Anchorena, a las que convierte en establecimientos modelos. En la suya, sesenta arados –caso excepcional por entonces– funcionan al mismo tiempo. Entre sus empleados figuran jóvenes distinguidos, algunos de los cuales ocuparán más tarde altas posiciones. Las peonadas se componen de gauchos y de indios. En cierta ocasión, llega a haber treinta y dos indios a sueldo. Entre los gauchos no faltan forajidos, que han ido a refugiarse allí. El no los rechaza, pero les impone, con mano dura, su ley de trabajo, de honradez y de disciplina.

Ley para todos, para él mismo. Penas severas a los que falten.

Llevar cuchillo en día festivo, en que son fáciles los altercados, tiene dos horas de cepo. Quiere concluir con la costumbre de pelear con cuchillo por cualquier cosa. Por eso, ha ordenado que los sábados, al retirarse del trabajo los peones entreguen sus armas a los capataces. Y no tolera olvidos. Al que salga al trabajo sin el lazo y las boleadoras, cincuenta azotes a calzón quitado.

Para imponer sus leyes, las infringe él mismo y se hace castigar; así los peones cumplen mejor y se someten sin protestas a las penas. Una vez, cabalgando con el negrito Matías, su cebador de mate, cae en un vizcacheral, en donde deja a propósito su lazo. Más tarde, cuando el negro se lo trae, le ordena darle veinte lazazos, *por mal gaucho.* El servidor no se atreve. Rosas lo obliga, ante los peones. Como el negro le pega sin fuerza, le dice: *Vea, amigo, si no pega como es debido, yo le voy a pelar a usted bien la cola, pegándole quinientos*. Después le toca el turno a un paisano que, anteriormente a Rosas, perdió su lazo al correr a un toro. Otro día, voluntariamente, sale sin el lazo al campo. Al advertirlo, se condena a los cincuenta azotes reglamentarios. Se baja las bombachas y se acuesta en medio del campo, boca abajo. El capataz se niega a castigarle y Rosas lo condena a cien azotes. Otra vez, el capataz le observa que no lleva el lazo y debe sufrir la pena. El patrón se somete, soporta los latigazos sin un gesto y luego premia al capataz por haber cumplido su deber. Un día de fiesta, como llevara el cuchillo, se hace aplicar el cepo en el pescuezo, tortura que aguanta sin proferir palabra,



Hombre de campo en la época de Rosas.



Corrida de toros

ante el asombro de los peones, que admiran su respeto de los reglamentos. El resultado es formidable; en sus campos no se miente, ni se roba, ni se ve un borracho. En el feudo que es su estancia, él hace justicia. Las autoridades para nada entran allí, ni a nadie se le ocurre acudir a ellas.

Con sus peones se conduce como un compañero de trabajo. Los trata de igual a igual, aunque sin permitirles confianza. Toma parte en sus juegos como en el llamado del Pato. Es un gaucho como los demás, al que admiran y respetan. Domador extraordinario, suele colgarse de una cuerda en la tranquera del corral, hacer salir a los baguales, dejarse caer sobre el más bravo y cansarlo en sus corcoveos. Ninguno de sus peones rivaliza con él en las boleadas, en la hierra, en las volteadas de animales salvajes. No teme al frío ni al sol. Vive austeramente, con la geométrica sobriedad del gaucho.

Su generosidad ha contribuido a su fama. A un cuatrero que le ha robado un capón y que ha caído bajo el caballo, en una vizcachera, le dice que para ser cuatrero hay que ser "buen gaucho y tener buen pingo"; lo lleva en ancas a la casa y lo hace estaquear y dar cincuenta azotes; lo sienta a su mesa, le promete ser padrino de su próximo hijo; le ofrece vacas, ovejas, una manada, una tropilla y un lugar en el campo, a fin de que trabaje allí como socio suyo; le da una cama para esa noche y le hace poner salmuera porque está lastimado; y dispone que degüellen al caballo, del que sólo el cuero sirve, y que lo estaqueen bien, "así como estuvo usted, por zonzo y por mal gaucho".



Guitarra, facón y rebenque de Rosas

Otra vez, pilla a tres indios carneando una yegua que le han robado, les habla en su idioma, les regala unos cuantos animales y los indios se van a sus toldos a pregonar la generosidad de Rosas.

Comparte las fiestas de los paisanos. Toca la guitarra y baila. ¿Cuándo ha sido aquella fiesta en honor de Estanislao López? ¿Acaso en 1822 cuando López se acerca a Buenos Aires para tratar con los pampas? La refiere un historiador veraz, emparentado con Rosas.

Llega el gobernador de Santa Fe con su comitiva. Más de mil gauchos ha reunido Rosas. En un galpón grande de la estancia será la fiesta para las personas de calidad. La paisanada improvisa un salón con cuerdas y lazos de árbol en árbol, sobre los que extienden techos de ponchos y de cueros, y donde los asientos son cabezas de vacas. Iluminan la noche candiles de diversos tamaños. Después de comer, Rosas, con sus invitados, se dirige al salón. El será el bastonero. Una orquesta de cincuenta guitarras toca el pericón. Rosas forma las parejas y las dirige. Luego, toma una guitarra y puntea un gato. Interrúmpese para llamar a Nicolasa, una linda criollita, muy vivaracha, a quien apodan "la colorada" y que es gran bailadora de gato. Rosas se la presenta al general López. Don Estanislao acepta, y, mientras Juan Manuel hace vibrar las cuerdas, el gobernador de Santa Fe se revela un maestro de la danza criolla. Y todos lo aplauden, cuando termina con una figura de punta y talón. Después, Juan Manuel baila un malambo, y López declara no haber visto nunca bailar con tanta maestría, ni zapatear con mayor gracia y originalidad.

Corrida de sortijas, el día siguiente. La inicia Rosas, que no yerra ninguna vez. Al acercarse la hora del almuerzo, una gran campana llama a carnear. No tardan en aparecer los trozos de carne ensartados en los asadores. Se baila hasta el anochecer. Y se sigue bailando por la noche. Pero el mejor número de las fiestas es el simulacro de combate entre trescientos indios, dirigidos por dos caciques y armados de lanzas, y cien Colorados, dirigidos por Rosas y armados con sables. A caballo, ambos partidos se atacan a todo correr. Cuando los indios, vencidos por el empuje de los Colorados, van a recurrir a las boleadoras, Rosas declara terminadas las maniobras: ni vencedores ni vencidos. Y cuando parte el gobernador de Santa Fe, Rosas lo acompaña y una multitud de gauchos lo escoltan mientras queman cohetes y corren carreras. Al despedirse, López le dice: "No lo olvidaré nunca; y cuando necesite el apoyo de mi provincia, sabrá cuánto le estimamos yo y mis santafecinos". Rosas, estrechándole las manos, contesta: "Lo mismo digo yo; en Los Cerrillos siempre



Bailando un "cielito"

habrá un rancho para el amigo y un par de mil hombres para el aliado".

Rosas en Santa Fe

El Gobierno quiere atraerse a Rosas. ¿Idea de Rodríguez, que sabe cómo es en la campaña de poderosa su influencia? Lo nombran diputado y miembro de la Junta de Comerciantes y Hacendados, que acaba de crear Rivadavia. Rosas renuncia a este cargo y a la diputación.

A principios de marzo de ese año 23, parte para Santa Fe. Acompaña a una delegación del Cabildo de Montevideo, que va a pedir ayuda en favor de la Banda Oriental, desde seis años atrás en poder de los portugueses; brasileños desde hace unos meses en que el Brasil se declaró independiente. Entre los delegados figura un español avecindado en Montevideo y cuyo nombre hay que retener: Domingo Cullen. La delegación lo espera todo de López: Rivadavia acaba de declararles que Buenos Aires no auxiliará en modo alguno el proyecto de liberar a la provincia hermana. Rivadavia es lógico: los unitarios han sido siempre enemigos de la independencia oriental, y fueron ellos quienes entregaron esa provincia a los portugueses.


Antiguo Cabildo de Santa Fe

Los viajeros son recibidos jubilosamente. Salvas de artillería, música, banquetes, brindis, baile en el Cabildo. El pueblo vitorea a Rosas al par que al Gobernador y a los delegados. López no se separa de Rosas, "señal cierta –comenta un testigo– de que hay coincidencia en los genios y en las ideas". Rosas presenta los documentos de haber cumplido con exceso su promesa de entregar a Santa Fe los millares de animales. Y acompaña al Gobernador hasta Cayastá, fortín del norte desde el que López adopta disposiciones para una expedición contra los indios.

Rosas recibe un excepcional homenaje. La legislatura, el 26 de marzo, lo declara ciudadano de Santa Fe; lo nombra coronel de sus ejércitos, con fuero y uniforme; asigna a él y a sus descendientes un asiento en el Cabildo, y le obsequia con un terreno dentro de la línea de frontera. Rosas no acepta, como no ha aceptado los cargos que le han ofrecido en Buenos Aires.

Revolución del 19 de marzo

Al volver, se entera de la revolución acaecida durante su ausencia, el 19 de marzo. Tiene noticias del suceso, pero ignora los



Histórico Convento de Santo Domingo

pormenores. Grupos armados –"tropas de la Fe" se llaman a sí mismos– bajo el mando de varios coroneles, han entrado en la plaza de la Victoria gritando *¡Viva la religión, mueran los herejes!* , al par que numerosos sacerdotes repartían escapularios. Vencidos, uno de los jefes es fusilado. A otros dos se les fusila en abril, cuando Rosas ya está en Buenos Aires. ¿Simpatiza él con esa chirinada? No con el hecho revolucionario, porque es hombre de orden; pero en él encuentra un nuevo motivo para abominar de Rivadavia, que, en vez de dedicarse a intereses vitales como los de la campaña, se dedica a dictar leyes anticlericales, que nadie reclama ni tienen la más mínima razón de ser, y que por medio de carteles –procedimiento ignominioso, nunca practicado entre nosotros– ofrece *dos mil pesos de los fondos del Tesoro Público*, y como "premio bien merecido", al que aprehenda o denuncie al supuesto jefe de la asonada, doctor Gregorio Tagle.

Llega a su estancia. ¡Devastada! Los indios han quemado los campos y robado las haciendas. ¡Tristeza da ver cómo ha quedado la que fue estancia modelo! ¿Y quién tiene la culpa? No el indio, que es irresponsable, sino Rodríguez y Rivadavia. Se han mostrado débiles, no han ayudado a los estancieros. No han utilizado los sabios consejos de Rosas. Ahora no queda otra solución que combatir a los salvajes con las armas.

Combate contra los indios

Con veinticinco de sus peones se presenta ante el jefe de los blandengues [2]. Este cuerpo anda en busca de los indios que han arrasado las estancias de la región de Chascomús. El jefe lo destina para compartir el mando de la vanguardia junto con un teniente coronel. Todo un dıa en busca de los indios. Los baqueanos pierden el rumbo. Hay que marchar en la oscuridad. Rosas, entonces, guía a la columna por entre los bañados de la comarca y el jefe le entrega el mando de la vanguardia.

Los indios aparecen el segundo día, cerca de la laguna del Arazá. La vanguardia carga contra ellos, los dispersa y rescata millares de animales vacunos que se llevaban. Juan Manuel ha expuesto su vida en este combate de Pila. Sus amigos le ruegan que no vuelva a hacerlo. El les contesta –el "cobarde" de los unitarios– que no admite ni le cuadra la fuga, ni el retirarse a lugares donde estaría seguro.

El General San Martín

En un día de noviembre de ese año de 1823, llega a Buenos Aires el general José de San Martín. Viene cansado y amargado; y pobre, pues no cobra sueldo alguno. Acaba de libertar a varias naciones. Pero los hombres, pequeños y viles, le han combatido con saña. En Mendoza ha sabido de las infamias que contra él cometen los gobernantes de Buenos Aires. ¡Hasta le han suspendido a su hija la pensión que le acordaron después de Chaca-



El Gral. San Martín con gente de pueblo.

buco! En mayo, ¿no apostaron partidas en el camino para prenderle como a un facineroso, según años más tarde dirá él mismo? Le acusan de haber desobedecido al Gobierno tiempo atrás, cuando, en vez de venir a Buenos Aires para defender a las autoridades contra los montoneros, se fue a libertarnos definitivamente de España y a crear naciones. Acaba de morir en Buenos Aires su mujer, tuberculosa. Dícese que va a ser procesado, pero nada ocurre. Y después de dos meses y medio, un día de febrero, se embarca para Europa, solitario y triste.

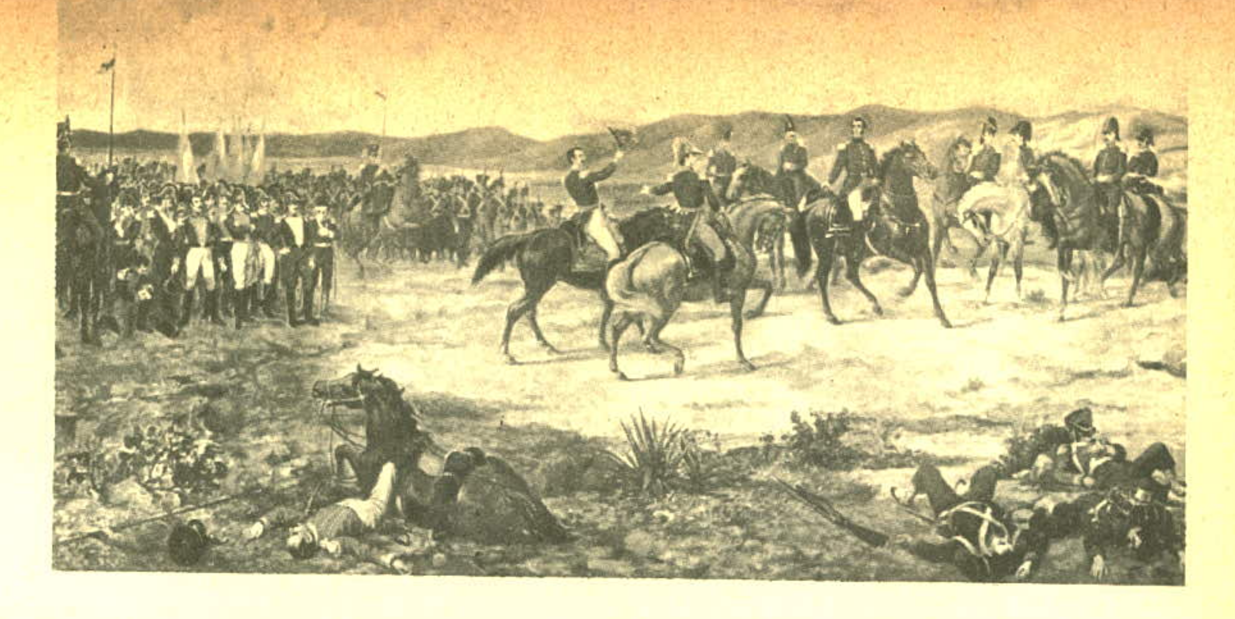
Gobierno de Las Heras y Congreso Nacional

1824. Termina el gobierno de Rodríguez y deja de ser ministro Rivadavia. La legislatura, el 2 de abril, elige gobernador al general Juan Gregorio de Las Heras, compañero de San Martín en las campañas de Chile y Perú. Rivadavia aspiraba al cargo, pero su exagerado afán de innovaciones, sus fantasías, lo absoluto de sus ideas, le han derrotado. Y en su desengaño, no acepta el ministerio que le ofrece Las Heras y parte para Europa.

Tiempo de paz. Ya no hay montoneros: el año anterior se ha firmado el Tratado del Cuadrilátero entre las provincias del litoral. Los indios se han tranquilizado. Sólo existe una nube: las relaciones con el Brasil. Y mientras corren los días, preocupa al país entero la reunión del Congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que se realizará en Buenos Aires.



General Gregorio Las Heras



Batalla de Ayacucho

Mediados de Diciembre: inauguración de las sesiones. Por fin, parece que van a unirse los argentinos. Diecisiete provincias están representadas, entre ellas la Banda Oriental; Corrientes, Santa Fe y Entre Ríos, que por primera vez asisten a un congreso de esta índole; Misiones, parte de la cual hemos perdido por la incapacidad de nuestros gobernantes; y Tarija, que, por igual razón, pasará a poder de Bolivia poco después.

Días más tarde, a millares de leguas, ocurre otro acontecimiento; el último ejército español en América es aniquilado en Ayacucho. La noticia no llega a Buenos Aires hasta el 25 de enero del siguiente año. Alegría unánime. En los cafés y lugares públicos, fervientes oradores exaltan el gran triunfo. Fiestas oficiales, iluminaciones, representaciones teatrales conmemorativas.



General Juan Antonio Lavalleja

Rosas prepara la independencia de los orientales

Este suceso coincide con la agitación, creciente cada día, contra el Brasil. Ayacucho muestra a los porteños el deber de liberar a los orientales. Reúnense algunos personajes para tratar de una invasión. Un hijo de esa tierra, el general Juan Antonio Lavalleja, se declara resuelto a realizarla. Todos convienen en ayudarlo pecuniariamente. Pero él cree también necesario que alguien, de quien el enemigo no tenga razón para sospechar, vaya a la provincia oprimida, observe los lugares de los futuros hechos de armas y anime a los patriotas de la campaña. Todos invitan a Rosas, allí presente, y él acepta.



D. Felipe Ezcurra

Para disimular, trasládase primero a Santa Fe. Dice que va a ver diversos campos, para comprarlos a nombre de los Anchorena. Y en efecto, visita, acompañado de conocidos, los campos del Rincón de Grondona. Pasa a Entre Ríos, donde ve otros campos, y por fin a la Banda Oriental. ¿Quién puede sospechar de él? Nadie ignora que es un rico hacendado, que administra estancias de otras personas, que es emprendedor en sus negocios y que no ejerce cargo público ni es político. En la Banda Oriental se entrevista con el general Fructuoso Rivera, al que conoce por ser amigo de sus cuñados, los Ezcurra, y para el cual lleva carta de Lavalleja. Comunica a Rivera lo resuelto en Buenos Aires y averigua la importancia de las fuerzas adversas. Se pone en contacto con los vecinos de mayor prestigio y reparte el dinero que ha traído. Considera que el momento es propicio y que no debe perderse tiempo.

A mediados de abril el general Lavalleja se embarca en la costa de San Isidro con treinta y dos hombres. El desembarco de los Treinta y Tres orientales en la Agraciada, lugar de la costa del Uruguay, constituye uno de los más bellos momentos de la historia de América. Empieza la liberación de la provincia hermana. A Rosas, en buena parte, le deben su libertad los orientales[3].

El Reglamento de Estancias

En "Los Cerrillos" Juan Manuel ha ido escribiendo sus Instrucciones. No constituyen un documento político ni se parecen a las de Ignacio de Loyola por su tema, aunque sí por su asombrosa minuciosidad, su agudo sentido práctico, la tremenda energía que revelan y el culto de la disciplina y del orden. Las páginas de Rosas, *Reglamento de estancias,* llevan este subtítulo: *Instrucciones para los ayudantes, recorredores y capataces de las estancias, que deberán observar y cumplir con puntualidad y delicadeza.* Curioso, lo de exigir *delicadeza* a esos hombres. Evidentemente, Rosas no hace las cosas a lo bárbaro y gusta de las buenas formas.

Estas instrucciones abarcan toda la vida del campo, desde el alba hasta la noche. Dispone cuándo han de levantarse los capataces, según la estación, y lo que se hará en las casas si hay niebla; cómo han de señalarse las haciendas diversas; lo que ha de hacerse con los terneros muertos y cómo han de cuidarse las tropas lanares, las majadas de ovejas pampas, las ovejas a pastoreo; cómo han de realizarse la trasquila y las recogidas. Se ocupa de las vacas recién paridas; de los tigres, leones, zorros, zorrinos, ci-



Los 33 Orientales

marrones y peludos; de los animales muertos; de los caballos "patrios", de la doma de potros y de las haciendas y animales ajenos; de la recorrida de los puestos; de los burros y de los padres de las manadas; de los caballos en general y de los caballos "delgados"; de los bueyes y del modo de capar a los toros; de la parición del ganado, de las vacas lecheras y de los pastoreos; de los caballos de tiro y de los punteros y de los que se cortan solos en las manadas; de los retajos y burros hechores y de las tropas de ganado.

Igualmente se ocupa de los hombres y sus distintos menesteres: chacareros y pobladores de los terrenos, nutrieros, carreros, pastores, chasques. No quiere peones doctores, de los que sólo se admitirá *en caso muy apurado*. Nada olvida de las cosas de la estancia y de la casa: tejados, techos de tejas y de paja, basuras, carretas, estacas, sebo, cueros, grasa, cerda, carne, tabaco, velas, colchones, cajones. Sólo permite cierto número de gatos e indica el modo de perseguir a las lauchas y a los ratones. No quiere más perros que los necesarios, ni cuzcos, "que no valen para nada". ¡De qué no se acuerda! No permite palos tirados por el campo; ni basuras fuera del basurero, *porque los hombres no deben vivir entre la basura*. Precavido, ordena que a la noche se cierren los cuartos con todas sus llaves y todos sus pasadores. Entre sus prohibiciones figura la de cortar paja de las alas de los ranchos para hacer prender el fuego.

Amor muy grande por el caballo, como buen gaucho que es. Debe trabajarse el caballo –dice– con *el más delicado y puntual*



General Francisco Rivera



Gaucho de la campaña de Buenos Aires.

esmero. No maltratarlo, y *mudarlo antes que se ponga pesado*. Para él *no hay cosa más mala que rematar o cansar un caballo*, pues *de ello resultan las muertes y el consiguiente menoscabo*. Cuando se mande algún chasque, darle mil consejos –"hacerle mil encargos", dice él–, *con el fin de que camine de modo que no se canse el caballo: al trote y galope, más trote que galope.* Y sobre los chasques ordena: *Los caballos que deje un chasque deben atarse en un lugar seguro y dársele agua diariamente. Esto, si el chasque va a volver pronto; y si no, deben acollararse bien, con colleras seguras y buenas. Al regreso entregará los caballos prestados y tomará los suyos. Todo caballo que se preste para todas estas operaciones, debe evitarse que sea de los de las manadas de un pelo".*

Nada le merece tanto cuidado como los *caballos del patrón*. Debe cuidarse, a la mañana y a la noche, que estén los treinta y uno. Hay que *pararles rodeo* por la mañana y *sacar con el freno un caballo*. El que vaya a tomarlo, *no irá como ánima, despacito, sino de golpe y ligero; y al tomarlo, lo agarrará por donde lo encuentre primero, ya sea de la cola, ya del lado de montar, ya del de enlazar, ya de una mano o de una pata.* Y *agrega, demostrando su profundo conocimiento del caballo: Para que se paren, no los gritará. Sólo les dirá: ll. . . ll. . . llito. Cuando lo saquen fuera del rodeo, enfrenado, le dirá: la mano. Y si a la tercera vez no se la entrega, le pegará en ella con el cuchillo.*

Su honradez orgánica se revela en la preocupación por el respeto de la propiedad de los otros. Dispone que *debe cuidarse mucho, y del modo más exacto y delicado, de no marcar algún ternero ajeno*, y agrega que *en las marcaciones caballunas debe haber el mismo cuidado*. Se ocupa también de los apartes de hacienda en la vecindad. No quiere quedarse con ningún animal de otro, pero vigila y cuida lo suyo con mil ojos. Sus instrucciones sobre las rondas, la vigilancia de los campos, la conservación, en perfecto estado, de cuanto tiene, revelan en Juan Manuel de Rosas un administrador excepcional. Con la misma minucia y conocimiento organizará más tarde la administración pública, su ejército y la vida toda del país. Ni un pormenor se le escapa a su ojo sagacísimo de profundo conocedor del campo, como ningún pormenor se le escapará años después al gobernante que conoce, como nadie, a los hombres y a su pueblo.



Tipo indígena de la llanura de Buenos Aires.

Tratado con los indios

En ese año de 1825 están ocurriendo en la Banda Oriental grandes acontecimientos. En junio, los orientales establecen un gobierno en el pueblo de La Florida; el 25 de agosto el Gobierno declara que "el voto general, decidido y constante, de la provincia Oriental", ha sido por la unión con los demás estados argentinos; y Fructuoso Rivera y Juan Antonio Lavalleja derrotan a los opresores, el primero, el 24 de setiembre, en el Rincón de las Gallinas, y el segundo, el 12 de octubre, en las márgenes del Sarandí.

Las relaciones con el Brasil se agravan. Ya eran muy serias desde la invasión de los Treinta y Tres. El Imperio acusa a nuestro gobierno de haber fomentado la "insurrección" de la Banda Oriental, su *provincia Cisplatina*. En Buenos Aires una pueblada asalta la casa del agente que acaba de enviar el Imperio, pisotea el escudo del Brasil y acude a la plaza de la Victoria entre "¡ mueras! " y otros gritos.

La guerra parece muy probable. El Gobierno se entera de que los imperiales intentan sublevar a los indios del Sur, y piensan en Rosas como el hombre indicado para hacer una paz sólida con los salvajes. Pídele encargarse de esta misión, y Rosas, a pesar de sus escasas simpatías por el Gobierno, acepta.

Comienza su obra en la ciudad, entendiéndose con tres indios cristianos que aquí viven: el lenguaraz Manuel Baldebenito, su mujer y la china Tadea. Los dos primeros, de conducta ejemplar, gozan de predicamento entre los indios, y lo mismo Tadea, mujer



Indio pampa

"de virtudes muy recomendables", que se ha manifestado siempre reconocida a los favores que Rosas le dispensara y a quien los indios miran como principal heredera de las tierras del Tandil y del Volcán. Rosas los envía a los toldos, para que trabajen el ánimo de los caciques pampas, tehuelches y ranqueles y traten de que consientan en reunirse con él en el Tandil y hablar de paz. Promete a los caciques, desconfiados, como todos los indios, que asistirá sólo. Y les propone que el parlamento –según los indios llaman a las asambleas de los jefes– se realice en territorio de ellos. Tres de esos caciques no han querido hasta entonces hacer arreglos con los cristianos, que faltan a la palabra. Les tienen rencor –¡el terco rencor de los indios! – desde lo ocurrido durante el gobierno de Rodríguez. Pero acceden en celebrar un gran parlamento cerca del Tandil con Juan Manuel, al que respetan y quieren porque es amigo de los indios. Y allá va Rosas, a encontrarse con ellos.

Escena de extraña belleza. Millares de indios de diferentes razas y tribus, pero en su mayoría pampas, esperan a Juan Manuel. Unos visten andrajos, otros están casi desnudos. Por armas llevan lanzas o chuzas y las infaltables boleadoras. Todos a caballo, y casi todos de vincha en la frente. Muchos, con las caras pintadas de negro y rojo, parecen demonios, sobre todo los que se han envuelto el cuello con plumajes de avestruz. Los caballos están adornados con cascabeles, cuentas de vidrio y campanillas.

Rosas, con inaudito acto de valor, se presenta solo. Pero él conoce a los indios. Sabe que apareciendo sin comitiva demuestra confianza en ellos y propósitos de paz. Rosas asiste a la llegada espectacular de algunos caciques: al son de cornetas y bocinas, paso a paso y con numerosas comitivas. Cuando están a doscientos metros del lugar donde celebraráse el parlamento, gritan salvajemente, corren de un lado a otro en desorden, simulan un combate alrededor de su cacique y luego forman en batalla.

Pero ya los caciques se han reunido con Rosas y penetran en el círculo que, sin desmontar, han formado los indios. ¿Qué siente Rosas en ese momento dramático? No hay duda de que el cautivante dominador de hombres que empieza a ser, confía en su actitud audaz y valerosa. Pero puede ocurrir que lo ultimen, aunque él vislumbra que eso no sucederá. Su sola presencia, su aire magnífico, su mirada penetrante, su tez de rara blancura, el rubio de sus cabellos y el celeste claro de sus ojos, todo contribuye a que los indios lo respeten como a un ser superior.

El parlamento comienza. El cacique Chañil en representación de los principales caciques pampas y de todos los tehuelches, habla con ruidoso enojo al recordar cómo el Gobierno ha proce-

dido con ellos. Rosas deja vociferar a los indios, para que se desahoguen. Y cuando terminan, él, en lengua pampa, y en tono solemne, les dice estas palabras memorables: *El Gobierno me ha comisionado para que ajuste un tratado de paz tan santo y verdadero como el sol. Yo, fiel y obediente cristiano, hijo de la tierra y del sol, le he ofrecido hacer cuantos esfuerzos pueda para conseguir la paz que desea y que tanto valdrá a nuestros amigos y hermanos los indios, que siendo hijos de la tierra, como nosotros, son nuestros hermanos, y estamos en la obligación de aconsejarlos y de ayudarlos para que no sean desgraciados.* Los indios comprenden a ese hombre que los llama *hermanos* y les dice ser, como ellos, hijo de la tierra. Pero aún no ceden. Rosas parlamenta con algunos caciques. Los indios, pedigüeños y confianzudos, le sacan dinero y diversos objetos. El trata de serles agradable, hasta que, por fin, los caciques consienten.

Rosas, entonces, viene a Buenos Aires, explica al ministro de Gobierno lo que ha hecho y el ministro nombra una comisión para fijar la línea de frontera. Parecerá extraño que el gobierno reconozca una *frontera* con los indios. Teóricamente, las tierras que habitan son argentinas; pero los gobiernos, por la fuerza de las cosas, consideran a las tolderías como a un Estado y tratan con los caciques de igual a igual. Se nombra a los comisionados el último día de octubre. Además de Rosas, irán otros dos. Uno de ellos es el coronel de coraceros Juan Lavalle. Los acompañarán dos escuadrones de caballería, un cirujano, un estanciero y ochenta y cinco hombres que llevará Rosas; y tres carretas con



General Juan Lavalle

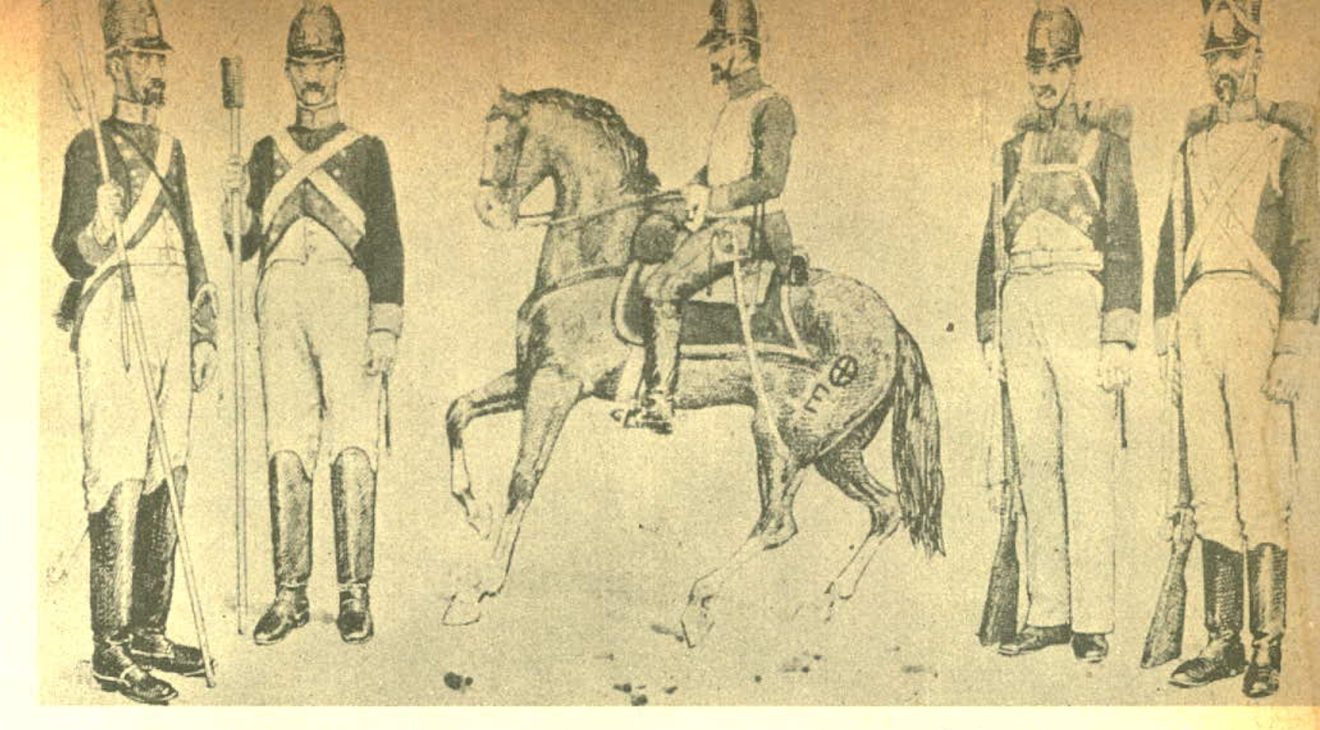
utensilios y víveres, y ochocientos caballos, completarán la expedición. La presencia del coronel Rosas es irremplazable: de no ser así, las tribus comarcanas, al ver la fuerza militar que acompañará a los comisionados, se levantarían unánimemente.

El coronel Juan Lavalle. . . Este hombre ocupará un lugar trascendente en la vida de Rosas. Son amigos desde la infancia. Los Rosas y los Lavalle tienen entre ellos intimidad. Considéranse un poco *hermanos de leche*, pues cada una de las madres, al parecer, dio alguna vez su pecho al hijo de la otra. Juan Lavalle es un lindo hombre, también rubio y de ojos celestes como Rosas, pero de tipo más fino, menos brillante y llamativo. Lleva una elegante barba y tiene, un poco, la expresión de un adolescente. Ha hecho la campaña de los Andes, ha peleado en Ayacucho junto a Sucre y ha mostrado, en todos los combates, un coraje sin igual. En la comisión va como jefe militar.

La expedición parte el 30 de octubre de 1825. Rosas lo hace unos días después. Lavalle y Rosas, los enemigos a muerte que serán más tarde, viajan juntos por las pampas solitarias, pasan reunidos largas horas y duermen bajo los mismos techos de los ranchos. Reúnense en un lugar –en el Tala, en el Durazno– para separarse y volver a reunirse en otro. Juntos, a veces, y separados, otras, recorren los mismos campos: salvajes y peligrosos campos en los que, según el Diario de la Comisión, "hay abundancia de leones". En una antigua posesión de los jesuitas se encuentran Rosas y Lavalle, casi al terminar la expedición, y por fin, en el Fuerte de la Independencia, donde se quedan varios días y donde

Un alto en el campo





Uniformes de soldados argentinos de la época.

esperan a Rosas los chasques que ha mandado a los caciques *en calidad de comisionados para tratar sobre las paces*. Durante mes y medio, Rosas y Lavalle se han visto con frecuencia.

Cuando la Comisión llega a Tandil, ya los indios la esperan. Todavía hay algunas dificultades, porque ellos quieren que Rosas responda por la buena fe del Gobierno. El les promete que hablará con el Gobierno, el cual, seguramente, consentirá. Los indios ceden, por fin. Se tira la línea marcándola con mojones de césped. Rosas vuelve a la ciudad el 16 de marzo. El gobierno lo autoriza para dar a los indios la garantía que exigen. Las paces han debido hacerse en el Tandil, pues un oficio del 14 de febrero insiste ante el coronel Rosas en que acelere su marcha a ese punto. Pero parece que Juan Manuel manda llamar a los caciques, y que ellos y sus comitivas acuden a "Los Cerrillos", en donde las paces son firmadas y celebradas con grandes fiestas.

El Brasil nos declara la guerra

Mientras Rosas anda por las pampas, sucesos harto graves ocurren. Una semana antes de su nombramiento, el Congreso ha reconocido a la Banda Oriental como incorporada "de hecho a la República de las Provincias Unidas, a que por derecho ha pertenecido y quiere pertenecer". El 17 de noviembre el general Lavalleja, en su proclama del Durazno, dice: *Pueblos: ya están cumplidos vuestros más ardientes deseos, ya estamos incorporados a la gran nación Argentina por medio de nuestros representantes*. El



Pedro I, emperador de Brasil

gobierno de Buenos Aires comunica al de Río de Janeiro la resolución del Congreso, y el Emperador, por un bando del 10 de diciembre, nos declara la guerra.

Situación difícil. No poseemos un ejército como para enfrentar al Imperio. Ni una escuadra. El Imperio, dueño de la Colonia, situada frente a Buenos Aires, y de la isla de Martín García, domina no sólo el río de la Plata sino también el Paraná y el Uruguay. Su escuadra bloquea nuestros puertos. El gobierno de Buenos Aires organiza una escuadrilla y los pudientes levantan una suscripción para aumentarla. Rosas contribuye, y no a título de desembolso, como otros, sino gratuito.

Pero lo peor es que carecemos de una autoridad nacional, pues el Congreso no tiene otro fin que el de dictar una constitución. De este argumento y de otros se valen los unitarios para el golpe de estado que preparan. Veinte días antes de la declaración de guerra, y cuando la agresión del Imperio es evidente, el Congreso resuelve que se duplique el número de los diputados. Ahora habrá uno por cada siete mil habitantes. Con esto, Buenos Aires tendrá una representación que podrá decidir cualquier asunto; y como en ella gobiernan los unitarios, el Congreso, en su mayoría, será unitario.

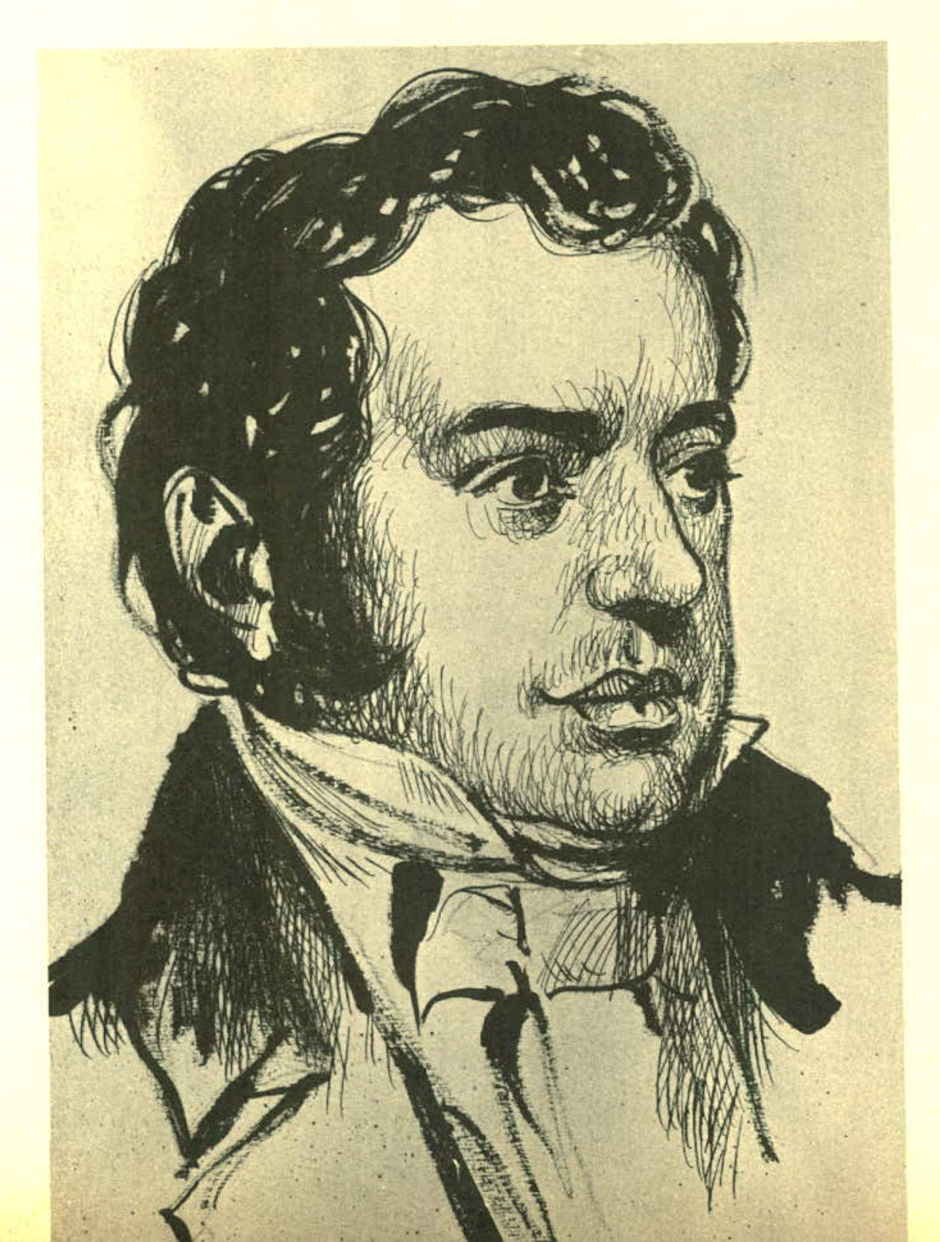
Las Heras ha enviado a la Banda Oriental un ejército, a las órdenes de Martín Rodríguez. Rosas actúa en el sur de Buenos Aires. Ocúpase en defender los lugares en donde podrían desembarcar los enemigos. En Patagones hay una guarnición de blandengues y voluntarios; él la refuerza con doscientos hombres. En la costa del mismo pueblito hay una batería; el coloca allí cuatro cañones más e instala cerca, al frente de algunos indios amigos, al paisano Francisco Sosa, apodado *Pancho el Ñato*. La bahía Blanca queda bien defendida por las tropas que manda el coronel Estomba.

Golpe de estado unitario y presidencia de Rivadavia

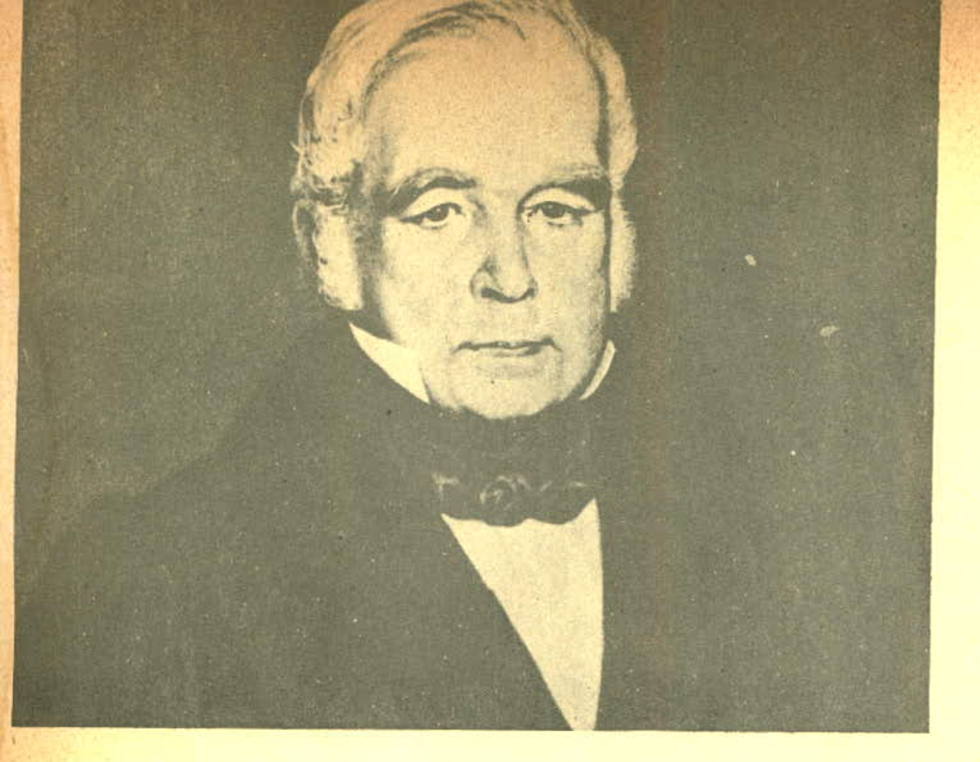
El Congreso, apenas llegan los nuevos diputados, da el golpe. Antes de dictar constitución alguna, y a pesar de que la mayoría de las provincias, al ser consultadas, se han decidido por el sistema federal, los diputados, sin poderes suficientes para lo que van a hacer, sin esperar a que las diputaciones estén completas, crean un poder ejecutivo nacional permanente, y, en la sesión solemne del 7 de febrero de 1826, eligen presidente de la República a don Bernardino Rivadavia, que hace unas semanas ha llegado de Europa. Estas decisiones arbitrarias, opuestas a los deseos

y a los intereses de las provincias, constituyen actos gravísimos. La "asamblea facciosa", como dirán los federales. no ha tenido atribuciones para semejante nombramiento. Es un auténtico golpe de Estado, un atropello a los derechos de las provincias y del pueblo, realizado por una mayoría regimentada.

Rivadavia asume el mando el 8 de febrero. Pronuncia un discurso de lugares comunes y de frases incomprensibles o ridículas. Toda la ciudad ríe de cierto párrafo en donde, después de afirmar que el objeto de los nuevos estados de América debe ser organizar sus elementos sociales para que produzcan en el menor tiempo el mejor resultado, agrega: "Esto es lo que hay de verdad cuando se dice que se crea, y esto también pone delante de vosotros uno de aquellos avisos de refracción que el Presidente no



Bernardino Rivadavia



D. Julián Segundo de Agüero

puede dejar de recomendar el que los señores diputados lo tengan siempre delante de sí, y es, el que sólo la sanción que regle lo que existe, o para cortar el deterioro, o para que produzca todo lo que da su vigor natural, tiene efecto, y por consiguiente obtendrá la autoridad que da el acierto y la duración que sólo puede garantir el bien".

El Presidente nombra ministro de Gobierno a don Julián Segundo de Agüero, que será, años después, uno de los más eficaces enemigos de Rosas. Es hombre de talento y saber. Ex cura de la Catedral, su apoyo a la reforma antirreligiosa del año 22, su adustez, que llega a lo sombrío, su regalismo y el haber colgado los hábitos, le hacen antipático a la mayoría de la población. Es el primer desacierto de Rivadavia, en la carrera de desaciertos que comienza.

Al día siguiente de asumir el poder, envía al Congreso un sensacional proyecto: será capital de la Nación, Buenos Aires, que quedará bajo la dirección exclusiva de la Legislatura Nacional y del Presidente de la República; y todos sus establecimientos serán nacionales; y con el resto de la provincia se organizará, por ley especial, una nueva provincia. El proyecto apasiona a todo el mundo. Irrita a los porteños el pensar que la Provincia va a ser decapitada, que cuanto le pertenece convertiráse en propiedad de las demás. Un diputado profetiza que "estos golpes de autoridad" van a producir "una reacción terrible, capaz de llevarnos a otra disolución más funesta que la del año 20". La oposición se enar-

dece. Entre los que combaten el proyecto figura Juan Manuel de Rosas. Ha redactado un memorial y recorre los pueblos y las estancias en busca de firma de hacendados. Llega a reunir varios centenares. En Chascomús preside una asamblea de vecinos. Las autoridades lo encarcelan, y Rivadavia ordena su inmediata libertad. Pero el gobierno triunfa en el Congreso, y el 4 de marzo el proyecto queda convertido en ley.



Gral. Gregorio Las Heras.

Días antes, Las Heras se ha dirigido en queja al Congreso. El Presidente lo ha desconocido en su carácter de Gobernador y Capitán General de la Provincia. Invoca dos leyes: una del año 24, según la cual la provincia de Buenos Aires se regirá del mismo modo y bajo las mismas formas que actualmente, "hasta la promulgación de la constitución que dé el Congreso Nacional" y otra, votada por el propio Congreso Nacional y considerada como su ley fundamental, según la cual, "por ahora, y hasta la promulgación de la constitución que ha de reorganizar el Estado, las provincias se regirán interiormente por sus propias instituciones". El Congreso desecha la queja del gobernador, y el presidente Rivadavia, que ve en ella la documentación de su atropello, declara "que el gobierno de la provincia de Buenos Aires ha cesado en el ejercicio de sus funciones". El general Las Heras, disgustado, se va a Chile, de donde nunca volverá.

Por esos días, una noche, los imperiales desembarcan en el Sur en un punto entre Patagones y la bahía Blanca. Pero los advierte el capitán Luis Molina, colocado por Rosas al frente de la guarnición de Patagones. Ex soldado de San Martín, Molina desertó luego del ejército y se fue a vivir entre los indios. Se ha casado con la hija de un cacique. Indultado por Rivadavia, ha vuelto al ejército. Molina, lo mismo que Pancho el Ñato, será uno de los fieles de Rosas, uno de sus hombres de acción, y él, con el tiempo, los ascenderá a coroneles. Tácticos instintivos, envuelven a los brasileños que han caído en el terreno de totorales y cangrejales de la costa y prenden fuego al campo. Muchos de los imperiales perecen, y los demás caen prisioneros.

Invasiones de indios

Rosas ha vuelto a su estancia. Pero poco dura su tranquilidad. Algunos caciques pampas, que no han aceptado la paz con el Gobierno, se han unido a los ranqueles y a los araucanos y se preparan a invadir la Provincia por el Sur y el Noroeste. Molina le confirma a Rosas estas malas noticias, y él, entonces, se dirige al Gobierno. Rivadavia no contesta a sus varios oficios. Tampoco se



Implementos y vestimentas gauchescas.

adopta disposición alguna para contener la invasión. "Entraron los indios por el Sur –recordará dos años después Rosas, en una memoria presentada al Gobierno–, dispersaron nuestras pocas fuerzas, hicieron una terrible mortandad de hombres por todo el campo que pisaron y se llevaron cuantos cautivos y ganados quisieron llevar". Rosas se ofrece al Gobierno, una vez más, para salir al alcance de los indios. Enfermo el ministro Agüero, celebra dos entrevistas con el de Guerra. Pero su oferta no es tomada en consideración, y los indios regresan a sus tolderías con su abundante botín. El disgusto de Rosas es enorme. Tres estancias que él administra han sido asoladas. Su desprecio hacia el gobierno de Rivadavia y hacia los unitarios se exacerba. Así va naciendo su odio hacia el Partido Unitario, *el partido de los principios,* como ellos dicen.

Pero el Gobierno comprende, por fin, que es preciso escarmentar a los salvajes, y les manda una expedición militar. Rosas no forma parte de ella, pero contribuye a organizarla. El baqueano es su fiel Molina; y dieciocho caciques "amigos" –que son amigos de Rosas, o por la obra de Rosas, en su mayoría– van a la expedición con más de seiscientos indios de pelea. Esta expedición punitiva obtiene el mejor éxito. Y los indios que pactaron quedan contentos, al verse protegidos por las autoridades contra los indios que no aceptaron las paces y que han estado a punto de atacarlos.

Retorno a la vida de campo

En "Los Cerrillos", lejos de la política, a la que detesta, Rosas recibe un oficio del ministro Agüero: le nombra miembro de la Junta de Hacendados y le invita para una conferencia sobre el estado de la campaña. Rosas, irritado, contesta con una severa nota. Reprocha al Gobierno las desconsideraciones y el menosprecio que le ha demostrado, y se pregunta si sería para él delicado aceptar el cargo que le ofrece; si se tendría confianza en quien no ha confiado el Gobierno; si podría alternar con los estancieros quien hasta entonces "no ha recibido la menor satisfacción de sus ofensas". Y, con evidente enojo, se excusa de aceptar el nombramiento.

Juan Manuel de Rosas, el señor de la Pampa, se refugia por entero en la vida del campo, que no es para él tranquilidad y silencio, sino dinamismo y esfuerzo. Su voluntad es no volver a salir de ella. Pero acaso pronto, como en el año 20, deba acudir, hombre de orden, como lo es ante todo, en defensa del orden.

¿Presiente Juan Manuel su destino? En cinco años ha llegado a ser, él, que antes nada era, una fuerza poderosa: la de los campos, la de los gauchos, de la riqueza ganadera y agrícola. Todo eso en él se encarna, y él no lo ignora. Desde hace cinco años, aunque a veces sin buscarlo, ha salido en diversas ocasiones de su aislamiento. Está al tanto de cuanto ocurre. Personajes de la ciudad le escriben, lo buscan, le refieren los sucesos y el estado de ánimo de los hombres y de los partidos. El sigue con tenaz interés los acontecimientos. Es indudable que su espíritu está alerta. Y hasta puede decirse que todo su ser espera.



Jugando a los naipes

NOTAS AL CAPITULO

[1] Esta revolución fue encabezada por don José de San Martín al frente de sus granaderos, apoyado por otros cuerpos militares y los oficiales Ortiz de Ocampo, Manuel Pinto, Carlos María de Alvear y Román Fernández, quienes se vinieron sobre la Plaza ocupada por la población, desconformes con la política del Triunvirato inspirado por Rivadavia, en la madrugada del 8 de octubre de 1812.

Don Bernardino, secretario de Guerra, venía a los tumbos con sus "luces políticas" ensartando desaciertos; en setiembre del año 11 separó a Saavedra de la Junta y el mando militar: ese mismo mes buscó la paz con Elío, jefe realista en Montevideo, gran cañoneador de Buenos Aires; en octubre permitió la libre entrada de carbón de piedra extranjero, perjudicando a los productores de carbón vegetal del interior argentino; también en octubre firma la paz con Elío, levantándose el sitio de Montevideo y dejando en manos realistas el parar las tropas portuguesas que han invadido la Banda Oriental, defendida por Artigas. Dicho Tratado es de antología. Allí se sostiene reconocer por siempre jamás al señor don Fernando VII o sus legítimos sucesores y descendientes, como soberano absoluto; en su artículo 2° se "reconoce la unidad indivisible de la nación española de la cual forman parte integrante las provincias del Río de la Plata". Artigas, bandeado de indignación, apostrofa la derrota: "El Gobierno de Buenos Aires abandona esta Banda a su antiguo opresor, pero ella enarbola a mis órdenes el estandarte conservador de la libertad. Síganme cuantos gusten, en la seguridad de que yo jamás cederé". Y fue verdad.

En diciembre hay un levantamiento de Patricios, en desacuerdo con la destitución de su jefe Cornelio Saavedra. Don Rivadavia sabe imponer la "tranquilidad": seis suboficiales y cuatro soldados son colgados en la Plaza Victoria. Otros la sacaron más barato: recargos hasta 6 años en servicio y prisión de hasta 10

años en Martín García. Los miembros de la Junta Conservadora, representantes de las provincias, son conminados a salir de la ciudad en el término de 24 horas. El Triunvirato queda dueño absoluto del poder.

En marzo del año 1812 el general Belgrano notifica al gobierno sobre el izamiento de la bandera por él creada, en la Batería Independencia. El secretario de Guerra hace contestarle clarito: "Las demostraciones con que V.S. inflamó a la tropa a su mando, esto es, enarbolando la bandera blanca y celeste, como indicando que debe ser nuestra divisa sucesiva, las cree este gobierno de una influencia capaz de destruir los fundamentos con que se justifican nuestras operaciones." La admonición no va sola: se la acompaña de una bandera española para que distinga las tropas de Belgrano.

Corre julio, y se descubre una conspiración realista acaudillada por Martín de Alzaga, héroe de las invasiones inglesas. Y quien había firmado el armisticio con Elío, mandó ahorcarlo publicitariamente en plaza Victoria. Otro colgado le precedía, el yerno de Alzaga, por haberse negado a delatar a su suegro. Al mismo tiempo se achicaba una compra de armas en los Estados Unidos, bajando de 20.000 a 1.200 los fusiles que iban a adquirirse para la guerra.

Desobedeciendo órdenes del Triunvirato, Belgrano se hace fuerte en Tucumán. Allí lo alcanza una reiteración de Rivadavia, disponiendo que siga replegándose hacia Córdoba: "Así lo ordena y manda este Gobierno por última vez. La falta de cumplimiento de estas órdenes, le deberá producir a V.S. los más graves cargos de responsabilidad." Pero el 5 de octubre está en Buenos Aires la noticia increíble. Belgrano ha derrotado al ejército realista de Pío Tristán, que casi lo doblaba en efectivos, una legua al sur de Tucumán. Esta empecinada y triunfante desobediencia de Belgrano desmorona al Triunvirato. Es el límite de la paciencia. Tropas y pueblo exigen sus renuncias. San Martín y demás oficiales explican sin rodeos la situación: "Tenemos por ciertos los datos de la Representación, y por justas las quejas del Pueblo. El estar reunidos en la plaza no es con otro objeto que proteger la libertad del Pueblo, para que pueda explicar libremente sus votos y sentimientos, que no siempre están las tropas, como regularmente se piensa, para sostener a los gobiernos y autorizar la tiranía." Nicolás Rodríguez Peña, Juan José Paso y Alvarez Jonte, fueron las nuevas autoridades ratificadas por la población.

Así desapareció Rivadavia por primera vez.

[2] Este cuerpo fue la primera fuerza regular instituida para detener el avance de la indiada en la provincia de Buenos Aires. En 1752, por disposición del Cabildo, fueron creadas tres compañías de caballería ligera que recibieron posteriormente el nombre de "Blandengues", por su costumbre de blandir las armas en las paradas militares. Guarecían parte de la frontera con el indio, bastante cercana a Buenos Aires, tanto que dichas tropas tenían

acantonamientos en Pergamino y Arrecifes. Otras actuaban más hacia el sur.

[3] Artigas, que abandonando las filas españolas se pasó a la Revolución de Mayo, apenas estallada, había sido designado por la Junta de Buenos Aires, comandante de todas las fuerzas patriotas en la Banda Oriental. En abril del año 11 ya estaba al frente de sus tropas y el 18 de mayo lograba en Las Piedras su primera victoria contra los realistas. El gobernador Elío pidió ayuda a los portugueses, quienes invadieron la Banda Oriental. Buenos Aires, por vía de su Triunvirato rivadaviano se fue a barajas capitulando ante el español y dejando sin apoyo a don José Gervasio de Artigas. Toda una población lo siguió al caudillo en éxodo heroico. Echado Rivadavia por la revolución del 8 de octubre del año 12 y retirados los portugueses de la Banda Oriental, el nuevo gobierno manda a Rondeau con 2.000 hombres para volver a sitiar Montevideo. El oriental apoya con 5.000 efectivos. En Buenos Aires se convoca una Asamblea General para declarar la independencia e institucionalizar el país. Es el año 13. Los orientales eligen diputados con mandato preciso: declarar la absoluta independencia de las colonias y sostener el sistema federal de gobierno. La Asamblea, instigada por Alvear, rechaza la diputación artiguista que trae principios y anhelos populares en desacuerdo con los centralismos de las minorías portuarias. A comienzos de 1814 se designa un Director Supremo en reemplazo del Triunvirato. Asume Gervasio Posadas, pariente de Alvear. Napoleón, derrotado en España, había suscripto el Tratado de Valencay, reconociendo a Fernando VII rey de España y las Indias. El susto es mal consejero. Posadas busca un arreglo con Vigodet, jefe español en Montevideo. Y se llega a un acuerdo: el gobierno de Buenos Aires reconocerá por su legítimo rey al señor don Fernando VII, obligándose "bajo su fe y palabra de honor cumplir religiosamente tan sagrada y solemne promesa". Pero el general Alvear entrará en la plaza a discreción, desconociendo el armisticio que firmara con Vigodet. Artigas reclama la devolución de Montevideo. El general Alvear carga de noche sobre las tropas orientales de Otorgués, jefe artiguista, desbaratándolo y comunicándole a su tío el Director Posadas: "lamento no haberme traído más que ollas, calderas y chinas con que esta chusma está siempre cargada." Al fin los directoriales son derrotados por Lavalleja y Fructuoso Rivera, en Guayabos, el 10 de enero de 1815. En febrero los orientales entran en Montevideo. Alvear es nombrado nuevo Director Supremo y envía al abogado Manuel García, secretario del Consejo de Estado, ante lord Strangford, embajador inglés en Río, con nota vergonzante que dice entre otras cosas: "Cinco años de repetidas experiencias han hecho ver de un modo indudable a los hombres de juicio y opinión que este país no está en edad ni en estado de gobernarse por sí mismo, y antes necesita una mano exterior que lo dirija y contenga en la esfera del orden... En estas circunstancias. solamente la generosa Nación Británica puede poner un remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas provincias que obede-

cerán a su Gobierno y recibirán sus leyes con el mayor placer... La Inglaterra que ha protegido la libertad de los negros de Africa no puede abandonar a su suerte a los habitantes del Río de la Plata en el acto mismo en que se arrojan a sus brazos generosos.

Estas provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer a su gobierno y vivir su influjo generoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad y buena fe del pueblo inglés... Es necesario que se aproveche el momento, que vengan tropas, que impongan a los genios díscolos, y un jefe autorizado que empiece a dar al país las formas que sean del beneplácito del rey y de la nación, a cuyos efectos espero que V.E. me dará sus avisos con la reserva y prontitud que conviene preparar oportunamente su ejecución." El documento iba dirigido a lord Castlereagh, canciller británico. Buen ofrecimiento de un general argentino, Director Supremo, para sacarse de encima a los caudillos de Córdoba, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, plegados al federalismo de Artigas, con grandes simpatías en el mismo pueblo de Buenos Aires. Era tal el afán de desmontarlo a don José Gervasio, que en marzo de 1815 Alvear le propone "reconocer la independencia de la Banda Oriental". Poco agregaba. El caudillo rechazó la desmembración de la patria.

Tropas porteñas enviadas contra los federales que responden a Artigas, se sublevan en Fontezuelas, pagos de Pergamino, el 11 de abril. Encabeza la rebelión el coronel Alvarez Thomas. Exige la renuncia de Alvear "para que el pueblo de Buenos Aires pueda elegir libremente su gobierno". Alvear se va y Buenos Aires lo festeja quemando en la plaza Mayor los escritos y decretos que atacaban a Artigas, ahora "ilustre y benemérito jefe de los orientales". Se le envían engrillados a los jefes que le combatieran, para que él los juzgue. "Siento, señores, ver con grillos a hombres que han peleado por la Patria —les dice—. El gobierno de Buenos Aires me manda a ustedes para que los fusile por haberme hecho la guerra, pero ustedes no tienen la culpa, sino quienes me llamaron traidor y asesino porque defiendo los derechos de las provincias que han pedido mi protección. Si hay otro motivo yo no tengo nada que ver yo no soy verdugo de Buenos Aires." Y los mandó de vuelta.

La política tiene sus vueltas, y el mismo Alvarez Thomas maquina contra Artigas, mientras negocia en Europa una nueva corona para los argentinos; la del infante español Francisco de Paula. En abril de 1816 una revolución federal en Santa Fe provoca la renuncia de Alvarez Thomas, y el Congreso de Tucumán designa a Martín de Pueyrredón nuevo Director Supremo. En julio los portugueses invaden la Banda Oriental. Artigas los enfrenta con su gente, inferior en número, pertrechos y experiencia. Desde Río llega una carta del Dr. García para González Balcarce, ex director interino: "Estamos de acuerdo. En breve desaparecerá Artigas de esta provincia y quizá de toda la Banda Oriental. La escuadra (habla de la portuguesa) está aquí al ancla, esperando el primer viento... Estoy seguro que las primeras medidas que tome Lecor (es el jefe lusitano) en la Banda Oriental, qui-

tarán a Ud. algunos recelillos, que es regular conserve aún"...

Artigas es derrotado por los invasores en Carumbé, India Muerta y el Cordobés, a la par que Buenos Aires cubiletea con los portugueses para liquidarlo, y se andan tramoyando nuevas monarquías para gobernar a las provincias. Distintas revoluciones federales sacuden el interior. El 20 de enero de 1817 los lusitanos ocupan Montevideo. Las solas fuerzas orientales no han podido contra el invasor. A fines de ese año, García le escribe, ahora a Pueyrredón: "Demos por supuesto que triunfemos de los portugueses y que los obligamos a desalojar la Banda Oriental. ¿Hemos ganado algo de fuerza y poder? No, señor. Entonces en poder de Artigas aparecerá con mayor ímpetu y será irresistible."

En diciembre tropas porteñas son enviadas contra Artigas, considerando peor enemigo el federalismo, que los portugueses. Por mayo del 18, el lusitano Xavier Curado cruza el río Uruguay y entra a saco en Arroyo de la China. Pancho Ramírez, aliado de Artigas, se va al interior entrerriano. En Queguay Chico el caudillo oriental es vencido nuevamente por los invasores. Santa Fe tiene nuevo gobierno federal: Estanislao López. Buenos Aires lleva la guerra contra los federales de Entre Ríos y Santa Fe, retaceando apoyo al general San Martín para continuar la campaña en el Perú. En setiembre del 19 se baraja un príncipe francés —de Luca— para mandar en estas tierras, a iniciativa del Congreso y en aquiesencia de Inglaterra. A fines de ese año, las montoneras federales se vienen sobre Buenos Aires para limpiar tanta ignominia. Se pide ayuda a Portugal —¿por qué no?— y se ordena a San Martín y Belgrano bajar con sus tropas para sostener al gobierno. El Libertador no quiere mezclarse en la guerra civil y vuelve a Chile. La guarnición militar del Tucumán se rebela, deteniendo al general Belgrano. En Arequito, cerca de Rosario, también se subleva el Ejército auxiliar del Perú, cuando marchaba en auxilio de los directoriales. Otro levantamiento se produce en San Juan. El 1º de febrero del año 20 es la batalla de Cepeda.

Lo demás es tema de este libro.

Después, Artigas, enfrentado por tropas de Pancho Ramírez —calesita en manos de intrigas porteñas— sufre su última derrota. Sólo y sin un cobre cruza para siempre la frontera paraguaya, el 23 de setiembre de 1820.

Hemos querido contar el derrotero del gran caudillo uruguayo, en momentos que su tierra va camino de la libertad. Nada más justo en el recuerdo que su nombre.

El 19 de abril de 1825, Lavalleja, Oribe y sus orientales, desembarcaban en la Banda, con la enseña tricolor de Artigas cruzada en letras negras: "Libertad o Muerte". El 24, desde Soriano, lanzaban una proclama dulce para el corazón: "Las Provincias hermanas sólo esperan vuestro pronunciamiento para protegeros en la heroica empresa de reconquistar nuestros derechos. La gran Nación Argentina, de que sois parte, tiene gran interés en que seais libres. Y el Congreso que rige sus destinos no trepidará en asegurar los vuestros. Decidíos, pues, y que el árbol de la liber-

tad fecundizado con vuestra sangre vuelva a aclimatarse para siempre en la provincia oriental."

En pocos días, toda la campaña oriental estaba en armas contra la invasión portuguesa, o brasileña —ahora— pues desde 1822 el príncipe heredero, don Pedro, había declarado la independencia del Brasil de la corona de Portugal.

CAPITULO III
MIENTRAS FRACASAN LOS UNITARIOS

Juan Manuel ha cumplido treinta y tres años, edad, en aquellos tiempos, de sólida madurez. Salvo en tal cual disgusto con los gobiernos, en todo le ha ido bien. Es feliz en su hogar. Encarnación lo admira y lo adora, y él la quiere y le es fiel. No disienten, y eso que ella tiene, como él, su geniecillo. Acaso contribuye a este entendimiento el vivir separados buena parte del año. Encarnación vive en la ciudad y pasa los veranos en la estancia "El Pino". Juan Manuel viene siempre a visitarla, aunque por pocos días. A través de las cartas de Encarnación se ve cómo ambos se quieren; con un afecto fuerte y sin complicaciones. El carácter bravío de Encarnación se suaviza ante el de su marido, su hombre. Encarnación era la mujer para él, y hasta diríase que ha sido hecha a su imagen y semejanza.

¿Por qué Encarnación y sus hijos no van más a "Los Cerrillos"? Indudablemente porque Rosas no quiere ver a su familia expuesta a los peligros de los malones, aunque la casa de la estancia es una fortaleza defendida por cañones y fosos; y porque no es propio para una dama y una niña el ambiente de aquella estancia donde los peones son gauchos semibárbaros —algunos de los cuales fueron delincuentes antes de llegar allí— e indios casi salvajes.

En la casa de la calle de la Biblioteca, esquina con la de Santa Rosa, Juan Manuel y los suyos viven con comodidad, pero sin lujo. La casa es un edificio bajo, de muchas ventanas, casi al ras de la acera, de vastos patios y de cuartos en gran número. Buenos muebles, cortinajes, alfombras, objetos de plata. Rosas tiene un billar, lo que revela sus hábitos caseros; un carruaje para la ciudad, y dos galeras para viajar al campo.

Posee ahora una buena fortuna, que ha sido calculada en más

de tres millones de pesos. La ha ganado con su trabajo, este típico hijo de sus obras, este auténtico *self made man.* Es enorme su prestigio como estanciero y como hombre fuerte, generoso y capaz. Ni aspiraciones políticas ni mundanas. Vive en la paz de su hogar y de su trabajo.


Sillón de la época.

Aristocracia y oligarquía del gobierno de Rivadavia

1826. Sigue gobernando Rivadavia. Sus obras no son tan abundantes como cuando fue ministro de Rodríguez. Ahora, como entonces, gobierna para la clase elevada; prescinde del pueblo y del campesino. La ganadería y la agricultura, por ese tiempo nuestras solas riquezas, le interesan poco. Rivadavia es el padre de la oligarquía que, desde los días siguientes a la Revolución de Mayo, oprime a las clases inferiores.

Este carácter aristocrático y oligárquico de su gobierno, como del partido que lo sigue, no es interpretación moderna. Véanse los periódicos de aquellos años. *El Tribuno* del 11 de octubre de 1826 les dice a los gobernantes y a los unitarios: "No os azoréis, aristócratas, por esta aparición. El nombre con que sale a luz este periódico sólo puede ser temible para los que se grasan con la substancia de los pueblos; para los que hacen un tráfico vergonzoso, defraudándolos en sus intereses más caros", para los *logio-oligarquistas*, a los que otras veces llama *oligarquilogistas.* Con estos términos les quiere decir oligarcas y liberales masónicos, clasificación exacta porque los dirigentes unitarios, perseguidores de la Iglesia durante el ministerio de Rivadavia, son, en su mayoría, francmasones. Igualmente *El Tribuno* los cree monárquicos: han querido traer al país para gobernarnos, unos al infante Francisco de Paula; otros, al duque de Luca o algún descendiente de los Incas. Muchos se oponen al sistema federal, según el mismo periódico, porque este régimen significa la condenación de los que pretenden la monarquía, la condenación de los "verdaderos traidores". El aristocratismo de los unitarios nunca ha sido discutido. Lo han reconocido ellos mismos, como Sarmiento.

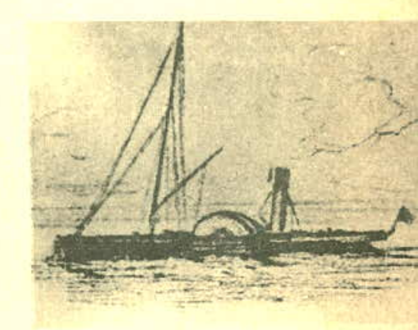
¿Cómo asombrarse de que el gobierno de Rivadavia sea antipático al pueblo? Se le detesta por *europeísta*, por aristócrata, por su desdén hacia las clases inferiores y hacia las gentes y las cosas de la campaña. Para el pueblo, *el señor Rivadavia*, pomposo, fatuo, personaje del siglo anterior, es el colmo de lo ridículo. Uno de nuestros grandes historiadores, José María Ramos Mejía, descendiente de unitarios y que en un libro célebre ha preten-


Dama porteña, de paseo (Litografía 1835).

Minué. Baile muy en boga en la época de la colonia.

dido hundir a Rosas, dirá muchos años más tarde: *el gobierno extranjerista de Rivadavia, cuyo desprestigio entre la plebe no tuvo igual en toda la historia de América.*

Rosas lo desprecia, lo mismo que a sus satélites. Se mofa de su persona y de su gobierno y fomenta la animadversión del paisano hacia el aristócrata. El gaucho de "Los Cerrillos" no puede admirar al señorón encorbatado y amanerado, de voz engolada y ademanes cortesanos, que anda mal a caballo. Rosas, que odia a la masonería, no sólo por ser él creyente sino también, con mucha probabilidad, porque considera ridículas sus ceremonias, como odia al liberalismo, tiene en ello un motivo más de antipatía hacia los unitarios, ya que los más conspicuos son masones, volterianos, racionalistas –*El Tribuno,* de Dorrego, habla de los "unitarios y demás del cónclave, iniciados en el Grande Oriente Argentino"– y de algunos de ellos, como el ministro Agüero, malos clérigos que han colgado los hábitos. Pero no obstante su oposición a Rivadavia, es en Rosas tan fuerte el amor al orden y el respeto a la autoridad, que, a los emisarios de quienes buscan su concurso para derrocar al Gobierno, les contesta: "No soy juez del primer magistrado de la República; y mientras los representantes del pueblo no revoquen sus poderes, mi deber es obedecerle".



Primer buque de vapor llegado a Buenos Aires (1825).



Carretas acampando.

Paralelo entre Rivadavia y Rosas

Rivadavia y Rosas representan polos opuestos. Rivadavia se ha formado en Europa y en los libros, en las reuniones aristocráticas y en la frecuentación de los mejores espíritus. Rosas se ha formado en nuestros campos y en el libro de la vida. Las reuniones que él ama son los grandes rodeos de hacienda, y los espíritus con que trata son los gauchos y capataces. Rivadavia es libresco y Rosas realista. Rivadavia está empapado de doctrinas extranjeras y de modos de pensar extranjeros. Rosas está empapado de los jugos de nuestra tierra. Rivadavia tiene sus raíces en la España afrancesada y liberal de Floridablanca y en el París de la Restauración, y Rosas tiene sus raíces en la recia España católica de los conquistadores y en los campos democráticos de Buenos Aires. Los dos son grandes señores: el uno, con un señorío ampuloso, afectado, aprendido en los salones; el otro, con el señorío de su abolengo y de su vida natural, sencilla y fuerte.

Leyes del Congreso

Antes de discutir el proyecto de constitución, el Congreso, por iniciativa del Ejecutivo, aprueba diversas leyes que indignan en las provincias. Por ellas se nacionalizan las aduanas, el impuesto al papel sellado, los impuestos a los artículos de importación y exportación y se prohíbe enajenar la tierra pública. Los gobiernos

de las provincias quedarán en la miseria, sin posibilidad de pagar a los empleados. Y esas leyes las vota un congreso que no tiene sino una facultad: dictar la constitución. Y las sanciona un poder ejecutivo que ha sido nombrado por quienes carecían de autorización para hacerlo.

El 14 de julio el Congreso comienza a ocuparse del régimen de gobierno. Ninguna sorpresa se aguarda: el Congreso es unitario y votará por el régimen de la unidad. Se sabe que el Gobierno seduce a los diputados de las provincias, dándoles empleos bien rentados en la capital. La discusión, no obstante, apasiona. Han llegado las respuestas de las provincias, pues se les ha consultado: seis están por la federación; tres, por la unidad; cuatro, por lo que el Congreso resuelva; dos, no dan opinión. La mayoría es federal, lo que no preocupa al Congreso.

No ha sido resuelto este asunto, cuando comienzan a llegar malas noticias. En una de las sesiones se lee y discute una nota del gobierno de Córdoba, que produce la mayor alarma: la legislatura de esa provincia no reconoce la creación de un poder ejecutivo nacional permanente, antes de que la constitución lo haya establecido. Manuel Dorrego, líder de la oposición, afirma que

Frente de la Catedral en Plaza de Mayo.



tampoco Santa Fe y Santiago del Estero, que él representa, reconocen al presidente de la República. Córdoba, que en abril ha declarado no aceptar ninguna ley emanada del Congreso mientras no exista una constitución, y que luego desconoció la designación de Buenos Aires como capital de la República, ahora ha resuelto que su gobierno levante tropas *para sostener las libertades de la provincia* y *proteger a los pueblos oprimidos, poniéndose de acuerdo con el libertador Bolívar.* Y el país está en guerra con el Brasil. . . En una notable página de *El Duende de Buenos Aires,* diario oficial, escrita probablemente por Agüero, se habla de la "insensibilidad horrorosa" del gobierno de Córdoba.

Dos días antes de esta resolución, hemos perdido la provincia de Tarija, que se incorpora a Bolivia. En vano será que, algunas semanas después, el Congreso la reconozca agregada a la Nación; la Junta provisoria de Tarija, en esos mismos días, declara haberse incorporado a Bolivia, y la causa principal es "el haber visto quebrantada por el gobierno de Salta la seguridad individual de sus hijos, oprimida y reputada como criminal su justa opinión". A los unitarios de Salta debemos, pues la pérdida de Tarija. No nos asombremos. Dos años más tarde, por culpa del unitarismo porteño, perderemos la Banda Oriental.

Rosas y la guerra

¿Cuál es la actitud de Rosas ante la guerra? Sabemos que se ha suscrito con dinero para la adquisición de barcos y que preparó la defensa de Patagones. Pero parece que, por oposición a Rivadavia, obstaculiza la formación de contingentes que han de ir

Batalla naval. Obsérvese a los barcos de guerra en acción.



a la guerra. Esto lo afirmará algunos años después el más implacable de sus enemigos. Dará pormenores, que no son fáciles de inventar. He ahí a Rosas esforzándose en disolver el regimiento 17 de caballería que se organiza en el Monte. Los soldados desertan en tan gran número que el coronel ordena investigar, y se descubre la mano oculta de Rosas, cuyo agente principal es una pulpera del Monte, viuda de un inglés. En "Los Cerrillos" están algunos de esos desertores, vestidos todavía con las chaquetas militares. El coronel intenta atacar la estancia, pero le detiene el temor de originar la guerra civil; y se contenta con enviar a Buenos Aires las averiguaciones. Esta acusación ha sido repetida por un historiador no enteramente desfavorable a Rosas. Pero, ¿es posible que el Gobierno renuncie a desenmascarar a un enemigo? Rivadavia, que ha sido hombre de dura mano, ¿cómo deja sin castigo una acción semejante? .

Por esos meses, Rosas es uno de los jefes de la oposición. Cada día se acerca más a los federales. He aquí, por ejemplo, que llega el caudillo oriental Fructuoso Rivera, que ocupará un lugar prominente en la vida de Rosas. El general Rivera, que ha combatido contra los españoles y los portugueses y acaba de vencer al Imperio en la batalla del Rincón de las Gallinas, es valiente, simpático y astuto, pero ambicioso, tornadizo y harto informal. Por ambición ha servido a los invasores de su patria: el Emperador lo hizo Barón de Tacuarembó. Por ambición ha venido a Buenos Aires, descontento con Rivadavia, que ha nombrado gobernador de la provincia Oriental a Lavalleja, el que fuera jefe de los Treinta y Tres.

Rosas comprende que Rivera puede serle útil, en su lucha solapada contra Rivadavia y los unitarios. En un banquete que da en su honor un personaje federal, Rosas lo encuentra. En el momento de los brindis, Juan Manuel se levanta y dice: ¡Brindo por el gaucho Rivera! ¿Hay mordacidad en estas palabras, como opina un biógrafo de Rivera? Parece más bien que Rosas ha querido elogiarle. En sus labios la palabra *gaucho* no tiene un sentido peyorativo, y menos en esos momentos en que el Gobierno, del cual él es adversario, está en manos de señorones copetudos, enemigos del gaucho.

Poco después, el Gobierno, que vigila al vencedor del Rincón, ordena su arresto. Rivera se ve obligado a huir de Buenos Aires. Un personaje federal lo asila primero en su casa, y Rosas le facilita para la fuga dos mil pesos que Rivera nunca le devolverá.

Juan Manuel de Rosas, en su odio al gobierno de Rivadavia, no se une con los enemigos de su patria, como harán años después los unitarios. Pero si es cierto que sabotea la guerra –lo



Colorados del Monte.



Indias Pampas, con su típico atavío.

cual, puedo afirmarlo, no consta en los documentos de la época— su acción, aunque en menor grado, es condenable. Bien que no quiera de ningún modo el triunfo del Brasil, el exceso de su pasión política podría contribuir en algo a facilitarlo.

¡Angustiosos días los del segundo semestre del año 26! ¿Cómo podremos nosotros, divididos, pobres, dirigidos por un gobierno impopular, defendernos contra el Imperio de los Braganza? ¿Retornarán las horas anárquicas del año 20, según todo lo anuncia? Durante los últimos seis años cada provincia ha formado un estado independiente. Ha sido nuestra patria como un rompecabezas. Un día, los unitarios, por un golpe muy hábil, unifican artificialmente el país bajo el régimen presidencial. Las piezas del rompecabezas han sido reunidas por la mano misteriosa que mueve a los hombres y a los pueblos. El dibujo de esas diversas piezas unidas compone el mapa de nuestra Argentina. Pero he ahí que, de todas partes, surgen voces de protesta y de hostilidad. ¿Se deshará de nuevo el dibujo? La mano del Destino, ¿separará las piezas del rompecabezas?

Para que nada falte en estas horas turbias, los indios invaden la Provincia. A una legua de Toldos Viejos, relativamente cerca del pueblo de Dolores, un millar de indios y desertores chilenos han atacado y aniquilado a los escuadrones que defendían a Caquel. La ciudad se pregunta, con terror, si se renovarán los malones, si llegarán los indios a las puertas de la capital desguarnecida.

Y mientras todo amenaza venirse abajo, porque no se ignora que las provincias rechazarán la constitución unitaria que se quiere imponerles, el gobierno de Rivadavia propone diversos proyectos dignos de una imaginación en delirio. Así, en la sesión del 28 de julio, la construcción de un canal de Buenos Aires a Mendoza, un canal de trescientas leguas, que aún hoy, un siglo después, y con los múltiples elementos de la técnica moderna, sería imposible llevar a cabo. Un mes antes, ha propuesto, como homenaje a los que hicieron la Revolución de Mayo, una "magnífica fuente de bronce", a las que no habría como proveer de agua. En los primeros días de agosto envía otro proyecto a la Sala por el que solicita se le autorice a promover la navegación del río Bermejo, cuyas márgenes están habitadas por indios salvajes, y a construir canales desde diversos puntos de la República hacia ese río. Y a estas descabelladas iniciativas, se agrega otra que no hace reír sino que enfurece, y es la división de Buenos Aires en dos provincias: una, que se llamará del Paraná, al norte, y que tendrá por capital a San Nicolás; y otra, que se llamará del Salado, al sur, y que tendrá por capital a Chascomús.



"La vuelta del malón", óleo de J.M. Blanes.

Las provincias contra Rivadavia; Facundo Quiroga

Cuando el Congreso resuelve establecer el régimen unitario de gobierno y comienza, el 11 de setiembre, a tratarse la constitución propuesta, ya no es posible dudar de que el espectro pavoroso de la anarquía se acerca. La guerra civil va a recomenzar. Ya los caudillos empiezan a moverse. Una semana después de iniciadas las discusiones, la provincia de La Rioja resuelve no reconocer por presidente de la República a Rivadavia ni las leyes que dicte el Congreso, y declara "la guerra a toda provincia o individuo en particular que atentase contra nuestra religión Católica Apóstolica Romana". Consecuencia del anticlericalismo de los unitarios, de su doctrinarismo político y de su desconocimiento de nuestras realidades.

La nueva constitución se va discutiendo mientras todo el norte del país arde en guerra. Juan Facundo Quiroga es el héroe del federalismo. Genial, valiente como ninguno, dotado de un extraño poder de fascinación, se ha levantado en armas allá en La Rioja, en donde es poderoso, aunque no ocupe el gobierno. Ha invadido a Catamarca y derrocado a sus autoridades. Lleva en sus banderas el lema "¡ Religión o muerte! ". Ahora marcha hacia Tucumán y muy pronto, el 27 de octubre, derrota al gobernador unitario Gregorio Aráoz de Lamadrid, a quien ya conocemos, y que unos meses antes había derrocado por las armas a las autoridades legítimas. Vencido Lamadrid y dueño él de Tucumán, Juan Facundo Quiroga vuelve sus tropas hacia el sur, hacia las provin-

cias de San Juan y Mendoza, cuyos gobiernos depone. En pocos meses, el Tigre de los Llanos, como sus enemigos le llaman, ha llegado a dominar a seis provincias, pues hay que agregar San Luis y sus aliadas Córdoba y Santiago del Estero. En Buenos Aires, los unitarios ven con pánico el prodigio de Facundo Quiroga, que conquista pueblos y provincias con la rapidez y violencia de un huracán.

La constitución es aprobada el 24 de diciembre. Un pensador de tradición unitaria, José Manuel Estrada, dice que los unitarios, prescindiendo de nuestras realidades, formularon "una constitución académica, no política, porque era contraindicada: destinada a perecer mortalmente porque era antipática para las muchedumbres y mala en sí misma". Pero Rivadavia, como si ignorase el enorme disgusto de los pueblos, ausente siempre de las verdaderas realidades, envía comisionados a las provincias con ejemplares de la Constitución para convencer a los gobiernos de que la acepten.

La Constitución unitaria

Ya están definitivamente formados los dos grandes partidos: el unitario y el federal. No han nacido de golpe ni por obra de unos pocos hombres. Se han ido construyendo lentamente, y ambos tienen sus remotos orígenes en los días de la Revolución de Mayo.



Facundo Quiroga "El tigre de los llanos".

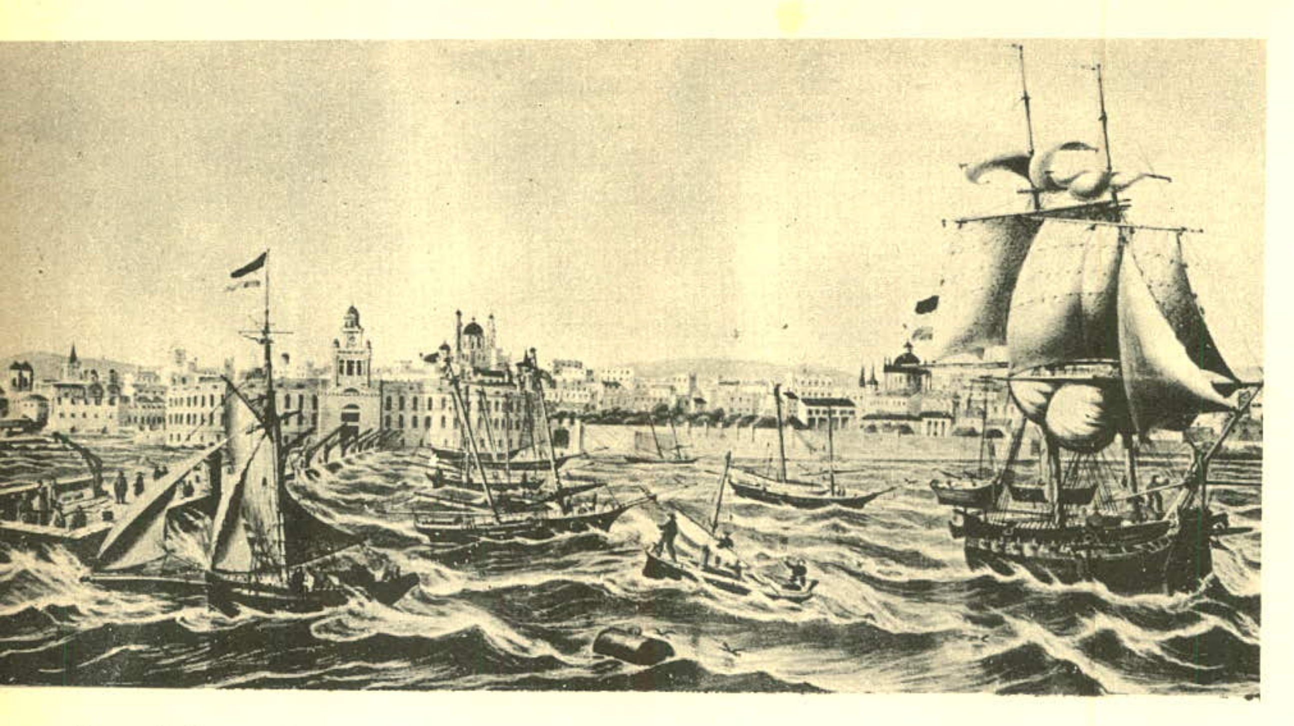


Escena campestre.

En el unitarismo hay algo de importado, como que representa la aspiración a la vida europea. Este *partido de principios*, como gusta denominarse, tiene sus raíces en la literatura política francesa. Procede un poco de Rousseau y otro poco de los afrancesados liberales españoles del siglo anterior. El deseo de mantener al país en un régimen de unidad está muy de acuerdo con sus ideas y sus vanidades. No es por capricho que ellos quieren la dominación de Buenos Aires sobre las provincias. Consideran a las provincias como regiones semibárbaras, cuyas poblaciones son míseras rancherías. Ellos, los porteños, se creen más inteligentes y más cultos que los demás argentinos. Por esto están convencidos de que sólo ellos pueden gobernar al país, de que las provincias no pueden gobernarse por sí mismas. Son sinceros al desear la absoluta centralización, como es sincera su aspiración al *despotismo ilustrado* que ha regido en Europa durante el siglo XVIII. La doctrina se convierte en sus manos en un argumento para oprimir a las provincias y a la clase inferior de la sociedad. Como su jefe, Rivadavia, son aristócratas y extranjerizantes. Detestan a la plebe. Sus gustos, sus costumbres, sus ambiciones, son aristocráticos. Su liberalismo es económico y religioso, en lo que imitan a los afrancesados gobernantes del tiempo de Carlos III. Incrédulos y volterianos, no pueden querer a la Iglesia, amada por la plebe. El unitarismo es por esencia oligárquico. Y dictatorial. Mariano Moreno, el precursor del partido; Juan Martín de Pueyrredón, el Director que gobernó con dura mano y Bernardino Rivadavia, procedieron dictatorialmente.



Mariano Moreno.



Puerto de Buenos Aires.

El federalismo no ha empezado por ser una doctrina, sino un sentimiento. Ha sido en las provincias una reacción, espontánea y vernácula, contra el porteñismo absorbente y extranjerizo; en la de Buenos Aires, una reacción de los hombres de la campaña, a los cuales sublevaba la indiferencia de los gobernantes unitarios hacia lo que ellos más valoraban, hacia lo que ellos, con harta razón, consideraban como la única riqueza del país. También en las provincias un motivo de orden económico ha contribuido a crear el sentimiento de autonomía. Buenos Aires, dueña del único puerto del país, quiere ser la única propietaria de las entradas de la aduana. Buenos Aires quiere, para usufructuar el poder, condenar a las provincias a miseria perpetua. Pero sobre todas las razones económicas y políticas, está el sentimiento de los pueblos. Es cierto que ellos quieren rentas y libertad política, pero también es cierto que sus anhelos han surgido desde el fondo de la tierra y de la raza. El federalismo es el espíritu de la tierra, la religión de la raza. Por esto es democrático. Más aún: se confunde con la democracia. Manuel Dorrego y Juan Manuel de Rosas, los conductores de las masas de la capital y de la campaña de Buenos Aires, como Estanislao López, el caudillo de Santa Fe, como Facundo Quiroga, el caudillo de La Rioja, y como todos los grandes caudillos de ese tiempo, son auténticos demócratas. Rosas, aunque hombre de abolengo y gran señor, es

en muchas cosas un gaucho, y por esto los gauchos lo aman y él se convierte en su conductor. Un eminente unitario, el general Paz, ha escrito que los hombres de la campaña, los sin arraigo, vale decir, los gauchos, son "generalmente nuestros enemigos".


General José María Paz.

El unitarismo nació el 25 de Mayo de 1810. Ese día, un grupo de porteños, inteligentes y cultos, quisieron gobernar a las provincias, imponiéndoles sus ideas. No comprendían esos hombres formados en el ambiente de la capital del Virreinato otro régimen que la centralización, que el gobierno de Buenos Aires. Pero las provincias, que durante el régimen colonial se gobernaban autonómicamente y que apenas habían tenido contacto con la metrópoli, no podían comprender las pretensiones absorbentes de Buenos Aires. El federalismo estaba en la esencia del régimen colonial, y nació como sentimiento o como instinto, si no precisamente como doctrina, después del 25 de Mayo de 1810. Luego, fue formándose poco a poco. Lo han construido los intereses y el sentimiento local de las provincias, los intereses de la campaña de Buenos Aires, y las ideas de Manuel Dorrego en favor de un federalismo a lo yanqui.

El federalismo representa entre nosotros el sentido de la realidad, la política vital, la adaptación del gobierno a nuestra idiosincrasia. El unitarismo representa lo ficticio, lo doctrinario. Los mismos fieles de la unidad advierten que el pueblo, y los pueblos, quieren el federalismo. Por esto, intentan imponer sus ideas por la fuerza, y así uno de ellos, don Julián Segundo Agüero, el ministro de Rivadavia, llega a decir: *impondremos la unidad a palos.*

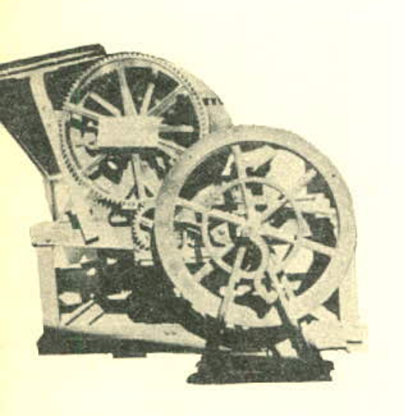
Estos partidos son dos fuerzas contrarias —hasta el odio feroz y la muerte—, que jamás podrán entenderse. Son dos grandes pasiones, igualmente violentas, poseídas por la misma ansia de absoluto dominio. Millares de argentinos van a morir por esos odios, que durarán más de cinco lustros.

Rosas en este tiempo

¿Qué hace Rosas en estos últimos meses de 1826, mientras los caudillos se levantan en armas contra el gobierno de Rivadavia y en Buenos Aires el Congreso discute y aprueba la constitución unitaria? Lo periódicos no hablan de él. Por excepción, se lee su nombre en *El Tribuno* del 28 de octubre. El periódico de Dorrego, negando que el apaciguamiento de la frontera se deba al Gobierno, afirma que eso ha sido obra de don Juan Manuel de Rosas, ciudadano "benemérito y respetable, que reúne a las apti-

tudes necesarias en tal clase de empresas la opinión de la campaña" y que, "movido de un interés público y celo laudable, no excusó paso ni trámite a fin de recabar del Ministerio providencias capaces de salvar tantas vidas y propiedades sacrificadas". Ciudadano benemérito y respetable. En ese tiempo en que los periódicos no nombran ni elogian a nadie, estas palabras demuestran el prestigio de Rosas Y nos revelan cuál ha sido su ocupación durante esos meses: mover al Gobierno para que rechace y persiga a los indios enemigos, que en setiembre asolaron algunas poblaciones del Sur.

Desde su estancia "Los Cerrillos", Juan Manuel contempla con encono la destrucción de su larga obra de entendimiento y paz con los salvajes. La expedición que, por sus reclamos, el Gobierno envía un poco tardíamente para combatir a los rebeldes, y que en uno de los últimos días de octubre ha partido de los Toldos Viejos, se desenvuelve con éxito. En los primeros días rescata seis mil cabezas de ganado y sesenta cautivas cristianas. Felizmente los pampas, los amigos de Juan Manuel, han cumplido su palabra y no ayudan a los rebeldes o se ponen de parte del ejército. A fines de año, las tropas nacionales se unen cerca de las sierras con los pampas de Catriel y los tehuelches del cacique Negro. El 3 de enero de 1827 los indios, en su mayoría chilenos, sorprendidos en las inmediaciones de la laguna de Epecuén, huyen abandonando el botín, los cautivos y hasta sus propias familias. Y a últimos de enero, después de haberse tenido que emplear fuerzas que debieron combatir contra el Brasil, termina esta expedición, que no hubiera sido necesaria a estar otros hombres en el gobierno.



Máquina impresora de la "Gaceta Mercantil" (1827).

Por esos días de enero del 27, *La gaceta Mercantil* nos da noticia de otra iniciativa de Rosas. Se ha abierto, en la ciudad y en la campaña, una suscripción en favor de los militares que han tomado parte en la recién concluida expedición contra los indios y para auxiliar a los cautivos rescatados. No cabe duda de que Rosas es el iniciador, pues se encarga de la recaudación, tanto en Buenos Aires como en el campo. "Este acto tan digno como filantrópico –dice *La Gaceta Mercantil*– y que hace honor a sus autores es seguramente un ejemplo de sentimientos los más nobles". Señala la "grandeza del objeto", y exclama: "¡Honor eterno a sus autores y digno estímulo para los fieles servidores de su patria! " Es del mayor interés esta preocupación de Rosas por los cautivos. No hay desgracia más grande para un cristiano, y sobre todo para una mujer, que caer en cautiverio. Imaginemos lo que representa para una joven blanca el ser convertida en la mujer de un indio inmundo y bárbaro; para una madre, el verse



Gaucho federal de la guardia de San Miguel del Monte.

abajo a Rivadavia y continuar ellos la guerra. No creen que nuestro país corra gran peligro. No creen, tampoco, en el valor de los brasileños y saben que en el Brasil ha habido movimientos populares contra la guerra. Los caudillos están convencidos, muy probablemente, de que es fácil vencer a los imperiales. Y no les falta razón, puesto que el Brasil, durante toda la guerra, no llega a obtener ningún triunfo con sus ejércitos terrestres; y eso que contaba con veinte mil soldados, exactamente el doble de los que Rivadavia le opuso[1].



Soldado brasileño del ejército imperial.

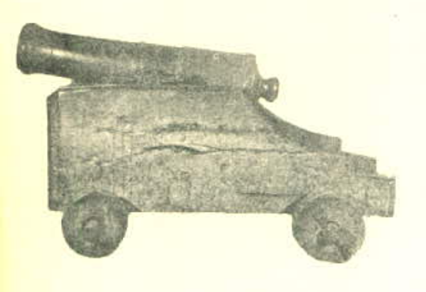
Rechazo de la Constitución

Mientras tanto, Rivadavia va teniendo noticias de los comisionados que, Constitución en mano, envió a las provincias.

He aquí a su representante en Santiago del Estero. Es un diputado al Congreso. Ostenta con orgullo su cargo, su comisión y su título de "doctor". Quiere entrevistarse con el gobernador, don Felipe Ibarra. Aunque los porteños consideran a Ibarra bárbaro e ignorante, no lo es. Pertenece a una familia decente y ha sido soldado de la Independencia. Pero él quiere chocar al comisionado. Le sabe elegante, bien hablado y fino; y lo recibe descalzo, en camisa y calzoncillos, con el pecho al aire y la cabeza cubierta por una vincha roja y amarilla. Y después de la entrevista dicta un decreto, cuyo texto le manda con un soldado, en el cual, fundándose en que la Legislatura no puede examinar la Constitución "por hallarse en actual guerra decretada por el Presidente de Buenos Aires", ordena al comisionado regresar con la Constitución "en el término de veinticuatro horas".

Otro de los comisionados, que va a San Juan, se entera al llegar a Mendoza de que allí domina Juan Facundo Quiroga. Se queda en Mendoza y desde esta ciudad le remite al general una nota y un ejemplar de la Constitución. Quiroga se la devuelve sin abrirla y con unas líneas donde dice que él no abre comunicaciones de quienes dependen de una autoridad que le hace la guerra, pero que contestará con los hechos, pues "no conoce peligros que le arredren y se halla muy distante de rendirse a las cadenas con que se pretende ligarlo al pomposo carro del despotismo". Según se ve, Quiroga no sólo devuelve su constitución a Rivadavia, sino que lo declara un déspota.

Al ilustre canónigo, y también diputado, que va a Córdoba, el gobierno lo expulsa de la provincia y declara que rechaza esa constitución por contraria a la forma federal, "por la que se han pronunciado la mayoría de las provincias". A los demás comisio-


Pieza de artillería de la época.

nados les va, más o menos, lo mismo o no pueden desempeñar su mandato. Pero en Buenos Aires aún no se tiene, ni se puede tener noticia, del fracaso unánime. Más de un mes dura el viaje a Mendoza. Y como los comisionados han salido en los primeros días de enero, Rivadavia no conocerá hasta fines de marzo o principios de abril el tamaño de su desgracia y de su desprestigio.

Proyecto de paz

Ahora Rivadavia ha comprendido que no es posible continuar la guerra y que sólo existe una solución: la paz. No hay hombres para mandar al Brasil, ni dinero con qué adquirir ropa y pertrechos. El invierno se acerca y los soldados visten de verano. Ya comienzan a estar andrajosos. Y no se puede continuar la guerra sin armas ni balas. ¡Cuánto mal están haciendo los caudillos "anárquicos" de las provincias! , ha de pensar Rivadavia. Ituzaingó no ha resuelto nada. Montevideo sigue en poder de los brasileños y lo mismo el pueblo de la Colonia. Y para colmo de desgracia, nuestros barcos son rodeados por la escuadra del Imperio y derrotados el 9 de abril. Dos de los mejores son echados a pique y el almirante debe hacer incendiar aquel que lleva su insignia.

Rivadavia envía al Brasil como plenipotenciario al doctor Manuel José García. Al partir le dice: "La paz debe ser el único punto de partida para todo; si la guerra sigue, la anarquía es inevitable. Si la paz no puede conseguirse, será necesario resignarse al vandalaje. Después que la República ha convenido en que la Banda Oriental se separe y forme un estado independiente, la guerra es sin objeto". Pero ¿cuándo *ha convenido* la República semejante cosa? Por el contrario, ¿no ha manifestado el país entero su alegría cuando, apenas un año y unos meses atrás, el congreso de los orientales resolvió su incorporación a las Provincias Unidas?

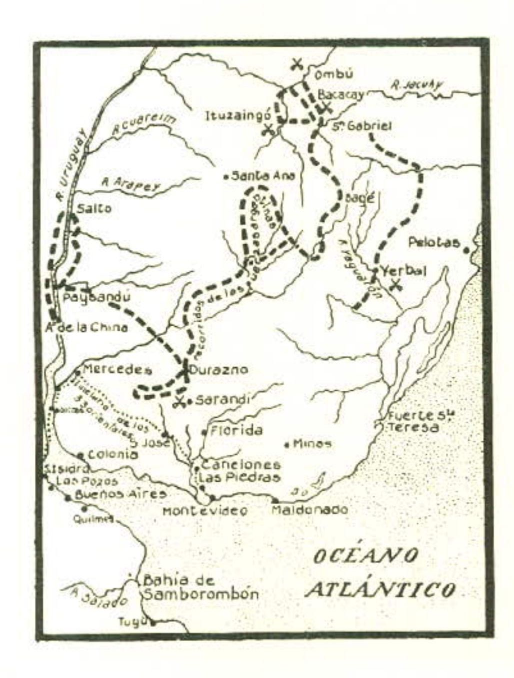

Manuel J. García. Destacado político y diplomático. Tuvo destacada actuación en la guerra con el Brasil. Colaboró en el gobierno de Rosas.

Para los unitarios, la paz significa la salvación personal. Es muy sugestivo el diálogo entre el ministro Agüero y el doctor García. Agüero le dice: "Ya sabe usted lo que nos va en esto a todos los hombres de 1823; sáquenos usted a todo trance de este pantano". Estas palabras son harto claras. Agüero parece reconocer los errores de su partido, y desea que el plenipotenciario salve a los que gobernaron con Rodríguez y con Rivadavia, a los autores de las reformas de 1823. ¿Y de qué pantano quiere que los saquen? Pues del desprestigio, de la derrota, de la pérdida del poder, acaso del peligro de muerte. Las palabras de Agüero

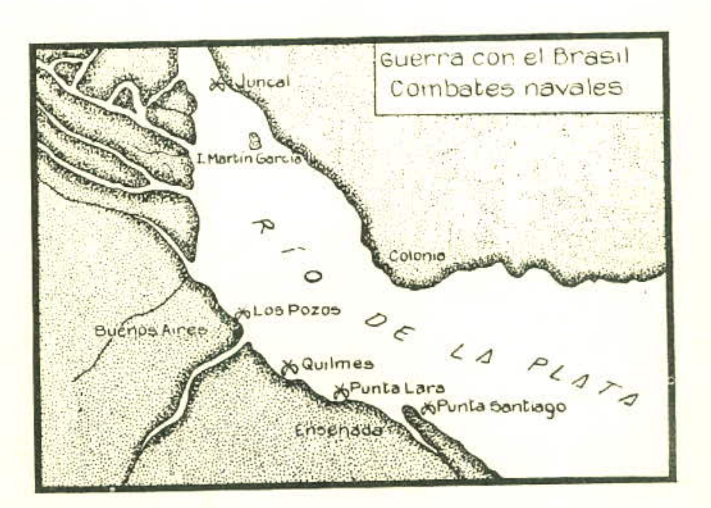
sorprenden al plenipotenciario, que exclama: *¿A todo trance, señor don Julián?*. Pero Agüero comprende la imprudencia de lo que ha dicho, ya que el enviado no es precisamente unitario. Y le contesta: *De otro modo caemos en la demagogia y en la barbarie; salvar a nuestro país es lo primero*.

El enviado al Brasil es uno de los más grandes diplomáticos que ha tenido nuestro país. Pero llega a Río de Janeiro en el peor momento imaginable. El emperador don Pedro acaba de declarar ante las cámaras su resolución de continuar la guerra hasta el definitivo y total triunfo del Imperio. Las rencillas ocasionadas por la guerra, que no cuenta con la simpatía de los estados del norte, han terminado. El plenipotenciario no tiene la menor duda de que nosotros no podemos seguir la guerra. Las instrucciones que lleva sólo le autorizan para convenir en la independencia de la Banda Oriental. Pero desde la corte de Río de Janeiro las cosas se ven de otro modo que desde Buenos Aires y entonces acepta la paz que le ofrecen. Y regresa a Buenos Aires, acaso convencido de haber salvado a su patria y al Gobierno.

Paz deshonrosa. Imposible aceptarla. ¿Cómo conformarnos con que la Banda Oriental pase a ser una provincia brasileña? ¿Y cómo sufrir la imposición de que hemos de mantener desarmada a la isla de Martín García? ¿No hemos vencido en todos los combates, en Ituzaingó? Rivadavia remite al Congreso el tratado y el informe del plenipotenciario y espera los acontecimientos. Seguramente los espera con ansiosa inquietud.



Plano de las acciones por mar y tierra, durante la guerra con el Brasil.





Fundación de la Universidad de Buenos Aires, su creador D. Bernardino Rivadavia y su primer rector presbítero Dr. Antonio Sáenz.

Caída de Rivadavia

Tiene motivos. El pueblo, como un solo hombre, se levanta contra el Presidente. Reuniones tumultuosas. Puebladas. Grupos de descontentos apedrean la casa de Rivadavia. Otros asaltan la de García, al que insultan y quieren asesinar, cuando se presenta el coronel Dorrego y lo salva. Por las calles pasan gentes exaltadas, que piden la cabeza del plenipotenciario y gritan *¡muera el Brasil!* . Todo el mundo quiere la continuación de la guerra. El Gobierno se siente sin fuerza para contener a las turbas. Entonces Rivadavia, no encontrando otro medio para salvarse y para salvar a su partido y a sus amigos de graves atropellos, y, como cree lord Ponsonby el ministro británico en el Brasil, para reconquistar su popularidad, lo que no conseguirá por ser *personalmente odiado*, expide un decreto en el que, después de acusar al plenipotenciario de haberse excedido en sus atribuciones, rechaza el convenio por ofensivo al honor nacional, a nuestra independencia y a nuestros intereses. Y envía un mensaje al Congreso, en el que anuncia que continuará la guerra y que desde ese instante rompe relaciones con el Imperio.

Pero no basta. Rivadavia no puede seguir gobernando. Unos lo desprecian, otros lo odian, y todos quieren verle fuera del poder. El mismo lo comprende así. Y el 27 de junio, dos días después del mensaje último al Congreso, presenta su renuncia, que le es aceptada en la sesión del 30.

¡ Rivadavia ha caído! Y tristemente, entre la unánime rechifla de los pueblos de las Provincias Unidas. Pero no ha caído solo, sino rodeado de amigos, de los fieles que siguen admirándolo y creyendo en él. Y es que los errores de su gobierno han sido los del Partido Unitario, los de los hombres inteligentes y cultos que lo han rodeado, pero cuyo doctrinarismo agudo les ha alejado de nuestras realidades sociales y políticas. Caro ha costado el empeño de pretender imponer a un pueblo un régimen de gobierno que detesta. Por ese empeño hemos perdido la mejor de nuestras provincias, y el país ha quedado dividido en dos partes que se odian y se odiarán a muerte. Días luctuosos vendrán para la patria argentina. Y el primer culpable es el Partido Unitario.



General D. José de San Martín.

El país entero se alegra de la caída de Rivadavia, salvo el grupito de intelectuales y aristócratas que le siguen. Por esos mismos días, en octubre, el general José de San Martín, el primero entre los argentinos, le escribe al general Bernardo O'Higgins, el más grande de los chilenos:. *Ya habrá sabido usted la renuncia de Rivadavia. Su administración ha sido desastrosa y sólo ha contribuido a dividir los ánimos. El me ha hecho una guerra de zapa, sin otro objeto que minar mi opinión –San Martín quiere decir "mi prestigio"–, suponiendo que mi viaje a Europa no ha tenido otro propósito que el de establecer gobiernos en América. Yo he despreciado tanto sus groseras imposturas como su innoble persona.* Así se juzga en su tiempo a Rivadavia. Así lo juzga un hombre que es todo nobleza, serenidad, patriotismo. Pero el Partido Unitario exaltará a Rivadavia porque es su jefe, y al llegar a gobernar, después de caído Rosas, lo impondrá como el más ilustre de nuestros gobernantes y héroes civiles. De este modo se ha falsificado la Historia entre nosotros[2].

Rosas comandante general de la Campaña

Juan Manuel de Rosas contempla los sucesos desde su estancia. Nadie se alegra tanto como él de la caída del presidente Rivadavia. ¿Ha intuido que su hora se acerca? En el Partido Federal es una figura conspicua. Pero aún no aparece en el primer lugar. Al frente del partido se ve a Manuel Dorrego, figura de mayor brillo que la suya; guerrero de la Independencia, vencedor de Salta y Tucumán, orador, periodista, ex gobernador de la Provincia y hombre de arrastre popular. Detrás de él, como una sombra poderosa, silencioso, expectante, y a modo de una encarnación del espíritu de las pampas, está Juan Manuel de Rosas.

Otra vez la mano del Destino ha dado un manotón al rompe-

cabezas y ha dispersado las piezas. La unidad nacional, porque era ficticia, ha desaparecido. El régimen presidencial y unitario ha muerto. Ahora cada provincia irá por su lado, se gobernará por sí misma. Buenos Aires deja de formar un todo con sus hermanas; vuelve a su antiguo ser. Los porteños respiran. Ya no será dividida en dos la Provincia, ya no perderá ni una legua de tierra en beneficio de las demás. Volverá a tener un gobernador. El Congreso nombra un presidente interino. Es un hombre muy respetable e ilustre: el autor del Himno Nacional. Uno de sus escasos decretos es el de nombrar a Juan Manuel de Rosas comandante general de la Campaña, cargo que equivale al de un segundo gobernador. En seguida cesa en sus funciones y el Congreso se disuelve. En Buenos Aires se realizan elecciones de representantes el 22 de julio. El 11 de agosto, salvas de cañón anuncian a la ciudad que se ha instalado la nueva Junta de Representantes. Y el 13, otras salvas anuncian que el coronel don Manuel Dorrego, elegido gobernador de Buenos Aires, ha asumido el poder.

NOTAS AL CAPITULO

[1] En realidad, el primer golpe que fracciona la unión del país para la guerra con el Brasil, es una revuelta unitaria. A fines de noviembre del 25, es decir, quince días antes que el emperador declare la iniciación de las hostilidades, el coronel Gregorio Aráoz de Lamadrid se levanta en armas contra el gobierno de Tucumán. En esta acción subversiva utiliza tropas catamarqueñas, riojanas y tucumanas, ya movilizadas para el conflicto con el Brasil. No es una veleidad. El general Las Heras, gobernador de Buenos Aires, se dirigió de inmediato al Congreso de las Provincias Unidas, pidiendo autorización para reprimir al "anárquico y tumultuoso" jefe unitario, acusándolo de utilizar tropas nacionales para revolucionar el orden, en momentos que la nación se encuentra amenazada por una potencia extranjera. Y es el propio Congreso, llamado a institucionalizar la República, quien se hace cómplice de la revuelta dilatando medidas contra el alzado. Todo parece formar parte de una maniobra política, orquestada por el unitarismo, queriendo sumar posiciones favorables en el interior. En octubre había vuelto al país Bernardino Rivadavia. Su influencia comenzó a notarse de inmediato. El plan de voltear gobiernos federales es una terquedad para lograr el manejo del país; los unitarios amasaban una liga partidista en el norte, con Arenales en Salta, Manuel Gutiérrez en Catamarca, Lamadrid en Tucumán y barruntando sublevar en Córdoba y Santiago, en el afán de implantar la constitución y el gobierno que la mayoría de los pueblos venían rechazando desde hacía quince años. La cosa llegó a tal extremo de arbitrariedad y desatino, que en febrero del año siguiente el Congreso, sin otro mandato que el de ser una Convención Constituyente, votaba una Ley de presidencia, y elegía para el cargo a Rivadavia, sosteniendo el diputado Valentín Gómez: "Ya puede presentarse la cabeza propia del cuerpo político del Estado, en la seguridad de que por leyes ulteriores, y últimamente por la constitución, irá robusteciendo la autoridad del Ejecutivo Nacional." El padre Gorriti se opuso, diciendo que "sólo a la constitución le corresponde determinar ese mecanismo;

antes de ella, nadie, y mucho menos este Congreso, tiene facultades para constituirlo." Manuel Moreno, hermano de Mariano, fustigó la monstruosidad jurídica que se perpetraba y vaticinó lo que vendría, sosteniendo que si se modificaba de tal manera la voluntad de las provincias, sus gobernadores, en vez de seguir enviando tropas, reclutas, acémilas, ponchos y otros mil recursos para la guerra contra el emperador, tendrían que ponerse en defensa y negar el envío de esas fuerzas.

Por otra parte, si hubo agachadas para no enfrentar a los portugueses —ahora independizados en brasileños— fue monopolio de directoriales, sectas porteñas, unitarios, o como se los llame. Recordemos la actitud de Buenos Aires frente a Artigas, cuando éste se desangraba luchando contra la invasión portuguesa a la Banda Oriental. En la emergencia sólo lo apoyaron en serio caudillos federales. Cuando por setiembre del 25 los asambleístas discutían aún si aceptaban o no a los diputados orientales al Congreso, en la provincia hermana debieron proclamar que era "el voto general, decidido y constante de la provincia oriental, la unidad con las demás provincias argentinas a las que siempre perteneció por los vínculos más sagrados que el mundo conoce", obligando, con esta declaración que era ley general de los pueblos, a las minorías unitarias, a aceptar una situación de hecho: que la Banda Oriental era parte integrante de las Provincias Unidas, aunque se enojara el Brasil y hubiera que pelearlo.

[2] Si Rivadavia hubiera pensado más en la Nación que en sus "principios" habría renunciado antes, al ver el rechazo de su política por todas las provincias. Pero hasta último momento insistió en avasallar las voluntades mayoritarias, utilizando para ello fondos de la Tesorería Nacional y tropas del ejército presidencial que debieron emplearse en la guerra contra el Brasil. Prefirió someter el país para encerrarlo dentro de una constitución repudiada, a defender la integridad nacional. El diálogo que relata Gálvez, entre el ministro de gobierno Julián Segundo de Agüero y el enviado García, es muy claro al respecto: "Ya sabe usted lo que nos va en esto a todos los hombres de 1823; sáquenos usted a todo trance de este pantano." A todo trance. Aun a costa de entregar la Banda Oriental, cosa que ya bailaba en el caletre unitario. Cuando en setiembre del año anterior Rivadavia recibió pomposamente al ministro inglés Ponsomby, manteniendo conversaciones con éste, el Dr. García y el cónsul Parish, se le hizo llegar un memorándum confidencial de la Corona británica, donde se especificaban las bases para un acuerdo de paz con el Brasil; tenía 12 puntos, el 1º decía así: "La provincia Oriental será declarada estado libre e independiente", y Rivadavia estuvo de acuerdo. El conflicto perjudicaba los intereses económicos británicos y las ideologías unitarias. Coincidencia triste.

El plenipotenciario García vuelve con un tratado de paz firmado en Río, donde la Argentina "renuncia expresamente a todos los derechos que podría pretender al territorio de Montevideo, llamado hoy Cisplatino."

Aquí cuenta Gálvez los tumultos de indignación que se pro-

ducen en Buenos Aires, al conocerse las cláusulas de la entrega. "El Tribuno" ha comenzado a publicar una serie de artículos denunciando el negociado entre Rivadavia y la River Plate Association, incluyendo cartas del "presidente" a la Banca Hullet: "Ya no puedo demorar por más tiempo la instalación del gobierno nacional... luego que sea nombrado procederé a procurar la sanción de la ley para el contrato de la compañía."

La política rivadaviana no da para más, y don Bernardino renuncia: "Debo, señores —dice al Congreso— resignar el mando como desde luego lo hago... Sensible es no poder satisfacer al mundo de los motivos irresistibles que justifican esta decidida resolución." Algún motivo encontró, sin embargo, lord Ponsomby; en carta a Canning le explica los motivos de la caída de Rivadavia: "Fracasó porque era odiado", dice el inglés.

48 diputados aceptaron la renuncia, sólo dos lo apoyaron, en su propio congreso.



Manuelita Rosas. Hija y eficaz colaboradora del Restaurador de las Leyes.

CAPITULO IV
LA DEMOCRACIA FEDERAL

Aunque se ha derrumbado la constitución unitaria y gran parte de la obra presidencial, los vencidos no desaparecen de la acción, salvo Rivadavia, que después de un año de silencio, partirá para Europa. Los demás líderes del partido hacen violenta oposición al nuevo gobierno.

El advenimiento de los federales al poder significa el triunfo de la democracia y el comienzo, o el anuncio, de una revolución social. Desde 1810 han gobernado los hombres de la clase elevada: el "patriciado" porteño. El 25 de Mayo nos liberamos de España, pero el pueblo no por eso fue libre. Sus anhelos íntimos no coinciden con las aspiraciones de los abogados y aristócratas que lo gobiernan. Un contemporáneo de esos hombres, el general Tomás Iriarte, los encuentra intolerantes, llenos de "fatua hinchazón", exclusivistas, pretensiosos de aristocracia y convencidos de que, por derecho, ellos deben regir los destinos del país. ¿Cómo ha de resignarse el pueblo a ser gobernado por ellos? De ahí su preferencia por los federales, que le hablan en un idioma comprensible. Los mismos unitarios consideran que federación y democracia son términos equivalentes; y así, uno de ellos, en el Congreso desaparecido, ha dicho: "Yo confesaré que, al principio de la revolución, fui, como muchos, arrastrado de ese furor democrático; y que opinaba que la federación de los Estados Unidos podría adaptarse a nuestro país".

El pueblo de Buenos Aires, el pueblo auténtico, la multitud, no ha figurado hasta ahora en nuestra historia. Las gentes que el 25 de Mayo de 1810 se congregaron frente al Cabildo, constituían un pequeño grupo. Más tarde ha habido varias revoluciones; unas fueron militares, y otras consistieron en efímeras puebladas. Las masas aparecen con el gobierno federal de Dorrego. No es



Manuel Dorrego promueve a la Convención Nacional de julio de 1838 en Santa Fe

que se realicen concentraciones de ciudadanos, sino que el hombre de la masa está en todas partes. Se le ve por las calles, vitoreándose a sí mismo, a *la clase baja*, y dando *¡mueras!* a *los de fraque y levita*. Se le va a ver en las elecciones, y no como carne de comicio, arrastrado por los caudillos, sino consciente de su fuerza. La plebe de las orillas, los negros, los mulatos, los compadritos, los chacuacos o pandilleros, antes sometidos o escondidos, ahora exhiben su número. Constituyen una fuerza política despreciada por los unitarios y que el Partido Federal pone en acción.

Pero el verdadero espíritu federal, democrático y revolucionario, viene de las provincias; de Santa Fe, por ejemplo, donde la pobreza general ha establecido la igualdad casi absoluta. El gobernador don Estanislao López, hombre de origen modesto, es sencillo y democrático. Patriarca bondadoso, no se diferencia, por su vestir y sus modos, de un simple paisano. En Santa Fe nada hay que se asemeje al empaque del unitario porteño, a sus ínfulas de aristocracia. Con la caída de Rivadavia, las relaciones entre Buenos Aires y las provincias se estrechan. Y hasta la orgullosa ciudad que fuera llamada en tiempos del ministerio de Rivadavia *la Atenas del Plata*, llega el hálito de las democracias provincianas, el espíritu de nuestros campos, el acento gaucho de esos caudillos tan despreciados por los unitarios y que encarnan los anhelos íntimos de las masas.

Dorrego y su gobierno

El alma del federalismo en Buenos Aires es Manuel Dorrego. Durante el gobierno de Rivadavia ha permanecido en contacto con los caudillos, especialmente con los de Santiago del Estero y de Santa Fe, así como con Rosas, que ha sido socio de un hermano suyo, y quien, por su pedido, continúa en el cargo de Comandante General de la Campaña. Es también, a la par que don Manuel Moreno, hermano del prócer don Mariano, uno de los doctrinarios del federalismo, que él concibe a la manera de los Estados Unidos. Del contacto entre su federalismo extranjerizo y el federalismo innato e instintivo de los caudillos y de las provincias, acaba de surgir, con formas bien definidas, el Partido Federal.

Apenas se encuentra en el poder, Dorrego acepta la proposición de Córdoba de realizar una convención de todas las provincias. Trátase de dar al país una constitución federal y de crear un gobierno para toda la nación. Dorrego se convierte en el paladín de este proyecto y contribuye a que otras provincias

lo acepten. La convención se reunirá en Santa Fe, en 1828.

Manuel Dorrego es por entonces el primer ciudadano de Buenos Aires. Militar, tiene una bella foja de servicios. Ha adquirido en sus viajes, sobre todo durante su permanencia en los Estados Unidos, una cultura apreciable para esos tiempos. Si bien su afición a conversar demasiado y con cualquiera; su facilidad para sulfurarse, su espíritu ingenuo y a la vez burlón; y su carácter movedizo, desigual e inestable le restan respetabilidad, nadie duda de su talento y de su importancia. Aunque vanidoso, es sencillísimo en su trato y se conduce en la vida y en el gobierno como un demócrata. Sus generosidades son famosas: en 1823, cuando la revolución contra Rodríguez y Rivadavia, deja escapar, en lugar de tomar preso, al doctor Gregorio Tagle, que sería condenado a muerte, quien le había desterrado algunos años atrás.

Pero Dorrego no es el creador del federalismo. Cuando él andaba entre los que ahora se llaman unitarios, hacía ya años que Estanislao López había levantado la bandera federal; y antes que López –como ya lo dije– el *oriental* don José Gervasio de Artigas. La gloria de imponer el espíritu federal, la democracia federal, le corresponderá a Juan Manuel de Rosas. Dorrego es su precursor.



José María Roxas y Patrón

Rosas y su plan de colonización

El nuevo gobernador de Buenos Aires ha designado excelentes ministros. Don Manuel Moreno tiene a su cargo la cartera de Gobierno y la de Relaciones Exteriores; el general don Juan Ramón Balcarce, la de Guerra; don José María Roxas y Patrón, la de Hacienda. Estos dos últimos serán más tarde ministros de Rosas. Pero el Gobierno poco puede hacer por absoluta falta de dinero. La presidencia de Rivadavia ha sido, en lo económico, un desastre. Dorrego no puede hacer empréstitos de ninguna especie. Más tarde se verá obligado a vender en Londres dos fragatas.

Al mes y un día de haberse recibido del mando, envía un mensaje a la legislatura. En este documento en que Dorrego expone la triste situación del erario, hay unas palabras muy graves, y acaso muy imprudentes, sobre el asunto de las minas de La Rioja. Ocurre que Rivadavia, en su viaje a Europa, a raíz de dejar el ministerio, y como agente *ad hoc* del gobierno de Las Heras, formó en Londres un sindicato para explotar las minas de La Rioja. Han venido, en 1825, los técnicos –más de ochenta hombres– y se han encontrado con otra compañía formada en el país, de la que es principal accionista Juan Facundo Quiroga, y

Juan Ramón Balcarce, apoyó a Rosas durante su gobierno, en la campaña del desierto. Se opuso enérgicamente a la ocupación de las islas Malvinas



con la negativa del gobierno de La Rioja, que desconoce lo realizado por Rivadavia, a permitir los estudios que se quieren hacer. Los técnicos han debido volver a Inglaterra, y ahora Dorrego informa que, por el último paquete de Europa, ha llegado un recurso de la compañía concesionaria de las minas, que reclama a la Provincia la cantidad de cincuenta y dos mil quinientas veinte libras esterlinas. Y agrega esta frase, terriblemente condenatoria para Rivadavia: *El engaño de aquellos extranjeros y la conducta escandalosa de un hombre público del país, que prepara esta especulación, se enrola en ella y es tildado de dividir su precio, nos causa un amargo pesar, más pérdidas que reparar en nuestro crédito.*

Es de imaginar el efecto que habrán producido estas palabras de ludibrio hacia Rivadavia y la indignación de los fieles del ex presidente: los Agüero, los Varela, los Del Carril. No cabe duda de que Dorrego, con esas palabras, ha resuelto su caída. Los unitarios comienzan a conspirar. A fines de ese mismo año de 1827, ya se hacen trabajos revolucionarios entre los jefes y oficiales del ejército que combate contra el Brasil. Y el periodiquito *El Granizo*, sin duda pensando en esos trabajos, anuncia que el señor Dorrego descenderá del gobierno.

Rosas renuncia a la comandancia de campaña

Juan Manuel de Rosas ha continuado en su cargo de Comandante General de la Campaña. Dorrego, como es natural, no ha intentado quitárselo, aunque así lo desean algunos de sus adictos, que conocen el extenso prestigio de Rosas en la campaña y que le temen. Rosas, ahora, dispone de casi toda la fuerza militar de la Provincia. El ejército está al norte de la Banda Oriental, en el campamento de Cerro Largo, no lejos del Brasil. En Buenos Aires no hay sino milicias, y es él quien las manda.

Su poder es inmenso y él hace lo posible por aumentarlo. Rápidamente, organiza las milicias de caballería, consigue toda clase de armas y prendas de vestir y dispone y acelera el enrolamiento. Logra que las milicias dependan de las autoridades militares, con lo cual obtiene que el paisano esté protegido por la Comandancia que él ejerce.

Y como siempre, su preocupación principal es el indio. Dorrego le ha encargado mantener la paz con los salvajes y preparar un plan para extender las fronteras del sur. Comienza por llamar a los caciques. A Coñuepán lo recibe en su casa y lo agasaja. Luego intenta poner en práctica su plan de colonización. Alrededor de los fortines que jalonan la frontera, se constituirán, según su proyecto, centros de trabajo. Recordemos que en sus estancias tiene ya muchos indios. Un escritor inglés que, por esos años, visitó el país, habla de centenares de ellos que, en los campos de Rosas o administrados por él, se dedicaban a labores agrícolas o

Caballería de Rosas



pastoriles. El mismo Rosas asegura que más de tres mil indios viven en los campos que administra. Es una obra civilizadora, así como la que comienza a realizar junto a los fortines[1].

Para que vaya gente a esos lugares y sea aceptable allí la vida quiere que en las parroquias de la ciudad, así como en los pueblos de la campaña, se invite a las familias pobres a que se establezcan junto a los nuevos fortines y a las que se les darán tierras, animales e instrumentos de trabajo. Indica la conveniencia de que sean llevadas a las poblaciones en formación, no como castigo ciertamente, algunas de las mujeres de mal vivir que abundan en la capital y sus suburbios: lo mismo que los prisioneros brasileños, los que serán utilizados en los trabajos de los fortines. Y en fin, quiere atraer a los militares casados, o por casarse, ofreciéndoles lotes de tierra y diversas facilidades para que allí se instalen.

Pero despierta recelos entre los que rodean al gobernador, y aun en el mismo Dorrego. A los seis meses, o algo más, de estar Rosas en sus funciones, el Gobierno le disminuye los recursos, le demora sus proyectos. Su hostilidad hacia él es evidente. ¿No llega el Gobierno, sin consultarle, hasta licenciar algunas de las milicias que él manda, o a nombrar jefes de otras a individuos con quienes él no simpatiza? Rosas, herido, renuncia el 1º de abril. *Por una dolorosa fatalidad –dice, con amargura– algunos proyectos de mejora, o no han sido adoptados o se han hecho impracticables*. No culpa directamente al Gobierno, como se ve, sino a una *fatalidad*. Agrega que ni fusiles de chispa ha podido



Candombe federal



Interior de un rancho, vivienda típica del campesino

obtener. Considera que la Comandancia ha llegado a ser *innecesaria y nula*, que ya no es sino un mero título y que el conservarla será infructuoso para el Estado. Y espera que el Gobierno, dignándose aceptar su renuncia *le permita volver, como desea, a la vida privada*. Pero el Ministerio de Guerra, sin resolver en cuanto a la renuncia, le pregunta cuáles son esos proyectos no adoptados y por qué la Comandancia es un mero título. Rosas contesta que el Gobierno puede enterarse en el archivo de la Inspección General o en el del Ministerio de Guerra, e insiste en su renuncia. La he presentado por "la razón jefe" de que aceptó por vía de ensayo, y se ha convencido –agrega con ironía– de que su continuación en dicho cargo es *perjudicial a la causa pública y a sus intereses particulares*. Dorrego no le acepta la renuncia.

Fundan Bahía Blanca

Mientras estas notas van y vienen, varios jefes del ejército, tres pobladores de la comarca y un ingeniero agrimensor, fundan, en la bahía Blanca, la Fortaleza Protectora. Esto ha ocurrido el 9 de abril, y, como consta documentalmente, ha sido hecho según las



Florencio Varela es el primer poeta de la época y mordaz, ingenioso y talentoso periodista, enemigo de Juan Manuel de Rosas

minuciosísimas instrucciones dadas por Rosas, su verdadero y único fundador. No se le olvidó un detalle, por insignificante que fuese: desde el plano y dibujo de la planta del fuerte que se construirá, hasta los cueros de carnero que deberán llevarse para "ocurrir con ellos, empapados de agua, a apagar alguna quemazón que pueda levantarse o sentirse en el establecimiento". Pensaba ir él mismo, al frente de una expedición a la que centenares de paisanos habían resuelto agregarse. Pero en esos días ha presentado su renuncia, acaso provocada esta vez por Dorrego, que ha mirado con malos ojos semejante concentración de hombres armados.

Ha transcurrido más de un siglo. La Fortaleza Protectora es hoy la ciudad de Bahía Blanca. El odio a Rosas ha logrado que, en la historia oficial, los fundadores de la ciudad sean esos militares a quienes él envió y a los cuales dio por escrito sus instrucciones. . .

Oposición de los unitarios a Dorrego

La guerra periodística iniciada contra Dorrego en los días iniciales de su gobierno, aumenta su virulencia en los primeros meses de 1828. Desde las cuatro paginitas en cuarto de *El Liberal, El Tiempo* y *El Diablo Rosado,* se dicen horrores de los hombres del Gobierno y de los periodistas que lo apoyan. El redactor de *El Diablo Rosado,* Juan Laserre, es un francés ingenioso y deslenguado. Pronto debe morir su periódico, pero luego publica otro, *El hijo mayor del Diablo Rosado.* Los periódicos enemigos acusan a Dorrego de valerse de los orilleros para amenazar a la oposición; de haber vendido a una persona de su familia, a vil precio, una propiedad del Estado; de mandar a la escuadra, con violencia, a algunos ciudadanos, a pesar de estar suprimidas las levas por el propio Dorrego; de tener hambrientos y casi desnudos, en el campamento de Cerro Largo, a los vencedores de Ituzaingó, y de tramar una paz humillante con el Brasil. En algunas de estas hojas unitarias y en otras que aparecen después, colaboran los dos Varela, Juan Cruz y Florencio. El primero, mordaz e ingenioso, es el primer poeta de su tiempo. El segundo, que apenas pasa de los veinte años, tiene talento y será uno de los más grandes enemigos de Rosas.

Pero los periódicos federales no se quedan atrás. A las injurias de los unitarios contestan con otras análogas. Si los unitarios llaman *Don Hemorroides Untos* al redactor de un periódico del Gobierno, los federales llaman *ladrón*, con todas sus letras, a

Juan Cruz Varela. Pero la guerra periodística no es una novedad: otras veces ha ocurrido lo mismo. No obstante, Dorrego, que no soporta las injusticias contra él, hace dictar una severa ley de imprenta, con pena desde quinientos a dos mil pesos de multa, prohibición de escribir durante cuatro meses y confinamiento desde cuatro meses a un año a un lugar de la campaña, a los que incurran en diversos delitos, uno de los cuales consiste en ofender con sátiras e invectivas el honor y la reputación de alguna persona o ridiculizarla o publicar "defectos de su vida privada".

En este ambiente apasionado hasta la exageración en donde unos y otros se odian y se vigilan, realízanse las elecciones del 4 de mayo. Por primera vez, en un acto semejante, van a encontrarse, frente a frente, los unitarios y los federales.

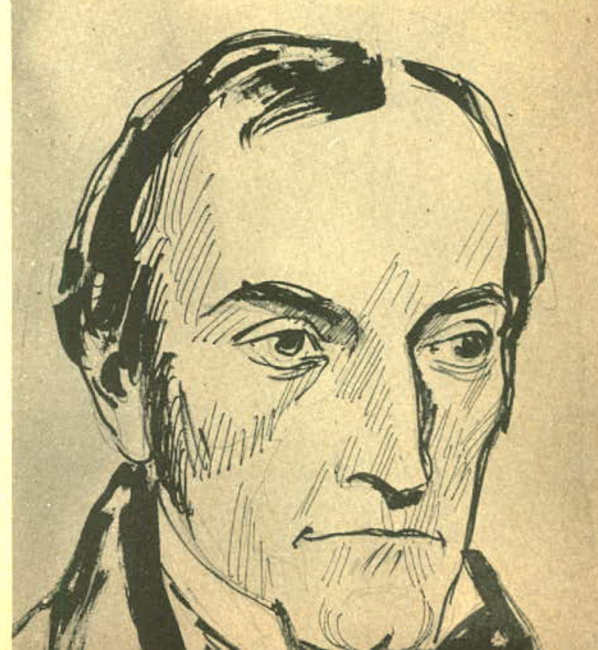
Lavalle y las elecciones de mayo

Unos días antes de las elecciones llega a Buenos Aires el coronel Juan Lavalle, que ahora es uno de los jefes del Partido Unitario. Lavalle tiene fama de turbulento y arrogante. Su contemporáneo Iriarte lo retrata así: "Soldado atrevido, engreído y de limitados alcances, capaz de los mayores atentados; lo nombraron un prohombre y lo designaron como instrumento ciego de la guerra que se preparaban a hacer a su rival". Hay anécdotas que pintan un hombre. Celébrase en Lima un banquete a la llegada

Juan Lavalle, ordenó fusilar a Dorrego



Juan Cruz Varela, hermano de Florencio, periodista y también enemigo de Rosas





Casa donde vivió Lavalle con su familia

de Bolívar. Lavalle, sentado cerca del Libertador, vuelca una botella de vino. Bolívar se lo reprocha: "¿En qué mesa está acostumbrado a comer usted? " Y el argentino contesta: "En la mesa de mis padres, donde –obsérvese la 'guarangada' y la falsedad– se muda un mantel a cada plato". Rosas le juzgará de este modo: "Corazón abierto, franco, caballeresco, era un militar distinguido. Sin educación esmerada y sin inteligencia desarrollada, era impresionable y violento. Amaba a su patria con orgullo, y ese amor le hacía impresionarse de los males que la agobiaban".



Simón Bolívar

Lavalle viene herido de bala en la pierna izquierda. El Gobierno le ordena que regrese en seguida al campamento de Cerro Largo, pero él se queda para asistir a las elecciones y conspirar. Reúnese con sus amigos en una casucha de la calle del Parque. El no ha sido unitario ni lo es, en realidad, ahora. Iluso, ingenuo, impresionable, altivo y noble, ignorante de las habilidades de los políticos, ha sido engatusado por los dirigentes unitarios, que, intelectuales y hombres de bufete, necesitaban un jefe de acción. Ya en el campamento, en donde Dorrego tiene muchos enemigos, se le ha hablado mal del Gobierno. Jefes unitarios y agentes de Agüero y de otros líderes del partido le convencen de que en la Provincia no existe la libertad, que los dineros públicos se dilapidan y de que no tardará en sobrevenir el caos. El patriota, crédulo y enamorado de la libertad, que es Lavalle, no vacila. Y la pobreza que advierte en el campamento, la escasa alimentación que se da a las tropas, los harapos de muchos soldados, son para Lavalle argumentos contra el Gobierno. Cree que Dorrego

sólo pretende asegurarse en el poder mediante alianzas con los caudillos del interior, a los que los unitarios consideran como semibárbaros. Rosas explicará años más tarde por qué Lavalle se lanzó a la Revolución: "El Partido Unitario le hizo comprender que sus ideas no vencerían si no se acababa con los que las combatían. Le hizo comprender que el mal estaba en los mandatarios. Lavalle creyó estaba en acabar con esos hombres, y de allí su empeño en combatir a los gobernantes por medio de la espada. Lógico en su educación de soldado, adoptó el remedio de segar el campo con la hoz del veterano. Por eso le vemos aceptar con orgullo el papel de jefe de una conspiración, que no era más que un motín militar, cuando la creía una revolución santa".



Andrés Parra. Comisario federal, tuvo fama como mazorquero

Elecciones

Desde temprano, grupos de cada partido se instalan frente a los atrios y en lugares próximos. Los unitarios saben que perderán en las parroquias populares, pero esperan triunfar en las del centro. Innumerables incidentes. En San Ignacio los unitarios silban al ministro de Guerra, general Juan Ramón Balcarce, que ha pasado en coche para observar el desarrollo del acto eleccionario. Los conjueces son opositores. Lavalle, que está allí desde temprano y ha sido recibido entre aplausos por sus amigos, dirige a los de su bando. En cierto momento, preséntase a votar una veintena de federales, sujetos de mala catadura y de cuchillo al cinto. Unos visten poncho y chiripá; otros, chaqueta. La mayoría son pardos y mulatos y hay entre ellos tres o cuatro negros gritones. Insultos por ambas partes; y cuando los recién llegados quieren acercarse a la mesa para votar, los unitarios gritan que éstos no viven en la parroquia y que los negros no votan porque son africanos. No tarda en aparecer un oficial del ejército, al mando de un piquete. Lavalle se destaca del grupo de unitarios y le ordena retirarse. El oficial, no reconociendo a Lavalle, que viste de particular, le pregunta quién da esa orden; él debe cumplir con su deber: le ha enviado el Gobierno para permitir que voten los federales. Lavalle le increpa y agrega: "como general del ejército, le ordeno a usted que se retire". El oficial y sus soldados se retiran. Entonces los forajidos atropellan la mesa y destruyen los registros, mientras los unitarios dan "¡ mueras! " al gobernador.

En las demás parroquias hay también escándalos. En Monserrat –barrio federal, habitado en gran parte por negros– el comisario Andrés Parra ha amenazado a los unitarios con sacarles los ojos a


Iglesia de San Ignacio y la Recova

bofetadas. En la Catedral, la "chusma" ha insultado al general Carlos de Alvear, el vencedor de Ituzaingó, y el juez, con pretexto de empate para la elección previa de conjueces, se va y no vuelve. Los unitarios aseguran que, en varias parroquias, han votado por los candidatos ministeriales muchos soldados vestidos de particular, y que se ha admitido a los individuos "de color bajo", es decir, a los negros, sin averiguar si son argentinos o no, si tienen carta de libertad o no. Pero los federales niegan todo esto. Contestan a cada caso, uno por uno. El domingo siguiente hay elecciones complementarias en la Catedral y en San Ignacio y triunfan los federales.

Pocos días después de las elecciones, quinientas treinta y nueve personas, todo el Partido Unitario de la ciudad, piden al Gobierno la anulación del acto. Irrefutable evidencia de los fraudes: el escrutinio dio dos mil quinientos cuarenta y tres votos por la lista federal y sólo veintinueve por la de los opositores. No se concibe con qué objeto, como no sea el de humillar y acobardar a la oposición unitaria, han realizado los federales, que cuentan con la absoluta mayoría del pueblo, semejante escandaloso fraude.

Estas elecciones célebres señalan un punto de partida. La irritación de los unitarios, al colmarse, les lleva a acontecimientos irremediables y de funestas consecuencias. Demuestran también cómo en el fondo de esta lucha hay una cuestión de clases. Se ha visto quiénes votan por la lista federal: los hombres del pueblo bajo, los carniceros, los negros, los mulatos. Han votado por la lista unitaria, o no pudieron votar por ella, los que se consideran aristócratas y de quienes el federal *Correo Político y Mercantil* dice, por esos días, con malignidad y sarcasmo: "Démosles las gracias porque no se han atrevido a llamarse nobles". Por su lado, los diarios unitarios demuestran su desprecio hacia la "chusma", Juan Cruz Varela publica, sin su nombre, un soneto que se hace famoso. Irónicamente, comienza con un *¡viva!* al poder y a la gente en que se apoya, a *sus ilustres defensores los mulatos, los negros changadores, los de poncho*, a todos los cuales llama *ilustre comitiva*. Recuerda los fraudes y pregunta a los hombres *de fraque* si quieren competir con ésos en días de elecciones. "¿No veis –dice– que no os falta quien ataque y os arroje, al votar, a trompicones? ". Y para terminar, después de inquirir por qué se ven ahora esos males, se contesta: *Está claro, ¿no somos federales?*


La Catedral de Buenos Aires

Ocurre siempre, en la historia de todos los pueblos, que los contemporáneos sólo ven los hechos exteriores y parecen ciegos para los acontecimientos que se preparan en la sombra. Los gran-

separada de su marido y de sus hijos y compartiendo su vida con un cacique; para un padre, pensar que sus hijitos en cautiverio, a los que jamás volverá a ver, perderán su idioma, su religión y todos los hábitos civilizados. Rosas, considerado por sus enemigos como un monstruo de maldad, es quien, por esos años, más se interesa por los cautivos, quien demuestra más caridad y más bondad –aquí no es inútil la redundancia– por esos desgraciados compatriotas.

¿Presiente Rosas lo que va a ocurrir muy pronto, el derrumbe de la presidencia? Observador de la realidad, ve venir los acontecimientos. Sabe lo que está pasando en las provincias; en la campaña de Buenos Aires, en donde crece día a día la indignación contra Rivadavia y su gobierno; y en la ciudad, que detesta casi unánimemente al gobernante que ha querido decapitar a la Provincia y luego, como para castigarla por su protesta, dividirla en dos.


La Cautiva (óleo).

Triunfos contra Brasil

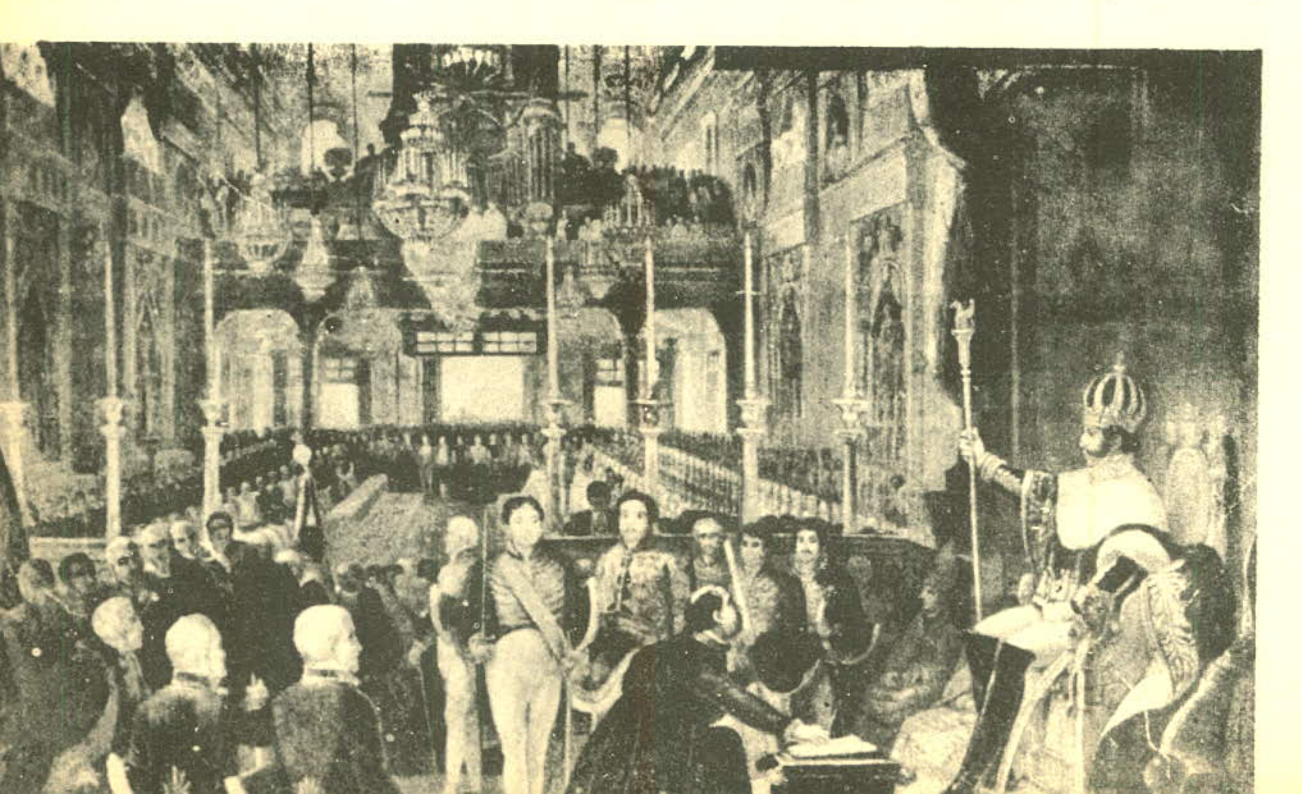
Magníficas noticias de la guerra. Nuestro ejército ha vencido al Imperio de los Braganza: el 13 de febrero de 1827 en las márgenes del Bacacay; pocos días más tarde en el combate del Ombú; el 20 –jornada de gloria– en Ituzaingó; y aún hay un par de combates más, ambos favorables a nuestras armas. Y esta sucesión de victorias se obtiene sin el concurso de la mayoría de

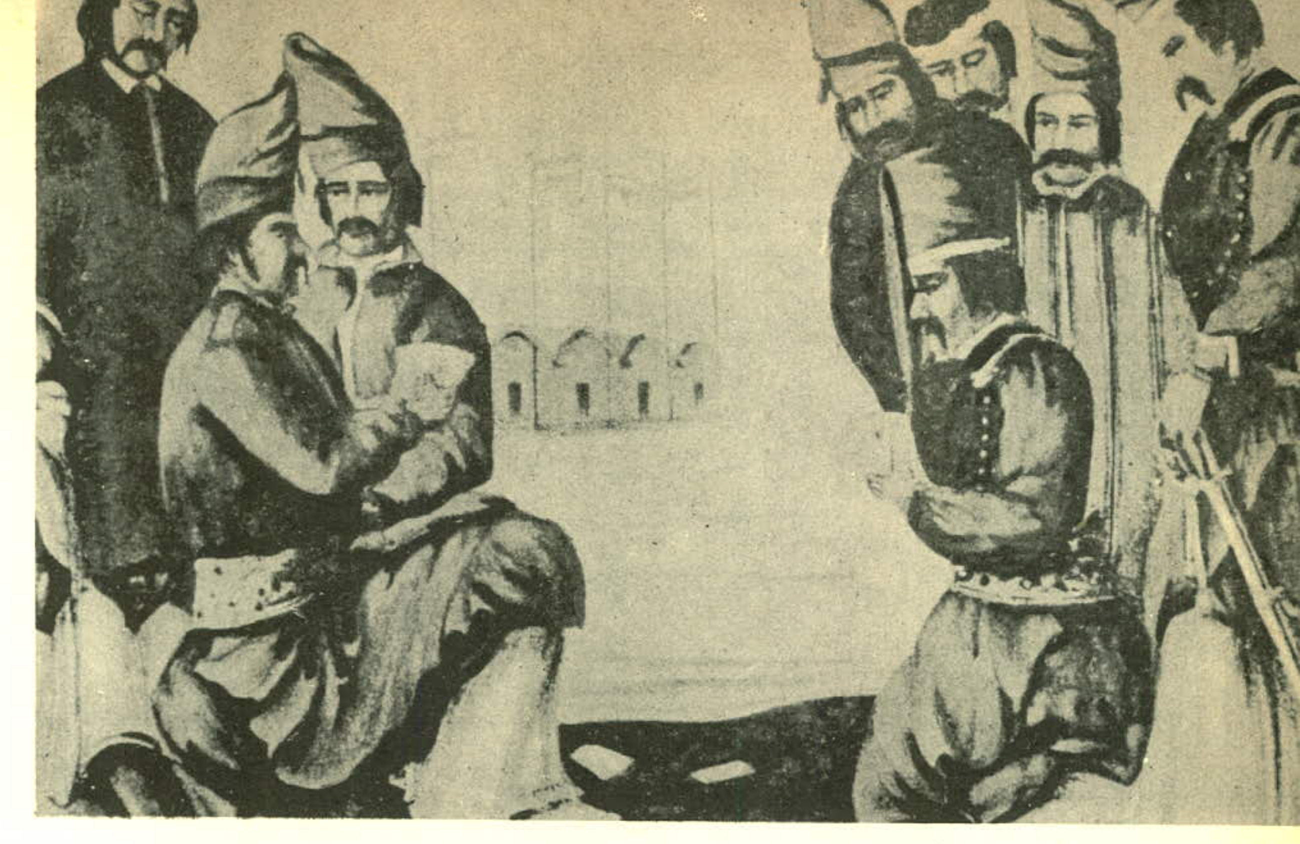

Batalla de Ituzaingó, brillante victoria sobre Brasil, después de la de Ombú, en febrero de 1827.

las provincias. Al ir cayendo, por obra del general Quiroga principalmente, los gobiernos provinciales que apoyaban la política de Rivadavia, se han dispersado los contingentes listos para la guerra. En algún caso se trataba de todo un ejército, como el del Norte. Varias provincias gobernadas por federales, que prometieron mandar tropas, no lo hicieron. Córdoba, arrepentida de su antipatriótica actitud, declaró que, si bien estaba fuera del Congreso, ofrecía su cooperación "a la defensa, seguridad e independencia de la Nación". Pero su colaboración no ha sido importante. Hemos vencido, pues, al Imperio con un reducido número de hombres. Y si esto es milagroso, más lo es vencer en plena anarquía y disolución, sin dinero, con armamentos insuficientes y a larga distancia de Buenos Aires.

¿Son traidores los caudillos por hacer revoluciones estando la patria en guerra, o por no acudir con envíos de soldados o por invadir otras provincias? Juzgados con el criterio de hoy, acaso alguno de ellos merezca ser juzgado severamente, como el gobernador de Córdoba, ex coronel en los ejércitos de la Independencia; pero su arrepentimiento obliga a la absolución. Juan Facundo Quiroga tiene escasa cultura y un odio violentísimo hacia el gobierno de Rivadavia, lo cual explica sus actos. Pero para sentenciar sobre la conducta de los caudillos preciso es situarse en su tiempo. Ellos no desean el triunfo del Brasil. Detestan al Imperio y tal vez más que los unitarios. Para ellos, demócratas por ideas o por instinto, un emperador es forzosamente un tirano. Consideran como esclavos a los brasileños. Los caudillos quieren echar

El emperador Pedro I y su corte, en su palacio de Río de Janeiro.





Soldados federales en un descanso, entreteniéndose

des dominadores pasan inadvertidos hasta el mismo día en que surgen a la luz. No falta siquiera un año para que Juan Manuel de Rosas aparezca como el hombre providencial. Sin embargo, los periódicos de 1828 no lo nombran jamás, aunque es seguro que él ha preocupado a algunos espíritus sagaces. Unos lo creen el único hombre que pueda salvar a la Provincia. Muchos federales, descontentos de Dorrego, sólo confían en él. Los unitarios le temen. A fines del 28, o principios del 29, Juan Cruz Varela le escribe a Lavalle: "Hay aquí quienes aseguran que éstos –se refiere a los encumbrados parientes de Rosas, los Anchorena– tenían el proyecto de derrocar ellos mismos a Dorrego para colocar en su lugar a aquel cacique feroz". Este *cacique feroz* es Rosas.

Durante estos primeros meses de 1828, Juan Manuel ha ido convirtiéndose en el centro de la oposición a Dorrego dentro del Partido Federal. La causa es que Dorrego transige con los unitarios. No ha abandonado a los federales y se conduce democráticamente, pero ha dejado en los puestos públicos a sus enemigos; así, los directores del Banco, que favorecen a los unitarios y se niegan a descontar las letras de los federales. A medida que avanza su gobierno, Dorrego va dejando ver su proyecto de fusionar a unitarios y federales. El resultado de sus primeras tenta-

tivas es contraproducente. Los unitarios –según Iriarte– que lo han creído "un loco furioso y un prototipo de la anarquía" al verle en camino de adquirir grandes títulos a la estimación nacional, "redoblan sus esfuerzos para derribarlo". Y a los federales, lógicamente, les exaspera la posibilidad de aquella entrega: de semejante traición, como la miran.

Rosas y Dorrego

Rosas, aparentemente, nada hace contra Dorrego. Como Comandante General de la Campaña y como presidente de la Comisión Pacificadora de los Indios, está dedicado a formar, con los indios reducidos, las primeras colonias en el sur de la Provincia. Y mientras, planea una vasta expedición contra los salvajes, que el Gobierno le aprueba y que él realizará un lustro después.

Dorrego desconfía de Rosas. Sabe que el Comandante de Campaña, su único apoyo, puede echarlo abajo en cualquier momento. En la Sala de Representantes existe ya una *parcialidad* de Rosas, si bien un colega ha dicho de esos diputados, restándoles importancia, que son "viejas murmuronas". Hasta Dorrego llegan los díceres de los intrigantes, y en cierta ocasión exclama: "Mientras yo viva, ese gaucho pícaro no clavará el asador en el Fuerte".



D. Juan Manuel de Rosas

La paz con el Brasil

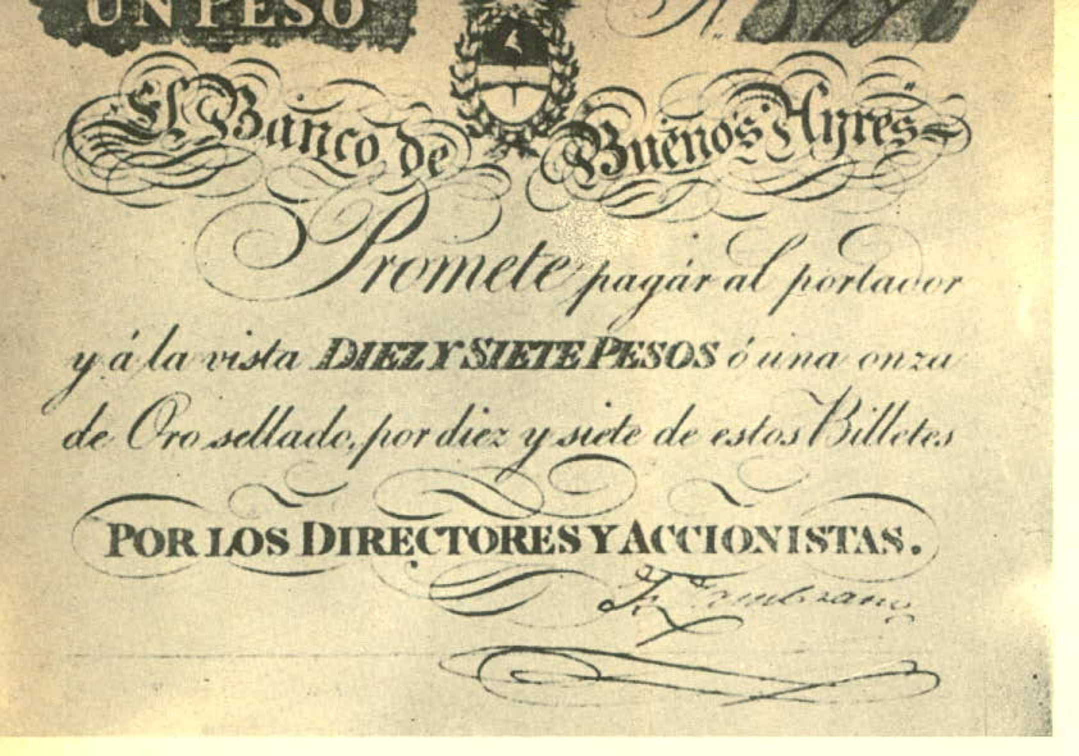

General José María Paz. El gran estratega

La guerra con el Brasil ha continuado, pero no ha habido batallas; las tropas del Imperio no han querido aceptarlas. Dorrego, a quien, como gobernador de Buenos Aires, la primera provincia argentina y la dueña del único puerto, las demás provincias han autorizado para representarlas en cuanto atañe a las relaciones exteriores y a la guerra y la paz, ha nombrado general en jefe del ejército del norte a Estanislao López, y general en jefe de las divisiones que permanecen en Cerro Largo a Lavalleja, considerado como un poco inepto para dirigir la guerra.

Pero Dorrego sabe bien, a pesar del apoyo que las provincias empiezan a prestarle, que nos es imposible vencer al Brasil. ¿Y con qué fin seguir una guerra ruinosa para nosotros? ¿Acaso los propios orientales, comenzando por el jefe del ejército, no han manifestado su deseo de ser independientes? Entonces Dorrego se resuelve a iniciar las gestiones de paz, o mejor dicho, a aceptar las gestiones de paz que, secretamente, viene realizando el ministro de Inglaterra en el Janeiro, según órdenes de su gobierno, el cual se opone a que toda la costa atlántica de Sudamérica pertenezca a sólo dos naciones. En julio parten para el Brasil los dos delegados argentinos, en el paquete de S. M. B. *Redpole*. Y Buenos Aires, cansada de guerra, se queda a la expectativa.

Trabajos revolucionarios

Por estos días, los unitarios trabajan los ánimos de los jefes del ejército. Lavalle, que va del campamento a la ciudad y de la ciudad al campamento, es el más peligroso de los agitadores. Entre los jefes conquistados en Cerro Largo por los unitarios, si no por el mismo Lavalle, figura uno de la más grande importancia: el general José María Paz. Dícese que por su obra hemos vencido en Ituzaingó. Nadie tiene como él tanta ciencia estratégica. No es un caudillo ni un peleador por instinto este cordobés, sino un militar de escuela, un matemático, un táctico, para quien el campo de batalla es un tablero de ajedrez. Austero, silencioso, grave, impone también por su físico –rostro afeitado de emperador romano, mirada profunda y lenta, labios finos, figura erguida y altiva– y hasta por su manquera del brazo derecho. Pero, ¿intervendrá Paz, hombre de disciplina, en un alzamiento? Ya lo hizo en 1820, cuando fue uno de los promotores del motín de Arequito. Paz ha sido, por unos días, jefe del ejército del Brasil, en tiempo de Rivadavia.



Billete emitido por el Banco de Buenos Aires, que se transforma después en el Banco Nacional

En el campamento, la prédica revolucionaria logra fácil eco. Se deben a la tropa varios meses de sueldo. Los soldados visten harapos, padecen frío, algunos tienen por lecho un montón de pajas y la alimentación es escasa y mala. Los agitadores culpan de todo a Dorrego, al que acusan de despotismo, de politiquería y de despilfarro. En agosto, el ambiente subversivo se ha extendido de tal modo que una sublevación parece inevitable.

Mientras tanto, la ciudad entera ansía la paz. Por causa de la guerra ha bajado el valor de los billetes de Banco y se han encarecido el vino, el pan y todos los artículos de primera necesidad. El bloqueo que ejercen las naves brasileñas ha hecho duplicar el precio de las mercaderías extranjeras. Algunos comerciantes han quebrado. Y para mayor desgracia, los indios maloquean en las proximidades de la ciudad. Federales y unitarios anhelan la paz. Los federales imaginan que ella afianzará el gobierno de Dorrego, y los unitarios esperan que el convenio traerá la revolución.

Principios de setiembre: noticia de haberse firmado la paz. Júbilo en todas partes. Llama la atención que Dorrego, en vez de ratificar el tratado, lo envíe a la Convención Nacional de Santa Fe. Esto demuestra su espíritu democrático y su sentido de la unidad nacional. Pero, a pesar de todo, arrecia la oposición contra él. A fines de setiembre, sábese que la Sala, en sesión secreta, ha tratado un proyecto por el cual se le regalan cien mil pesos. Un mes atrás, la Sala lo ascendió a coronel mayor, grado equivalente al de General, bien que él no aceptó. A los unitarios, aquella dádiva les indigna. *El Tiempo* dice: "¡Dar dinero a los

gobernantes! Esto es escandaloso, y ultrajante al pueblo de Buenos Aires discutir las razones que reprueban una conducta tal".

El último día de setiembre, los periódicos informan que la Convención Nacional autoriza al gobernador de Buenos Aires para ratificar el tratado. Así lo hace Dorrego tres días después, y luego decreta fiestas. Los unitarios no atacan al gobierno por haber firmado la paz. *El Tiempo* le aplaude, y Florencio Varela escribe una loa, que recita en el teatro un niño, el jefe de una de las danzas infantiles. Si Varela, después, protesta, es porque a su Loa manos anónimas agregaron, en elogio del "sabio Gobierno", una estrofa que él no ha escrito, por la cual protesta un diario federal le llama "trompeta malcriado e insolente". Los unitarios atacan al Gobierno por la dádiva a Dorrego, que acaba de ser sancionada en la sesión del 21 de octubre, en la que se le ha adulado, según ellos, sin el menor escrúpulo ni dignidad; por ciertos *cielitos* en que se alaba al Gobernador y se insulta a los hombres del régimen presidencial, y por el proyecto de regalar treinta mil pesos a cada uno de los dos firmantes de la paz y quince mil al secretario de la misión.

Dorrego, envanecido por lo que considera un triunfo, creyéndose popularísimo y admirado hasta por los unitarios, intenta atraer a sus enemigos. Invita a conferenciar con él a Agüero y a Juan Cruz Varela, que aceptan. Los periódicos federales hablan de la conciliación de los partidos. Pero los unitarios no renuncian ni por un instante a su oposición. "El Gobierno y sus amigos —dice *El Tiempo*— quieren la conciliación, pero insultan a los contrarios y bombean desmedidamente a Dorrego". Acaso en este deseo de conciliación —lógico, en un espíritu comprensivo y humano como Dorrego— entre por algo el temor a Rosas. En



Malón. Ataque de los indios



Milicia federal



Chaquetilla y gorra del tambor federal

unas declaraciones del año siguiente, Rosas asegurará cómo, por su obra en favor del gaucho, fue perseguido el año 20, por la Presidencia, y "en tiempo de Dorrego, que tenía la misma desconfianza que los otros". Rosas, al enterarse del tratado de paz, le escribe a Dorrego que será tan ventajoso como él dice, pero "no es menos cierto que usted ha contribuido a formar una grande estancia con el nombre de Estado del Uruguay. Y esto no se lo perdonarán a usted. ¡Quiera Dios que no sea el pato de la boda! "

Pero Rosas no piensa en derrocar a Dorrego. Hombre de orden, no organiza revoluciones. Lo que ocurre es que está enterado –secreto a voces– de la conspiración de los unitarios, y, en su temor a la debilidad de Dorrego, reúne a las milicias, que han estado dispersas, cerca de la laguna del Sartén. Un militar que tomó parte en esa concentración realizada en noviembre, el más tarde coronel Prudencio B. Arnold, recordará en sus memorias haberse corrido la voz de que estas reuniones eran por temores de los indios, pero que, "con más reserva", se hizo conocer la verdadera causa: la probabilidad de que las tropas, al regresar de la campaña del Brasil, se levantaran en armas. Los milicianos de Rosas suponen que el Gobierno los ha convocado. Ignoran que Dorrego no admite ni la posibilidad de una revolución. Por esto, no por creer en una sublevación del ejército, y desconfiando de Rosas, llama a Juan Manuel y pídele explicaciones. Rosas le advierte que "no va acertado en su política" y que se duerme, mientras los unitarios amagan "con muy serios peligros al país". Con estas palabras, Rosas le insinúa la necesidad de proceder enérgicamente. Dorrego le contesta, según la versión difundida entre los de su círculo: "Que usted me quiera dar lecciones de política es tan avanzado como si yo me pusiera a enseñarle a usted cómo se gobierna una estancia". Pero Rosas no disuelve sus milicias, pese a la orden que, acaso, le ha dado el gobernador. Sabe que muy pronto, como en el año 20, tendrá que acudir con ellas en defensa del orden.

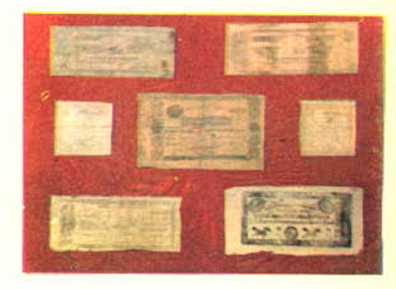
Rosas reúne a las milicias del Sur

Durante los últimos días de octubre y todo noviembre, no se habla en Buenos Aires sino del inminente movimiento revolucionario. Firmada la paz, el Gobierno ordenó el regreso de las tropas. Todo el mundo dice que, en cuanto lleguen, esas tropas se sublevarán. Todo el mundo lo dice y lo cree, menos una persona: el coronel don Manuel Dorrego, el gobernador de Buenos Aires.

Carga de caballería

Sus amigos tratan de convencerlo. Muéstranle cartas harto comprometedoras, escritas por jefes del ejército. El no cree que esos jefes se rebelen, sea porque les ha hecho algún servicio o porque ellos le han prometido fidelidad. Cuando le informan que Lavalle se levantará, contesta: "No lo creo. Lavalle es un veterano que no sabe hacer revoluciones con la tropa de línea". Se manifiesta ofendido si oye afirmar que los unitarios sublevarán al ejército. Creer eso –dice– "es hacer muy poco honor a los leales y valientes jefes". Afirma que se les calumnia y que él está a tanta altura que se injuria a su popularidad con el temor de que se piense en derribarlo. Su vanidad le torna crédulo y confiado. Los jefes que, desde varias semanas, han venido llegando a la ciudad, lo engañan. He ahí el coronel Correa que manda el 1º de infantería. Tiene resuelto sublevarse, y, no obstante, va con sus oficiales a testimoniar lealtad al Gobernador.

El descontento es grande, aun entre los federales. Disgusta el regalo a los firmantes de la paz; y que se haya prestado cien mil pesos, y sin interés, al ex ministro Roxas y Patrón, porque, según el decreto, ha debido descuidar sus bienes y arruinarse, por servir al país. La policía amonesta a varios ciudadanos por haberse expresado contra el Gobierno en conversaciones privadas. Un joven, teniente "rebajado", ha sido preso sin motivo y llevado a la goleta *Nueve de Febrero*. Mientras al ejército se le deben nueve meses de sueldos, a diversos jefes y oficiales, con el fin de atraerlos, se les ha dado dinero. Así, al coronel Olavarría, que, apenas desembarcado, ha obtenido dos mil pesos para comprarle



Billete de banco



Paseo de la Alameda

un piano a una hermana suya. Y al propio Lavalle le han entregado los mil pesos que pidió.

Durante la segunda quincena de noviembre, el ambiente moral de la ciudad llega a ser espeso. La revolución es esperada como es esperada una gran tormenta. Los periódicos no hablan del movimiento, pero cada día aparece impreso un nuevo pasquín y en las paredes amanecen letreros en que se incita a la revuelta.

Asombra la calma de Dorrego y su incredulidad en la revolución. Para demostrar su confianza, desguarnece el Fuerte, retira de allí algunas tropas y hace llevar a otra parte las balas de cañón. No quedan en el Fuerte ni cartuchos para los fusiles. Dorrego pretende mostrar dos cosas: una, que no duda de la lealtad de los jefes militares; y otra, su coraje. Para defenderse –piensa– bastan sus prestigios como soldado y hombre de gobierno.

Llegada del ejército del Brasil

Miércoles 26 de noviembre. Comienza el desembarco de las tropas. Gentío en la Alameda, en el Bajo y en las inmediaciones del Fuerte. Las familias de los "cogotudos" –los ricos– contemplan el espectáculo desde sus calesas y sopandas. Desembarcan pocas tropas: las demás vienen en un barco que se ha varado. El pueblo recibe con frenesí a los vencedores de Ituzaingó. Alegría infantil de las negras al ver a sus parientes y amigos: bailan, cantan, los besuquean y estrujan. Al otro día, es mayor el gentío y

el bullicio. La banda del 1º de Cazadores, recién desembarcada, toca arias en la Alameda. Las tropas se dirigen hacia el Retiro, a banderas desplegadas, seguidas por gran concurso de negros y populacho mestizo.

El Gobierno ha recibido con cierta frialdad al ejército, y el pueblo, acaso por temor a la revolución inmediata, no ha acudido en masa a su llegada. A muchos espectadores les ha apagado la alegría el ver el estado en que esos héroes regresan. Oficiales y soldados apenas se distinguen: la común pobreza los iguala. Semidesnudos, flacos casi todos. Los bellos uniformes con que partieron son harapos. No hay dos soldados que vistan igual traje. Algunos van vestidos carnavalescamente, con trozos de distintos uniformes. Innumerables los que no tienen camisa y tapan sus carnes con un ponchito baleado y viejo. No abundan las bombachas militares ni los pantalones: han sido reemplazados por el chiripá del gaucho. Pasan botas deshechas y pies descalzos. Pero todos esos hombres van altivos y dignos, con la elegancia y la gravedad naturales, sin rigidez ni afectación, de los soldados de nuestros viejos ejércitos. El desembarco prosigue dos días más.



Gaucho

La revolución es ya cuestión de horas. Solamente Dorrego no cree en ella. Y de tal modo no cree, que ha mandado preparar un gran banquete –*convite*, en el lenguaje de la época– en honor de los jefes y oficiales que han regresado de la campaña del Brasil. Se dice que hasta su ministro de Gobierno está en la revolución. Rosas se ha venido a la ciudad, sin duda para olfatear los acontecimientos y prepararse. Ha dejado en Ranchos, cerca de Buenos Aires, alrededor de dos mil hombres. Y desde su casa de la ciudad, le manda a Dorrego, insensible a los consejos y los requerimientos, mensajes escritos y sin su firma. Dícele en uno: "El ejército nacional llega desmoralizado por esa logia que desde mucho tiempo nos tiene vendidos; logia que, en distintas épocas, ha avasallado a Buenos Aires, que ha tratado de estancar, en su pequeño círculo, a la opinión de los pueblos; logia ominosa y funesta, contra la cual está alarmada toda la Nación".

La noche del 30 de noviembre, los unitarios se reúnen en la casa de la calle del Parque donde otras veces se han reunido. Impunidad absoluta. Nadie vigila a los conspiradores. Los prohombres del partido hablan sobre el futuro gobierno. Alguien dice que las nuevas autoridades deben ser civiles. Lavalle, que acaso ha advertido cierta desconfianza hacia él, afirma: "Yo seré sólo el jefe de la fuerza armada". Otro de los concurrentes asegura que el único enemigo serio del movimiento es Rosas. Propónese a Lavalle prenderlo y fusilarlo. Lavalle contesta que "eso sería una canallada". Rosas, además, ya no está en la ciudad. Ha salido, ha



Miliciano

montado a caballo y, en la compañía de cuatro soldados, ha partido al galope en dirección al sur.

Dorrego ha comenzado esa noche a creer en la posibilidad de la revolución. Piensa en algunas disposiciones para evitarla. Pero el ministro Guido lo paraliza. ¿Considera inútil toda resistencia el general Guido? ¿O, sin color político por entonces, ha sido conquistado por los revolucionarios, según afirma Iriarte? En realidad, todavía es posible impedir la revuelta. Varios jefes no se han definido, y el Gobierno cuenta con algunas tropas: con los cívicos, porteños de las clases intermedias e inferioes, que son casi todos federales; con la policía; y con los milicianos de Rosas. El regimiento de caballería que se ha instalado en el convento de los Recoletos, y que es uno de los sólidos puntales de la revolución en germen, no tiene caballos. Es harto fácil para el Gobierno apoderarse de las caballadas que envían al regimiento los partidarios de la revolución y que van llegando en pequeñas tropillas; pero nada hace. Cerca de este cuartel se ha instalado Lavalle, y Dorrego no lo ignora. Alguien advierte al Gobernador que Lavalle está ya sublevado. Y él contesta: "Lavalle es un loco. Yo llevaré en persona las órdenes. Estoy a la mira de todo. No hay cuidado".

En el cuartel de la Recoleta –convento de los padres Recoletos– donde está ahora Lavalle, que ha asumido el mando de las tropas, todo está listo para marchar. A las tres de la madrugada le anuncian a Lavalle un edecán del Gobernador, que trae orden de llamarlo al Fuerte. Lavalle le contesta: "Diga usted al coronel Do-

Uniformes y soldados de principio del siglo pasado




Almirante Guillermo Brown

rrego que ya voy, pero a sacarlo a patadas de un puesto que no merece ocupar". Y el coronel Rauch, un alemanote tosco y brutal, que está a su lado, y que odia a Dorrego porque le destituyó, agrega: "Y a levantarle el mate si se resiste".

Inmediatamente, Lavalle ordena formar. Ahora, oficiales y soldados tienen buenos caballos. Montan. Lavalle se pone al frente de las tropas y comienza la marcha. Son las tres y media de la mañana. Es el primer día de diciembre de 1828. Ha empezado la revolución unitaria, acaso el acontecimiento de repercusión más larga, dolorosa y trascendental de nuestra Historia[2].

La revolución del 1º de diciembre de 1828

Las tropas han marchado entre las tinieblas de la noche. Han avanzado por la costa del río y acaban de entrar en la calle de la Florida, donde viven, en las cuadras del sur, algunas familias distinguidas. Al paso de las tropas, puertas y ventanas se abren, se encienden luces, las gentes aplauden y vitorean y hombres y jóvenes se incorporan a la columna.

En medio de la marcha, el general va recibiendo buenas noticias. El batallón 1º, que ha dejado el cuartel de Retiro un momento antes, acaba de apoderarse del Parque, sin resistencia. El jefe del 5º se ha quedado en su casa, y los oficiales se preparan para tomar parte en el movimiento. El almirante Guillermo Brown ha sublevado a la escuadrilla y se dispone a cañonear el Fuerte.



Dr. Tomás Guido, ministro de Dorrego

Cuatro y media. Como es verano, ya se anuncian, aunque tímidamente, las primeras claridades del alba. Juan Lavalle, al frente de sus tropas, a caballo, más arrogante que nunca, entra en la plaza de la Victoria. Algunos entusiastas le siguen. En el peristilo de la Catedral, grupos de gente lo esperan. Las tropas acampan en la plaza de la Victoria, a poco más de cien metros del Fuerte, del que las separan la angosta construcción de la Recova y la contigua plaza del 25 de Mayo. En azoteas y balcones aparecen curiosos.

Mientras tanto, Dorrego, que, por fin, cree en la revolución y carece de elementos para defenderse, resuelve abandonar el Fuerte. Antes de partir, les dice a sus ministros, los generales Juan Ramón Balcarce y Tomás Guido: "Hagan ustedes lo que les aconseje la razón; sólo les recomiendo a mi familia, pues me dirijo a la campaña". A caballo va a la casa de su amigo el general Soler, situada en el barrio del Alto, al sur de la ciudad. Y después –ha debido ser en esa misma mañana– parte al campo, a encontrarse con Juan Manuel de Rosas.

Este hombre significa para él la única esperanza. Lo sabe todopoderoso en la campaña y en esos instantes se halla al frente de un pequeño ejército. Y lo sabe, principalmente, defensor del orden. Es indudable que, en esas horas tristes, Dorrego se ha arrepentido de no haber aceptado los consejos de Rosas. ¿Qué irá a suceder ahora? ¿Se derrumbará todo, entrará el país, nuevamente, en la anarquía? ¿Presiente Dorrego los días de sangre y de angustia que van a llegar? El confía en Rosas. Como en el año 20, cuando vino en defensa del gobierno al que él, Manuel Dorrego, pertenecía, en su condición de jefe del ejército, así ahora Juan Manuel de Rosas volverá a salvar a Buenos Aires de la anarquía. Y esperanzado en aquel a quien creyera su enemigo, y que no lo era sino del desorden y de los unitarios, allá va Manuel Dorrego a su encuentro.

Lavalle suprime la legislatura

Un pelotón de soldados se apodera de la Policía y otro del Cabildo. Lavalle sube a los altos del Cabildo y ocupa la sala capitular, aquella en donde, dieciocho años atrás, el 25 de Mayo de 1810, terminó el Poder español con la elección de la Primera Junta. ¿Resistirá el Fuerte? Por la palza de la Victoria, definidos a favor de la revolución, acaban de pasar los Lanceros, que acampan en la plaza del 25 de Mayo, frente mismo al Fuerte. Ciudadanos y muchachos los siguen. Algunos piden armas. Aparecen

mujeres en las dos plazas, con cigarros y tortas para los soldados.

El sol ha salido. Pasan aún dos horas. A las siete, el general Enrique Martínez se dirige hacia el Fuerte con proposiciones de Lavalle para tratar de la capitulación. El general Martínez, jefe del ejército durante el gobierno de Dorrego, no es revolucionario. Tarda poco en volver al Cabildo. Cruza las dos plazas entre el vocerío de los soldados, que acaban de saber la huida de Dorrego. ¡Ha triunfado la revolución! Una banda suelta al aire los sones de una marcha militar. Las tropas levantan las armas. Los civiles dan vítores. En los balcones del Cabildo aparece, en medio del entusiasmo de sus partidarios el general vencedor.

Ha comenzado su dictadura. La democracia federal, derrocada en la plaza de la Victoria, se refugiará en la campaña, entre los gauchos de Rosas. Lavalle va a suprimir la Legislatura y todas las libertades. Gobernará con los aristocratizantes unitarios, con esos hombres que, como los Varela, llaman al pueblo, despectivamente, *la chusma*.

Antes de subir al Cabildo, un hombre de orden, un ciudadano austero, el general Manuel Escalada, ha ido al encuentro de su amigo Lavalle y le ha reprochado su conducta. Lavalle, creyendo justificarse, le contesta: "Te diré mi secreto, y tú no lo dirás a nadie. Ya está visto que la República es una merienda de negros. He entrado en el proyecto de establecer una monarquía. He dado los pasos y tendremos por soberano un príncipe de las primeras dinastías de Europa".

Vista del Fuerte y la rada



NOTAS AL CAPITULO

En 1826 llegó al país el inglés John A. Barber Beaumont, directivo de una empresa rivadaviana creada en Gran Bretaña, la River Plate Agricultural Association, que surgió por un decreto del 24 de noviembre de 1823 promoviendo la venida de colonos europeos a fin de poblar nuestro territorio.

Esta compañía emitió acciones, adquiriendo campos en San Pedro y Entre Ríos, por compra o enfiteusis, proyectando la explotación de trigo y harina. Los colonos estarían exentos del servicio militar, pago de impuestos, tasas o contribuciones y gozarían de transporte gratuito hasta el lugar de residencia.

Valorizadas con habitantes y cultivos, al cabo de unos años esas tierras podrían venderse fraccionadas, con un opíparo margen de ganancia.

El negocio fracasó por incuria. A los primeros colonos, antes de enviarlos a San Pedro se amagó con establecerlos en el Río Negro. Otro contingente fue a Entre Ríos. La maquinaria, herramienta y enseres embarcados, habían desaparecido entre ladrones, mal tiempo o decidia. Hasta jueces de paz se negaron a otorgarles campos, alegando el extravío de los permisos concesionarios.

Algunos de estos inmigrantes terminaron enganchándose en la flota del almirante Brown, combatiendo frente a los imperiales en el encuentro de Quilmes, y otros se quedaron en Buenos Aires interesados por los buenos jornales que se pagaban en los saladeros.

De sus andanzas por el país tratando de salvar los restos de la Agricultural Association, J. A. B. Beaumont dejó escrito un bello libro: "Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental 1826-1827".

En ese libro dice: "Es de lamentar que los gobiernos de Buenos Aires, tan empeñados en aumentar la población de su país, ofreciendo pagar largamente el viaje de los europeos que quisieran radicarse allí, hayan mantenido el propósito de expulsar de las tierras que heredaron, o de exterminar, a los pobladores aborígenes. Estos nativos han dado reales pruebas de su docilidad y

competencia para convertirse en muy buenos artesanos o mejores soldados. La disposición en que se hallan para cambiar su vida errante por el regalo de un hogar permanente, quedó probada con la facilidad con que los primeros conquistadores, después los jesuitas y más tarde los gobernantes españoles lograron afincarlos a la tierra. Me han contado que un gran propietario de la frontera sur de la provincia bonaerense, hasta hace poco, con sólo dar a estas tribus nómades sus raciones de carne, que casi no cuestan, han convertido a los indios, de vecinos hostiles que eran, en defensores contra los malones de otras tribus, y hasta ha inducido a muchísimos de ellos a trabajar con él como servidores de sus campos. La conducta y la política mantenida con respecto a ellos, le acarreó, según tengo entendido, los celos y el reparo de los gobiernos de Buenos Aires. Mi padre intentó convencer al señor Rivadavia, cuando éste se hallaba en Londres, de la conveniencia de mantener una política de conciliación y entendimiento con la indiada, adoptando diversas medidas conducentes a establecer poblaciones en sus propias tierras, en vez de exterminarlos y poblar el país con inmigrantes europeos, cosa que se llevaría a cabo tan sólo después de largas guerras y cuantiosos gastos. La respuesta del señor Rivadavia era siempre la misma: "Es mala gente; hay que terminar con ella".

[2] A la caída de Rivadavia fue elegido Presidente Provisional el Dr. Vicente López, quien ofreció ministerios a Julián Segundo de Aguëro y al coronel Manuel Dorrego. Ambos rechazaron el ofrecimiento, pero mientras Dorrego utilizaba su influencia frente a Bustos para lograr el cese de la guerra civil y el apoyo federal al nuevo Gobierno, hasta tanto funcionara la Convención Nacional, el Dr. Agüero recusaba el ministerio con palabras agoreras: "Nuestra caída es aparente, ilusoria. No se ocupe usted en atajarle el camino a Dorrego, déjelo que se haga gobernador, que mande aquí como López en Santa Fe o Burgos en Córdoba: tendrá que hacer la paz con el Brasil, y hecha la paz, el ejército volverá al país; y veremos entonces si hemos sido vencidos."

López contestó como un caballero: "Yo no puedo, sin deshonor, prestarme a sus deseos."

El resentimiento ya tiene buena tropa en la calle: 1º de diciembre de 1828.



Manuel Dorrego. Mártir preclaro del federalismo, su muerte inútil abrió horas inciertas que presagiaron la anarquía a la cual Rosas tuvo que afrontar.

CAPITULO V
LA DICTADURA DE LAVALLE

Los líderes unitarios están descontentos de Lavalle. Prometió no ser sino el jefe de las tropas y ahora pretende gobernar. Ha ofrecido ministerios a Agüero, a Del Carril y a otros; pero no han aceptado. Y mientras acuden a la asamblea que va a realizarse en la capilla de San Roque, Lavalle permanece en el Cabildo, dando órdenes y decretos con un secretario, que es el joven Florencio Varela, intelectual y aristócrata.

El Fuerte no se rinde. Representantes del jefe revolucionario van y vienen. Las tropas continúan en las dos plazas, soportando un sol tórrido como pocos. Algún soldado se desmaya de calor.

En el atrio de San Roque, junto a una mesita con útiles de escribir, preside Agüero. Su figura es más que nunca austera y grave, erguida, sombría. Invita a los ciudadanos a inscribir sus nombres y a votar para gobernador provisional. El calor intolerable, el viento del noroeste y la noticia de que la insolación ha fulminado a un veterano, precipita a la asistencia dentro de la capilla.

Comienza allí el desfile de los votantes de mayor categoría. La impaciencia de la gente, los empujones, la algarabía, hacen decir a Agüero: "Señores, éste es un acto muy solemne. No es para un día. . ." Voces que gritan el nombre de Lavalle lo interrumpen. Se pide el cese de la votación nominal. No cabe la gente en la capilla y trasládanse todos a la contigua iglesia de San Francisco.

Va a seguir la votación, cuando alguien le indica a Agüero la urgencia de terminar. Y Agüero, con un poco más de amargura en el rostro al advertir el triunfo de Lavalle, que entre ochenta y un inscriptos —poquedad que demuestra lo impopular de la revolución—, tiene ya cerca de ochenta votos, exclama: "Que levanten las manos los que voten por el señor general Juan Lavalle".



Escudo de la familia Lavalle

Un bosque de brazos tremola en lo alto. Algunos otros nombres son pronunciados por fórmula, entre ellos el del propio Agüero. Unas pocas manos se alzan. Lavalle queda elegido gobernador provisional.

Es casi la una, y el Fuerte no se rinde. Lavalle ordena dirigir los cañones hacia allí. Por fin, los generales Guido y Balcarce, ex ministros de Dorrego, reconocen al nuevo gobernador. Las tropas vuelven a sus cuarteles. Los jefes leales a las autoridades derrocadas son llevados a presencia de Lavalle. Uno de esos jefes, Iriarte, lo describe apoyado a la pared: "con un talante estudiado, como los botarates, de gravedad y majestuosa apostura". A su derecha tiene al ex ministro de Rivadavia, don Salvador María del Carril. A su izquierda está Florencio Varela, que apenas ha cumplido veintiún años. Los dos también permanecen inmóviles y con afectada gravedad.

La Sala de Representantes ha dejado de existir. Lavalle, que ha designado un ministro general, el doctor José Miguel Díaz Vélez, establece la dictadura militar. "Es un gobernador de vivac", dice Iriarte. Ese mismo 1º de diciembre, Lavalle se traslada al Fuerte. Los salones y habitaciones conviértense en campamento. Por la noche, hay manifestaciones callejeras, vítores y música. Se corre la voz de que don Bernardino Rivadavia ha aprobado el movimiento revolucionario.

Rosas levanta la campaña

Los federales, como es lógico, no se resignan a someterse al sable del dictador unitario.

En la ciudad, reúnense en la casa de la mujer de Dorrego y en otras partes. Centenares de ciudadanos salen a la mañana, en busca del ejército de Rosas. Algunas personas enganchan soldados, y así *El Tiempo*, periódico oficial, escrito por Varela, denuncia al Gobierno a esos individuos que, "con todo descaro", ofrecen cien pesos a quien salga de la ciudad y se una a Dorrego.

En la campaña, promovidas por Juan Manuel, surgen las partidas federales, que los unitarios llamarán *montoneras*. Las mandan sus antiguos fieles Pancho el Ñato, Molina, Miñana, Arbolito y otros hombres de campo, gauchos los unos y mestizos de indígena y gaucho los otros. En esas partidas figuran muchos indios. Y las hay compuestas sólo por indios, capitaneados por los caciques Catriel y Cachul. "La multitud semisalvaje –dice Iriarte– idolatraba a Rosas". A los pocos días del triunfo, Lava-

lle recibe malas noticias. Dícenle que toda la campaña está a favor de Dorrego; que sólo un jefe de partida cuenta con quinientos hombres; que la ciudad será pronto sitiada; que la vuelta de Dorrego es inminente y que muchos unitarios irán a la horca.

Estas noticias exasperan a los unitarios, cuyos periódicos piden la vida de Dorrego. *El Tiempo* del 3 de diciembre anatematiza a ese hombre que "ha ido a perturbar el orden" en la campaña y que "recogerá muy pronto el fruto de su temeridad". Dos días después, asegura que "él mismo está preparando su escarmiento" y, agrega, aludiendo a Rosas, "el de algún malvado cuyos hábitos semisalvajes, cuya ferocidad inaudita, cuya ignorancia orgullosa lo han hecho el terror de una gran parte de la campaña". Lamenta que sea necesaria la efusión de sangre, y considera que sobre esos hombres debe recaer *esa calamidad*.

Ante la reacción de la campaña, Lavalle resuelve salir al encuentro del enemigo. Cree que basta con seiscientos coraceros. Y parte el 6, dejando como gobernador delegado al almirante Guillermo Brown, héroe de la Independencia y de la guerra con el Brasil.



Almirante Guillermo Brown



Familia campesina, después de las tareas, junto a su rancho

Carácter de la revolución

La revolución del 1º de diciembre ha sido un movimiento de clase, una reacción de los aristócratas unitarios y liberales contra la democracia federal. El pueblo auténtico ha recibido con afecto al "ejército del Brasil", pero no toma parte en las manifestaciones de adhesión a la dictadura. Las personas que el 1º han acudido a la plaza de la Victoria y han pedido armas, pertenecen a la clase "decente". Lo reconoce el diario oficial, *El Tiempo*: ". . . muy pronto hubo en ella una numerosísima reunión, de la gente más distinguida de Buenos Aires". Lo declara Juan Cruz Varela, para quien los vencidos son la chusma, según se lo dice a Lavalle el 7 de diciembre: "la verdadera misión de usted es concluir con esa chusma y escarmentarla". El almirante Brown le escribe a Rosas, el 5 de diciembre, diciéndole que ha sido testigo *del pronunciamiento de la clase distinguida de esta ciudad, en favor del cambio acaecido*.

A estas opiniones unitarias hay que agregar la de Rosas: el mejor conocedor de los hombres de su tiempo, inclusive los del pueblo. El 12 de diciembre escríbele a Estanislao López: "Todas las clases pobres de la ciudad y campaña están en contra de los sublevados, y mucha parte de los hombres de posibles. Sólo creo que están con ellos los quebrados y agiotistas que forman esta aristocracia mercantil".

Los vencedores constituyen una ínfima minoría. Si las tropas han seguido a sus jefes es porque están compuestas de enganchados

y deben ir donde las manden. Todo el pueblo de la ciudad, todos los hombres de la campaña están contra la revolución. Por esto, el programa de la dictadura llega a ser terrible. Ya que no exterminar a los federales, que son casi toda la Provincia, el gobierno unitario, para mantenerse, tiene que matar varios centenares de gauchos. Un personaje unitario –redactor de un periódico– dice que Lavalle debiera degollar a cuatro mil. Agüero, a pesar de ser clérigo, le escribe a Lavalle estas palabras poco cristianas: "Y no dudo que usted ha de concluir con estos salvajes; pero es necesario que esto se logre cuanto antes". Y entonces surgen las palabras de orden, el grito de guerra de los unitarios: *¡Muerte al gaucho!* Y ha de ser el gaucho, y no el pueblero, porque el gaucho es la materia prima de la democracia federal, porque el gaucho es el hombre de Rosas.



Coronel Gregorio Aráoz de Lamadrid, colaborador de Lavalle

Combate de Navarro

Juan Manuel tiene noticias del motín esperado, en su campamento de la laguna del Sartén. El 3 de diciembre se dirige, al frente de sus tropas, a la Guardia del Monte; y el 6 acampa en una estancia, a tres leguas de este lugar. Allí se encuentra con Dorrego, que ha dejado la ciudad después de pasar un día escondido, en la barraca de Soler. Milicianos llegan de todas partes a incorporarse al ejército de Rosas, muchos de ellos sin armas. El 8 parte en busca de los húsares, que manda el coronel Angel Pacheco, y acampan las tropas en la laguna Lobo Viejo.

A la noche llega al campamento el coronel Gregorio Aráoz de Lamadrid, con cuatro coraceros y una bandera blanca. Trae proposiciones de paz: Lavalle convendría un pacto si se le diesen garantías. Lamadrid refiere en sus *Memorias* cómo Rosas, al leer el pliego de Lavalle, se pone "más colorado que un carmín" y exclama que es Lavalle quien debe ofrecerlas, "pues se ha sublevado contra la legítima autoridad, presentando un escándalo sin ejemplo". He aquí al hombre de orden que es Rosas, enojadamente exaltado ante las obras del desorden. Sus palabras no pueden ser más condenatorias: escándalo sin ejemplo. Y él apenas forma parte de este gobierno del que no recibe ningún beneficio y cuyo jefe, Dorrego, lo ha hostilizado y considerado como enemigo. Ni la ambición ni los compromisos empujan a Rosas a levantar la campaña y a lanzarse a la guerra, sino su ardiente, su fanática pasión por el orden, que en él es una forma de patriotismo. Después se tranquiliza un tanto y, sin convencimiento –no cree en la buena fe de los unitarios–, propone que se nombren



Lavalle en su juventud

cinco delegados por cada parte, para resolver *lo que más convenga al sosiego y felicidad del país*.

Hay un desacuerdo entre Rosas y Dorrego sobre la futura dirección de las tropas, ahora al mando del gobernador depuesto. Rosas quiere pasar el río Salado para dificultar la marcha de Lavalle –que ha salido a campaña en busca de ellos–, y sin esperar a la columna de Pacheco. Rosas opina que conviene dar tiempo a las milicias para que se reúnan, y que por ahora no se debe presentar batalla. Dorrego se opone, y esa misma noche marcha el ejército hacia Navarro.

Aquí se encuentra con las tropas de Lavalle. Rosas toma el mando de los indios de Coñuepán. En un momento en que la caballería federal del centro se acerca al ejército de Lavalle, refiere el coronel Prudencio Arnold, que formaba parte de las tropas de Rosas, en su libro *Un soldado argentino*, un jefe unitario alza el sombrero y grita: "¡ Pasados! " Detiénense los federales. Algunos por la brusquedad de la detención, caen de sus caballos. Entonces los fingidos pasados arremeten a lanza. Y las tropas de Dorrego se desmoralizan y son vencidas.

Con Rosas y otras personas, Dorrego llega a la estancia "El Triunfo", de su hermano Luis. Rosas le aconseja ir con él a Santa Fe, en busca del apoyo de Estanislao López. Dorrego pretende partir hacia el norte, para encontrar a la columna del coronel Angel Pacheco. Rosas no consigue disuadirlo de semejante imprudencia. Hasta le anuncia que puede ser traicionado. Pero Dorrego, en marcha fatal hacia su destino, allá va, después de comer un asado con sus compañeros. Rosas se dirige a Santa Fe. Dorrego y su hermano llegan al puesto "El Clavo", al anochecer del 10 de diciembre. Allí lo encuentra el escuadrón de húsares, que mandan el comandante Escribano y el mayor Acha. Toma unos mates con varios oficiales, cuando Acha se presenta y le intima entregarse preso. ¡ Traicionado! Acha y Escribano acaban de abandonar la causa del gobierno legítimo y de pasarse a las fuerzas de Lavalle.

Tremenda impresión en Buenos Aires. La mujer y la hermana de Dorrego piden por él. Brown escribe a Lavalle para indicarle la conveniencia de que el preso no sea traído a la ciudad: su presencia sería motivo de trastornos y perjudicial a la causa de la revolución. Dorrego, mientras es conducido por Escribano, dirígese al ministro Díaz Vélez pidiendo que no lo condenen sin oírlo, que recuerden cómo la característica de su gobierno fue la lenidad y que lo destierren a los Estados Unidos. El Gobierno ordena a Escribano que no entre en la ciudad con el preso y que retroceda hasta Navarro, en donde está el gobernador Lavalle con



Fusilamiento. Estos hechos eran corrientes en la época de la anarquía

su ejército; y Díaz Vélez, llamando a Dorrego *mi querido amigo*, así se lo anuncia. En la ciudad hay una rara inquietud. Se recuerdan palabras de Lavalle durante las elecciones del 4 de mayo y se teme por la vida de Dorrego. Las gentes no se atreven ni a hablar de la terrible posibilidad del fusilamiento. Dorrego, héroe de la Independencia, a quien debiéronse en parte los triunfos en Tucumán y en Salta, hombre de talento y de cultura, de elevada situación social y gobernador legítimo de Buenos Aires. . . No parece posible que se le fusile, y, sin embargo, la gente lo piensa con pavor. Ambiente espeso en la ciudad, sensación de angustia y de asfixia.

Prisión de Dorrego

Los jefes del Partido Unitario se han reunido y han resuelto que Dorrego debe morir. Ya han logrado evitar que fuera traído a la ciudad, donde su salvación hubiera sido segura. Ahora es preciso insinuar a Lavalle la idea del crimen. Y para esto hay que escribir cartas, peligrosas cartas, exponiéndose a que alguien las conserve.



Juan Cruz Varela, enemigo de Dorrego

Los líderes unitarios aconsejan su muerte

Diez de la noche. Juan Cruz Varela, el poeta oficial de unitarismo, el amigo de Rivadavia, el cantor de *Ituzaingó* poema en que exalta la figura de Lavalle, escribe al general. Le enceguece el odio a Dorrego, al Partido Federal y sobre todo a Rosas, cuya importancia él es uno de los pocos en advertir y a quien también considera necesario fusilar. Su carta, inhábil, acaso por el temor y el odio que la dictan, empieza recordando que él y mil otros están comprometidos en un asunto de que depende la suerte del país, "en un movimiento que puede importar mucho o nada, según se manejen los resultados". La mano del poeta ha de haber temblado al escribir: *Después de la sangre que se ha derramado en Navarro, el proceso del que la ha hecho correr está formado; ésta es la opinión de todos sus amigos de usted; esto será lo que decida de la revolución, sobre todo si andamos a medias*[1]... Juan Cruz Varela no puede negar que Dorrego, el gobernador legítimo, tenía derecho a defenderse con la fuerza; pero conoce la mentalidad de Lavalle y le da este pobre argumento, que él sabe producirá efecto: "... usted piense que doscientos y más muertos y quinientos heridos deben hacer entender a usted cuál es su deber". Y más adelante: "este pueblo espera todo de usted y usted debe darle todo". Varela comprende que ha hablado con demasiada claridad y experimenta un gran temor. ¿Teme a un posible triunfo de los federales, a la justicia de los hombres o de



Arma de la época

la Historia? Agrega aún: "Cartas como ésta se rompen. . .". Varela se siente menos inquieto. No duda: Lavalle, amigo y caballero, romperá su carta. La firma, coloca debajo de su nombre su complicada rúbrica y, dentro de ella, los tres puntos masónicos.

Con menos valor pues no se atreve a firmar la suya, Salvador María del Carril, ex ministro de Rivadavia, también le da a Lavalle el mal consejo. Le dice que él y Agüero, a quien prudentemente llama el señor A., han convencido al ministro Díaz Vélez de que el preso no debe ser traído a la ciudad, sino enviado al hombre que debe *disponer* de sus destinos, al que ha cargado con la responsabilidad del hecho revolucionario. Lo adula llamándolo "genio", y, por creerlo así, no puede figurárselo *sin la firmeza necesaria para prescindir de los sentimientos*, para considerar los actos, *de cualquier naturaleza que sean* –inclusive el asesinato de un hombre ilustre, debe traducirse–, como medios que conducen a un fin. Le recuerda que, en dieciocho años, el país ha vivido entre revoluciones, sin que una sola vez se haya realizado un escarmiento. Olvida que Dorrego no es un revolucionario sino un gobernador que se ha defendido. Lavalle no debe parecerse a los otros gobernantes: de él se espera más. Es ley –afirma– *que una revolución es un juego de azar, en el que se gana hasta la vida de los vencidos cuando se cree necesario disponer de ella*. Del Carril aplica este principio, y el caso le parece "de fácil solución". Si Lavalle lo aborda "a sangre fría", lo decidirá como corresponde. Si no, habrá perdido *la ocasión de cortar la primera cabeza a la hidra.*



Payador de Lavalle

Vuelve a escribirle el 14. Seguramente, está equivocada la fecha, pues la carta es anterior, como se ve en el texto, a lo que ocurrirá el 13. Pero aunque Lavalle no la recibiera a tiempo, conviene recordarla: revela el estado de ánimo de sus amigos. "Hablo de la fusilación de Dorrego. Hemos estado de acuerdo en ella, *antes de ahora*". Palabras gravemente condenatorias para Lavalle y sus parciales, muestran cómo ese crimen estuvo acordado de antemano por todos ellos. "Ha llegado el momento de ejecutarla", continúa Del Carril. Espera que Lavalle "no fluctuará mucho tiempo sin decidirse por los deberes" que su posición le impone. Lo mismo que Varela, considera que, para Lavalle, el fusilar a Dorrego es cuestión de deber. . .

Y por fin, el diario oficial de la dictadura y del Partido Unitario, *El Tiempo*, dice: "Allí encontrará el señor Dorrego, cubierto de cadáveres y sangre, el campo que desapareció el día 9. Allí están sus víctimas, arrastradas con engaños a la muerte. *El cielo es justo*.

Lavalle no es hombre de mucha cabeza ni de fuerte voluntad,



Fusiles de la época

aunque él crea lo segundo. Su terquedad, frecuente en los débiles, no es prueba de ánimo enérgico. Lavalle, convencido de que va a cumplir con un grave deber, de que va a salvar a la patria, y seguro de contar con la aprobación de su partido, condena a muerte a Dorrego y asume la responsabilidad. Dorrego escribe a su mujer estas líneas impresionantes: "Mi querida Angelita: en este momento me intiman que dentro de una hora debo morir; ignoro por qué, mas la Providencia Divina, en la cual confío, así lo ha querido. *Perdono a todos mis enemigos y suplico a mis amigos que no den paso en desagravio de lo recibido por mí*. Mi vida, educa a esas amables criaturas; sé feliz, ya que no lo has podido ser en compañía del desgraciado Manuel Dorrego".

Es el 13 de diciembre de 1828. Se ha cometido el más grande crimen de nuestra historia[2].

El fusilamiento de Dorrego

Detengámonos un momento. El crimen de Navarro, causa inmediata de la larga tragedia de nuestra vida política y social, debe ser meditado serenamente.

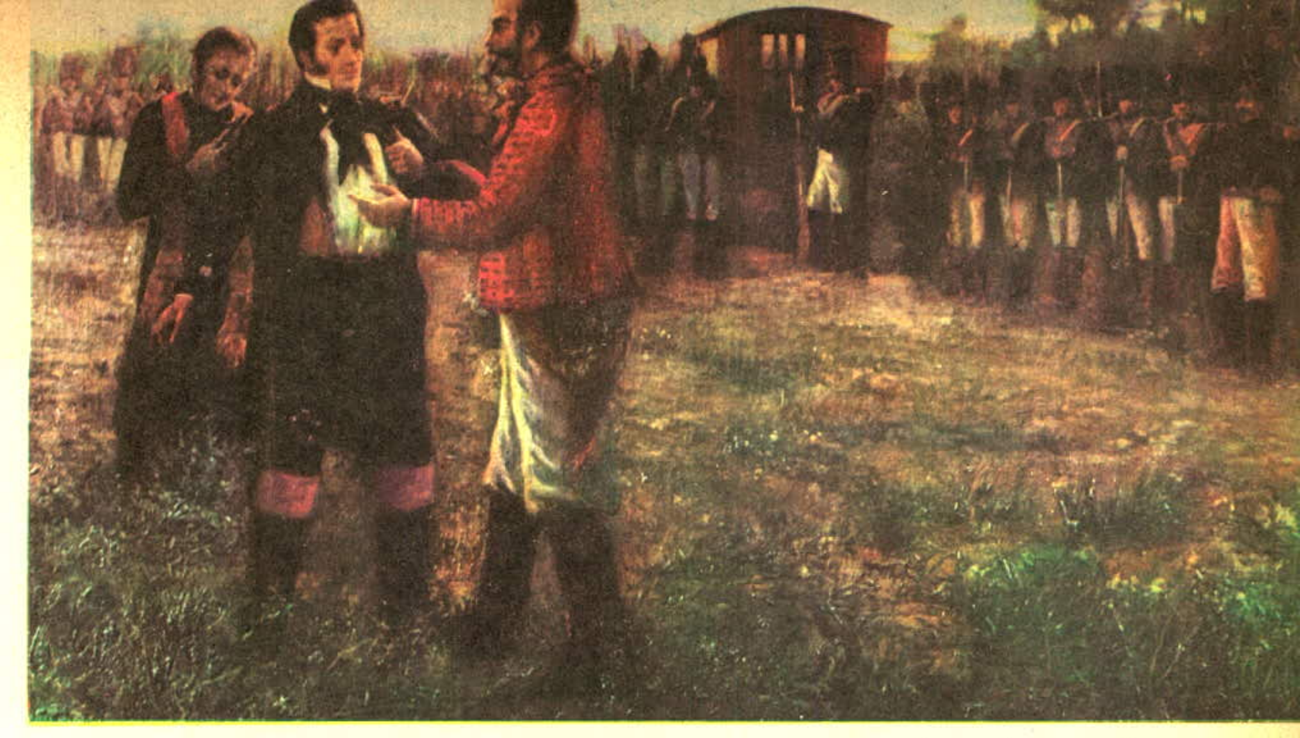
Es un lugar común de nuestra Historia hablar del "gesto caballeresco" de Lavalle, al asumir él solo la responsabilidad del suceso. Pero, ¿es caballeresco guardar las cargas que comprometen a sus amigos y consejeros, sobre todo cuando uno de ellos le pide romper la suya? Lavalle no ha procedido por caballerosidad sino por orgullo, por fanfarronería, por demostrar que no se deja dirigir por otros, aunque él es un soldado ignorante y sin mayor inteligencia y sus consejeros sean hombres de saber y talento. Pero esto no significa que Lavalle no haya sido influido por ellos. Lo ha sido, tal vez sin él advertirlo y aunque no lo quiera reconocer.

Se ha cometido el crimen más grande de nuestra Historia. Y lo ha cometido el Partido Unitario. El unitario Domingo Sarmiento dirá años después: "Lavalle hacía lo que todos deseaban haber hecho". Lavalle *respondía a una exigencia de su época, de su partido*. Nada semejante habían hecho hasta entonces los federales. Las violencias de Juan Facundo Quiroga –que hasta ese momento no son tantas ni tan graves como las pintará Sarmiento en 1845– ocurridas a seiscientas leguas de Buenos Aires, no preocupan a los porteños, que apenas tienen noticias de ellas. Más tarde, Quiroga incurrirá en violencias muy graves, pero por venganza, en respuesta a otros crímenes de los unitarios.



Sarmiento joven

Puede disculparse la crueldad de Rivadavia al hacer colgar de



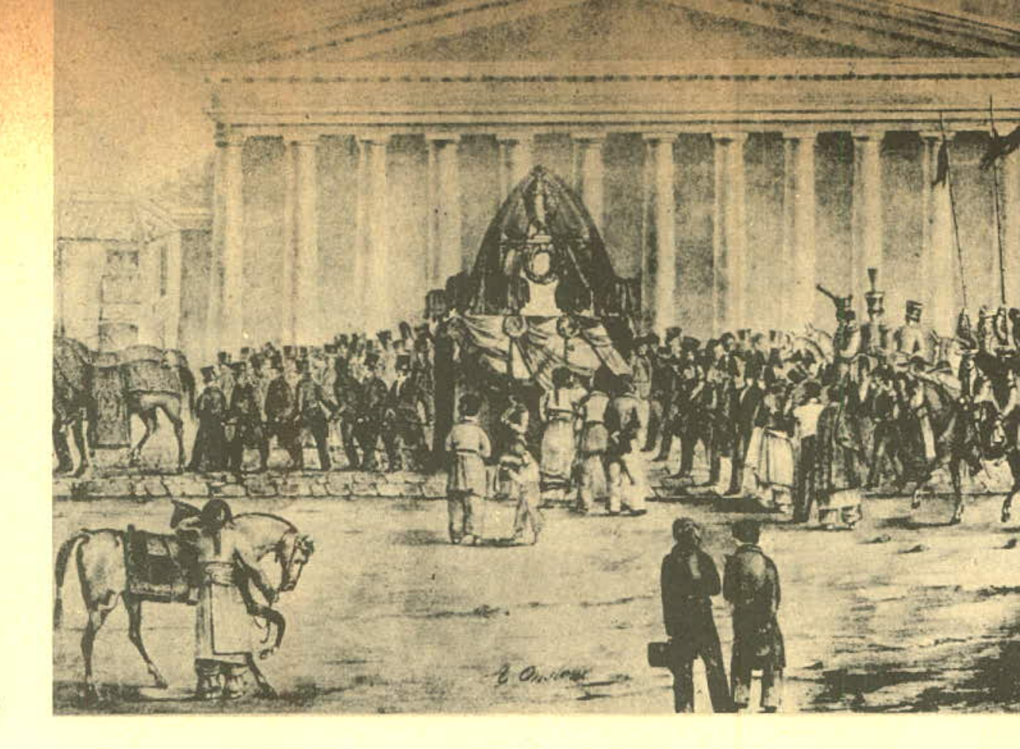
Preparativos para el fusilamiento de Dorrego

las horcas, en la plaza de la Victoria, a los españoles –algunos eminentes y uno de ellos sacerdote– que conspiraron, aunque fueron descubiertos a tiempo, en 1812. Pueden explicarse, si bien no justificarse, los fusilamientos inútiles del año 23, ordenados también por Rivadavia, cuando la chirinada de los católicos, enemigos de su reforma anticlerical. Pero este fusilamiento de Manuel Dorrego, del primero de los argentinos de su época, es un crimen sin explicación posible. Es como si en 1930, vencedor en una revolución idéntica y que responderá casi a iguales motivos, el general Uriburu –hagamos un esfuerzo mental para imaginar este horror y sus consecuencias– hubiera fusilado a Hipólito Irigoyen, el presidente depuesto.

En nuestra historia sangrienta los unitarios, pues, han escrito la primera página. Ellos han fijado el tono y el color que habrá de tener nuestra política. Son, pues, los responsables de lo que va a seguir. El propio Lavalle, once años después, al escribir a su secretario y amigo, reconocerá haber cometido *el mayor de los errores*, un error "inmenso que ha traído todas las calamidades de la patria".

Su repercusión nacional

La muerte de Manuel Dorrego produce en el país hondísima impresión. En Buenos Aires, personas que simpatizaron con el movimiento *decembrista* ahora condenan a Lavalle. Los mismos



El funeral de Dorrego

unitarios lamentan el crimen. Del Carril, acaso temeroso de que sean conservadas sus cartas imprudentes, y deseando disminuir su propia responsabilidad, da este consejo a Lavalle: "Me tomo la libertad de prevenirle que es conveniente recoja usted un acta del consejo verbal que debe haber precedido a la fusilación". Y en otra carta del 20 de diciembre, insistiendo en esa acta, le dice que ella debe contener un relato del complot y los nombres de los jefes y oficiales de la división sublevada; y le reclama su presencia en la ciudad "para que se le haga una entrada bulliciosa y militar, porque la imaginación móvil de este pueblo necesita ser distraída de la muerte de Dorrego, y para ésta basta bulla, ruido, cohetes, música y cañonazos".

Pero Del Carril se equivoca. El pueblo de Buenos Aires *no se olvidará de Dorrego*. Pasada la impresión de los primeros días, erguido sobre el abatimiento y aun el pánico que lo ha postrado durante una semana, el pueblo de Buenos Aires se pone a deificar a Dorrego y a llorarlo. La ciudad acude a la misa que mandan decir sus deudos, y circulan emocionantes recuerdos de su persona. A Lavalle se lo cuenta el propio Del Carril: "Mucha gentuza a las honras de Dorrego: litografías de sus cartas y retratos. Luego se trovará la carta del *Desgraciado* en las pulperías, como las de todos los desgraciados que se cantan en las tabernas".

Y así sucede. Las guitarras no tardan en ponerse a llorar la muerte del héroe. En las pulperías, los cantores arrancan lágrimas a los asistentes, con sus cielitos de actualidad. El más bello –*Este es el cielo de los cielos, que todos hemos de cantar*– evo-

ca la prisión de Dorrego, la huida de Rosas a Santa Fe, el fusilamiento del mártir, las hazañas de las montoneras, y termina:

Cielito y cielo nublado
por la muerte de Dorrego.
¡Enlútense las provincias!
¡Lloren cantando este cielo!

Algunos de estos cantos[3] vienen desde Santa Fe. Los periódicos unitarios los delatan, y los cantores van a la cárcel. Otros cielitos recuerdan la vida entera de Dorrego: sus glorias de la guerra de la Independencia, su destierro, su conducta en el año 20. Dorrego, llamado por el pueblo *el padre de los pobres*, se convierte ahora en una especie de santo, en una figura legendaria. Un diario acusa de *subversivos* a esos cielitos; y tiene razón, porque ellos conmueven al pueblo hasta el llanto, circulan de boca en boca y propagan el odio al Gobierno y a los unitarios y el fervor por la causa del pueblo. Esos cielitos preparan eficazmente a las masas en favor de Rosas, que aparece como el vengador de Dorrego.

En las provincias, adonde las noticias de Buenos Aires tardan semanas en llegar, será también grande el dolor, tanto como la indignación y el anhelo de venganza. Todos los caudillos se levantarán contra el motín faccioso, el crimen y el despotismo de los aristócratas y oligarcas unitarios. En Santa Fe, la más cercana de

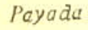


Soldados de Rosas en la ***pulpería***

las capitales, se sabe pronto de la revolución; y el Congreso Nacional que allí funciona, y que es la máxima autoridad de la República, declara "*anárquica, sediciosa* y atentatoria contra la libertad y tranquilidad de la Nación" a la sublevación del 1º de diciembre, y condena "el asesinato" de Dorrego como "crimen de alta traición contra el Estado"; y a fin de someter a los "facciosos", dispone la colaboración de las provincias y designa para mandar sus tropas al gobernador de Santa Fe, brigadier don Estanislao López. Los gobernadores de Córdoba y de Entre Ríos, y después los de las demás provincias, dirigen a sus pueblos indignadas proclamas contra el motín. Y el de La Rioja, Juan Facundo Quiroga, declara la guerra al gobierno *intruso* de Buenos Aires.

La falsificación de la historia

Aquella carta de Salvador María del Carril a Lavalle, del 20 de diciembre, y en la que insiste en la conveniencia de fraguar un acta del fusilamiento de Dorrego, contiene ideas que es menester destacar y comentar. Esas ideas, importantes en sí mismas por la persona de Del Carril, son trascendentales porque los unitarios las pondrán en práctica. Ellas nos hacen comprender muchas cosas que parecían incomprensibles, e iluminan lo que los unitarios y los historiadores oficiales hubieran querido que permaneciera en la sombra.


Payada

Del Carril *no cree* que la *posteridad* pueda ser imparcial. Atribuirle gratuitamente ese mérito "no es más que un consuelo engañoso de la inocencia o una lisonja que se hace nuestro amor propio o nuestro miedo". También declara estar seguro "de que la posteridad consagra y recibe las deposiciones *del fuerte o del impostor* que venció, sedujo y sobrevivió y que sofoca los reclamos y las protestas del *débil que sucumbió* y del hombre sincero que no fue creído". Después de estas palabras, destinadas, sin duda, a preparar la conciencia del honorable Lavalle para lo que va a decir, entra en materia, justificando con las frases siguientes su consejo de engañar a la posteridad: "si es necesario envolver la impostura con los pasaportes de la verdad, se embrolla; y si es necesario mentir a la posteridad, se miente y se engaña a los vivos y a los muertos, según dice *Maquiavelo*".



Gaucho federal

Los unitarios comienzan en seguida a poner en práctica este programa. Así *El Tiempo*, de los Varela, le llama a Rosas, que hasta entonces sólo ha sido un estanciero, severo pero muy amado por sus peonadas, *monstruo* y hombre de *ferocidad característica*. Y agrega sin titubear: "Una cadena no interrumpida de crímenes atroces y la culpable tolerancia de los gobiernos, habrían dado a este caudillo una especie de poder fundado en el terror y en las crueldades de que diariamente eran víctimas los habitantes de la campaña".

De este modo empiezan los unitarios la falsificación de nuestra historia.

El terror unitario

Tristes días siguen al fusilamiento. Inquietud y desolación en todas partes. Los unitarios han creído que, muerto Dorrego, la reacción de los federales caería. Y no es así. Rosas, desde Santa Fe, se prepara con López a invadir la provincia de Buenos Aires, y sus hombres de acción, al frente de sus partidas de gauchos y de indios, hacen la guerra de recursos a Lavalle, a cuyos partidarios les llaman despectivamente *bayunos*. Exasperación de los unitarios, que –recordémoslo– han convertido en grito de guerra las palabras *¡muerte al gaucho!*

Espantosos crímenes, como no los hubo ni los habrá. Iriarte escribe: "Después de la ejecución de Dorrego, Lavalle asolaba la campaña. Del terror se valieron muchos subalternos. Se violaba el derecho de propiedad. No era posible que los gauchos soportaran tal yugo por largo tiempo". Cuenta que "como a bestias feroces trataban a los desgraciados que caían en sus manos". He ahí el



Estanislao López

caso, citado por Arnold y por otros y del que hablan los diarios, del coronel unitario Juan Apóstol Martínez, quien, poco apostólicamente, hace atar a la boca de un cañón a un paisano, que muere hecho pedazos, y cavar sus propias fosas a varios prisioneros. El comandante Estomba, que meses después enloquecerá, tal vez por los remordimientos que oscurecen su conciencia, mata a Segura, mayordomo de la estancia "Las Víboras", de los Anchorena, los primos de Rosas, atándolo también a la boca de un cañón y fusilándolo así, por el delito de ignorar la situación de cierta partida federal; y a otros paisanos, por el mismo delito, los mata a hachazos con sus propias manos. De estos crímenes se habla en los diarios de la época y los refieren en sus respectivas *Memorias* Iriarte y Arnold.

El último día de diciembre llega del campamento de Cerro Largo, con las tropas que habían quedado, el general José María Paz. Los líderes unitarios lo agasajan con un banquete en el hotel de Faunch. Paz aprueba la revolución y el fusilamiento de Dorrego y es nombrado ministro de Guerra.

Pero la inteligencia y la energía de Paz son impotentes para luchar contra el pueblo de la campaña y la ciudad. El 7 de enero escribe a Lavalle unas líneas en que comenta la deserción de los milicianos en la Fortaleza de Veinticinco de Mayo y las dificultades de mandar allí infantería. El Gobierno, desesperado por la guerra de recursos, intenta hacer la paz con las partidas federales. Envía una comisión, en la que va uno de los Anchorena, a los jefes Luis Molina y Manuel Mesa. Este último, ex ayudante de Dorrego y sargento mayor del ejército de línea, contesta, "por sí, y a nombre de los caciques que mandan la indiada de esta reunión", que ellos dependen de don Juan Manuel de Rosas, por cuyas órdenes obran.

Lavalle viene alguna vez a la ciudad. Exasperado por sus fracasos y por la guerra que le hacen los caudillos, no oculta sus deseos –el general Paz lo revela en sus *Memorias*– de fusilar a Rosas, a Quiroga y a Ibarra, cuando los tenga en sus manos. No concibe que se le ataque. Desde Montevideo, algunos federales, que han emigrado por no soportar su dictadura, le combaten por los periódicos. Las declaraciones de guerra y las proclamas siguen llegando desde las provincias. En la ciudad, el pueblo le es hostil. Necesita caballos y no los consigue. Se los han llevado los centenares de individuos, que salieron a la campaña, para agregarse a las partidas federales. En uno de sus viajes a la ciudad, ordena se requisen todos los caballos. He aquí que la policía llega a la casa de los padres de Rosas. Tardan en abrir la puerta. Por fin, puede entrar la policía, se dirige a la caballeriza y allí encuentra,



Cuartel del Retiro

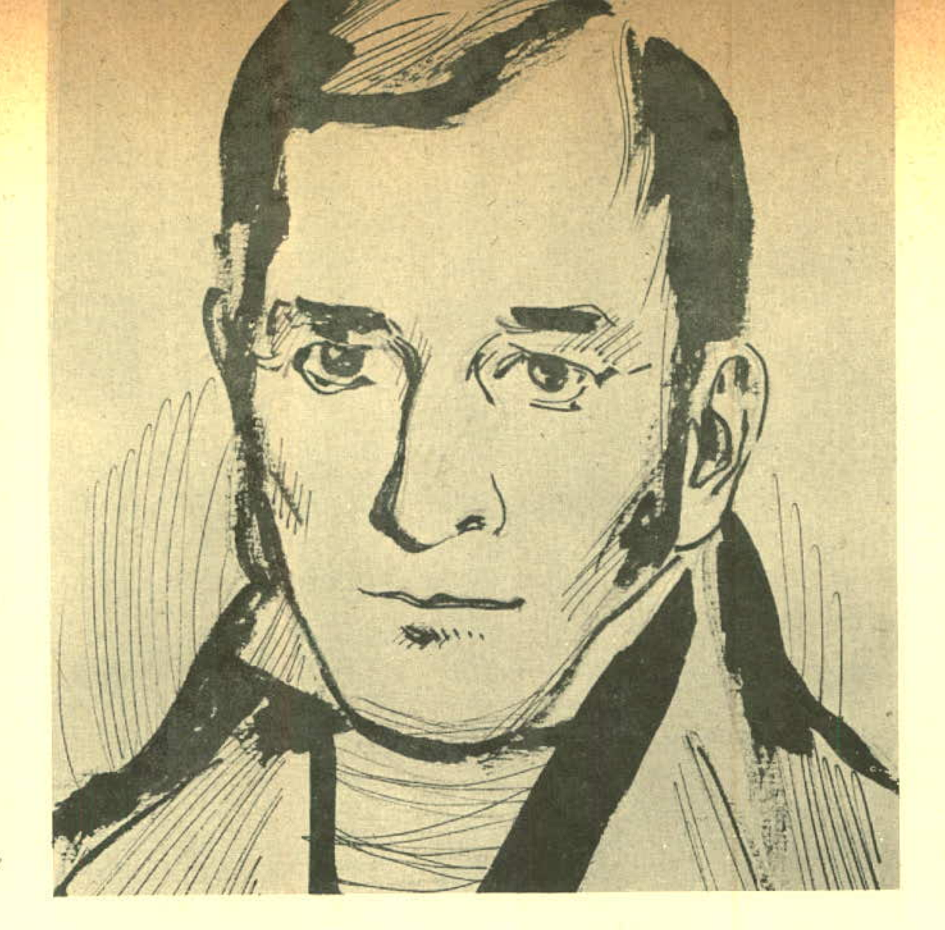
degollados, los caballos y las mulas. *¡La madre de Rosas no ha querido entregar los caballos por que el Gobierno los quiere para combatir contra su hijo!* Otra versión refiere que, al presentarse en la casa el jefe de policía, un tal Piedracueva, que había sido boticario, doña Agustina le dice: "Sólo en días tan aciagos para mi patria podías haberte atrevido a dar órdenes en una casa en donde en otros tiempos te hubieras considerado muy honrado de ser llamado a poner ventosas".



La madre de Rosas

No es hombre de mucha cabeza Juan Lavalle, y pronto pierde la poca que tiene. Por un acróstico imprudente, pero no agresivo, hace enviar a un buque de guerra al propietario de *La Gaceta* y meter en la cárcel al autor. Comienza a perseguir a los ciudadanos y los hace clasificar.

A principios de febrero, cae en manos de las tropas de Lavalle, vencido en el combate de Las Palmitas, el mayor don Manuel Mesa, el ayudante de Dorrego. Lo traen a la ciudad, lo juzgan por traición –que consiste, en su caso, en haber sido fiel a las autoridades legítimas– y lo condenan a muerte. Va a ser ejecutado en la plaza del Retiro, el 16 de febrero, junto con su ayudante. Mientras lo degradan, no cesa de hablar ante los muchos espectadores. Recuerda la ejecución de Dorrego, la usurpación del Poder por Lavalle y las virtudes de los que resisten a su despotismo. "¡ Lavalle es un asesino! " exclama. Y a fin de que su voz no sea oída, se ordena tocar a los tambores.



Felipe Arana, ministro de Rosas

Dos semanas después, se pretexta una conspiración y se arroja en sucios pontones o se destierra a Bahía Blanca o a Montevideo a los más distinguidos miembros del Partido Federal, ilustres figuras de la patria, casi todos: el general Juan Ramón Balcarce, héroe de la Emancipación; don Tomás Manuel de Anchorena, cabildante de Mayo y firmante del acta de la Independencia; don Felipe Arana; don Victorio García Zúñiga; el doctor Manuel Vicente de Maza. Todos ellos serán más tarde ministros de Rosas.

Los crímenes de los unitarios se multiplican. Las tropas mandadas por Rauch matan a los hombres que encuentran en las calles de los pueblitos. Calcúlase que más de mil hombres aparecen asesinados. Sólo en el caserío llamado Las Perdices dejan siete fusilados. En la ciudad, en una tienda de la Recova, un oficial unitario desenvuelve un papel, y, sacando una oreja humana, dice que es del manco Castro y que tendrán igual suerte las de otros federales. A una criatura de siete años la matan porque lleva una divisa. En cambio, por esos mismos días, como lo sabemos por una carta del ministro Díaz Vélez a Lavalle, el montonero *Arbolito* se apodera de un oficial del gobierno y de uno de los miembros del consejo unitario y no les quita la vida. Arbolito le da una lección a Lavalle.

Son tantos los crímenes de los unitarios durante la dictadura de Lavalle que llegan a influir en la demografía de la Provincia. En años anteriores y posteriores, allí, como en todas partes, el número de los nacidos es mayor que el de los muertos. En ese 1829, las defunciones sobrepasan en ochocientas tres a los nacimientos*. Se van cumpliendo las palabras del periódico unitario *El Pampero*: "O el país ha de convertirse en desierto o nuestra causa ha de triunfar". Con harta razón el Libertador Simón Bolívar, enterado del derrocamiento y fusilamiento de Dorrego, y acaso de otros crímenes, llamó al gobierno de Lavalle "liberal a la tártara".


Simón Bolívar

Regreso del general San Martín.

En medio de estos horrores, llega a Buenos Aires, a las balizas exteriores, el 6 de febrero, el barco inglés *Countess of Chicheste*. En él vuelve, después de cinco años de ausencia, el general José de San Martín. Ha tenido noticias de la guerra con el Brasil y viene a ofrecer su espada a la patria. Pero en el Janeiro ha sabido de la revolución de diciembre y del fusilamiento de Dorrego. Horrorizado y avergonzado, resuelve no desembarcar. Pide sus pasaportes y, como en su carta al ministro dijera no pertenecer a partidos, Díaz Vélez le contesta con estas palabras de brutal intolerancia: "aquí no hay partidos, si no se quiere ennoblecer con este nombre a la *chusma* y a las *hordas salvajes*".

La ciudad se conmueve al saber su llegada. Los periódicos unitarios se atreven a insultarle, a llamarle "cobarde", como se ve en estas líneas de uno de ellos: *Ambigüedades*. "El general San Martín ha vuelto a su país a los cinco años de ausencia, pero después de haber sabido que se han hecho las paces con el Emperador del Brasil". Y *El Tiempo*, de los Varela, le dice que en el país "no hay hombres precisos", como si San Martín, todo modestia y virtudes, se considerase indispensable. Habían de ser los unitarios quienes le ofendieran. ¿No quisieron procesarle en tiempos de Pueyrredón? ¿Y prenderle en tiempos de Rodríguez y de Rivadavia? El ministro Paz, receloso, escribe al gobernador Lavalle: "Calcule usted las consecuencias de una aparición tan repentina". Teme que "la oposición, desahuciada, desesperada por falta de un conductor que lo guíe", intente seducirlo. Cree que


General José de San Martín

* Véase el artículo "La época de Rosas. Su demografía" (*La Prensa*, noviembre de 1919), del ingeniero Eliseo F. Lestrade, que se había especializado en materia demográfica.


General Don Tomás Guido, amigo de San Martín

San Martín se mantendrá ajeno a los partidos. Pero si así no fuese, y si los unitarios no son "consecuentes con sus primeros pasos", entonces –dice– *"nos costará trabajo el cumplimiento de la obra que hemos principiado"*. Paz ignora hasta dónde llega el prestigio de Rosas. E ignora que el Gobierno, moralmente, ya está vencido.

Algunas personas van a saludar a San Martín al barco. Uno de los militares sublevados el 1º de diciembre, el coronel Félix Olazábal, ha descrito su visita. El general, aunque sólo tiene cuarenta y ocho años, ha encanecido. Pero sus ojos son siempre centelleantes y su aspecto no ha cambiado. Olazábal le entrega una carta del general Tomás Guido. Su gran amigo le pinta la anarquía porque atraviesa el país. Es necesario un gobierno vigoroso para salvarlo, y sólo él podría ser el salvador. San Martín, después de recordar cómo se ha enterado de la revolución y del fusilamiento de Dorrego, contesta: "Entonces me decidí venir hasta balizas, permanecer en el paquete y por nada desembarcar, haciendo desde aquí algunos asuntos que tenía que arreglar y regresar a Europa. *Mi sable. . . no. . . jamás se desenvainará en guerras civiles*

En la tarde del 12 de febrero, San Martín parte para Montevideo, en donde permanecerá más de dos meses. Se aleja para siempre de la patria, acaso presintiendo que no habrá de volver a verla. *El Tiempo* lo saluda irónicamente.

Sus palabras justifican el advenimiento de Rosas

En Montevideo se vincula con los federales desterrados. Allí recibe dos delegados de Lavalle. Traen varios encargos. Uno consiste –según lo refiere el mismo Díaz Vélez en su carta a Lavalle– en "explorar qué parte tomaba en los disturbios de la campaña de Buenos Aires el general San Martín, pues se decía, con frecuencia, que estaba unido a los desterrados de aquí". Lavalle no tiene culpa, tal vez, de semejante miseria. Su deseo ha sido que se le ofrezca al Libertador la gobernación de Buenos Aires. El héroe de Maipú no sólo no acepta, sino que le da a Lavalle este consejo, que significa la reprobación de su crimen: ". . . una sola víctima que pueda economizar a su país, le servirá de un consuelo inalterable, sea cual fuere el resultado de la contienda en que se halla usted empeñado". Y a su amigo el general chileno Bernardo O'Higgins le escribe el 13 de abril, que el objeto de Lavalle ha sido que él, en el gobierno y al mando del ejército, transara con las demás provincias para garantizar –son sus

palabras– "por mi parte y la de los demás gobernadores, a los autores del movimiento del 1º de diciembre". A Iriarte, desterrado en Montevideo, le dice, refiriéndose a los militares unitarios: "Sería yo un loco si me mezclase con esos calaveras. Entre ellos hay alguno, y Lavalle es uno de ellos, a quien no he fusilado de lástima cuando estaban a mis órdenes en Chile y en el Perú. Los he conocido de tenientes y subtenientes. Son unos muchachos sin juicio, hombres desalmados. Entre buena gente me hubiera yo ido a meter si hubiera tenido la candidez de admitir la oferta de Lavalle. ¡Buenos sujetos, por cierto, para ofrecer garantías de orden y subordinación! " Otro día dice: "Los autores del movimiento del 1º de diciembre son Rivadavia y sus satélites, y a usted le consta los inmensos males que esos hombres han hecho, no sólo a este país sino a toda la América, con su infernal conducta; si mi alma fuera tan despreciable como las suyas, yo aprovecharía esta ocasión para vengarme de las persecuciones que mi honor ha sufrido de estos hombres; pero es necesario enseñarles la diferencia que hay de un *hombre de bien a un malvado*".

Desde Montevideo, San Martín escribe varias cartas. En una de ellas, dirigida al general Guido, el ex ministro de Dorrego, revela su desprecio hacia los unitarios cuando habla de los que han engañado al pueblo "con sus locas teorías, lo han precipitado en los males que lo afligen y dádoles el permicioso ejemplo de perseguir a los hombres de bien, sin reparar en los medios". Estos *hombres de bien* son los personajes federales desterrados en Mon-

Vista de Montevideo

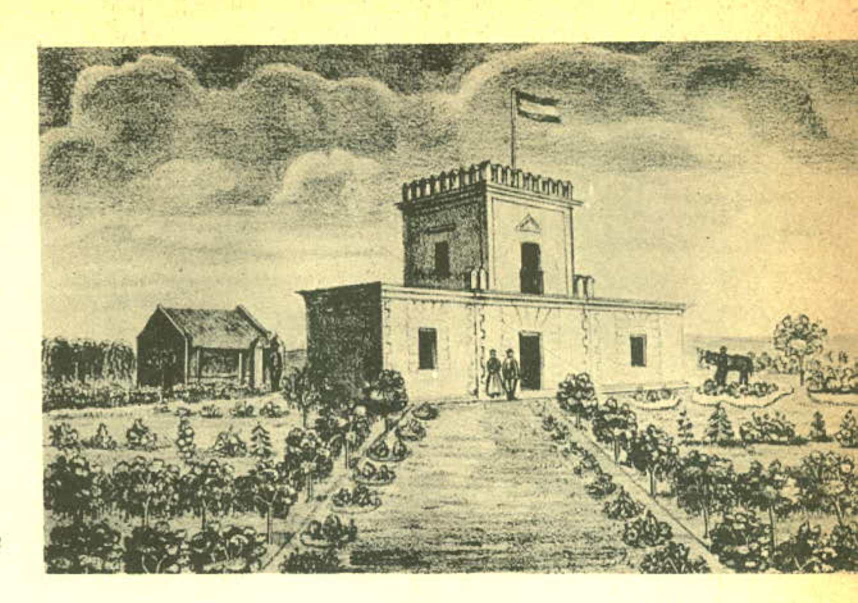


tevideo. Pero en ninguna de sus cartas revela mejor sus pensamientos que en la dirigida a O'Higgins. Después de informarle que la. generalidad de las gentes claman "por un gobierno riguroso, en una palabra, militar", habla de los dos partidos y afirma cómo, "para que el país pueda existir, es de absoluta necesidad que uno de los dos desaparezca". Se trata de encontrar un salvador y la opinión se ha fijado en él. Pero como es imposible la existencia de los dos partidos, él tendría que convertirse en verdugo de sus conciudadanos. No, él no será "el ejecutor de tamaños horrores". Y termina con estas palabras terribles y desgraciadamente verdaderas: "en el estado de exaltación a que han llegado las pasiones, es absolutamente imposible reunir los partidos en cuestión, sin que quede otro arbitrio que el exterminio de uno de ellos".

¡El exterminio de uno de ellos! ¿Han llegado hasta Juan Manuel de Rosas noticias de esas opiniones? Seguramente que sí. San Martín no tiene por qué ocultarlas y ha de haberlas expresado ante los amigos de Rosas, desterrados en Montevideo. Esas opiniones, que coinciden con las suyas, tienen que haberle impresionado fuertemente. El también cree que uno de los partidos debe ser exterminado, y ese partido no puede ser sino el Unitario. ¿Cómo podría realizarse el exterminio del Partido Federal, o sea de todo el pueblo de Buenos Aires, del de todas las provincias? Juan Manuel de Rosas ya ha presentido su destino terrible. Hombres y acontecimientos, todo lo empuja hacia el Poder. Es ya el dueño de la campaña de la Provincia y la primera figura del Partido Federal. Sabe ya que ha sido elegido para es-



Bandera federal



La casa de Lavalle en Carahué

tablecer el orden y la paz por medio del exterminio del Partido Unitario. Nada explica tanto su advenimiento como las trágicas palabras de San Martín, ni nada mejor que ellas lo justifican ante la Historia.

Responsabilidad de los unitarios

Detengámonos un momento. Ha surgido en la patria argentina un hecho nuevo, o, por mejor decir, una situación nueva, y es preciso establecer su gravedad profunda y la responsabilidad de los culpables.

El país ha quedado dividido en dos partes, y en dos partes irreconciliables porque las separa mucha sangre. No es Juan Manuel de Rosas quien tiene la culpa, ni tampoco los federales. No es Dorrego, que gobernó benignamente y hasta pretendió entenderse con sus enemigos. Los culpables son los unitarios, no sólo Lavalle, a quien apenas podemos considerar como un instrumento ejecutor, sino los jefes de la facción: Agüero, los Varela, Del Carril y otros menos importantes. Ellos sedujeron a Lavalle, sugestionable y poco inteligente, y armaron su brazo contra el orden.

Siempre ha habido revoluciones entre nosotros, desde el día en que nos levantamos contra España. En el año 20 perdieron el poder unos cuantos gobernadores. Pero nunca se fusiló a ninguno. La iniciativa de estos nuevos procedimientos corresponde al



Muerte del General Rauch en "Las Vizcacheras"

Partido Unitario. Y no solamente han fusilado a Dorrego y a Mesa y a centenares de gauchos: han creado lo que, años más tarde, ellos le reprocharán tanto a Rosas, las "clasificaciones". La dictadura unitaria averigua la filiación política de todas las personas, con el fin de perseguir a los federales. En el pequeño mundo que es la Buenos Aires de 1829, las persecuciones, los destierros y las prisiones que ordena el Gobierno, así como las calumnias e injurias de los periódicos unitarios contra los más prominentes miembros del Partido Federal, van a engendrar un odio que no se saciará con nada. Será la *vendetta* de los corsos multiplicada hasta el infinito.

Procedimiento persuasivo de Rosas

En los días en que San Martín se vuelve, van a ocurrir dos combates que decidirán la suerte del unitarismo. Menos de cuatro semanas separan uno de otro.

Lavalle, resuelto a terminar con los federales, ha marchado el 6 de marzo hacia Santa Fe y ha dejado en la campaña de Buenos Aires parte de sus tropas, al mando de Rauch. En Santa Fe, Estanislao López, formidable táctico instintivo, lo ha derrotado con su astucia gaucha. Después de fatigar a las tropas de Lavalle, obligándolas a ir de aquí para allí, las ha atraído a un campo de mío-mío. Los caballos han comido de esta planta venenosa y medio ejército queda desmontado: quinientos caballos amanecen

muertos. Lavalle, a principios de abril, se entera de la derrota de Rauch y de su muerte en el combate de las Vizcacheras, del 28 de marzo. En este combate, los federales han llevado por primera vez, en el sombrero, un cintillo rojo con estas palabras impresas: *¡Viva la Federación!* Ambas derrotas obligan a Lavalle a volverse, y emprende el regreso, hostilizado por las partidas federales y por las poblaciones del norte de la Provincia –Pergamino, Rojas, Arrecifes, el Salto y Baradero–, que desconocen a su gobierno y se pliegan a López y a Rosas.


Soldado colorado

Ni López ni Rosas se apoderan de esos pueblos por la violencia. Como en ocasiones anteriores ha procedido, y cómo procederá después en diversas circunstancias, Rosas recurre a la persuasión. He aquí un notable documento: su carta al jefe de la guarnición de San Nicolás, don Cipriano Zeballos, del 11 de abril. Legalista escrupuloso, dícele que es general de las fuerzas de la Campaña, nombrado por el gobernador Dorrego, autoridad legítima, y Comandante general de la Campaña, por nombramiento anterior; que López, designado general en jefe por la Convención Nacional de Santa Fe, *representación soberana de los pueblos*, le ha confirmado en esos nombramientos y nombrado "segundo" general del ejército de la unión; y que, por todo eso, puede considerarse "la primera autoridad militar de la Provincia". Por este motivo, y porque jamás ha sido amigo de desórdenes, "procura disminuir", en cuanto puede, *lo que la funesta guerra civil hace inevitable*. Invita a Zeballos a entregarle el pueblo: "cuando la resistencia es inútil, provoca las violencias y éstas no conocen término". Le afirma que *la tiranía sangrienta y bárbara de Lavalle ya acabó, porque es imposible que con tan poca fuerza resista el poder de este ejército, el de las divisiones del Sur y el torrente de la oposición en Buenos Aires, que ya desborda.* Le hace ver lo que podría esperarle: "Sostener su partido es excitar las violencias, y en este pueblo se sentirán las más lamentables, sin que nadie ni sus autoridades puedan culparme de tales desgracias". Trata de amedrentarlo: *Usted sería una de las primeras víctimas, y usted puede salvarse y salvar a San Nicolás rindiéndolo*. Le promete que no habrá desórdenes, que las propiedades serán respetadas, que él mismo irá a conservar el orden, si se cree necesario; y que "lo pasado se mirará como no sucedido". Pero si resiste, "todo el rigor de la guerra se descargará sobre usted, y ese pueblo detestará a usted", pues sabrá "que pudo liberarlo de tal calamidad y no quiso". Y termina: *Entréguese, señor, a sus compatriotas, de quienes nada tiene que temer, o arrójese usted mismo al suplicio. En su mano está la elección. Escoja.*


Indio

Mientras Lavalle viene acércandose, Buenos Aires conoce el pánico. La ciudad está indefensa: el general Paz, ministro de Guerra, ha partido hacia Córdoba el 16 de marzo con las mejores fuerzas resuelto a apoderarse del gobierno de esa provincia, que es la de su nacimiento, y, prescindiendo de Lavalle, a organizar allí la resistencia contra los federales. Los montoneros llegan hasta San Vicente, a diez leguas de la ciudad. En la noche del primer sábado de abril, las gentes despavoridas, corren por las calles gritando: "¡ Se vienen, se vienen! " Convócase a las armas a todos los ciudadanos y a muchos extranjeros que, para defender la ciudad, han sido obligados a formar el batallón de los *Amigos del Orden*. Numerosas patrullas recorren las calles. Se teme, sobre todo, a los indios que componen las partidas federales. El domingo se renueva el pánico. A la tarde, el clarín llama a los hombres. Por la noche no se abre el teatro. Luces encendidas en todas las casas: orden del Gobierno, para distinguir, en caso de invasión, a los cómplices o amigos de los montoneros. El lunes la ciudad es declarada en asamblea por cuatro días. Se presiente el triunfo de los federales. En la plaza de Monserrat son desparramados, nadie sabe por quién, pasquines ultraxenófobos que parecen redactados un siglo más tarde y en los que se lee: "Indios, sí; extranjeros, no. Pena de la vida al extranjero que asista el día de los federales a la plaza: comerá plomo ardiendo. La Federación reinará y todo extranjero que se oponga por la ley morirá. Valen más indios que unitarios. El día de la Federación llegó". El sábado siguiente, el de Gloria, las familias unitarias parecen enloquecidas. ¡ Los indios han incursionado en Monserrat! Ciérranse las casas y se aseguran las puertas. Hay quienes huyen a la ribera, para refugiarse en los barcos.

Esa noche entra Lavalle. Viene corrido por Estanislao López y por Juan Manuel de Rosas. Nadie duda de que pronto habrá una gran batalla.

Combate del Puente de Márquez

Es entonces cuando Lavalle manda sus dos emisarios a San Martín. Su actitud parece generosa. Con ella demuestra que el Poder no le atrae. Pero también es posible que haya visto la imposibilidad, para él y su partido, de seguir gobernando. Ofrecerle a San Martín el mando de la Provincia puede ser un modo, si él acepta, de salvar la vida y los bienes propios y los de sus amigos. Uno de sus emisarios le escribe desde Montevideo: "La posición de usted es la de triunfar o morir. ¿Hay seguridad de obtener



Gaucho de las montoneras

pronto una victoria? " Este emisario no parece creerlo, y le aconseja entenderse, por intermedio de otros, con Estanislao López, pues "el sacrificio que usted y sus amigos harían de su vida, a más de inútil sería funestísimo al país".

Para mayor desgracia de Lavalle, el 14 de abril, el cónsul de Francia reclama al Gobierno por haber alistado en las milicias a sus compatriotas. El Ministro Díaz Vélez contesta que un cónsul carece de atribuciones para semejante reclamación, tal como dirá Rosas nueve años más tarde. El cónsul recurre al comodoro Venancour, jefe de una escuadra francesa que anda por estos mundos. El conflicto va a tornarse grave dentro de un mes. Pero en esos días de abril no se sospecha hasta dónde llegará la arbitrariedad imperialista de la escuadra francesa.

En la ciudad, todos esperan ansiosamente el resultado de la inevitable batalla próxima. López y Rosas se han acercado, y Lavalle va a salirles al encuentro. Los unitarios descuentan el triunfo del héroe de Riobamba, que manda a dos mil veteranos de las guerras de la Independencia y del Brasil, mientras que a López y a Rosas le siguen gauchos e indios sin ninguna instrucción militar y mal armados. El 25 de abril, a la madrugada, el Fuerte despierta a la ciudad con sus cañonazos. Hace un calor sofocante. El ejército parte hacia el combate.

Puente de Márquez. Las tropas unitarias y las federales están frente a frente. Es aún de noche. Lavalle ataca, sorprendiendo a una parte del ejército federal, la que manda el general Pascual Echagüe. Le hace muchas bajas. El combate sigue con resultado



Don Pascual Echagüe. Participó en la batalla de Puente Marquez

incierto hasta que al fin lo decide una hábil estratagema de López. Lavalle, que ha traído montada a su infantería, la hace formar cuadro, encerrando allí a la caballada. A López se le ocurre lanzar contra ese cuadro a varios centenares de caballos en cuyos pescuezos y colas ha hecho atar grandes cueros. Lavalle recibe a cañonazos a los caballos del enemigo, pero los suyos, que están ensillados, se asustan, rompen el cuadro y se desbandan. Y entonces, con lo mejor de su ejército a pie, derrotado en diversos puntos del frente, atacado con violencia y eficacia por la caballería santafecina, Lavalle se ve obligado a retirarse.

En la ciudad se cree en su triunfo. Unos coraceros, llegados a mediodía, así lo cuentan. Pero a las tres, nuevos cañonazos del Fuerte parecen desmentir la noticia. En la plaza y en varias calles se colocan grandes carros para impedir el paso de los soldados federales. Al otro día, grupos de lanceros y de coraceros pasan por el Bajo anunciando otra vez el triunfo de Lavalle. El mismo parte del general así lo dice. Pero no tarda en saberse la verdad: Lavalle ha sido derrotado.

La batalla del Puente de Márquez significa el término virtual de la dictadura de Lavalle. López se ha vuelto a Santa Fe, no sólo por no inmiscuirse en los asuntos de Buenos Aires, sino también para defenderse de Paz, que, ya posesionado del gobierno de Córdoba, puede invadir su provincia. Frente a Lavalle, el dictador unitario, ha quedado Juan Manuel de Rosas. Los dos hombres van a encontrarse. Rosas es ahora el jefe del ejército de Buenos Aires, un jefe admirado y amado. Es también el jefe único e indiscutido del federalismo. Su figura se ha agrandado de una manera gigantesca. Es la esperanza de los hombres del orden y de los gauchos. En la ciudad, las plebes, que presienten su triunfo, exultan. Se acerca el Día de la Federación.

NOTAS AL CAPITULO

[1] Pero no debe haber temblado mucho el poeta cuando escribió la coplita que anda rondando diciembre:

La gente baja
ya no domina
y a la cocina
se volverá

porque lo "más distinguido de Buenos Aires", como dice "El Tiempo" unitario, anda recatadamente dichoso con esta revolución decente, aventadora del gauchaje. "La verdadera misión de usted —le dice Varela el 7 de diciembre a Lavalle— es concluir con esa chusma y escarmentarla."

El escarmiento viene tibio en el aire. Será en Navarro. La carta de Salvador María del Carril que menciona Gálvez más adelante también lo presagia: "Ahora bien, general prescindamos del corazón en este caso. . . Creo además que es usted un hombre de genio. . . no puedo figurármelo sin la firmeza necesaria para prescindir de los sentimientos. Así considere la suerte de Dorrego. Mire usted que este país se fatiga, diez y ocho años hace, en revoluciones, sin que una sola vez haya producido un escarmiento. . . la ley es que una revolución es un juego de azar en el que se gana hasta la vida de los vencidos. . . Haciendo aplicación de este principio, de una evidencia práctica, la cuestión me parece de fácil resolución. Si usted, general, la aborda así, a sangre fría, la decide; si no, yo habré escrito inútilmente." Puede estar tranquilo don Carril, no escribió al cuete. "Lo que es más sensible —continúa— habrá perdido usted la ocasión de cortar la primera cabeza de la hidra y no cortará usted las restantes: entonces ¿qué gloria puede recogerse en este campo desolado por estas fieras? ". ¿Cuáles?

[2] A más de escribirle a su mujer, Dorrego envió algunas líneas a don Estanislao López, mostrando su alma que los unitarios su-

ponen canalla: "Ignoro la causa de mi muerte, pero de todos modos perdono a mis perseguidores. Cese usted por mi parte todo preparativo. Que mi muerte no sea causa de derramamiento de sangre".

Existe un hermoso testimonio sobre la fusilación de Dorrego. Las Memorias del general Gregorio Aráoz de Lamadrid, escritas por mil ochocientos cuarenta y tantos en Montevideo, pleno baile de unitarios zurciendo contra Rosas y la Confederación:

"Solicité permiso al general Lavalle para hablar con el señor Dorrego. Dicho general me permitió pasar a verle y lo hice en efecto, al momento mismo de haber parado el birlocho en medio del campamento y puéstosele una guardia. Subido yo al birlocho, y habiéndolo abrazado, díjome:

—Compadre, quiero que usted me sirva de empeño en esta vez para con el general Lavalle, a fin de que me permita un momento de entrevista con él. Prometo a usted que todo quedará arreglado pacíficamente y se evitará la efusión de sangre; de lo contrario correrá alguna, no lo dude usted..

—Compadre, con el mayor gusto voy a servir a usted en este momento —le dije, y me bajé asegurándole que no dudaba lo conseguiría—.

Corrí a ver al general: hícele presente el empeño justo de Dorrego y me interesé por que se le concediera; más, viendo yo que Lavalle se negaba abiertamente, le dije:

— ¿Qué pierde el señor general con oírle un momento, cuando de ello depende quizá el pronto sosiego y la paz de la provincia con los demás pueblos?

— ¡No quiero verle ni oírle un momento. . .! —fue su respuesta—. Aseguro a mis lectores que sentí sobre mi corazón en aquel momento, el no haberme encontrado fuera cuando la revolución, y mucho más al verme al servicio de un hombre tan vano y poco considerado. . . Salí desagradado y volví sin demora con esta funesta noticia a mi compadre. Al dársela, se sobresaltó aún más, pero lleno de esperanza me dijo:

— Compadre, no sabe Lavalle a lo que se expone con no oírme. Asegúrele usted que estoy pronto a salir del país y a escribir a los amigos de las provincias que no tomen parte por mí y dar por garantes de mi conducta y de no volver al país, al ministro inglés y al señor Forbes, norteamericano; que no trepide en dar este paso, por el país mismo.

Aseguro que me conmovieron tan justas reflexiones, pero le repuse:

— Compadre, conozco la fuerza y la sinceridad de las razones que usted da; pero por lo que he visto en este momento, dificulto que el general se preste, porque le acabo de considerar el hombre más terco. Sin embargo, voy a repetirle sus instancias; pero pido a usted que se tranquilice, pues no creo deba temer por su vida.

— Haga lo que quiera —fue su respuesta—, nada temo sino las desgracias que sobrevendrían sobre el país.

Bajéme conmovido y pasé con repugnancia a ver al general. Apenas me vio entrar dijo:

— Ya se le ha pasado la orden para que se disponga a morir, pues dentro de las dos horas será fusilado. No me venga usted con nuevas peticiones de su parte.

Me quedé frío.

— General —le dije. ¿Por qué no le oye un momento aunque le fusile después?

— No quiero —dijo— y me salí en extremo desagradado, y sin ánimo de volver a verme con mi compadre, me retiré a mi campo; pero allí se me presenta un soldado a llamarme de parte de Dorrego, pidiéndome que fuera en el acto. No había remedio; era preciso complacerlo en sus últimos momentos. Estaba yo conmovido y marché al instante. Al subir yo al birlocho, se paró con entereza y me dijo: — ¡Compadre! Se me acaba de dar la orden de prepararme a morir dentro de dos horas! A un desertor al frente del enemigo, a un bandido se le da más término y no se le condena sin oírlo y sin permitirle su defensa. . . ¿Dónde estamos. . .? ¿Quién ha dado esa facultad a un general sublevado? . . . Proporcióneme usted, compadre, papel y tintero y hágase de mí lo que se quiera. . . ¡pero cuidado con las consecuencias. . .!

Salí corriendo y volví al instante con lo preciso para que escribiera. Tomóla y puso a su señora la carta que ha sido ya litografiada y es del conocimiento público. Al entregármela, se quitó una chaqueta bordada con trencilla y muletillas de seda y me la alcanzó diciendo:

— Esta chaqueta se la presentará con la carta a mi Angela, de mi parte, para que la conserve en memoria de su desgraciado esposo.

Desprendiéndose enseguida unos tiradores bordados de seda, y sacándose un anillo de oro de la mano, me lo entregó con la misma recomendación, previniéndome que los tiradores se los diera a su hija mayor, pero no recuerdo sus nombres. Habiéndome entregado todo esto agregó:

— ¿Tiene usted una chaqueta para morir con ella? . . .

Traspasado de oírle expresar con la mayor sangre fría cuanto he relatado, le dije:

— Compadre, no tengo otra chaqueta que la puesta pero voy a traerle corriendo. Y me bajé llevando la carta y las referidas prendas. Llegado a mi alojamiento me quité la chaqueta, púseme la casaca que tenía guardada, acomodé los presentes de mi compadre y su carta en mi valija y volví al carro. Estaba ya con el cura o no recuerdo qué eclesiástico, y al entregarle mi chaqueta dentro del carro me reconvino porque no me había puesto la suya; y habiéndole yo respondido que no tenía una casaca guardada, me hizo más fuertes instancias para que fuese a ponerme su chaqueta y regresara con ella. Me fue preciso obedecer y volví al instante vestido con ella, y después de haberle dado un rato de tiempo para que se reconciliara, subí al carro a su llamado Fue entonces cuando me pidió le hiciera el gusto de acompañarle

cuando lo sacaran al patíbulo. Me quedé cortado ante esta insinuación y hube de vacilar. Contestéle todo conmovido, denegándome, pues no tenía corazón para acompañarle en ese lance.

—¿Por qué, compadre —me dijo con firmeza—, tiene usted a menos el salir conmigo?... ¡Hágame el favor, que quiero darle un abrazo al morir!

—No, compadre... —le dije con voz ahogada por el sentimiento—. De ninguna manera tendría yo a menos de salir con usted pero el valor me falta y no tengo corazón para verle en ese trance. Abracémonos aquí y Dios le de resignación.

Nos abrazamos y bajé corriendo con los ojos anegados por las lágrimas. Marché derecho a mi alojamiento dejando ya el cuadro formado. Nada vi de lo que pasó después ni podía creer aún lo que había visto... La descarga me estremeció y maldije la hora en que me había prestado a salir de Buenos Aires."

La idea no es sólo Dorrego. Como ya vimos, éste debe ser la primera cabeza de la hidra. Los periódicos unitarios siguen con sus coplitas prometedoras:

Bustos y López
Sola y Quiroga
oliendo a soga
desde hoy están

[3] Típica muestra de simbiosis musical hispano criolla, el cielito se hizo canto en las llanuras argentinas cuando nació la independencia. Su voz fue poesía de la historia nueva, aquello que decía Vico, que la primera edad del hombre fue el canto.

Sus letras contaron nuestros sucedidos y fue bailado en rueda; reverencia de varones, valsesito de mujeres; elegante, grave, casi pericón. Se lo musicó también en el Paraguay, por Chile, quizá en Bolivia y el Perú.

Este cielito que exhuma Gálvez fue de los más famosos en su tiempo:

Este es el cielo de los cielos
que hemos todos de cantar,
porque otra vez los unitarios
nos vuelven a esclavizar.

Cielito y cielo nublado
por la muerte de Dorrego.
Enlútense las provincias,
lloren, cantando este cielo.

Cielito, cielo de plata,
cielo de la montonera.
Aunque no tienen cultura
no harán acción tan grosera.

Cielito, cielo y más cielo,
cielo de honor ultrajado,
mas ellas han de vengar
su derecho al ser hollado.

Un día preguntaron a Barrés qué era la patria, y contestó lindo: Los muertos y la tierra.

Porque la muerte, como limitación final de los dolores y las alegrías del hombre, es amor de vivos en la tierra que la cobija. Pocos pueblos del mundo saben cantar como el nuestro el cultivo de su tierra; que de ahí viene cultura: cultum, colere, cultivar. Lo otro es la barbarie, lo .que no tiene nada que ver con el paisaje y su habitante.



Facundo Quiroga,
"el tigre de los llanos".

CAPITULO VI
LA FASCINACION DE ROSAS

Los ejércitos siguen frente a frente, al oeste de la ciudad: el de Lavalle en la chacra de *Los Tapiales*, y el de Rosas en la estancia *El Pino*. ¿Por qué no combaten? Se explica la tranquilidad del vencedor: sabe que su presencia basta para derrotar a Lavalle, tan desmoralizado como sus tropas. Pero el héroe de Riobamba, ¿por qué permanece inactivo? No es por miedo —Lavalle no teme a nadie—, sino, sencillamente, porque se sabe vencido.

Lavalle se siente vencido

Se sabe vencido. Ha visto cómo toda su campaña, inútilmente desolada por los suyos, está en su contra, lo mismo que la ciudad. No solamente los federales lo combaten. También los unitarios, harto descontentos de su gobierno. Unos y otros dicen que su administración es un caos. Muchos culpan al almirante Brown, quien, efectivamente, carece de aptitudes para gobernar y que el 4 de mayo presenta su renuncia. Pero no andan mejor las cosas con el general Martín Rodríguez, nuevo gobernador delegado, y con su ministro Salvador María del Carril. En realidad, Lavalle, siempre al frente del ejército, pocos días ha ocupado el gobierno. Acaso peor hubiera sido que él lo ocupara: es impulsivo, irascible, fanfarrón y falto de experiencia en el arte de gobernar. Nada pinta mejor su incapacidad y botaratería que su respuesta a Rivadavia, cuando al visitarle don Bernardino a raíz de la revolución y preguntarle qué género de relaciones entablaría con las provincias, le contestó, golpeando fuertemente con el pie en el suelo: "A las provincias las voy a meter en un zapato con qui-

nientos coraceros". A lo cual Rivadavia le dijo en voz baja a Agüero, su acompañante: "Vámonos, señor don Julián; este hombre está loco".



Coracero

En la ciudad se empieza a padecer hambre. Como el ejército de Rosas, por el oeste, y las montoneras, por el norte y el sur, tienen sitiada a la ciudad, Lavalle, para procurar alimentos a su ejército y a la población, imita a los indios, realizando malones nocturnos. Los hombres de Rosas no suelen perseguir a los de Lavalle. Una vez se llevan varios millares de vacas. Los subordinados de Rosas quieren recuperarlas. El les dice: "Déjenlas, que las llevan, para que coma tanto pobre como hay en la ciudad".

Lavalle se siente vencido. Pero no en el Puente de Márquez, sino por las inecesantes guerrillas con las que Rosas le obliga a combatir. Ni él, discípulo de San Martín, ni sus soldados, veteranos de las campañas de la Independencia y del Brasil, entienden semejante guerra de sorpresas, propias de gauchos y de montoneros. Por eso sus tropas se desmoralizan y se sienten vencidas y cansadas. Y por esto algunos de sus jefes se retiran y muchos de sus soldados –que experimentan la fascinación de Rosas– se pasan al enemigo.

Juan Lavalle bien sabe que ya nada podrá contra Rosas. Tal vez porque también se saben vencidos y ven como fatal el advenimiento de Rosas al Poder, han huido a Europa los dos prohombres del unitarismo: Rivadavia y Agüero. Otros unitarios –cerca de seiscientos– se embarcan para Montevideo en aquellas semanas y en las siguientes.

Todo le sale mal a Lavalle. Parece que el destino está en su contra. El vizconde de Venancour, jefe de la escuadra francesa, dispone el bloqueo del puerto de Buenos Aires y el 21 de mayo se apodera de los barcos de guerra argentinos, después de incendiar uno de ellos. Con el bloqueo aumentan las dificultades para alimentar a la población: ya no puede traerse ganado de Montevideo, como se hizo alguna vez.

Lavalle se siente vencido. Acaso él también experimenta la fascinación de Rosas. No le queda otro partido que hacer la paz. Seguramente ha recordado la amistad entre la familia de Rosas y la suya, y aquellas andanzas juntos por el Sur, hace poco más de tres años. Y sobreponiéndose a las rivalidades partidarias, a la intransigencia de algunos de sus amigos, da los primeros pasos hacia un entendimiento con Rosas. El ingenio de Lavalle es el pajarito que, fascinado desde lejos por la serpiente, va a caer dentro de su garganta.

Rosas y la escuadra francesa



Luis Felipe, rey de Francia

Venancour, después de su atropello, se ha dirigido a Rosas, devolviéndole los barcos y los prisioneros que en ellos mantenía Lavalle. Táctica del imperialismo europeo para apoderarse de los países débiles: atraerse al partido descontento. En ninguna parte faltan traidores. Venancour y el cónsul de Francia han creído entenderse con Rosas; pero Rosas es un patriota y el imperialismo no contará con su traición.

Los enemigos de Rosas han utilizado contra él su actitud en esta emergencia. No han comprendido su situación. Como Comandante general de Campaña y como jefe del ejército de Buenos Aires, según lo ha designado López, él se considera, con razón, la autoridad legítima y suprema de la Provincia. Lavalle es un usurpador. Con la solemnidad que emplea en todos sus documentos públicos, Rosas presenta su homenaje de agradecimiento al jefe de la escuadra francesa por haber "sabido reconocer al gobierno legítimo de la República Argentina". Dos importantes pedidos le hace a Venancour: que los barcos no le sean devueltos, sino guardados *cerca y en seguridad* –lógico pedido, pues él no puede por el momento recibirlos–, y que se tomen otros buques nacionales que están en Paraná, se entiende que para devolvérselos a él cuando sea posible. Esto es todo lo importante. Rosas no se alía con el extranjero, ni le pide su ayuda para derrocar a Lavalle, ni le ofrece un metro de tierra argentina. Es la autoridad que se dirige a otra autoridad para agradecerle el servicio que ha prestado al orden, quitándoles a los usurpadores los barcos de que se habían posesionado. Lo hace, como dice en su nota, "autorizado por el poder soberano de la Nación para arreglar y disponer lo que considere necesario al restablecimiento de las leyes y de las autoridades legítimas de la Provincia".



Entrevista de Lavalle y Rosas

Delegados de Lavalle van al campamento de Rosas y delegados de Rosas van a entrevistarse con Lavalle. En la ciudad circulan díceres contradictorios. Todos ansían la paz. Hay un enorme cansancio de tanta anarquía, de tanta guerra.

Los montoneros siguen entrando en los arrabales. Habitantes de la ciudad, entre ellos cuatrocientos negros, huyen al ejército de Rosas. La escasez de alimentos se torna trágica. Las tropas del Gobierno ya no tienen caballos. A Lavalle las negociaciones le parecen lentas. Y resuelve terminar: irá al campamento de su ad-

versario. El y Juan Manuel hablarán como dos viejos amigos, como dos porteños. Se entenderán. Y habrá terminado la guerra inútil, la anarquía, el hambre y el descontento.

Noche de mediados de junio. Lavalle, en la casa de los Tapiales de Altolaguirre, que le sirve de vivienda y de cuartel general, piensa, seguramente, en su situación. No teme ser fusilado por Juan Manuel, a quien considera un caballero. Además, Prudencio Rosas, hermano del jefe enemigo, y otras personas, han quedado en su poder, como rehenes. En su alma hay hondas amarguras y desilusiones. ¿Por qué hizo la revolución? El es un soldado, no un político. Lo convencieron de que Dorrego llevaba el país a la ruina y debía ser depuesto. Hizo la revolución sin interés por el Poder. Creyó salvar a la Provincia. Fusiló a Dorrego creyendo terminar con la anarquía. Y nada ha conseguido con el crimen inútil. En la Provincia hay más ruina y desolación que nunca. Los federales son más fuertes hoy que entonces, y a Dorrego, hombre indeciso e ingenuo, lo ha reemplazado Juan Manuel de Rosas, hombre poderoso como no lo hay ni lo hubo en Buenos Aires.

Parte con su ayudante, el capitán Estrada, y dos soldados. Noche oscura. Luna en menguante. A las dos leguas, distinguen una fuerza enemiga. Van hacia unas luces lejanas. "¡Alto! ¿quién vive? " Y por respuesta un nombre que parece una provocación: "El general Lavalle". Asombro en la patrulla. "Ordene usted —dice Lavalle al oficial— que un hombre vaya a avisar a su jefe que aquí está el general Lavalle y que necesita un baqueano

La Montonera





Cuartel del General Rosas, en Palermo

que lo conduzca al campamento del general Rosas". El oficial obedece. Pronto aparece el jefe de la fuerza. El y Lavalle desmontan y se saludan. Pocas palabras. Marchan hacia el campamento. Dos horas y media después, están allí.

Los soldados de Rosas duermen. Si alguno hay despierto, no imagina que quien fusiló a Dorrego y usurpó el Poder, el culpable de esta guerra, está a dos pasos esperando a Rosas. Como su adversario no se encuentra allí en ese momento, Lavalle pide unos mates. Los toma en silencio, observado a la distancia por los oficiales de Rosas. De pronto, cansado, pregunta dónde puede recostarse. Le indican la pieza de Rosas. Lavalle se acuesta en el lecho de su adversario, sin quitarse las botas, y se queda dormido. Amanece, cuando Lavalle, despertado por diversos ruidos, advierte a alguien junto al lecho. Un hombre –Rosas– le presenta un mate.

Trascendental momento de nuestra historia. Rosas y Lavalle representan dos mundos opuestos: Lavalle, el unitario aristocrático y europeizante y los medios arbitrarios e ilegales; Rosas, el federalismo popular y gaucho, vernáculo y democrático, y el orden y la legalidad. Ya lo veremos a Lavalle trastornando el país con sus guerras y uniéndose al extranjero; y a Rosas lo veremos, aun en los momentos en que su poder es más absoluto, guardar las formas legales. Detrás de Lavalle hay una minoría culta y distinguida; detrás de Rosas están las masas, los gauchos, la Pampa. De este encuentro, provocado por Lavalle, saldrá engrandecida la figura de Rosas. Lavalle, sin saberlo, va a entregarle, virtualmente,



El aguatero

el Poder. "Duerme usted muy tranquilo", dice Juan Manuel. "Sí, general", contesta el visitante, incorporándose. "Sé que estoy en la tienda de un caballero y por eso he dormido aquí". Lavalle se levanta y extiende los brazos a Rosas. Los adversarios se estrechan. Juan Manuel tiene treinta y seis años, pero por su aire olímpico, su serena arrogancia y su madurez mental, representa algo más. Lavalle tiene treinta y dos, y su carácter impulsivo, confiado, imprudente, ingenuo, le convierte en un muchacho junto al hombre fuerte que es Rosas.

¿De qué hablan, aparte del convenio que van a firmar? Rosas, en carta al general Guido, dirá más tarde: "El señor general Lavalle, lamentando amargamente su gravísimo y funesto error, quejoso y enfurecido contra los hombres de la lista civil que lo habían impulsado al motín de diciembre y aconsejado la ejecución del ilustre jefe supremo del Estado como el paso más urgente e indispensable para la paz, sosiego y felicidad perdurable del país, me mostró, en las conferencias de Cañuelas, las cartas que tenía de aquéllos, relativas a esos hechos". Tanta es la confianza de Lavalle en Rosas o tan grande el enojo con sus amigos, que le deja ver el borrador que le enviara uno de ellos a Navarro y que él firmó, del parte del fusilamiento de Dorrego. Han hablado cordialmente y haciendo afirmaciones de desinterés y patriotismo. Así se desprende de la proclama de Lavalle al hacer conocer el pacto, en la que declara, refiriéndose a Rosas y a sus representantes, con quienes seguirá tratando, no haber encontrado entre ellos "sino porteños", dispuestos a consagrar su brazo en honor de la patria".

El historiador Pablo Groussac niega esta entrevista. Ya se ha visto cómo Rosas ha hablado de ella. Lavalle se la refiere años después a su ayudante de campo y futuro biógrafo, Pedro Lacasa. Y hay, aparte de la unánime tradición, un valioso testimonio: el del coronel Prudencio Arnold, que fue oficial de Rosas. En su citado libro autobiográfico *Un soldado argentino*, refiere cómo Rosas dió una escolta a Lavalle para el regreso y recuerda los nombres de algunos de los jefes y oficiales que acompañaron al gobernador *de facto*: José González, Leandro Ibañez, Francisco Sosa y Pedro Lorea.

Las tramitaciones continúan entre Lavalle y los representantes de Rosas, y el 24 de junio, en la estancia de Miller, cerca de Cañuelas, se firma el convenio. Las hostilidades deben cesar, y el Gobierno convocará a elecciones en seguida[1].

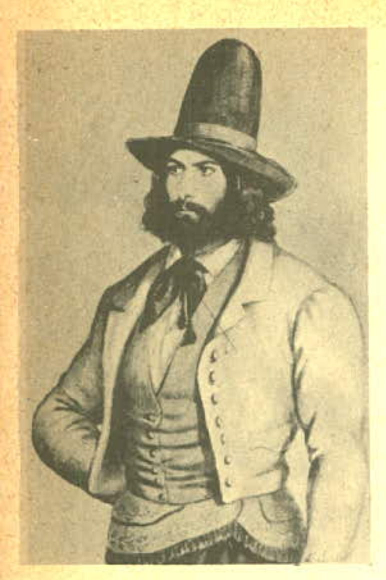
Ha triunfado Rosas. Queda con su gran ejército hasta que sea elegido el gobernador permanente, al cual lo entregará; y como otro gobernador, pues no sólo mantendrá el orden en la campaña, sino que también nombrará a los empleados. El Gobierno pagará los gastos realizados por Rosas para sostener a su ejército, y los jefes y oficiales cobrarán los sueldos que les corresponden. Y en una cláusula secreta, los firmantes se comprometen a que federales y unitarios voten por una lista común, que ellos han compuesto, y en la que por astucia de Rosas –Lavalle conoce mal las opiniones de los hombres– predominan los federales.



Carlos de Alvear

El pacto de junio

Firmado el convenio, Lavalle vuelve a la ciudad y, sin duda por exigencia de Rosas, liberta a los presos políticos. Un día reúne a los altos jefes militares y a sus amigos para decirles que Juan Manuel es un verdadero patriota y un ciudadano amante del orden, al cual es necesario ver, tratar y conocer. El convenio entusiasma a los federales. Pero los unitarios lo desaprueban. Algunos abandonan la política y se retiran a sus hogares. Renuncian el ministro Alvear y Florencio Varela, oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores. Se enoja el brigadier Martín Rodríguez, gobernador delegado. Algunos precavidos emigran a Montevideo. En plazas y esquinas, oradores improvisados atacan el acuerdo y arguyen que él pone en manos de Rosas un poder que no tenía. *El Pampero*, redactado por uno de los hombres de acción del unitarismo, y amigo de Lavalle, deja de aparecer. Lo hace en forma que disgusta a Lavalle: en las cuatro páginas reproduce el almanaque de los seis meses que faltan para terminar



Estanciero, partidario de Rosas. Se distinguían por su vestimenta

el año, y entre las pocas palabras con que los encabeza de habla de "un día que hará época en los fastos de Buenos Aires, el 24 de junio". Y poco después de esta ironía el redactor se va a Montevideo.

Julio: mes de agitación continua. Más de mil federales, entre deportados y prófugos, retornan. Los unitarios descontentos se agrupan alrededor de Alvear. Las elecciones, fijadas para el 12, han sido postergadas por pedido de Rosas, que arguye falta de tiempo para prepararlas. Ya no se ignora la cláusula secreta del pacto. Lavalle –horas dramáticas para él– quiere que los unitarios voten por la lista común: lo ha prometido bajo su firma. Pero ellos, cuyo anhelo es el exterminio de los federales, se niegan a votar en su compañía. Se rebelan contra Lavalle lo molestan, lo calumnian y se preparan a votar una lista propia y a ganar las elecciones fraudulentamente. Rosas, en cambio, no ha tenido dificultades. "La adjunta lista –les escribe a sus partidarios– es la acordada después de serias meditaciones. Es preciso hacerla triunfar para salvar al país; si no es así, la sangre de nuestros compatriotas va a derramarse a torrentes".

Mientras tanto, y como sucede en las ciudades sitiadas, el bandolerismo prospera en los suburbios. Ladrones y criminales hacen allí incursiones. Peleas con orilleros, con los que se atacan a puñaladas. Los unitarios califican a esos ladrones de "partidas federales". Todo esto se lo dice Lavalle a Rosas en una carta, en donde llama "enemigos de la paz" a los unitarios que se rebelan contra el pacto. Pero los unitarios tienen razón. Los nombres elegidos para la campaña, donde casi no hay unitarios, son todos federales. La legislatura, en consecuencia, será en sus tres cuartas partes federal. Lavalle, que se sabe vencido y procede con sinceridad –ni el gobernador ni los ministros convencidos son hombres de su facción– sólo desea la paz y la unión. Pero los demás unitarios se guían por su interés y por temor a que tomen el poder los federales y ejerzan las venganzas que anuncian.

Cartas entre los dos hombres

Y empieza una extraña correspondencia entre Lavalle y Rosas. El matador de Dorrego, el hasta ayer enemigo a muerte del Partido Federal, le escribe a Rosas cartas confidenciales que revelan su desencanto de los hombres. No cabe duda de que Juan Manuel lo ha seducido y fascinado. Rosas tiene el arte de atraer, de encantar y de dominar. Sabe suavizar la voz, humedecer los ojos. Y el ingenuo Lavalle, conquistado por el maquiavélico Rosas, va



Un rodeo. Tarea del campo

hacia él, empujado también por lo que cree la deslealtad de sus amigos.

En la primera carta le cuenta que corren voces de revolución, cuyo origen atribuye veladamente a los unitarios. Le desea a Rosas "paciencia", significando que los dos tendrán que luchar contra los demás. En otra, al hablarle de las felicitaciones que recibe por la paz, agrega que él debiera participar de ellas: "¡Hemos hecho un gran servicio a este país! " El 2 de julio confía en la unión de los porteños: "La historia no presenta ejemplo de que dos partidos que se han combatido con encarnizamiento se hayan amalgamado, sino a fuerza de tiempo, de prudencia y de generosidad". ¿Adivina, de pronto, el triunfo de Rosas? Llamándole *amigo*, le pide tener presente, siempre, esta predicción: que si el gobierno que se elija no es imparcial y en vez de sobreponerse a los partidos se convierte en una facción, "va a revivir el año 20 y la sangre de nuestros compatriotas se va a derramar a torrentes". Por esta carta vemos que Rosas le manda animales para carnear; y él, veinticinco mil pesos como precio. El 4 de julio le habla del pedido de postergar las elecciones, a lo que accederá; de la devolución de las indias, que su amigo le ha reclamado para enviarlas a sus hogares; y de la conveniencia de que Rosas tenga en la ciudad un representante "que

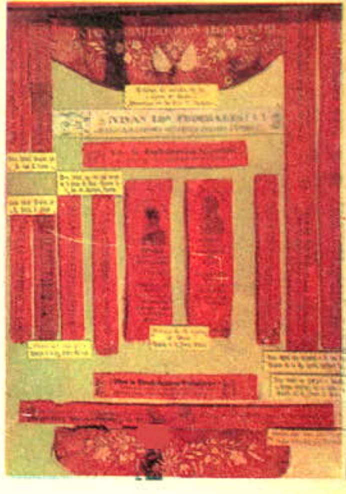


El matadero

reciba los artículos que será preciso mandarle de tiempo en tiempo para el sostenimiento de las milicias", palabras que prueban cómo el Gobierno está proveyendo al ejército enemigo. . . Y en un rasgo muy afectuoso, le envía la galera que ha usado durante la campaña.

Estas cartas empiezan y terminan con palabras cordiales. En una le llama *muy apreciado amigo* y en otra *mi apreciable amigo*. Aquí habla de su constante amistad; allí, de sus sentimientos hacia él. Pero las verdaderas confidencias empiezan el 9 de julio. Después de decirle que al fin convendrán los dos en la necesidad de volver a verse; que ha ordenado entregarle los cien mil pesos desembolsados por Rosas para pagar a la gente que está licenciando; de anunciarle que le manda novecientas tercerolas; de aconsejarle –extraño consejo– que tenga en el Monte un depósito de municiones; y de afirmar que marcha firmemente *hacia la conciliación de los partidos*, agrega: "Trabajo también para reconciliarlo a usted con mi partido y por reconciliarme con el suyo; pero la base de esta grande y difícil obra estriba en la amistad de nosotros dos, y en que los malos pierdan la esperanza de dividirnos". Magnífico documento en favor de Rosas, a quien Agüero y los Varela consideran como un monstruo de la maldad. Lavalle no le cree malo, como se ve. Y termina: "Usted debe estar seguro de mi anhelo por cultivar y fortalecer nuestra amistad, tanto porque ella es necesaria a nuestra patria como porque, fuera de los sucesos que nos han hecho contrarios, siempre debió usted simpatía a su amigo Juan Lavalle".

Una semana después le expone la gravedad de la situación. Los unitarios no aceptan la lista y harán triunfar otra. La solución, a su juicio, pues los federales vencerán en la campaña, es suprimir de la lista común algunos federales exaltados y reemplazarlos por unitarios moderados. Así, cree él, empezará a realizarse la fusión. Considera que no debe triunfar un grupo sobre otro: "En este país hay dos partidos igualmente fuertes. Para hacer triunfar decisivamente al uno es preciso degollar al otro; porque existiendo los dos y comprimiendo a cualquiera de ellos, ha de hacer su explosión tarde o temprano". Los dos deben tratar de "extinguir esos partidos", y agrega: "según estamos de acuerdo". Pero él no puede modificar la lista sino en connivencia con Rosas. De otro modo, sería faltar a lo pactado, presentarse ante sus amigos bajo un aspecto "odioso y aborrecible" y exponerse a que Rosas, "con justicia", le haga reproches que lo dejen "humillado de vergüenza". Abandonado por sus amigos, solo, padeciendo su drama interior, Lavalle se confía en Juan Manuel. "Sus compromisos son míos, haré sacrificios para salvarlos". Y despídese con un abrazo.



Insignias de la época de Rosas

¿Cómo contesta Rosas? El 3 de julio le dice estar de acuerdo con él "sobre las dificultades que presenta el apagar de pronto un grande incendio y calmar las animosidades y rencores que produce una guerra civil". Considera necesario que se distinga entre "los que profesan opiniones políticas y la facción de uno y otro partido". Es el hombre de orden, enemigo de los facciosos, en cualquier parte que estén. El 14 de julio afirma: "la buena fe y la sinceridad son el alma de nuestros procedimientos". Le propone, "para poner término a las disensiones que agitan a los espíritus y amalgamar, si es posible, hasta los sentimientos", formar una liga fuerte y vigorosa entre los hombres de orden. De este modo, "la exclusión, por una parte, la imposibilidad, por otra, de satisfacer viles pasiones, irán, poco a poco y por grados insensibles, disminuyendo el círculo de los malos y aumentando en proporción el de los verdaderos amantes del país". El éxito de la empresa depende del tiempo, pero él no duda de que "nuestra amistad, nuestra mutua confianza, debe ser el primer modelo que haya de ofrecerse". Y termina con estas palabras: "Si felizmente convenimos en ideas y en sentimientos, si la prosperidad de nuestra patria es el gran término de nuestros deseos, ¿qué puede separarnos? Nada y nada. Así lo siento y así lo espero. Es preciso trabajar en este sentido; yo no dejaré de hacerlo contando con la reciprocidad de que estoy seguro".

¿Engaña Rosas a Lavalle? Su carta al coronel Angel Pacheco, que dirige la campaña electoral de los federales, parece probar



Salvador María del Carril, Ministro unitario

que no. Le habla con simpatía de Lavalle, aunque no de quienes lo rodean y que mañana "serán capaces de mandarlo degollar" al propio Lavalle. Pronostica que si los dos se unen el país se salva. Lavalle debe esperar de su fuerte y sólida unión con él la felicidad de la patria y la suya. Pero de quienes lo rodean no puede esperarse sino la "muerte del país". Rosas tiene, por entonces, propósitos conciliatorios y benévolos.

Las elecciones se acercan y Rosas no ha contestado en las proposiciones de Lavalle. Tal vez cree que los unitarios no aceptarán la lista común, ni aún con las modificaciones que quiere hacer Lavalle. Su silencio agravará el odio de los partidos. La solución de Lavalle no es imposible. Alejados los unitarios más virulentos —Agüero y los Varela— hubiera sido realidad, a la larga, la disminución de los rencores.

Los unitarios ganan las elecciones con fraude

Mientras los partidos se preparan para las elecciones, federales a caballo cruzan la ciudad con divisas rojas, que hasta entonces sólo se han visto en la campaña, y en las que se lee "¡ Federación o muerte! ". Lavalle las prohíbe; y un día que recorre las afueras con algunos jefes, las hace quitar por la fuerza a los que llevan. Lances en los cafés por las divisas. *El Tiempo*, que responde a Lavalle, las considera "signos de desunión", dice que "sólo debemos pensar en unirnos" y refiere cómo Rosas ordena despojarse de las divisas a su gente. Pero nadie desea la conciliación ni menos la fusión. Los federales exigen el cumplimiento del pacto y amenazan con nueva guerra si la lista convenida no triunfa. Y los que han padecido en los barcos o en el destierro, echan en la hoguera de las pasiones las cargas de leña de sus anhelos de venganza.

Días antes de las elecciones, una noticia de Córdoba anima a los unitarios: el general Paz ha derrotado a Juan Facundo Quiroga en la batalla de La Tablada. Los unitarios le hacen saber a Lavalle que no se preocupan de él y que van a las elecciones por derecho propio y con entera independencia del Gobierno. Están seguros del triunfo: cuentan con la policía y con todas las oficinas públicas. Los federales carecen de organización, pero, como les responde la plebe, constituyen la mayoría.

Elecciones del 26 de julio. Fraudes oficiales, y altercados y balazos en casi todas las parroquias. Aquellas en donde los federales van triunfando son clausuradas por el ministro Del Carril. En el atrio de San Ignacio, una baldosa, manejada por un unitario, le

parte la cabeza a un federal. En otros atrios, los trabucos y los facones federales abren el camino hacia las mesas electorales. En la Piedad, un jefe rosista atropella la mesa a caballo, y gritando y golpeándose la boca a modo de los indios, con el trabuco al aire y la divisa roja en el sombrero, huye a rienda suelta al campamento de don Juan Manuel. Setenta y seis muertos quedan en los atrios. El escrutinio da a los unitarios más de dos mil setecientos votos y apenas quinientos veinte a los federales.

Han triunfado los unitarios. . . Pero a la tarde, centenares de hombres, unos a caballo y los más a pie, cruzan las calles del sur, lentamente y en lúgubre silencio. El coronel Pacheco los encabeza. Su protesta muda impresiona. Esos hombres de rostros ensombrecidos se dirigen hacia el Riachuelo, en cuya orilla sur acamparán para organizarse y esperar a otros partidarios y luego marchar todos al campamento de Rosas. La lenta y silenciosa procesión asusta a Buenos Aires. ¡La guerra va a empezar de nuevo! .

Rosas y Lavalle firman el convenio de agosto

También Rosas lo cree. En una carta a Estanislao López, después de referirse a los "medios violentos y escandalosos" empleados por los unitarios y a la noticia de que Lavalle ha aprobado las elecciones, dice: ". . .si es cierto, ya no hay más que combatir nuevamente porque falta a lo más sagrado de los pactos firma-

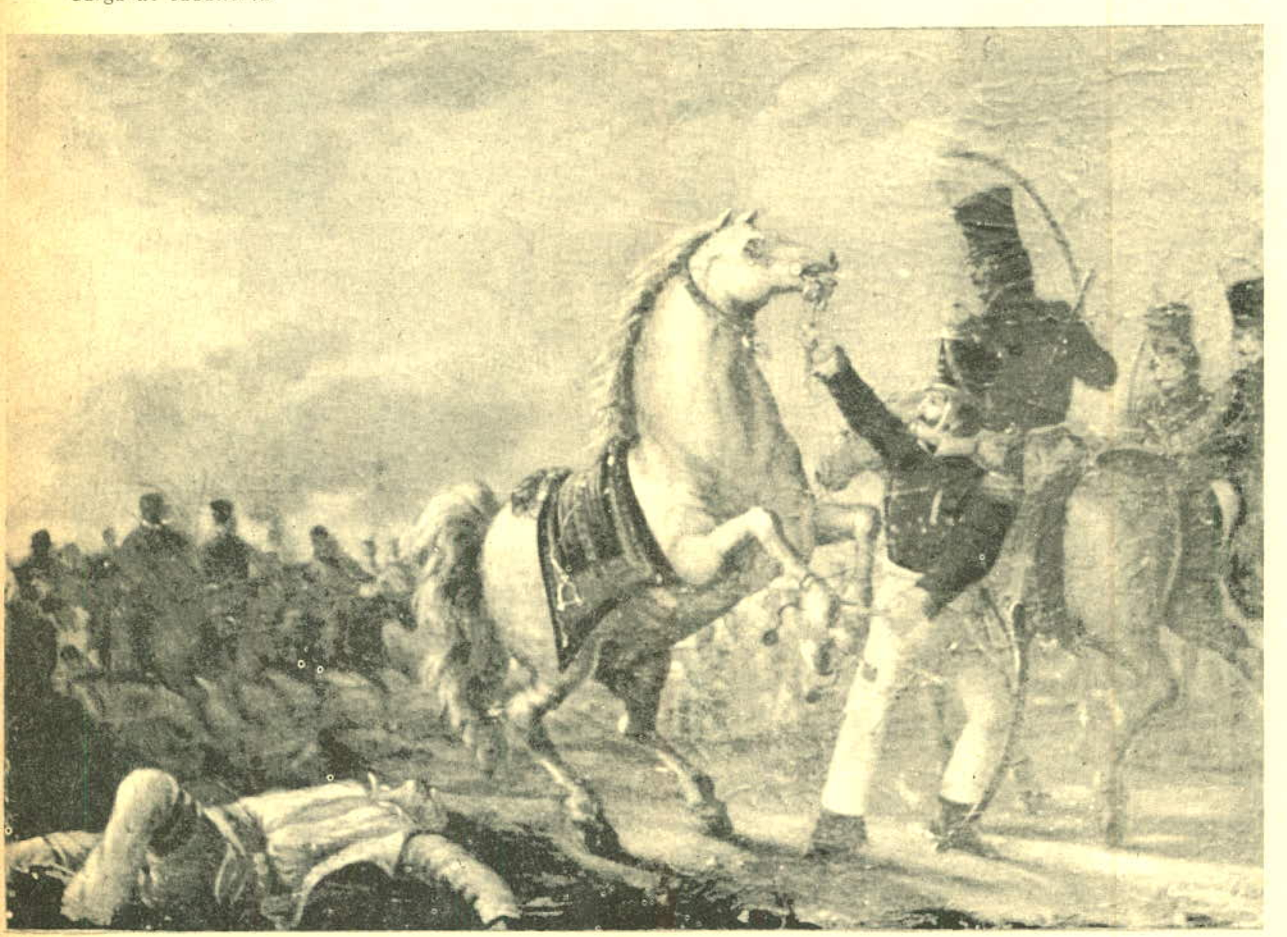
Iglesia de San Francisco



dos". Y se dirige al Gobierno, comunicándole que gran número de ciudadanos se le presentan para manifestarle que no los han dejado votar.

Pero la guerra no es reanudada. Lavalle, disgustado con sus amigos, que le han hecho aparecer como hombre sin palabra, le escribe a Rosas. Ha hablado con Pacheco, que le repetirá sus términos. Desea la paz. Está dispuesto a multiplicar sus sacrificios. Pero si la "ciega fatalidad" se obstina en despedazar a la patria con otra guerra, él dirá en su defensa que no es culpable de semejante desdicha. Y termina: "En fin, mi amigo, cualquiera que sea la suerte que el destino nos prepara, usted debe estar seguro que conservaré siempre la simpatía que usted me inspiró en las Cañuelas y que desearé estrechar nuestra amistad con un vínculo muy fuerte, tanto por el país como por satisfacer mi inclinación personal". Rosas le contesta en igual tono afectuoso:

Carga de caballería





Riña de gallos, popular diversión de la época

"Siempre me encontrará usted pronto a todo lo que considero justo y que crea poder servir a poner término a nuestras desgracias". Pacheco le enterará de su modo de ver. Le habla de sus ardientes deseos por la felicidad del país, de la buena fe con que ha procedido, y le ruega no perder los instantes para hacer a la patria un gran servicio. "Desde que usted tuvo la bondad de honrarme, incluyéndome en el núcleo de sus amigos, yo lo soy de usted, y si medita sobre lo que vale la amistad de un hombre de bien y lo difícil que es encontrar un amigo de esta clase, verá sin duda que jamás ha de tener motivos por qué arrepentirse de haber dado lugar en su amistad a su apasionado compatriota".

Los ministros renuncian. Lavalle demuestra su voluntad de paz eligiendo un gran gabinete, en el que figuran el general Tomás Guido y el doctor Manuel José García, ex ministro de Dorrego. Pero no aceptan, y Díaz Vélez sigue atendiendo el despacho. Los unitarios desprecian a Lavalle, que, dicen, se está entregando a Rosas.

No cabe duda de que el espíritu de la revolución de diciembre ha muerto. Rosas, el caudillo del gauchaje y de las indiadas, el mesías de la plebe porteña, es ya el amo. Conserva su ejército acampado cerca de la ciudad, pero seguro de su fuerza, despide el 7 de agosto a los indios que lo acompañaron. Les anuncia la paz a los caciques, les da las gracias y les ruega volver a sus tolderías. Uno de ellos contesta: que se retirarán, pero que tomarán de nuevo las armas si lo quiere su general y amigo Rosas; que, aunque se les reputa como feroces, conocen las leyes del cielo y de la patria, y que sólo por obedecerles han combatido y comba-



Oficial colorado del Monte

tirán hasta la muerte. Piden ser acompañados por un oficial, "para que sea testigo de su conducta". De esta intervención de los indios harán los unitarios un argumento contra Rosas. Pero él, lejos de darle libertad para matar y robar, los somete a su disciplina. Años más tarde, Lavalle tendrá indios a su lado, y, en 1874, el partido del general Mitre, al levantarse contra el gobierno, incorporará al ejército rebelde la indiada de Catriel.

Durante esos días de agosto, intermediarios van y vienen de Lavalle a Rosas. En la ciudad andan "rumores siniestros", como los llama Lavalle en una proclama, en la que pide tranquilidad y asegura que trabaja para "perfeccionar la unión". Entre esos intermediarios figuran los dos ministros que no le aceptaron el cargo a Lavalle a mediados de mes, que fueron ministros de Dorrego y que lo serán de Rosas. Por fin, a mediados de mes, sábese que Rosas y Lavalle van a entrevistarse. El 22 de agosto, Rosas, con una escolta, se pone en marcha hacia Barracas. Lavalle sale de la ciudad y las dos comitivas se encuentran en la quinta de Piñeiro. Allí, el 24, Rosas y Lavalle firman el convenio adicional al Pacto de Junio.

¡Formidable triunfo de Rosas! El documento establece la necesidad de volver a las antiguas instituciones: califica de "incompleto, alarmante y equívoco" el resultado de las elecciones; afirma que el actual estado "de agitación y ansiedad no permite" realizarlas de nuevo; y dedica estas líneas a la administración de Lavalle: "Que la prolongación de un gobierno aislado daña esencialmente al crédito, a los intereses y a la prosperidad de la provincia en general y de los ciudadanos en particular, y que su carácter dictatorial ni inspira confianza ni le permite dar garantías". Lavalle ha firmado su propia derrota y la del *decembrismo*, como ya se llama al partido que derrocó a Dorrego.

No habrá elecciones, pues, por ahora. El convenio crea, para reemplazar a la legislatura, un senado consultivo que será designado por el gobernador; y nombra para ese cargo al general don *Juan José Viamont*, federal tibio. Rosas le ruega a Viamont que se sacrifique. El 26 Lavalle pone en posesión del mando al nuevo gobernador, que nombra ministros a Guido y a García.

Gobierno del general Viamont

Bondadoso, blando de carácter, Viamont se deja dirigir por los amigos de Rosas y por los acontecimientos, que, como es visible, conducen hacia Rosas.

Nombra a Lavalle —¿por pedido de Rosas, según alguien afir-

mará años más tarde? – jefe de la división de caballería. Lavalle ha tomado odio a los negocios públicos, pero termina aceptando "únicamente por la conservación del ejército". A principios de setiembre son nombrados los miembros del *Senado Consultivo* y poco después regresan, ansiosos de venganza, los desterrados por Lavalle, entre ellos el doctor Tomás Manuel Anchorena y el doctor Manuel Vicente de Maza. Federales armados atropellan a oficiales del ejército, por lo que el Gobierno prohíbe, bajo muy severas penas, el uso de armas.



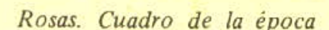
Uniformes militares que distinguían a los distintos cuerpos de combate

Rosas comunica al Gobierno haber cumplido las obligaciones que le impuso la convención de agosto. "Entre las aclamaciones más expresivas, las más inequívocas de puro júbilo, del libre reconocimiento y de una gratitud religiosa", todo el territorio de la Provincia se ha sometido a la autoridad. "Ya está dado el primer paso –agrega con bella aunque incorrecta frase– para la terminación de los males de la discordia y para la consolidación de la majestuosa obra de vivir tranquilos, bajo la protección y a la sombra de las leyes". Y una vez más muestra su pasión del orden al recordar que él "jamás, ni como hombre público ni como privado, ha pertenecido a nadie sino a la autoridad" y "que siempre ha sido de los primeros para sostenerla y respetarla". También dirige una proclama a sus soldados. Los felicita por el triunfo que sus virtudes han conseguido en favor del orden y les pide que se retiren al seno de sus familias, "a llenar los deberes políticos y religiosos de padres, esposos y amigos"; a enseñar a sus hijos a ser verdaderos patriotas, inspirándoles, con el ejemplo, "sentimientos de humanidad y religión, amor al trabajo y a la gloria, respeto a la autoridad y obediencia a las leyes".

Alejamiento de Lavalle

Lavalle pide sus pasaportes. Se siente "colocado en una posición difícil, desairada e insignificante". Necesita licencia por un año. "¡ Quiera la fortuna –exclama– que mi ausencia deje expedito al Gobierno para edificar lo que han destruido la sublevación en masa de los indios salvajes y de la multitud desenfrenada! " Estas palabras van contra Rosas, no cabe duda. Por esos años no ha habido otra multitud que la de su ejército a la que, aunque con falsedad, se puede llamar "desenfrenada". El Gobierno le concede la licencia para pasar al Estado Oriental, "por asuntos particulares". Y un día de setiembre, triste, vencido, sintiendo el rencor de sus amigos a quienes ha abandonado, parte





Rosas. Cuadro de la época

de Buenos Aires, para no volver nunca, el triunfador de ayer, el brazo ejecutor de la revolución de Diciembre.

Juan Manuel de Rosas lo ha vencido, y sin armas. Mientras él va hacia el destierro y la pobreza, Rosas alcanza al apogeo de su popularidad. Los diarios lo muestran como ejemplo a la juventud y, semanas más tarde, la viuda de Dorrego le enviará –como el más alto de los homenajes– el sable del mártir de la Federación. Sus mismos enemigos –aquellos que no dirigieron el motín de Diciembre– creen en la bondad de sus intenciones. El entonces coronel Iriarte, que le combatirá pocos años después, dice: "Rosas era una necesidad: funesta, si se quiere, pero imprescindible".

Iníciase la disidencia entre los federales

El encono de los federales contra los unitarios se exacerba cada día más. Para *El Lucero*, el olvido de lo pasado, prescrito por la convención de junio, "es una necedad". Quiere que se recuerden los hechos, se juzgue a las personas y se clasifiquen las opiniones, "porque es el mayor disparate del mundo trabajar en amalgamarlas". Exige que se concluya con la oposición. "Un país se gobierna con prescripciones y golpes de autoridad. ¿Qué es un partido? Nada, cuando se tiene la intención y los medios de destruirlo". Desconsuelo y aun pavor entre los unitarios. Son los fieles de Rosas, su partido –no él–, quienes proclaman la vio-

lencia. El escribirá, años después, hablando de estos días: "Atajé la degollación que hubiera sido indudable si yo no hubiera sabido contener a los de chaqueta".

Iníciase una disidencia entre los federales. Unos pocos, los doctrinarios e intelectuales, reclaman el cumplimiento del pacto de junio. Quieren elecciones legislativas y apoyan al Gobernador, quien, tímidamente, pretende substraerse a la influencia de Rosas y de sus fieles. Los otros, los del "partido exaltado", los fieles de Rosas, sostienen que no debe convocarse a elecciones sino reunir la Sala de Representantes que fue suprimida por Lavalle. El gobernador Viamont pertenece al grupo doctrinario; pero no se atreve a convocar a elecciones sin contar con Rosas. El 16 de octubre –recordemos la fecha– le envía una nota. En la ciudad no hay inconveniente; pero se suspenderá la convocatoria hasta que Rosas informe si pueden practicarse, libre y legalmente, en la campaña. "El Gobierno no puede dudar que, después de los sacrificios heroicos del señor Rosas, para defender las leyes y restaurar el orden constitucional a su patria, su informe vendrá dictado por la imparcialidad. . ."



Escena rural

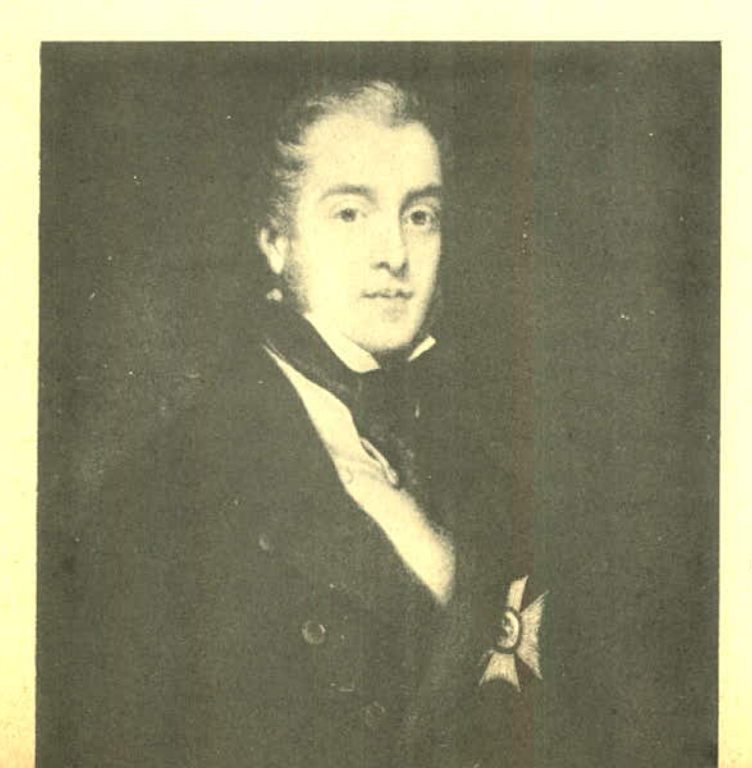
Rosas no contesta. Y empiezan a transcurrir los días en medio de la expectativa oficial. Don Juan Manuel, fértil en astucias, y más fuerte que sus enemigos, prepara su respuesta. "Con muy débiles amagos –dice Iriarte–, con indicaciones populares muy elocuentes, y sin aparecer como protector", consigue "ahuyentar" a sus adversarios. Estas "indicaciones populares" consisten en demostraciones nocturnas frente a las casas de los unitarios –pedreas, golpes en las puertas, rotura de vidrios y "¡ mueras! " impresionantes– por hombres de acción, a caballo. Demostraciones menos enérgicas se realizan también frente a las casas de los federales de principios. Muchos unitarios emigran.

Al mismo tiempo –otro modo de preparar su respuesta– Rosas provoca la resurrección de la Sala de Representantes. Celébranse reuniones privadas entre algunos diputados, y hay quien propone realizar la asamblea con el apoyo del pueblo. ¿Complícase Rosas en semejante acto sedicioso? No lo necesita para su triunfo; pero Viamont, alarmado, declara, a fines de octubre, como "paso anárquico y tumultuario la reunión de la antigua Sala de Representantes, o la iniciativa de cualquiera de sus miembros a la citada reunión, sin expreso y terminante consentimiento del Gobierno". Con este decreto, Viamont se define contra Rosas.

Por esos días, los diarios federales fomentan el odio hacia los unitarios. Reproducen un decreto de Lavalle, ahora descubierto, por el cual se acordaban veinticinco mil pesos a cada uno de los

coroneles que hicieron la revolución de Diciembre y doce mil a un teniente coronel. La ciudad se indigna al ver cómo Lavalle, que derrocó a Dorrego por hechos análogos, pero mucho menos graves, lo había superado. También esos diarios exaltan la memoria de Dorrego, de cuya muerte va a cumplirse el primer aniversario. Nuevas poesías se publican. En las pulperías de la ciudad y en los fogones de las estancias vuelven a cantarse, con dolor renovado, los cielos que la dictadura consideró *subversivos*. En hojas sueltas se venden esos cantares, y la gesta de Manuel Dorrego llega a formarse. El gobierno de Viamont no puede sustraerse al movimiento en favor del nombre de Dorrego y de los que murieron por su causa. Honra en un decreto al mayor Mesa y otorga una pensión a su viuda. Y ordena que los restos de Dorrego sean traídos desde la iglesia de Navarro, donde yacen, y dispone las extraordinarias honras fúnebres que habrán de tributársele en el trayecto y en la ciudad.

Una noche de principios de noviembre, llega Rosas. Sin duda viene para mover mejor a sus amigos y a sus hombres de acción. Su venida es un acontecimiento. Los federales de categoría se agrupan a su alrededor. Míster Woodbine Parish, agente de negocios de Su Majestad Británica, ofrece un *convite* en su honor. A los pocos días de su llegada, la banda de la policía instálase frente a su casa para tocar en su homenaje, y gran número de público asiste. Conferencia con los hombres del Gobierno y con sus fieles. No cabe duda de su advenimiento al Poder. Nadie osaría pretender la gobernación, ni nadie tiene prestigio bastante



Woodbine Parish, representante de Gran Bretaña



Los indios atacan a Guinnard

para imponerse. Lo ha dicho *El Lucero*: "En la incertidumbre de nuestras instituciones, la sola autoridad que ha sobrevivido a tantas catástrofes es la del señor Rosas". Exactísima verdad. En pocos años se han derrumbado Rivadavia y Agüero, Alvear y Martín Rodríguez, Del Carril, Brown y algunos más. Y muerto Dorrego, no hay entre los federales ningún otro que sea reconocido por todos, que tenga la energía y el poder suficientes para imponer el orden, impedir los avances de los indios y hacer la paz con las provincias. *El Lucero* de esos días de noviembre dice: "El señor Rosas ha estado en todo tiempo a la parte de la razón, de la justicia, de la ley; allí se le encontrará siempre. Es visto ya que la fuerza, por más formidable que se presente, no puede contrastarlo; nadie ensayará otra prueba, nadie pisará bruscamente las leyes de la patria. La persona del coronel Rosas es de una importancia inestimable para la provincia de Buenos Aires: es una garantía viva contra la revolución".

Resurrección de la Sala de Representantes

Por fin, Rosas contesta a Viamont. Han pasado treinta y dos días, que lo fueron de sustos para sus enemigos. Recuerda el motín de diciembre, el pacto de junio y la elección del 26 de julio, que "mostró bien marcados los peligros y muy significada la necesidad de no repetir un ensayo semejante, en circunstancias de agitación como aquéllas". En tercera persona, como acostumbrará, explica que el retardo –"la retardación", dice él– que,

"muy a pesar suyo, ha tenido que dejar sentir el Comandante General, está manifestando que el asunto lo ha considerado no sólo difícil sino peligroso". Asegura que la campaña "no está en posición de que sea nuevamente expuesta al ensayo del 26 de julio" y que, "aunque la ciudad no presentase hasta el 16 de octubre dificultad en nuevas elecciones, después de aquella fecha han comenzado a prevalecer opiniones que la ponen en un estado semejante al de la campaña". Estas "opiniones" que han comenzado a prevalecer son las demostraciones de sus hombres de acción, aunque es cierto que el Partido Federal, vale decir, la mayoría de la ciudad no quiere nuevas elecciones. "¿Qué arbitrio habrá de adoptarse? " –pregunta–, puesto que todos desean el restablecimiento de las formas legales. "La misma mayoría –dice– lo publica: la legislatura aún no ha terminado su período, cuyos representantes no han dejado de serlo por ley". Agrega que "esta legislatura es la que debe reunirse, de modo que por su reunión la provincia se vea desde luego restituida a sus instituciones, sin violencia y sin sacudimiento". Y preconiza la necesidad del gobierno fuerte al manifestar que, "no siendo la reunión de la Sala conveniente más que por uno que otro objeto muy preciso y muy breve", lo que excediere de esta limitación "sería como creerse en la normalidad, lo que traería males enormes".

Las palabras de Rosas producen mágico efecto. El Gobierno, fulminantemente, se declara convencido. Le contesta que si hay peligro, y si Rosas opina de esa manera, a él sólo le incumbe "acelerar el día suspirado del restablecimiento de las instituciones por medio de la reunión de la antigua Sala de Representantes". Y la convoca para el 1º de diciembre. Pero antes, el 28 de noviembre, reúnese por última vez el *Senado Consultivo*. Sesión pública y solemne. Viamont, vencido también por Rosas, comunica, en un breve e impresionante discurso, que el Gobierno "está dispuesto a poner a la Provincia en el goce de sus instituciones, mandando reunir muy luego a la legislatura disuelta de hecho". Es el tiro de gracia a la revolución decembrista. Ahora volverá todo a ser lo que fue, antes que el ejército se sublevara. La anarquía traída por la dictadura de Lavalle, por su gobierno caótico, está vencida. El orden va a ser restaurado. En *La Gaceta Mercantil* se lee: "Vuelven a su lugar los representantes del pueblo, cuyo carácter han conservado a despecho de las contracciones, del poder de las lanzas y del desenfreno de las pasiones. Todo vuelve en sí, porque nada dejó de ser por el ministerio de la ley, y porque la coacción y la fuerza no imprimen en los actos humanos el carácter de legitimidad que les da validez".



Coracero de Lavalle

Por esos días, Lavalle, desde la Colonia, lugar de la Banda Oriental donde reside, se dirige al Gobierno diciéndole que no le queda "otro partido que la firme resolución de dimitir el mando en la caballería". Y habla con jactancia de cuando, con su "actitud fuerte, despreciado, y poniendo en fuga diariamente a los hombres con quienes combatía", hizo la paz, porque no se resignaba al dolor "de ver devastar el suelo de sus propios hijos".

El ministro de Guerra, en tanto, ofrece a Rosas una recompensa de seis mil pesos anuales. El los rechaza: "si los aceptara perdería el mérito que había consagrado a la moral pública". Pero el Gobierno desestima el rechazo. Y entonces Rosas, obligado a aceptar esos dineros, los destina para costear la capilla que habrá de construirse en la Guardia Federación y ruega que, a ese efecto, se depositen en Tesorería. Esto hace Rosas, a quien sus enemigos, años más tarde, acusarán de avidez por el dinero, de incesantes latrocinios y de ausencia de toda moral y religión.

Juan Manuel de Rosas ha triunfado totalmente. Ha podido aceptar las elecciones, en las que habría vencido. Pero él ha deseado aparecer como el representante y restaurador de la legalidad y de la legitimidad, para lo cual necesita borrar todo resabio del motín de Lavalle.

¡ Triunfo enorme, este de Rosas! Ha vencido, y casi sin combates al ejército de línea, a los veteranos de las campañas de la Independencia y del Brasil, con tropas que ni este nombre merecen: partidas de gauchos y de indios mal armados. Y ha vencido también por su habilidad, atrayéndose a las gentes de la campaña

Soldados de Rosas





El Cabildo y la primitiva pirámide de Mayo

y dejando sin caballos a su enemigo, y como en el año 20, por su mano fuerte, por la correcta conducta de sus hombres y porque ha convencido a todos de que él representa el orden. Y ha vencido al inocente Lavalle, enredándolo en las mallas de su astucia gaucha.

Su reunión

Es el primero de diciembre de 1829. Hace justamente un año que el general Juan Lavalle se apoderaba del gobierno y suprimía de un sablazo la Junta de Representantes. Va a reunirse esa misma legislatura. El salón es pequeño para contener a la multitud federal que se apretuja allí. Los representantes, muchos de los cuales han sufrido el destierro, la prisión y el confinamiento durante la dictadura, son vitoreados y aplaudidos frenéticamente al ir ocupando sus asientos.

Habla don Felipe Arana, el presidente de la Junta. ¡Tremendas y verdaderas palabras! Al oírlas, todos piensan en Dorrego y en Mesa, en los fusilados a cañón, en los mil gauchos asesinados, en las prisiones y destierros que sufrieron, en las calumnias e injurias de la prensa unitaria. Arana recuerda las "escenas de pavor y escándalo que jamás se habían visto entre nosotros" y cómo "la calumnia, la maledicencia y el encono sirvieron de título a algunos declamadores encarnizados para constituirse en guías e intérpretes de la opinión pública". Habla de cómo la patria misma

fue convertida en deidad feroz "que se alimentaba de sangre humana"; de cómo se llamó "patriotismo al frenesí por devastar la Provincia"; de cómo, "exaltadas las pasiones dominando soberanamente los odios, desaparecieron las luces, se proscribieron las leyes y retrogradamos al estado de barbarie y fiereza". Termina pidiendo un gobierno permanente, "con toda la plenitud de facultades" que demandan la seguridad y el interés públicos; y que la Sala se pronuncie "sobre la conducta política y militar del Comandante General de la Campaña, don Juan Manuel de Rosas, a cuyos heroicos esfuerzos y cooperación de los dignos patriotas que lo acompañaron, se debe la vida de la patria. . ."

Facultades extraordinarias

Ha quedado constituida la Junta. Comienzan a ser restauradas las instituciones que el desorden suprimió. La sesión se levanta. En una próxima será designado el gobernador. Nadie duda que se elegirá a Rosas. Pero Arana ha dicho peligrosas palabras: *plenitud de facultades.* Tuvieron facultades extraordinarias diversos gobiernos: de 1811, 1812, 1815, 1820, 1821, 1822 y 1823 y las tenía el propio Viamont. Los federales doctrinarios se resisten a otorgarlas al nuevo gobernador, acaso porque temen a Rosas. Se pasan tres días en cabildeos y vacilaciones.


Soldado de Rosas

Pero el 4 ocurre algo que va a decidir a todos. En la Guardia del Salto, el coronel Smith ha intentado sublevar a algunos oficiales y soldados para que marcharan con él a Córdoba. Lo grave, lo que asusta a los federales, es que Smith dispusiera de cuatrocientas onzas de oro. La intriga unitaria queda descubierta. Y los legisladores, atemorizados, van a conceder facultades extraordinarias al nuevo gobernador, sea quién sea.

Reunión del 5 de diciembre. Proyecto de Anchorena. Enumera los deberes del gobernador. Uno de ellos es "prevenir los ataques que intenten los anarquistas y afianzar el orden y la tranquilidad pública". Para estos fines, se reviste al elegido con las facultades extraordinarias que juzgue indispensables "hasta la reunión de la próxima legislatura, a la que dará cuenta del uso que haya hecho de esta especial autorización". Y propone el juramento de "sostener la independencia del Estado y su libertad, bajo el sistema representativo republicano". Los hombres de entonces, como los de la Revolución Francesa, creían compatible la dictadura –esto implica las facultades extraordinarias– con la democracia.

El proyecto, aprobado en general, es resistido en cuanto a las facultades extraordinarias. Un diputado se alarma: teme que ten-



Estanciero

gan "fatales consecuencias para la libertad de los ciudadanos". Otros desean esperar los hechos para concederlas. Anchorena recuerda los sucesos del 4 y afirma que el estado de hostilidad continua, sólo que ahora, en vez de un ejército, está enfrente "un partido oculto y secreto, *que no .pelea con armas pero que mueve todos los elementos que están a su alcance*".

Al otro día, Anchorena sostiene haber menos riesgo en esas facultades que en "el furor y la inmoralidad". Los discursos revelan cómo asusta la posibilidad del retorno de los unitarios al Poder. Piensan reconquistarlo, asegura el canónigo Pedro Pablo Vidal, por medio de otro general –refiérese a Paz– "que encadenó su suerte con la de ellos y tiene a sus órdenes un ejército que costó a esta provincia medio millón de pesos". En la costa vecina se encuentran los caudillos y agentes del motín de diciembre y se comunican con sus amigos de la ciudad; circulan amenazas sangrientas; aseguran esos hombres que no durará dos meses el nuevo gobierno. ¿Se ha de esperar a que vuelvan los días "en que a los hombres se les ponía a la boca de los cañones y a la punta de las bayonetas? " Anchorena recuerda otra vez los sucesos del 4. Ha leído los partes del Salto, escritos a la misma hora en que el pueblo se alarmaba en la ciudad. "¿Se pretende que esperemos a que estalle la conspiración, a que los conspiradores nos acometan, asesinen y despedacen para tomar entonces, recién entonces, medidas de seguridad? " Y termina el firmante del acta de la independencia: "...basta considerar los horrores que ha sufrido el país, y que no es posible que nuestros enemigos se curen, de un instante para otro, de esa sed insaciable de sangre que han manifestado". Se aprueban las facultades extraordinarias y se resuelve elegir tres horas más tarde al gobernador.

Ha quedado constituida la dictadura, y sin que todavía haya sido designado el dictador. Y se le imponen al futuro gobernante estos dos mandatos: *restaurar la religión Católica y respetar el sistema federal.*

Solemne reunión de las seis. Treinta y tres diputados: todos, inclusive los enemigos de las facultades extraordinarias, votan por don Juan Manuel de Rosas para gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires, menor su pariente y socio Terrero, que lo hace por Viamont[2]. Han triunfado el prestigio y el pánico.

Pero los diputados han procedido con entera libertad y legalidad. Rosas no ha formado esa legislatura, que ya existía en tiempo de Dorrego cuando su influencia no era predominante; y la componen los ciudadanos más prominentes, respetables y respetados. No obstante, los unitarios dirán, años después, que Rosas usurpó el Poder, que lo tomó por la fuerza...



Homenaje de la Confederación a Don Juan Manuel de Rosas

Rosas gobernador

Ha llegado el día de la Federación. Rosas va a entrar en la ciudad. Lo espera la plebe de Buenos Aires, lo esperan los federales. Todos quieren aclamar al vencedor de la anarquía, al vengador de Dorrego. Los sin partido, los extranjeros, los hombres de orden y de trabajo, todos esperan ansiosamente al salvador.

Ya viene entrando por la calle de la Plata. Arcos de triunfo, banderas, músicas, repiques de campanas. En un coche, rodeado de sus fieles, va espléndido, rígido, y, probablemente, con un asomo de sonrisa en sus finos labios. La multitud se aglomera alrededor del coche, que no puede avanzar. Su piel blanquísima y sus ojos azules contrastan con los colores de aquella plebe que lo va aclamando enloquecida. Y de pronto, algo insólito: doscientos fanáticos desenganchan los caballos. Largas trenzas de seda rojas son atadas a las varas y a la delantera del carruaje, y aquellos hombres comienzan a arrastrarlo. ¡Así entra en la plaza de la Victoria, conducido por el fervor del pueblo, Juan Manuel de Rosas!

El 8 es el juramento ante la legislatura. El aparece en la Sala con su comitiva y la multitud prorrumpe en larga y clamorosa manifestación. Después del juramento, Rosas habla: de sus sacrificios, de que se le ha confiado un destino penoso, de su falta de inclinación hacia el Poder. "Pero las circunstancias han podido más que todo, y por su influjo lo he aceptado". Le contesta Arana con un discurso en donde le llama "digno *Restaurador de las leyes* e instituciones".

Seguido de su comitiva, de los representantes y de la multitud, Rosas dirígese al Fuerte, donde Viamont le entregará el bastón de mando. En el viejo Fuerte de los Virreyes lo esperan los próceres de Mayo, los miembros de la Primera Junta, Juan José Paso, Domingo Matheu y Miguel de Azcuénaga; y los generales de la Independencia. ¡Momento de emoción para Rosas, un hombre de campo hasta ayer, oír las palabras de simpatía y de respeto con que lo saludan aquellos prohombres de la Patria! Palabras de Viamont al entregarle el bastón que simboliza el poder. El contesta sólo esto: "General, procuraré devolver el bastón que de vuestras manos ha pasado a las mías, tan lleno de honor como me lo entregasteis".

Tres proclamas del nuevo gobernador: al pueblo, a las milicias de la Provincia y al ejército y la marina. En las tres, sus viejos temas del orden y la disciplina. He aquí la que dirige a los milicianos. Ha pensado, sin duda, que a ello les debe todo, desde los días gloriosos del año 20; que ellos son los verdaderos vencedores de Lavalle; y que su prestigio proviene de la Campaña, cuyos intereses y cuyo espíritu él representa. Por esto les dice que sus "sublimes esfuerzos" lo han elevado al gobierno. El sostendrá sus derechos, proveerá a sus necesidades, velará por su tranquilidad. "Una autoridad paternal –habla como conductor de las masas y auténtico republicano– que, erigida por la ley, gobierne de acuerdo con la voluntad del pueblo, éste ha sido, ciudadanos, el objeto de vuestros fervorosos votos. Ya tenéis constituida esa autoridad y ha recaído en mí. Ya no seréis objeto de crueles veja-

Bandera de la Confederación



ciones. El Gobierno sostendrá a los desvalidos y la ley los protegerá". Promete que nadie dictará la ley, sino los representantes del pueblo: "Yo la ejecutaré, y estoy cierto de que vosotros contendréis al temerario que intente trastornar este orden". Se declara "republicano por carácter" y afirma que, "bajo su mando, *la causa popular triunfará*". Así lo ha jurado ante el Eterno y así lo promete "con toda la vehemencia de su alma". Termina con estas bellas palabras: "Reposad, milicianos, bajo el árbol de la paz; en vuestras virtudes curad las heridas de la Patria, y apoyad su marcha con el respeto a las autoridades".

En la proclama a los habitantes, les demuestra abierto el camino de la ley, y promete no olvidar que son hombres lo que va a presidir, que la Provincia tiene leyes y que algún día él descenderá. "No se recuerde el tiempo funesto que ya pasó, sino para reproducir los juramentos de ser fieles a las instituciones patrias y de que no vuelva a sentirse entre nosotros el soplo maléfico de la discordia". Y se despide con el deseo de que los días de su mando *sean paternales*, pues la salud de la Provincia es su única aspiración, y el bien, el reposo y la seguridad de todos, su principal desvelo.

Ya está en el Fuerte don Juan Manuel de Rosas[3]. Las plebes de Buenos Aires se regocijan, y en las pulperías de los suburbios los cielitos cantan al vengador de Dorrego, al héroe de la Federación.



Interior de una pulpería

NOTAS AL CAPITULO

[1] Dos días antes de Cañuelas, y por dos días —el 22 y el 23 de junio de 1829— se desarrolla en la Tablada, una legua al noroeste de la ciudad de Córdoba, la batalla más increíble de nuestras guerras civiles.

Sucedida la revolución unitaria Quiroga se dirigió a Lavalle en términos sin vueltas:

"Después de cometer V.E. el criminal atentado de hacer servir las tropas destinadas a conservar la dignidad de la República, al objeto de derrocar al Ejecutivo Nacional en el cual las provincias tenían depositada su confianza, ha condenado al último suplicio al individuo que lo representa. . . El que firma no puede tolerar el ultraje que V.E. ha hecho a estos pueblos, sin hacerse indigno del título de argentino." El general Paz, que como vimos había sido designado ministro de guerra por Lavalle, conferenció con éste en los Desmochados resolviendo avanzar sobre Córdoba para voltearlo a Bustos, cosa que logra el 22 de abril. El gobernador derrocado logró abrirse camino entre las sierras, al parecer en busca de Quiroga. Paz comienza a manejarse dulcemente en un intento de embolsar sin sobresaltos a los demás gobiernos federales. Pero Quiroga no se engaña y el 20 de junio está sobre Córdoba al frente de 5.000 hombres. Paz lo deja entrar en la ciudad. El riojano la ocupa con sus infantes y concentra la caballería en los llanos de la Tablada. Hacia ahí maniobra el manco José María con todos los cañones que puede. Amaneciendo el 22 se topan de frente. Las cargas federales se vienen empujando el alba y se llevan por delante a Lamadrid que busca refugio en la infantería unitaria. Como clavados en la tierra los cuadros se aguantan la acometida. Una, tres, diez cargas sucesivas no pueden romper el cerco de la fusilería que los para en seco, alto el mediodía. Quiroga mismo encabeza la batalla y se larga puro galope arrastrando a sus dragones. El triunfo está ahí nomás. Pero la infantería de Paz soporta la arremetida desplegando toda la reserva. Media la tarde sin perdón ni vencedores, tanto revuelo de caballada —una tras otra—, siempre el unitario enfrente cobijando

el aguante y la embestida. Heridos, vivos y muertos, gente de Paz y Quiroga todo guerra mientras anochece a tranco distante. Agotada la paciencia el manco embica su artillería entre las cejas federales. La andanada voltea la noche. También a Quiroga. Relámpagos de pólvora van desdibujando dragones y el riojano frunce una picada por donde sale hacia el campo. La noche tapa el silencio con vencedores inciertos. Paz ordena su tropa sin fogones. Sin quejas ni arrebatos dispone marchar hacia Córdoba, dejando que los federales acomoden la derrota. No es pa'tanto, diría el otro. Apenas clareando el 23, fina punta de unitarios embica la ciudad. Ni unos metros. Un retumbo artillero trae noticias diferentes. Quiroga, en vez de rumear quebrantos, juntó en la noche los dispersos de su tropa y está allí, matoneando. Parece cosa de brujas. "Fue la acción militar más arrojada que vi en toda mi carrera", dirá Paz con el tiempo. Hasta gringos de otro clima comentarán tanto denuedo o cabeza; la "Revue de Deux Mondes"glosará el suceso. Y hubo que seguir la pelea. Pero ya estaba dicha la historia. Las cargas de caballería, el encono, los cañoncitos de refresco, todo el coraje de Quiroga —si será bastante— no decidieron la victoria. Paz quedó patrón de la tarde. Los federales se aligeraron en las sierras con mil muertos en el anca, y el unitario no se atrevió a seguirlos.

La Tablada. Es para contarlo.

De resultas de esta batalla, vendrá un ensañamiento a mansalva que ya nos dirá don Gálvez. La proclama de Lavalle después del Tratado de Cañuelas, —"La guerra civil que nos afligía ha terminado; la paz va a traernos el goce de una tranquilidad inalterable"— será violada a cuchillo y fusilazos.

[2] Juan Nepomuceno Terrero entiende que es un acto poco elegante dar su voto a Rosas en virtud, precisamente, de los lazos que lo unen a él: ser su familiar, socio y amigo. De ahí que lo hiciera por Viamonte.

La sala de Representantes que elige gobernador a don Juan Manuel de Rosas, con facultades extraordinarias, no está compuesta por la "chusma", las "fieras" o la "canalla", que motejara el unitarismo. Integran esta Legislatura de Buenos Aires los hombres más conspicuos de nuestra sociedad, por antecedentes y fortuna. Han votado allí, por unanimidad, los Vidal, Escalada, Tomás Manuel de Anchorena, Obligado, Posadas, Perdriel, García Zúñiga, Peña, Irigoyen, Pacheco, del Pino, Medrano, Nicolás Anchorena, Aguiar del Campo, y otros. Cuando asuma el mando en el Fuerte, estarán presentes y será felicitado por los próceres de Mayo —Juan José Paso, Domingo Matheu, Miguel de Azcuénaga— que dice Gálvez y por los generales de la Independencia, Balcarce, Soler, Alvear, Guido, Viamonte, algunos de ellos adversarios políticos, hasta ayer, como don Valentín Gómez o Estanislao Zavaleta, entre los civiles.

[3] Dos semblanzas del momento describen —pulpa y orujo— al caudillo argentino. La primera es de Mr. Forbes, representante

norteamericano, que lo saluda ese día junto a los demás miembros del cuerpo diplomático: "Rosas —dice— difiere de cualquier cosa conocida entre nosotros; debe él su gran popularidad entre los gauchos al hecho de haberse asimilado casi totalmente a su manera especial de vida, su indumentaria, sus trabajos y aun sus deportes. Es muy suave de maneras, no hace ninguna ostentación de sabiduría pero toda su conversación denota un excelente juicio y conocimiento de los asuntos del país y el más cordial y honesto patriotismo. Tiene modales de atrayente modestia, acompañados de esa natural desenvoltura que es habitual a la gente de este país. Vestía un rico uniforme militar y me confesó con toda llaneza que era la primera vez en su vida que usaba semejante prenda, aun cuando es bien sabido que tiene el rango y autoridad de comandante general en este país desde hace más de nueve años. Ha ejercido esta alta autoridad vistiendo siempre la sencilla indumentaria de los paisanos, dándoles continuos ejemplos de coraje, paciencia y constancia. Mucho se espera de sus dotes personales." Forbes lo dejó escrito en "Once años en Buenos Aires. Crónicas diplomáticas".

La otra pertenece al mismo Rosas, que esa noche recibe en el Fuerte al primer comisionado del flamante estado independiente de la Banda Oriental, don Santiago Vázquez. Pasadas las emociones de la asunción del mando, con sus delirios populares, recepciones oficiales, saludos de diplomáticos, eclasiásticos, legisladores, militares, políticos, amigos y de los otros, le confiesa en el sosiego de la hora, al agente uruguayo: "Aquí me tiene usted, señor Vázquez, en el puesto de que me he creído más distante, yo nunca creí que llegase ese caso, ni lo deseaba porque no soy para ello; pero así lo han querido y han acercado una época que yo temía hace mucho tiempo... Yo, señor Vázquez he tenido siempre mi sistema particular y voy a manifestarle a Ud. francamente cómo lo he seguido desde que empecé a figurar; conozco y respeto mucho a los talentos de muchos de los señores que han gobernado el país..., pero todos cometían un gran error: se conducían muy bien con la clase ilustrada, pero despreciaban a los hombres de las clases bajas, los de la campaña, y me pareció que en los lances de la revolución, los mismos partidos habían de dar lugar a que esa clase se sobrepusiese y causase los mayores males... Me pareció, pues, muy importante conseguir una influencia grande sobre esa gente para dirigirla... para ello me fue preciso... hacerme gaucho como ellos, hablar como ellos y hacer cuanto ellos hacían, protegerlos, hacerme su apoderado, cuidar de sus intereses... Esta conducta me atrajo los celos y las persecuciones de los gobiernos... Creen que soy federal, no señor, no soy de partido alguno, sino de la patria... En fin, todo lo que yo quiero es evitar males, pero siento que me hayan traído a este puesto... porque no soy para gobernar."

A pesar de sus talentos naturales para la política, Rosas insistirá en esta conducta a lo largo de su vida pública. Las circunstancias lo obligarán a permanecer en el mando.



El general Rosas en un cuadro de la época.

CAPITULO VII
EL RESTAURADOR DE LAS LEYES

Ya está en su viejo Fuerte de los Virreyes don Juan Manuel de Rosas. Ha llegado al Poder por una imperiosa necesidad de orden y de paz que sienten todos, apoyado por todas las clases. Para implantar el orden y aniquilar a la anarquía, precisábase una mano dura. Todos saben que él la tiene. Disciplina de hierro impuso a sus colorados del Monte, al peonaje de sus estancias, a los soldados del "ejército restaurador". Todos saben que él no tolerará ni el robo, ni el crimen, ni la inmoralidad. La Provincia aguarda con expectativa el gobierno de este hombre de trabajo, fuerte y sano, honrado y desinteresado. Nadie imagina que ha aceptado el Poder por los goces que procura, ni aun por amor al Poder mismo, que jamás lo ha buscado. Todos reconocen su austeridad, su desdén por los placeres. Formado en la vida ruda, violenta y sencilla del campo, el gobierno es para él un sacrificio.

Todos lo han encumbrado, pero principalmente los gauchos de la campaña y las plebes de la ciudad, cuyos anhelos íntimos y aspiraciones inconscientes él encarna. Por eso lo quieren hasta con ternura, y, así, lo llaman cariñosamente "el Viejo", como se lee en los versos publicados en el periódico *El Gaucho*, poco después de haber asumido el mando, y aunque apenas haya cumplido treinta y seis años. El representa, mejor que Dorrego, el instinto antiliberal de las masas, de esas masas que despreciaron a Rivadavia y rieron, inextinguiblemente, de sus proyectos y leyes.

Juan Manuel de Rosas representa también, aunque nadie lo advierta, el amor primario a la patria, la adhesión a la tierra nuestra, lo típicamente americano frente al fervor europeizante de los unitarios. Y representa igualmente, en contra de la tendencia aristocrática de sus enemigos, la Democracia. Esa es la verdad, nos guste o no. Juan Manuel de Rosas, en aquellos días, repre-

senta la democracia de los gauchos y de las pampas y la democracia de las plebes de Buenos Aires.


Sarcófago donde guardaron los restos de Manuel Dorrego en el cementerio de la Recoleta

Funerales de Manuel Dorrego

Rosas no ha organizado las ceremonias, pero les da, con su presencia y sus palabras, un grandioso esplendor.

Los restos vienen desde Navarro. De la campaña han llegado, para asistir a las ceremonias, muchos gauchos a caballo y una veintena de indios, cobrizos, de larga cabellera sujeta por una vincha, desnudos de pie y pierna y armados de lanzas de seis varas.

Encabezada por el gobernador, imponente comitiva ha salido del Fuerte. Marchan a pie, por la calle de la Plata, al encuentro del coche fúnebre, seguidos por una multitud que aumenta sin cesar y en la que hay hasta mujeres. Otra comitiva viene, en dirección contraria, acompañando al féretro. Visten luto las mujeres. Los hombres lo llevan en los sombreros o en las mangas. De las puertas entornadas y de las rejas, cuelgan largos crespones.

Banderas de la patria sobre el coche, al que arrastran señores de frac negro y alto sombrero de copa. Lentas marchas de las bandas militares. Cañonazos del Fuerte, donde son velados los restos. Guardia de honor por el clero y los altos jefes. El gentío entra y sale. En el patio, solemnes músicas de las bandas, con sus tambores ensordecidos.

Al otro día, al salir el sol, se reanuda el cañoneo, contestado por los barcos de guerra. Los regimientos hacen calle desde el Fuerte a la Catedral. Sale a las once la procesión. Ciudadanos de categoría arrastran el coche. Los caballos son guiados por individuos a pie. El de Dorrego va detrás del coche, sobre el que han sido colocados el sable, el sombrero y el cinturón del mártir. Entre los soldados a caballo pasan los indios, también a caballo y de uniforme azul. Quema el sol las cabezas. Balcones y azoteas negrean de mujeres enlutadas. En la Catedral, desbordante, el canónigo Figueredo estremece a la concurrencia con su cita bíblica: *Mandó Simón buscar los huesos de Jonatás, su hermano, y los enterró en Modín, ciudad de sus padres, y lo lloró todo el pueblo de Israel y lo lloró por mucho tiempo*. ¡Así llora a Manuel Dorrego el pueblo de Buenos Aires y lo llorará por mucho tiempo!

A las cinco de la tarde, la procesión –columna silenciosa y dolorida– se dirige hacia el cementerio de la Recoleta. Millares de personas la ven pasar. Puertas entornadas, crespones. Pero el gran interés está en Rosas. El va inmutable y callado, a pie, en su

espléndido traje de capitán general. No mira a nadie. Rígido, magnífico en sus galas y en su belleza, avanza, como guiado por una voz misteriosa, hacia un destino terrible que sólo él conoce. Su puño aprieta el bastón de mando, que en su mano adquiere un peligroso significado. Las gentes miran con sumisión y encandilamiento pasar a este héroe, a este semidiós de las pampas, que tiene el aspecto de los Césares romanos.



General en uniforme de campaña

Acércase el cortejo a la Recoleta. Muchos personajes, fatigados, han subido a sus carruajes, que van detrás. El continúa impávido, hierático, tal como partió del Fuerte. En el cementerio, la multitud lo rodea. Va a hablar. Ha oscurecido y se encienden antorchas. Alguien acerca una a los papeles que él tiene en sus manos. Silencio religioso. Oyese sólo, como eco lejano, el cañón del Fuerte. Y ante la congoja unánime, con la voz quebrada, en tono patético y solemne, Rosas lee una página de antología, una de las más bellas oraciones fúnebres pronunciadas entre nosotros. "¡ Dorrego, víctima ilustre de las disensiones civiles, descansa en paz! " Los circunstantes, atribulados por el recuerdo del crimen, se estremecen al oír a Rosas, que varias veces saca el pañuelo y se lo lleva a los ojos. "La patria, el honor y la religión han sido satisfechos hoy", al tributarse los últimos honores a Dorrego, primer magistrado de la República, "sentenciado a morir en el silencio de las leyes". Dice Rosas que "la mancha más negra de la historia de los argentinos ha sido ya lavada con las lágrimas de un pueblo justo, agradecido y sensible". Y agrega: "Vuestra tumba, rodeada en este momento de los representantes de la Provincia, de la magistratura, de los venerables sacerdotes, de los guerreros de la Independencia y de vuestros compatriotas dolientes, forma el monumento glorioso que el gobierno de Buenos Aires os ha consagrado ante el mundo civilizado, monumento que advertirá, hasta las últimas generaciones, que el pueblo porteño no ha sido cómplice en vuestro infortunio".

Oscurece más. Ráfagas de viento agitan las luces de las antorchas. Las gentes permanecen inmóviles. Rosas lee sus postreras palabras: "Allá, ante el Eterno, árbitro del mundo, donde la justicia domina, vuestras acciones han sido ya juzgadas; lo serán también las de vuestros jefes, y la inocencia y el crimen no serán confundidos. . . ¡ Descansa en paz entre los justos! " El silencio se ha hecho más compacto. Se oye una vez más el lejano cañón del Fuerte, ritmo de la angustia unánime de esas horas. Pálido, indiferente a la multitud que lo rodea y lo admira, don Juan Manuel asiste al acto de colocar el cajón en el sarcófago. Y luego, sin abandonar su actitud rígida y reservada, sube al carruaje que lo conducirá hasta el Fuerte.



General Tomás Guido, guerrero de la Independencia, ministro de Gobierno de Rosas

Restauración sin víctimas

Toda restauración, después de un período revolucionario sangriento, trae siempre víctimas. Sabemos lo que fue el retorno de Napoleón. En 1815, la restauración borbónica en Francia produce el terror: es fusilado el mariscal Ney, son desterrados todos los que votaron la muerte de Luis XVI, y los tribunales de excepción condenan a millares de ciudadanos a la última pena. En Hungría, después de los horrores del comunista Bela Kun, el terror blanco se instala durante un tiempo. En España, el general Franco ha fusilado a centenares de personas. El presidente Napoleón desterró a veintisiete mil y el gobierno de Francia, después de la Comuna, quitó la vida a veinticinco mil. Para rehacer un orden destruido suele ser necesaria la violencia.

Rosas ni mata ni destierra. Algunos unitarios han huido a Montevideo, pero voluntariamente; y otros quedan en la ciudad sin que se les persiga. Rosas ha podido vengarse y no lo hace. Deja en sus puestos al padre de Lavalle, director de la Colecturía; a un hermano del jefe decembrista, a quien él nombrará Contador; y a Ramón Larreta, Presidente del Banco Nacional, que organizó el batallón de extranjeros.

El discurso de Rosas no contiene, ni veladamente, anuncios de venganza. Condena el crimen y llora a su ilustre víctima, pero no amenaza. Y hasta parece renunciar al deber de juzgar a los delincuentes. Es el Eterno, "árbitro del mundo", quien juzga a todos, a la inocencia y al crimen.

Su espíritu conciliador se advierte en la elección de los ministros. No los ha buscado entre los intransigentes de su partido, en la "derecha". El de Gobierno, el general Tomás Guido, guerrero de la Independencia, es federal moderado; el de Hacienda, doctor Manuel José García, ex ministro de Rodríguez, enviado de Rivadavia al Brasil, es apolítico; y el de Guerra, general Juan Ramón Balcarce, pertenece a la fracción "dorreguista" del federalismo. Los tres, hombres de valer indiscutible, son respetadísimos. Rosas, como se irá viendo, gobernará siempre con personas del más alto relieve.

Si algunos de sus fieles le aconsejan perseguir a los enemigos, él no lo hace. Diez o doce unitarios, entre ellos los Varela, declaran en Montevideo que no están allí desterrados ni perseguidos. Y agregan estas palabras, que no tardarán en olvidar: "...en un país extraño no debe atacarse al gobierno patrio. Sean cuales fueren nuestras ideas políticas, sea cual fuere la marcha del gobierno de nuestra patria, jamás nos permitiremos el menor ataque contra él".



Carga de caballería federal

Pero los federales quieren empujar a Rosas hacia la violencia. El 24 de diciembre, la Sala aprueba una ley que declara infamatorio y ofensivo a la moral todo lo publicado desde el 1º de diciembre hasta el 24 de junio y que contenga injurias contra Dorrego, Rosas y los gobernadores de las provincias. Los autores de esta ley son los hombres más notables del federalismo. El aniversario de Dorrego los ha exaltado y enconado de nuevo. Por causa de esos periódicos, los autores de la ley sufrieron el destierro o el confinamiento. Nómbrase una comisión para revisarlos y cuatro meses después serán quemados por el verdugo, bajo los soportales de la casa de Justicia.

Rechaza los honores

Días antes se ha votado otra ley que aprueba la conducta de Rosas desde el 1º de diciembre, lo declara Restaurador de las leyes e instituciones de la Provincia, le confiere el grado de Brigadier y le obsequia con un sable de oro y con una medalla, también de oro, guarnecida de brillantes, y en uno de cuyos lados, debajo de un busto de Cincinato con los instrumentos agrícolas y trofeos de la guerra, se leerá: *Cultivó su campo y defendió la Patria*. Rosas rechaza el homenaje. No pretende –contesta– "hacer alarde de una modestia falaz", pero le basta la



Escudo de la Confederación Argentina

aprobación de su conducta, la gloria de haber contribuido a la restitución de las leyes. Y agrega –sapientes palabras, reveladoras de la sinceridad de su espíritu– que "la liberalidad de los representantes es un paso peligroso para la libertad del pueblo y un motivo, quizá de justa zozobra, para los que no descienden a la conciencia", suya, porque "no es la primera vez en la Historia que la prodigalidad de los hombres ha empujado a los hombres públicos hasta el asiento de los tiranos". La Junta insiste en el ascenso y en el título, que no es sino reconocimiento de un hecho. El acepta el título, pero no el ascenso, mientras dure el período de su gobierno. Pero la legislatura, unánimemente, no admite esta renuncia.

Las palabras de Rosas son de gran interés psicológico y político. El no es hombre de decir cosa alguna sin tenerla bien pensada. ¿Hay en ellas hipocresía? No tiene necesidad de decirlas. Si ha resuelto ser dictador, esas palabras pueden denunciarle; y si llega a la dictadura, le perjudicarán. Más probablemente parecen un reproche a la adulación y una advertencia sincera del peligro de endiosarle. Es como si dijera: "No me empujen a la tiranía, porque ustedes serán responsables y tendrán después que arrepentirse". La unanimidad de los legisladores y los discursos de la Sala revelan que el mal, si lo hay, proviene de ellos. El temor al unitarismo, que es, entre esos hombres, pánico, les lleva a aumentar, hasta donde más no se alcance, el poder del único capaz de defenderlos. El miedo es arquitecto del poder fuerte de Rosas.

¿Ha despreciado él a esos partidarios serviles? A su altivez de



Empuñadura de la espada que le obsequiara a Rosas la legislatura de la Provincia

gaucho, a su salud moral de hombre de campo, han de repugnar la adulación y el temor de sus amigos. Pero ha deseado y aceptado las facultades extraordinarias porque sin ellas no se puede gobernar en esos momentos. Las ha deseado más por precaución que por otra cosa. Apenas hace uso de ellas, y ya veremos cómo, más tarde, las devuelve: En su nota a la Junta de Representantes hay unas palabras significativas: las que hablan de la "justa zozobra" que pueden tener "los que no descienden" a la conciencia de él. Estas palabras descubren una lucha interior en Juan Manuel de Rosas, el comienzo del largo drama que será su vida.

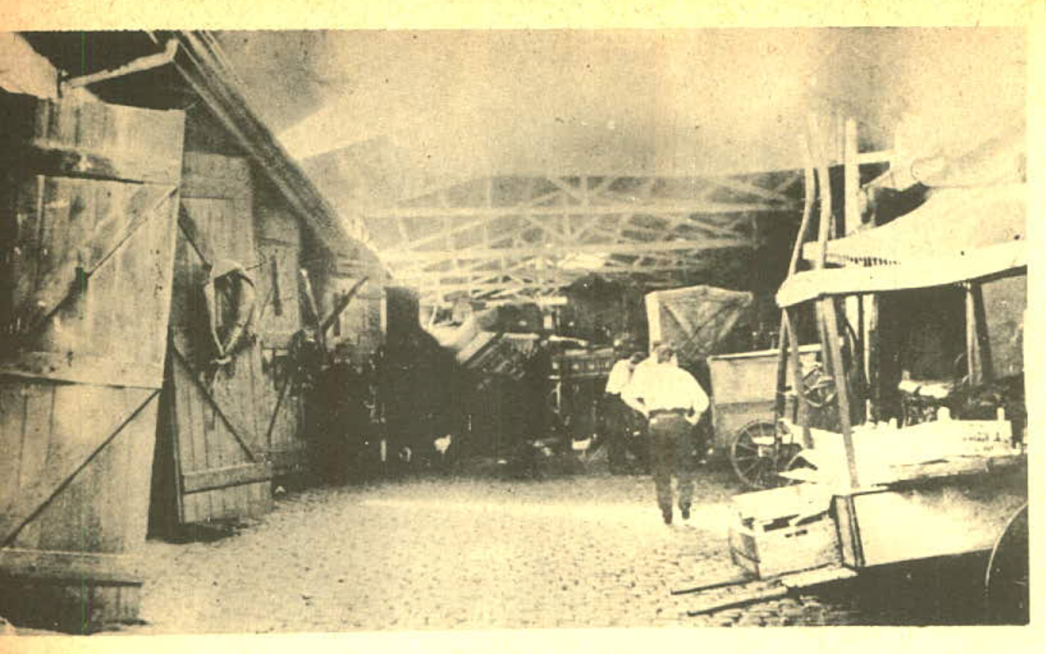
Fusilamiento de Montero

Es el 23 de enero de 1830. Rosas, en uso de sus facultades extraordinarias, asumiendo el carácter de juez a que esas facultades lo autorizan, condena a muerte al mayor Montero. Este hombre, chileno, y poco menos que un salvaje –estaba casado con una hija de un cacique– había ayudado el coronel Smith en su intentona de sublevar a la guarnición del Salto. En el sumario remitido al Gobernador constaba su propósito de levantar a los indios, delito el más grave que podía cometerse.

Los unitarios hacen de esta muerte uno de sus grandes argumentos contra Rosas. Afirman que el sumario sólo tuvo por objeto separarle del ejército, y la prueba era que se hallaba libre; y les indigna la forma de la condena: Montero, que había venido a la ciudad, no lograba ser recibido por el Gobernador, hasta que él mismo le entregó una carta para el coronel Prudencio Rosas, que se hallaba con su regimiento cerca del convento de los Recoletos, con orden de fusilar al portador, el cual ignoraba su sentencia. El procedimiento de Rosas es odioso, pero no cabe duda de que él ha querido proceder rápidamente y con sigilo, temiendo al escándalo. Rosas no ha sentenciado porque sí, pues hubo un sumario. Y si así no fuese, como pretenden algunos unitarios equivocadamente, el caso sería harto menos grave que el fusilamiento del duque de Enghien, ordenado por Napoleón. El duque era inocente y Montero no. Los dos hechos son obra del poder absoluto, que Rosas no ha usurpado. El considera la ejecución de Montero como un acto de policía, para salvar a la sociedad. Lo mismo debe decirse de la condena a muerte, en San José de Flores, de dieciséis individuos. que estaban a disposición de los jueces, y con ella Rosas quiere dar a los magistrados una lección de severidad, de justicia auténtica, necesaria en esos tiempos de barbarie y desorden y en los que había harta lenidad para toda



Camisola y gorro de soldado federal



Patio que se usó habitualmente para los fusilamientos

clase de delincuencia. Actos como éste y como la ejecución de Montero los realizan todos los dictadores: lo mismo el comunista Stalin, el católico García Moreno o el democrático Calles. En los países donde existen las garantías individuales, no es fácil comprender el poder absoluto. Pero allí donde las garantías han sido suspendidas, no sorprende la condena directa, sin intervención de la justicia. Y menos en el Buenos Aires de 1830, cuando vive en la memoria de todos el fusilamiento de Dorrego, que aparte de sus méritos y de su inocencia, no era yerno de un cacique.

Dos hechos de suma importancia deben ser considerados al evocar estos primeros meses del gobierno de Rosas.

Uno, la renuncia de sus sueldos. *La Gaceta*, la publica el 19 de marzo. Rosas, que nunca cobró tampoco los de Comandante General de Campaña, recuerda cómo *rechazó los seis mil pesos anuales* que le asignó la legislatura, hasta que, obligado a aceptar esa cantidad, la destinó "a objetos públicos y de beneficencia". Dice que él desmentiría los sentimientos que entonces manifestó y "traicionaría" a su conciencia "si, obrando de otro modo, recibiera ahora el sueldo que la ley designa al gobernador y capitán general de la Provincia". Y Agrega: "El amor puro de mi patria me ha conducido al lugar que ocupo; ni quiero ni aspiro a recompensas: ésta ha sido siempre y será constantemente mi conducta".

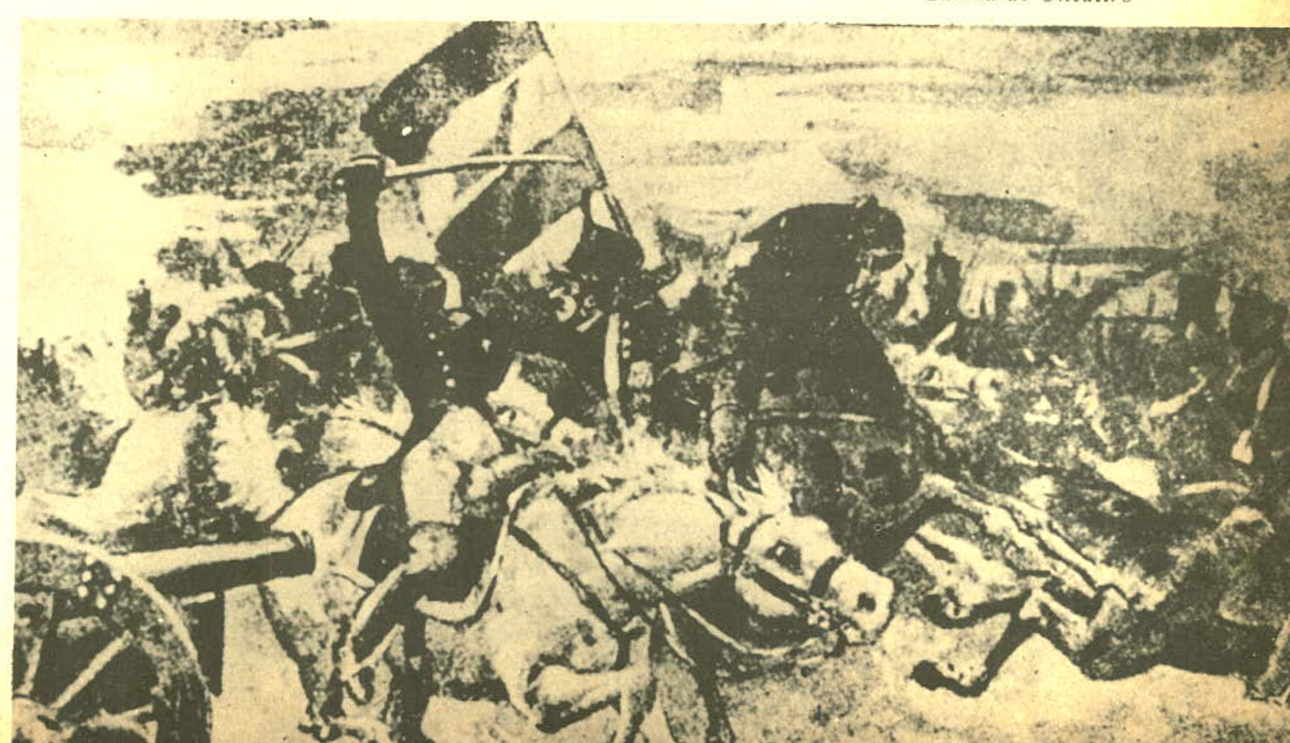
El otro hecho es la creación de todo un vocabulario federal. Con su genial instinto y su conocimiento del pueblo, Rosas sabe

el valor de las palabras. Seguramente es él quien ha creado esa hábil palabra *Federación*, que sustituye a *sistema federal de gobierno* o *federalismo* —expresiones inaccesibles para el pueblo —y que no tardará en ser *la Santa Causa*. El ha dado vida a la palabra *Restauración*, y a las expresiones *guerra restauradora, Restaurador de las leyes* y *restauradores*. Con esta última denomina a sus soldados de la campaña contra Lavalle, a los que también llama *Defensores de las leyes.* Como otros grandes constructores políticos, comprende la necesidad de mantener en sus partidarios el espíritu de combate y de oposición y para eso nada mejor que ciertas voces, con las cuales los une y los marca.

El general Paz en Córdoba

El general Paz domina en Córdoba. En Buenos Aires, pocos días después de ocurrida, túvose noticia de la batalla de La Tablada, en que Paz derrotó a Juan Facundo Quiroga; pero ha tardado algo en saberse que, terminado el combate, el coronel Deheza, lugarteniente de Paz, fusiló a cañonazos a veintitrés oficiales que se habían rendido y a ciento veinte prisioneros, y que los cadáveres quedaron insepultos y fueron devorados por las aves carnívoras. Ahora se sabe también que a las familias de estos hombres no se les ha permitido enterrarlos; y a las de los federales muertos en el combate no se les ha permitido poner una cruz en la fosa común donde han sido arrojados, ni siquiera ir a

Batalla de Oncativo



llorarlos en ese sitio. Igualmente sábese que Paz no ha desaprobado el fusilamiento.

Paz, que en agosto del año anterior se hiciera elegir gobernador de Córdoba, ahora está empeñado en lo que se llamará *la campaña de la sierra*, y que consiste en limpiar de partidas federales toda esa comarca. Los crímenes cometidos contra los prisioneros y contra los vecinos de las aldeas y de la campaña sólo pueden compararse con los realizados en la provincia de Buenos Aires por las tropas de Lavalle, un año atrás. Los prisioneros son colgados de los árboles y lanceados simultáneamente por el pecho y por la espalda. De este modo, mueren ochocientos hombres. A algunos les arrancan los ojos o les cortan las manos. En San Roque le arrancan la lengua al comandante Navarro. A un vecino de Pocho, don Rufino Romero, le hacen cavar su propia fosa, antes de ultimarlo, hazaña que se repite con otros. Algunos departamentos de la sierra son diezmados. Por orden, si no del general, de alguno de sus lugartenientes, ciertos desalmados como Vázquez Novoa, apodado *Cortaorejas*, el *Zurdo* y el *Cortacabezas* Campos Altamirano, lancean a los vecinos de los pueblitos en grupos hasta de cincuenta personas. El propio Paz hace fusilar en Córdoba a tres coroneles federales, y, con motivo de una rebelión, aplica la pena de muerte a cuatro militares más.

Este sistema de terror ha sido reconocido por los mismos que lo practicaban. El sargento mayor Domingo Arrieta, oficial de Paz, y el actor en la campaña de la sierra, refiere en sus *Memorias de un soldado* cómo las gentes, irritadas contra los soldados unitarios –con harto motivo, aunque esto no lo dice Arrieta–,

General Quiroga



General Paz



los privaban de todo recurso, los alarmaban con tiroteos y correrías y mataban a algunos de ellos. Y agrega la espantosa confesión de que, ante la inutilidad de "los buenos modos" para concluir con la resistencia de los habitantes de la campaña, adoptaron esta "medida más filantrópica", según dice: "no dejar vivo a ninguno de los que pillásemos". Con raro cinismo, cuenta que, "mata aquí, mata allá, mata acullá y mata en todas partes, fueron tantos los que pillamos y matamos, que al cabo de unos dos meses quedó todo sosegado". ¿Cuántas son las víctimas del terror unitario en Córdoba? Trece años más tarde *La Gaceta* hablará de dos mil quinientos. Es parte interesada. Pero su cálculo parece concretar las palabras de Arrieta. El unitario Rivera Indarte da la cifra de ochocientos.

Concluida la 'campaña de la sierra, Paz va a encontrarse de nuevo frente al general Quiroga. Mientras tanto, anda en negociaciones con Rosas, si bien no ha impedido que, a principios de febrero, una multitud, en la capital cordobesa, gritara: ¡muera Rosas! , frente a donde viven los comisionados porteños.

Batalla de *Laguna Larga* llamada también de *Oncativo*, el 25 de febrero de ese año de 1830. Paz ataca a su enemigo traicioneramente, mientras los comisionados de Buenos Aires intentan en Córdoba un arreglo. Quiroga es derrotado. Se reproducen los fusilamientos de prisioneros. Al más importante, general Félix Aldao, guerrero de la Independencia, fraile dominico que dejó los hábitos para combatir por su patria, lo hacen entrar en la ciudad, en un día de pleno verano y a la hora en que es más fuerte el sol, montado en un burro, con la cabeza descubierta y los pies atados debajo de la panza del animal. Así lo ha visto y contado el norteamericano J. Antonio King, que no era enemigo de Paz. En la ciudad, las violencias no son menores. En la cárcel, atestada de prisioneros, cada noche hay fusilamientos. Cierto que el prisionero es juzgado; mas el juicio, sumario y a medianoche, termina fatalmente con la condena a muerte.

Pero el cordobés Paz no se contenta con dominar en Córdoba. Asalta los gobiernos vecinos por medio de sus lugartenientes, a cada uno de los cuales le regala una provincia. Gregorio Aráoz de Lamadrid, que acaba de fusilar en *El Tío* a un general, va a La Rioja. Se apodera en junio de la capital. Encarcela y pone una pesada cadena en el cuello de la madre de Quiroga, anciana de más de setenta años; destierra a ella y a la mujer y a los hijos del caudillo a Chile; acollara a doscientos federales que ha capturado en *Los Llanos* y los hace lancear en su presencia; y para lograr éxito en una contribución que impone a la ciudad, fusila a cuatro personas y deja el banquillo para las que no paguen. A



Brigadier General Aldao, Gobernador de la provincia de Mendoza



General Prudencio Rosas, hermano de D. Juan Manuel

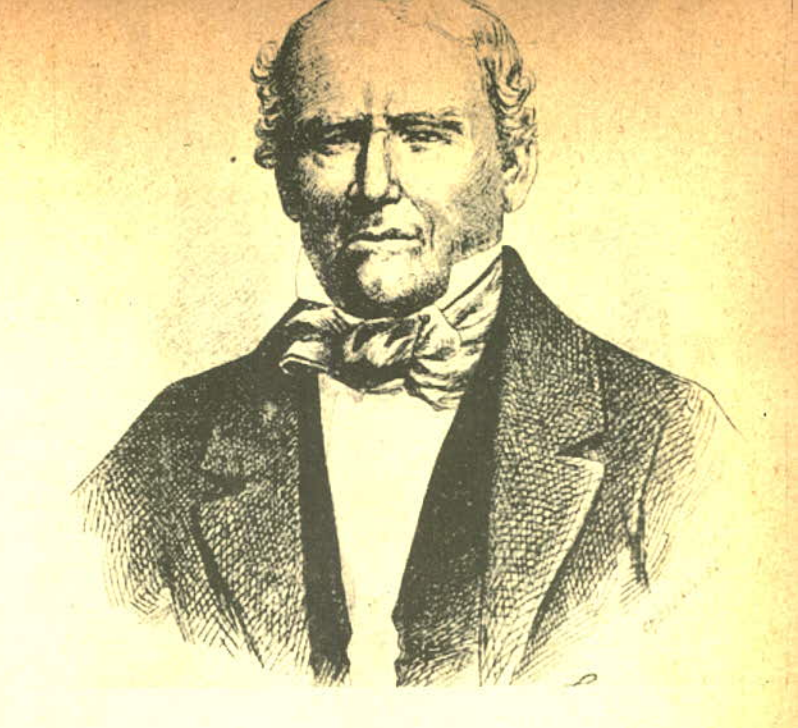
Santiago del Estero manda Paz a Román Deheza, *el asesino de La Tablada*, que fusila allí a mucha gente. En Mendoza, el delegado de Paz deja matar a un parlamentario; y cerca de cincuenta federales –algunos prominentes– son traicionados y exterminados en *Chancay*, por lo cual el gobernador unitario felicita al pueblo, mientras Paz, en Córdoba, celebra con un baile el aniversario de La Tablada.

No es posible comprender a Rosas si se ignoran los crímenes de sus enemigos. La historia oficial se horroriza por ciertos actos de Rosas y olvida, en permanente amnesia, las hazañas de los unitarios. Los crímenes de los lugartenientes de Paz no son cargados en la cuenta de Paz, pero a Rosas se le achaca todo delito cometido por alguno de sus satélites, aunque sea de carácter personal y aunque Rosas lo castigue. "Horrendos crímenes" son ciertos actos suyos, y "triste consecuencia de las guerras civiles" los actos idénticos de los unitarios. . . Con esta ausencia del sentido de la justicia se ha escrito y se sigue escribiendo nuestra historia oficial.

Quiroga en Buenos Aires

El 11 de marzo llega a Buenos Aires Juan Facundo Quiroga, el derrotado de Oncativo. Gran recepción oficial y popular. Quiroga impresiona por sus ojos negros, su mirada magnetizante y sus barbas de ébano. Viste chaqueta roja y pantalones blancos, lleva un poncho en el brazo y se cubre con un sombrero chileno. Va en un coche, con Rosas, entre el gentío que llena la calle de la Plaza, los vítores frenéticos y el estampido de los buscapiés.

Esa noche, sujetos a caballo, entre "¡vivas!" a Rosas, a Quiroga y a la Federación, y "¡mueras!" a los unitarios, a Paz y a los franceses, hacen tiros al aire o contra las ventanas de algunos unitarios mientras pasan al galope. Una de las casas baleadas es aquella en donde se alojan los comisionados del general Paz y en la que los federales vengan lo sucedido en Córdoba a los comisionados porteños y el ataque alevoso de Paz contra Quiroga. En esta pueblada han sido apedreadas las casas de varios federales, y hasta la del coronel Prudencio Rosas, hermano del gobernador. Esto prueba que don Juan Manuel no ha instigado esas violencias, como afirman los unitarios. Al otro día, bien que suponiéndolas obra de los enemigos ocultos de la Federación, las prohíbe mediante un severísimo decreto que castiga con dos años de presidio a los que salgan con música por las calles sin permiso de la poliçía, a los que "insulten" la casa de



Pedro Ferré

algún vecino y a los que den "¡mueras!" contra algún particular.

Quiroga se aloja en casa de cierto personaje financiero y social, hombre muy culto y distinguido[1]. A poco de llegar, visita a Rosas. Los dos hombres se han conocido cuando el recibimiento, pero apenas han podido hablar de otra cosa que de generalidades. Ahora van a encontrarse a solas. Quiroga es harto apasionado y violento. Rosas, apasionado también, sabe moderarse. Ambos tienen la aptitud de dominar a los hombres y el gusto por la fuerza. Don Pedro Ferré, delegado de Corrientes, provincia de la que ha sido gobernador, refiere en su *Memoria*, que está con Rosas cuando entra Quiroga. Ferré muestra al visitante en actitudes y palabras antipáticas, casi hirientes, hacia Rosas; y al gobernador "trémulo y mudo" de indignación. Si es verdad, se trata de un enojo momentáneo y sin trascendencia por parte de Quiroga, que se cree engañado por Rosas y por López; prometiéronle tropas y no se las mandaron. Mientras permanece en Buenos Aires, Quiroga criticará a Rosas. No han de ser críticas graves. Rosas siente por Quiroga la mayor consideración. Así lo demuestra en las cartas, todas muy afectuosas, que le dirige con frecuencia.

Rosas y la unidad nacional

Por esos días, Ferré se entera de un plan de Rosas "para subyugar a todas las provincias" y lo expone a su manera, con inquina hacia el gobernador de Buenos Aires. Lo primero es aniquilar al



Negros manumitados, escuchando a Rosas

unitarismo, con lo cual se destruirá al enemigo y se inspirará confianza a las provincias. Y luego, Rosas hará caer una a una bajo su poder y establecerá el régimen de unidad.

Es evidente que Rosas ha pensado en dominar a las provincias, pero no para establecer el régimen de la unidad, sino para hacer la unidad del país. Ferré, hombre de escasa cultura, no ha podido comprender la diferencia entre la unidad como sistema de gobierno y la unidad moral del país. Tal vez Rosas no tenga mucho apego al régimen federal. Es federal por instinto más que por convicción; y si quiere exterminar al unitarismo, no es por odio a la doctrina sino porque los unitarios son extraños al país y a sus intereses, han hecho revoluciones, fusilado a Dorrego y desolado la Provincia. El unitarismo no es para Rosas un sistema: es el desorden, la anarquía, la petulancia aristocrática, la incomprensión de nuestros verdaderos problemas.

Se ha comparado a Rosas con Luis XI, que por la astucia, la diplomacia y la guerra creó la Francia, suprimiendo a los señores feudales, incorporando al Estado, poco a poco, los diversos reinos o principados en que el país se dividía. Juan Manuel de Rosas, tal vez sin tener noticia de la obra del monarca francés, piensa en hacer lo mismo. Todo demuestra que lo ha pensado. Su sentido realista, oportunista y práctico de la política no se opone a la existencia de un plan, siempre que sea factible. Rosas no improvisa, como buen hombre de campo, piensa mucho las cosas

antes de hacerlas. Podrá objetarse que más tarde él le dirá a un amigo cómo jamás pensó en organizar el país. Debemos entender que jamás pensó en organizarlo *constitucionalmente*. Pero para que un país esté organizado no se necesita una constitución: Inglaterra no la tiene. No puede dudarse de que Rosas, desde la asunción del mando en 1829, piensa en unir a todos los pueblos argentinos. Sus enemigos dicen que le guía la ambición del Poder. No es delito en el hombre de Poder, sino virtud, el desear el poder. Pero a Rosas, más que el Poder, le empuja hacia la unidad de la patria su pasión del orden, su odio a la anarquía.



Mazorquero, en 1840

Oncativo y Anchorena influyen

Con la espantable noticia, llegada pocos días antes que Quiroga, del degüello de los prisioneros, ordenado al terminarse la batalla de *Oncativo*, se ha exacerbado el miedo y el rencor de los federales. Guido, que acaba de dejar momentáneamente el ministerio por haber sido enviado a Río de Janeiro, donde deberá, de acuerdo con el comisionado del Imperio, examinar la Constitución uruguaya que pronto entrará en vigor, le escribirá en setiembre al general José de San Martín, refiriéndose a estos días y a la posterior renuncia de su cargo: "la derrota de Quiroga rompió los diques que contenían al partido exaltado, y ya ni el señor Rosas, cuyo carácter es bien dispuesto, podía dejar de hacer concesiones, ni yo continuar en el despacho sin torcer el camino que había tomado". El propio Rosas reconoce la influencia de *Oncativo* en sus decisiones. A su ministro García, que, a mediados del año, le reprocha las violencias y persecuciones comenzadas, le dice cómo él habría seguido el plan que le propone de renunciar a las violencias y a las facultades extraordinarias; pero después de Oncativo, *ya no era racional seguir tal conducta*.

Entre los miembros del "partido exaltado" ninguno tan prominente ni exaltado como el doctor *Tomás Manuel de Anchorena*. Descendiente de vascos, tiene el fanatismo, la intransigencia del vasco. Es hombre de talento y de carácter y posee una cultura superior a la de casi todos sus contemporáneos. Tiene alma de inquisidor, y es orgulloso, adusto y vehemente. Odia con furor a los unitarios, que un año atrás le encarcelaron, lo vejaron y tuvieron preso varios meses en un buque de guerra. Para él, esto constituye una monstruosa afrenta que no podrá ser nunca olvidada. A este hombre, que es primo suyo en segundo grado, Rosas lo nombra ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores el 9 de marzo, dos días antes de la llegada de Quiroga.



Relicario

Este hombre, inteligente y violento, ¿ejerce verdadera influencia en el Gobierno? Rosas dirá más tarde que jamás hombre alguno mandó en él. No debemos creerle. Anchorena, acaso por coincidir con ciertas tendencias de Rosas, puede mucho en su espíritu. Juan Manuel lo trata en sus cartas con un respeto reverente. Le pide consejo y le escucha. Pocos años más tarde, pasada una crisis análoga a la que acaba de transcurrir, Rosas está disgustado porque no se nombra ministro a Anchorena. Le cree el único que puede remediar los males presentes; y como no se trata de remediar la situación económica, ni de reconciliar a los partidos, debe entenderse que Rosas lo cree el único capaz de empuñar el garrote y darles en la cabeza a los enemigos. Y por cierto que los unitarios se hacen acreedores a este tratamiento. En aquella misma carta a San Martín, el sensato y ecuánime Guido agrega que el Partido Unitario, que domina en el interior y tiene "sus principales raíces en Buenos Aires, difícilmente lo dejará descansar" a Rosas. "Sus planes parecen de exterminio; sus deseos, de venganza; y todos sus actos, sanguinarios".

Persecución a los unitarios

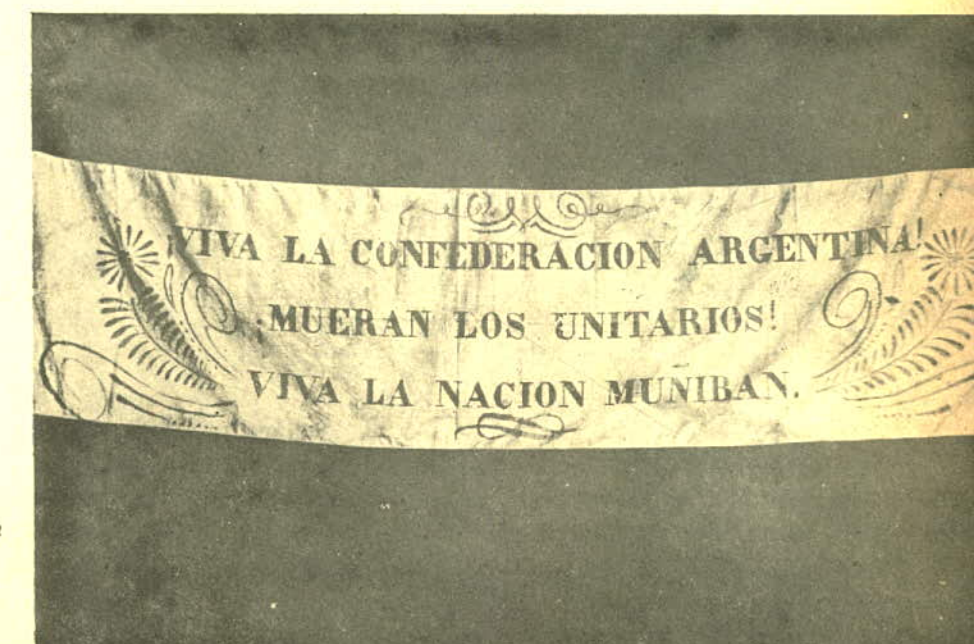
Cuatro días después del nombramiento de Anchorena, aparece el decreto contra los *decembristas*, que los unitarios, aun los federales, como lo dirán cuatro años después los disidentes del partido, atribuyen a él. La redacción es de Rosas, pero posiblemente él lo ha sugerido. El artículo primero declara reo de rebelión a "todo el que sea considerado públicamente como autor, fautor o cómplice del suceso del 1º de diciembre o de algunos de los grandes atentados cometidos contra las leyes por el gobierno intruso" y que "no hubiese dado, ni diese, de hoy en adelante, pruebas positivas e inequívocas de que mira con abominación tales atentados". El segundo castigo a todo el que "de palabra, por escrito, o de cualquier otra manera se manifieste adicto" a ese movimiento o a esos atentados. Este decreto brutal se funda en que "ni la moderación del pueblo, tan altamente ofendido en lo más delicado de sus derechos y honor, ni la indulgencia que ha usado el Gobierno con esos atentadores y sus secuaces, han sido medios suficientes para reprimir su criminal altanería" y en que es ya "tan insoportable como absolutamente incompatible con el orden y tranquilidad pública, la impudencia con que no sólo hacen alarde de su criminalidad sino que, al paso que se manifiestan pesarosos de no haber hecho mayores males al país, despliegan el más insultante gozo y contento por los que

aún están sintiendo de resultas de aquel escandaloso motín".

Pero a pesar de su brutalidad, este decreto no revela el propósito de exterminar a los unitarios, que pueden salvarse de todo castigo dando pruebas de que abominan la revolución de Diciembre y la dictadura de Lavalle. Rosas intenta obligarlos al silencio, con lo cual quedará en poco tiempo borrado todo rastro de ese motín y esa dictadura. Rosas, con este decreto, comienza su obra de dar unidad al país. Con él, también, mata al Partido Unitario, ya que no le será posible hacer propaganda alguna.

Considerado con el criterio moderno, el decreto parece inicuo. Pero para comprender a Rosas debe recordarse lo que hizo Lavalle. Rosas a nadie condena a muerte, por ahora. Sólo quiere la desaparición de un estado de espíritu revolucionario, al que odia a más no poder. En vez de castigar a los cómplices de la dictadura *decembrista*, les facilita la salvación. Se contenta con verlos humillados, con verlos reprobar hoy lo que admiraron ayer.

Con todo, las violencias, aunque moderadas, no tardan en comenzar, ya porque los unitarios no quieren declarar que abominan del motín de Diciembre, ya porque conspiran y son delatados. La cárcel empieza a llenarse de personas distinguidas: en varios meses van a dar allí ochenta personas, entre ellas seis sacerdotes, tres abogados –uno es *Lorenzo Torres*, futura columna del rosismo–, otros profesionales y muchos estancieros y empleados. A un pontón van a parar diecinueve militares –entre ellos el entonces capitán *Hilario Ascasubi*, uno de nuestros poetas épicos– y once particulares.



¡Viva la Confederación Argentina!

Rosas ha creado un campo de concentración, como ahora se dice, en la estancia de Callejas, que dista cuarenta leguas de la ciudad. En la miserable casucha de la estancia llega a haber hasta veintidós presos, todos de condición distinguida. Los unitarios dirán más tarde, sin dar pruebas, que los mismos huéspedes forzosos de la estancia debían buscarse y prepararse su alimentación y que eran vejados y aun maltratados por la soldadesca soez y desenfrenada.

También se destierra. Dieciséis personas deberán abandonar el país. Otras, civiles y militares, en número de ciento veinte, se exilian por propia voluntad. Pero debe advertirse que en estas listas figuran algunos, como *Rivadavia*, que están ausentes del país desde tiempo atrás. De cualquier manera, la cantidad de ciento cuarenta y ocho presos y desterrados de la clase distinguida –sin incluir los que voluntariamente se ausentan– resulta considerable en la pequeña ciudad de sesenta mil vecinos, en su mayoría negros, mulatos y otra gente plebeya.

Y no siempre las severidades del Gobierno se fundan en razones políticas. Un estudiante de Derecho que acaba de terminar su carrera, va a dar al pontón por empeñarse en sostener una tesis que no es grata al ministro. Un *inquisitorial decreto sobre libros prohibidos es obra de Anchorena*, y lo prueba el hecho de que años después, cuando él no es ministro, una librería anuncia en los periódicos varias obras prohibidas. Los unitarios aseguran también que a cierta persona que no le ha saludado en la calle, Anchorena la condena a descubrirse ante el pregonero durante tres días, cada vez que lo encuentre.



Federales en Monserrat



Casa de Irrazábal en Luján

Rosas en el norte de la Provincia

En uno de los últimos días de marzo, parte Rosas para el norte de la Provincia, a conocer bien esa región. Quedan en la ciudad, al frente del Ejecutivo, los tres ministros. Ellos gobernarán con las *facultades ordinarias*; Rosas, con éstas y con las extraordinarias. Poco antes del viaje, el gobierno de Rosas ha adherido al convenio entre Santa Fe y Corrientes y al que también adheriráse Entre Ríos. Por ahora, su actitud es modesta. Ya dirigirá él pronto la política y los ejércitos de los cuatro estados litorales.

Primera detención: Luján, villorrio de importancia histórica. Al día siguiente llega *Ferré*, y Rosas da una comida y baile en su honor. Su *Memoria* nos procura la primera noticia sobre los bufones de Rosas. Al baile –cuenta él– asisten las señoras principales del pueblo, inclusive algunas unitarias. Rosas elige a una de ellas para que baile con *Biguá*, un mulato loco, "vestido con una de aquellas libreas que usaban los lacayos". Rosas tiene a veces el placer de humillar.

En camino hacia el norte, visita pueblo por pueblo. Arcos de triunfo y aclamaciones. En San Nicolás se encuentra *Estanislao López*, gobernador de Santa Fe, que también representa a Entre

Ríos. Allí, ellos dos y *Ferré* acuerdan nombrar representantes para que, reunidos en Santa Fe, firmen el *Pacto del Litoral.*

Durante su permanencia en el Norte, Rosas sigue decretando y atendiendo el despacho. Hay, pues, dos gobiernos. Su secretario, el doctor *Manuel Vicente de Maza*, actúa como un verdadero ministro. Pero el temperamento dominador de Rosas resuelve, sin proponérselo, aquella anomalía. Es evidente que, salvo, y sólo en casos ciertos, Anchorena, los ministros no se atreven a decretar nada sin su anuencia. Lo prueban los centenares de expedientes que le mandan en consulta o para resolver.

Restaura la religión

Rosas comienza en este viaje a cumplir el primer mandato de la legislatura: *restaurar la religión*.

Desde San Nicolás decreta que se restituya a los curas de la campaña la administración de los ramos de fábrica de sus respectivos templos que les quitó el gobierno anticlerical de Rivadavia. Esos productos, las velas, por ejemplo, serán vendidos por los curatos, lo cual antes correspondía a un síndico. El decreto se basa en el deseo del Gobierno de "consagrar a la Casa de Dios el respeto, la decencia y contracción posibles".

Visita la iglesia de cada pueblo, y, a veces sin que se lo pidan, ordena reparaciones: los gastos correrán por su cuenta. A cada templo, quinientos pesos de su sueldo; y si los gastos tienen que

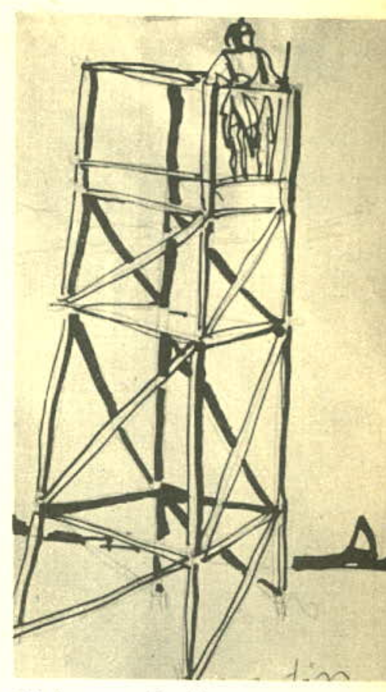
Iglesia de San Francisco



ser mayores, agrega otros quinientos de sus fondos particulares. En los papeles de su secretaría constan estas donaciones, así como la entrega de los dineros realizada por el ministro de Hacienda. Quedan también testimonios de su iniciativa; así en los documentos relativos a la iglesia de *Pergamino*: "...al examinar personalmente el Gobernador el estado del templo de este pueblo". Estas reparaciones de las iglesias del Norte le cuestan a Rosas alrededor de diez mil pesos.

Ocúpase también de que se enseñe la doctrina en las escuelas y de la asistencia a misa. "Estaban muy descuidadas –le escribe al canónigo *Segurola*–, pero con mis prevenciones y consejos a los curas, jueces de paz y vecinos de la Junta esto irá mejor". Al párroco de Arrecifes le dirige estas devotas palabras: "El moralizar las clases de los pueblos; el hacer gustar a los fieles las preces y alabanzas que por su antigüedad y melodía son insinuantes al corazón; el acostumbrar a la juventud de ambos sexos a los actos de piedad, entonando reunidos en el templo canciones sencillas, me han movido a recordar el uso que en la Casa de Dios y en las de familias se frecuentaba diariamente en un rato del día o de la noche". Le complacería "que reviviese esta cristiana práctica, de modo que en todas las iglesias parroquiales, después de rezado el rosario, se oyesen entonar las *Buenas Noches* y en los sábados la *Salve*, como se *acostumbraba antiguamente*". Le envía un ejemplar de esos cantos, y confía en que con la práctica diaria de ese "ejercicio devoto", aumentará la asistencia al templo y se obtendrá "una devoción muy provechosa". También desea que, después del rosario, se rece todos los días un padrenuestro en memoria de *Dorrego* y de los que murieron *en defensa de las leyes*, y como desagravio por el atentado contra la autoridad, con lo cual se ayudará "a afirmar en los fieles el *odio necesario a las sediciones* y el *respeto a las leyes*".

A su padrino y amigo el sacerdote *José María Terrero* provisor y gobernador del Obispado, le escribe desde San Nicolás: "Ando trabajando cuanto puedo por mejorar nuestras iglesias y las costumbres religiosas; todo ha de ir bien, porque el ejemplo puede mucho. El templo de San Pedro era un chiquero. El cura lo había dejado cerrado, y le pido a usted que lo destituya, en vista de que el tal cura se ha dado tiempo para edificar casas propias y no para asear, siquiera, el templo". En otra carta le pide dos curas para Baradero y Fortín de Areco: "pero no me mande curas inmorales". Desde el Salto se muestra un creyente fervoroso y catequista: "El cura de Rojas no rezaba el rosario por la noche; tampoco echaba sus pláticas. Yo le hice ver que no era indispensable decirlas de memoria, que tanto valía escribirlas y leer-



Vigía en un fortín



Interior de la Catedral

las en el púlpito. El alegaba falta de velas y yo le allané todo". Por fin, desde Pergamino: "¡Cómo se ha mirado por nuestros gobiernos, padrino, la religión de nuestra tierra! " Cree que si los federales logran gobernar seis años, el país ha de cambiar: como ahora se educa "en la verdadera fe de nuestros padres a estos niños que se están criando, ellos la han de defender, dando en tierra con todos los incrédulos y con todos los malvados". Y termina enumerando lo que tiene ordenado para la propagación de la fe en la campaña: "Yo hago que las tropas entren formadas a misa y que en ella se rinda rigurosamente a Dios la veneración que marca la ordenanza. Hago que las retretas al romperse, pasen a las puertas de las iglesias y toque a Dios un toque, en demostración de respeto y alabanza. Si el cura ha cumplido bien, también se le toca un toque en la puerta de su cuarto, para darle, con éstas y otras demostraciones, la importancia que yo quiero que tengan los ministros del altar".

En una carta al prócer y sacerdote *Pedro Ignacio de Castro Barros,* en respuesta a sus felicitaciones por su ascensión al gobierno, dícele que la irreligión y la anarquía son los enemigos más terribles de la patria, y que, contra ellos, uno de sus primeros cuidados será el de "moralizar la juventud que se educa", así como "el restablecimiento de la religión pura de Jesucristo" y el entrar en comunicación "con la cabeza de la Iglesia en la tierra". Y termina: "los triunfos del altar y de la paz son y serán, en cuanto pueda y alcance, los objetos que como hombre público y privado jamás olvidaré".

Por orden del juez, un año más tarde, son quemados muchos libros heréticos, como cierta *Historia Crítica de Jesucristo* y una obra antirreligiosa titulada: *El Cristianismo al descubierto.* Poco después, el Gobierno –atribúyese a Anchorena este decreto– dispondrá que sea "considerado y castigado como criminal, según la gravedad y circunstancias del delito", el que venda o haga circular libros que ataquen a "la sana moral del Evangelio, la verdad y santidad de la religión del Estado y la divinidad de Jesucristo". Y su preocupación por el mayor esplendor del culto llega hasta ordenar que durante "el novenario a Nuestro Glorioso Patrón San Martín", permanezcan cerradas todas las casas de abasto y talleres de la ciudad, desde las diez hasta las once de la mañana, y hasta prohibir las reuniones en las pulperías durante la celebración de los Oficios Divinos en la nueva iglesia de San José de Flores.

Al mismo tiempo, Rosas se preocupa de la moralidad. Ha recomendado a la Policía "el mayor celo y vigilancia en perseguir y exterminar totalmente las casas de juegos prohibidos". Veda el



Rosas y Manuelita. Florero de la época

uso del cuchillo, bajo penas severas. Más tarde hará arrear a docenas de mujeres de mal vivir y las hará conducir a los nuevos pueblos que se han fundado en las fronteras, en donde podrán ganarse la vida honradamente y casarse.

Devuelve sus facultades extraordinarias

Mientras Rosas permanece ausente, los ministros, el 3 de mayo, presentan el mensaje a la Sala de Representantes. El documento es harto breve y no cumple exactamente con la ley: limítase a anunciar que pronto dará cuenta "del uso que ha hecho de ese odioso poder" y a esperar que, con los esfuerzos de la Sala, "muy en breve quedará afianzado el imperio de la ley". Larga discusión. Un diputado propone citar a los ministros para que den cuenta de las facultades extraordinarias. Otro cree impropio reclamar el cumplimiento de una ley que no ha sido violada. El coronel *Alzaga* declara que fue *contrario* a esas facultades, "y lo será siempre"; pero le parece que, una vez otorgadas, no tiene derecho la Sala de pedirle cuenta al Ejecutivo. Se discute con libertad indudable, aunque es visible el temor de desagradar a Rosas. Resuélvese oír a los ministros, que hablan el 14 de junio, en sesión secreta, por pedido del Ejecutivo.

El asunto no ha terminado. Complícase por la queja de personas que están presas y solicitan ser juzgadas. Un diputado rosista opina: "Ni sé a qué vienen esas reconvenciones. ¿Se creerá, aca-



Indio

so, que las facultades extraordinarias son honoríficas? " Alzaga pide se llame de nuevo a los ministros: hace más de un mes que fueron devueltas las facultades extraordinarias y siguen llegando quejas. Y en otra sesión, la del 7 de julio –tres días antes del regreso de Rosas, al cual se esperó en aquella fecha–, propone que el Gobierno, "en el término de veinticuatro horas, ponga en libertad a todos los ciudadanos que se hallan detenidos en las prisiones de mar y tierra, siempre que esta pena no sea resultado de un juicio legal; o en su defecto, pasen las causas a sus jueces naturales". Los enemigos le llaman ya dictador a Rosas. ¡Extraño dictador, que permite se combata su política! La Sala resuelve pedir informes al Gobierno.

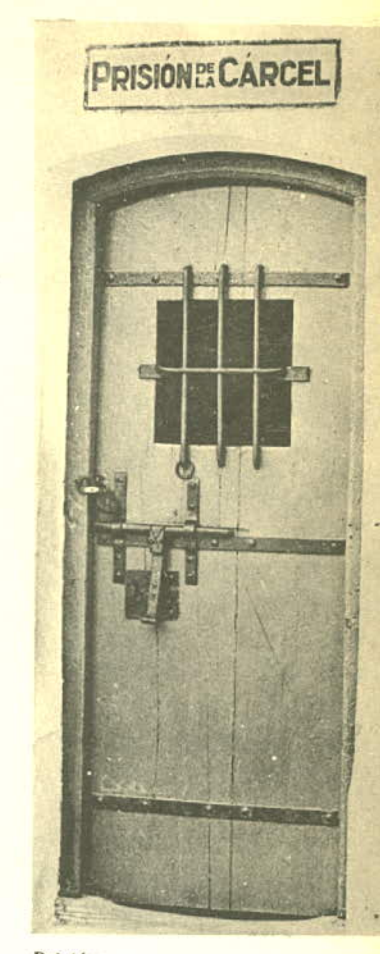
Mientras tanto, han ocurrido sucesos que decidirán a todos nuevamente, en favor de las facultades extraordinarias. Sábese que en Mendoza, cuando la matanza de *Chancay*, en que federales distinguidos fueron exterminados por los indios a las órdenes de los españoles *Pincheira* y *Hermosilla*, se perdonó la vida a algunos españoles que, junto con los federales, y huyendo todos de los unitarios, se habían refugiado entre los salvajes. El Gobierno ha interceptado correspondencia de Pincheira con españoles, en donde habla de que debía inmolarse a los americanos. De diversos países de América llegan noticias de que España pretende recuperar sus colonias –acaba de intentar la reconquista de Méjico– y de que los españoles radicados en nuestro continente conspiran. Una vasta intriga diplomática se ha anudado en Europa contra la independencia de América. Rosas, que desde hace tiempo conoce a fondo las intenciones del gobierno español, ha dicho en una circular a las provincias: "La España, obstinada en el empeño de recolonizar el Nuevo Mundo, ha empezado a desplegar una actividad desconocida pocos años ha; estimulada por las disensiones civiles que infelizmente han agitado a las nuevas repúblicas, ya se ha lanzado sobre la sección más poderosa de América y hoy sirve la Confederación de Méjico de nuevo teatro a las atrocidades de los soldados peninsulares. La conducta de los gabinetes europeos, espectadores impasibles de esas injustas y sangrientas escenas, y la neutralidad severa de la primera República del Continente, avisan demasiado que aún no son suficientes veinte años de triunfos sobre los implacables españoles para contar asegurada nuestra independencia política, y que es necesario apelar a nuestro coraje para no volver a la ignominiosa condición de siervos". Sábese que en el movimiento *decembrista* participaron muchos españoles liberales, algunos de ellos masones, partidarios de las *Cortes de Cádiz*. Y un día aparece en la ciudad, pegado en las casas de varios vecinos respetables, en la del gobernador y en

la del presidente de la Sala, un retrato de Fernando VII impreso en seda encarnada y debajo del cual se lee: *nuestro amo y señor natural*. Por todo lo cual, Rosas ordena un empadronamiento de los españoles.

Todos los gobiernos del mundo encarcelan a los que conspiran. Rosas lo hace con los unitarios. Les ha encontrado depósitos de armas, por lo cual aumentan los presos en la cárcel de la ciudad, en el pontón *Cacique* y en la estancia de Callejas. Fuera de esto, hay bastante libertad. Lo prueba *El Mártir o Libre*, que ha empezado a publicarse en junio. No ataca a Rosas, pero inserta artículos contra los gobiernos dictatoriales y en favor de la libertad. Trata duramente a los periódicos federales y a cierto diputado que habló en favor de las facultades extraordinarias. Llega hasta elogiar a *Lavalle* y a *Paz*. Como en Montevideo, en un banquete, se ha brindado por Lavalle, *El Mártir o Libre* juzga que ese brindis es "una expresión elocuente debida al justo mérito del señor Lavalle". De Rivadavia dice que "no sólo fue autor de las garantías individuales, de la reforma eclesiástica" y de otras cosas que considera excelentes, "sino que en su tiempo se hubiera constituido la nación, si un genio maléfico" no lo hubiera trastornado todo. Estos elogios están castigados por el decreto del 13 de marzo. Y el periódico —aunque gobierna Rosas— sigue saliendo hasta principios de agosto.

Sesión del 23 de julio. Proyecto de cinco diputados por el que "se autoriza al Gobierno con toda la plenitud de las facultades extraordinarias", para que salve a la Provincia de los peligros "que amagan su libertad política y civil". Las facultades cesarán cuando el Ejecutivo anuncie haber pasado la crisis, o la Sala, "con conocimientos exactos, y previo informe del Gobierno", las declare ya innecesarias.

Apasionada discusión. Todos consideran indispensable que el Gobierno aumente su poder, y los adversarios de las facultades extraordinarias proponen diversas fórmulas para limitarlas. El diputado *Manuel Hermenegildo Aguirre* pide al Gobierno, "con el mayor ardor, en nombre del pueblo mismo, que haga uso de ese *terrible poder extraordinario* que se le confía, y de la fuerza misma, hasta el rigor, para que se establezca cuanto antes la concordia entre los miembros de esta provincia, despedazada por rencores y opiniones que ya han debido moderarse"... Estas palabras nobles y humanas se refieren a los rencores y a las opiniones de ambos partidos en lucha. No obstante, soliviantan a algunos federales fanáticos, sobre todo cuando el orador juzga a los unitarios como "una minoría que, si ha podido errar y ser extraviada, sosteniendo con las armas el errado principio de la intole-



Prisión



Pañuelos de seda con la imagen de Rosas

rancia civil, también tiene derechos y servicios que merecen respetarse y considerarse". El diputado don *Pedro Feliciano Sáenz de Cavia* le contesta: "¡Conque la causa que sostiene la gran mayoría de la Provincia contra los liberticidas que subvirtieron el orden público es, en concepto del señor Representante, problemática y opinable! " El señor Cavia, que años después será enemigo de Rosas, no admite que "el justo odio" de la opinión pública hacia "los parricidas" sea considerado como "intolerancia civil con los hermanos". Fanáticas palabras de intransigencia, que el pueblo aplaude. Ya se ve que amigos y enemigos empujan a Rosas hacia los actos violentos.

Ultima sesión. La concurrencia desborda. Discurso de Cavia, "¿Sacrificaremos la suerte de millares de almas, el honor y la vida de la patria a una lenidad mal entendida, por no decir altamente criminal? " Habla del puñal, "siempre ensangrentado y levantado"; del "implacable furor de las pasiones innobles"; de que la dictadura "una de las mayores plagas que han afligido y devastado a los estados libres", es, a veces, necesaria para enfrentar al espíritu anarquizador; de que la Sala debe disipar con fortaleza los elementos perturbadores, antes de que, reuniéndose, su explosión resulte más formidable. Y entre sus frases, notables por el vigor o la eficacia, tiene ésta: *Al puñal agudo de los asesinos de la patria, oponed el escudo de la legalidad armada*. Profundísima impresión. Y aunque no es costumbre que la barra se manifieste, resulta imposible evitar sus aplausos y gritos.

No menos impresiona el ministro Anchorena. Verbo levantado,

enérgico, elocuente. Revela los peligros, que "están a la vista del último hombre de la sociedad". Anuncia que el Gobierno, por ningún motivo ni ley, jamás sacrificará la seguridad pública. Asegura que él mismo, aunque supiese que le habían de fusilar, no faltaría a ese principio. El Gobierno no ha pedido las facultades extraordinarias. Ha sido un acto legislativo, fundado en la experiencia. Si se quita *el estorbo* de los que anarquizan, el Gobierno renunciará a pedir poderes especiales. "¡ Harta desgracia es para cualquier hombre tener que ejercer esas facultades! "

Los diputados quedan convencidos. *Aguirre*, federal doctrinario y que tres años después combatirá a Rosas, considera "fuera de toda duda que es preciso conferir al Gobierno el *terrible poder discrecional* de las facultades extraordinarias". Se vota. Y la Sala, por unanimidad, se lo confiere.


Antonio José de Sucre, gobernó Bolivia

Patriotismo de Rosas

Los enemigos póstumos de Rosas afirman que él, mal patriota, a juicio de ellos, no rindió homenajes a los próceres de Mayo. Veamos si es verdad. Pero téngase presente que, por ese tiempo, los próceres son pocos. Nadie considera próceres a *Rivadavia* ni a *Alvear* en 1830. Otros, reconocidos como tales, todavía viven.

Desde que asume el poder, Rosas honra a los grandes muertos de la Patria. Decreta honores a don *Cornelio Saavedra*, el presidente de la Primera Junta, cuando lleva en el gobierno una semana; y el 16 de enero, al doctor *Feliciano Chiclana*, miembro del Primer Triunvirato, y al coronel de la Independencia don *Federico Brandzen*. Meses después, en octubre, honrará al gran Mariscal de Ayacucho, don *Antonio José de Sucre*, que en ese tiempo, y por haber gobernado a Bolivia, es considerado casi como un compatriota. Poco después, a fines de año, honores al doctor *Gregorio Funes*, ex deán de la Catedral de Córdoba y eminente figura en los días de Mayo; y a principios del 31 a don *Domingo Matheu*, vocal de la Primera Junta.

En ese mismo año, algunos meses más tarde, honrará al Libertador *Simón Bolívar*, y el año siguiente al general de la Independencia don *Marcos Balcarce.*

Pero Rosas produce por entonces otras expresiones de patriotismo. Mediante una circular a los jueces de paz, de principios de mayo de 1830, ordena –primera vez que se hace en la Provincia– festejos por la fiesta patria del 25 de Mayo, los que deberán ser costeados por los vecinos a causa de la pobreza del erario. Y por un decreto posterior obliga a los federales que usan


Juan Pablo López

distintivo a llevar también, en el sombrero o en la gorra, la escarapela nacional.

Rosas, según lo demostrará toda su vida, es un patriota como pocos. Acaso su patriotismo parezca un poco primario: el apego al terruño, al suelo en donde tenemos nuestros bienes y en donde hemos nacido y nos hemos formado. Pero sus decretos y proclamas revelan un patriotismo integral. Tiene también un sentido americano del patriotismo. Más tarde, defenderá a la Patria con uñas y dientes. Y al defenderla contra el agresor europeo, lo hará con la conciencia de defender a toda la América.

Rosas y el general Paz

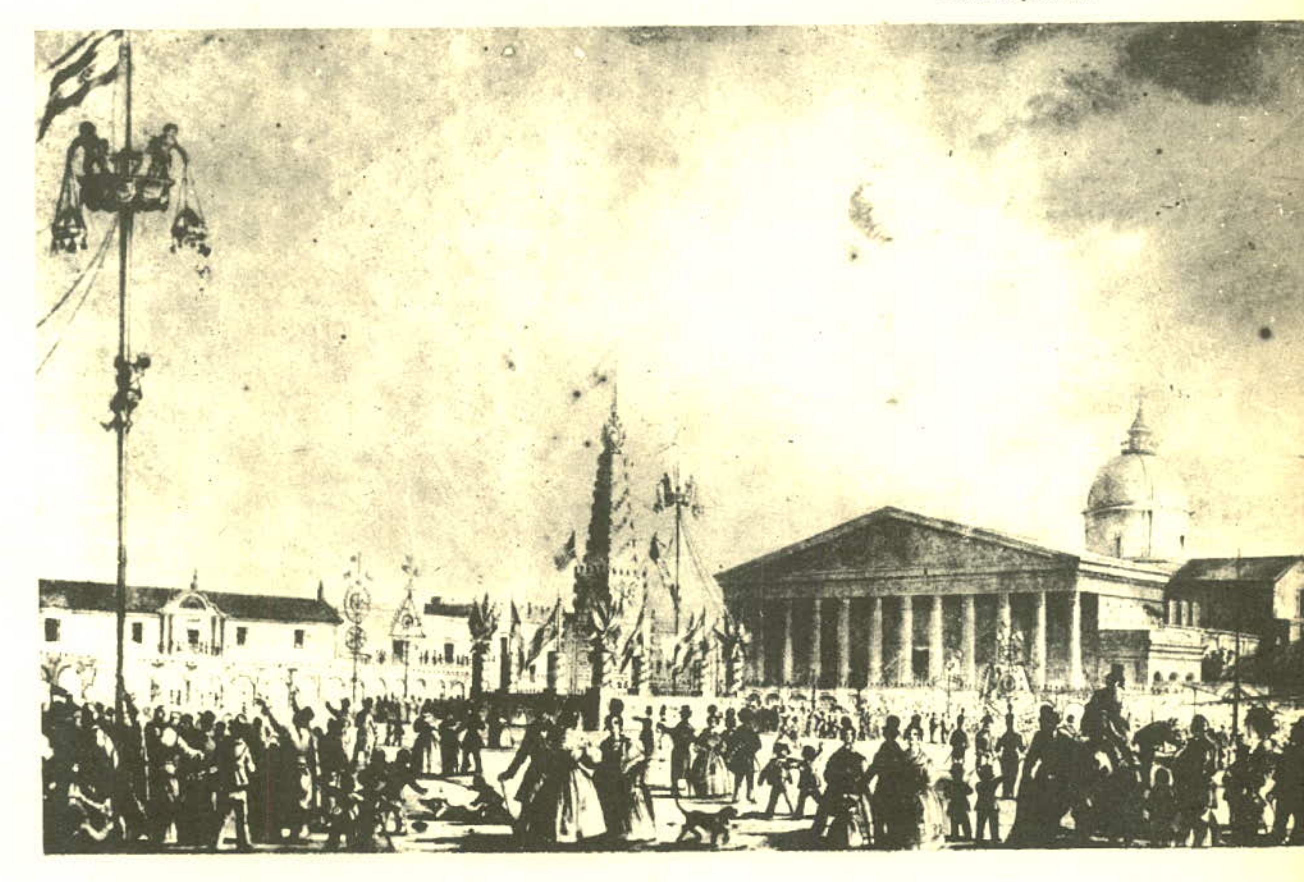
Las tentativas de entendimiento con Paz han fracasado. Ni uno ni otro han jugado limpio. Paz ha intentado separar a *López* de Rosas, y, mientras le hablaba al gobernador de Buenos Aires de terminar con las discordias , no pensaba sino en atropellar a las provincias federales. Rosas, que tanto odia todo lo que ha surgido del motín de Diciembre, tampoco ha procedido sinceramente con Paz, ex ministro de Guerra del dictador Lavalle. Pero tal vez ha creído posible, si no la armonía ni la unión, una especie de interdependencia que permita a los dos gobiernos el coexistir sin combatirse. Ahora, después de los atropellos a las provincias, nada puede hacerse. Paz llega a crear una coalición en que figuran nueve de las catorce provincias. A fines de agosto se hace nombrar *Jefe Supremo* y dar el título de *Protector de los Pueblos Libres.* Con su ciencia militar, que nadie supera, forma un gran ejército; y no cabe duda de que hará la guerra a Buenos Aires y a Santa Fe.

Rosas, instantáneamente, concibe su plan. Ante todo, hay que formar un ejército que pueda enfrentar al de Paz. A eso se dedica en cuerpo y alma. Delega el mando en el ministro Balcarce el 1º de setiembre, y empieza en seguida a escribir cartas a todos los rincones de la Provincia, en procura de caballos. Durante varios meses recorre la campaña próxima a Buenos Aires. Se instala en *San José de Flores* con su secretario el doctor Maza. En octubre está en el Monte de Castro; en noviembre, en Matanza. Reúne hombres, caballos y armas de toda clase en San José de Flores. A fines de diciembre viene a la ciudad. En enero escribe desde Chacarita. No quiere perder un solo hombre. A una vieja de la Magdalena, que le escribe pidiéndole la libertad de su nieto, al cual, por no haberse enrolado, lo han castigado a servir en el ejército, le contesta: "Los federales, cuando la patria los necesita,

debemos ser los primeros en servirla, y las federalas como usted deben ayudarnos a aumentar el número de los defensores de las leyes y de la religión". Por esto, no puede complacer a su nieto, pero apenas termine la campaña "corre de mi cuenta despacharlo, de manera que no sea incomodado en mucho tiempo".

Lo mismo que en su ausencia anterior, sigue resolviendo expedientes y gobernando. No persigue sin motivo, pero tiene en cuenta las opiniones políticas. En diversas solicitudes de oficiales, al concederlas, escribe al margen: *si es federal*. Al jefe de las fuerzas de San Nicolás le habla de cierto oficial que, además de no cumplir con su deber, "no se pronuncia claro y con el entusiasmo necesario por la causa de la Federación". Le ordena que, si es verdad, lo separe del servicio a la menor falta que cometa, pues "nada hay más perjudicial que tener en los cuerpos,oficiales que no sean absolutamente pronunciados por la Federación". Todo lo relativo a los presos se le comunica. El los destierra al *Tandil*, o les da por cárcel la ciudad o los envía a la estancia de *Callejas* o los pone en libertad.

Fiestas patrias

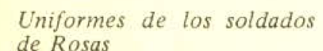


Paz les hace, a él y a López, una extraña propuesta: reunir en Córdoba un congreso para *organizar la Nación*. Rosas y López le contestan que los agentes mandados por él a otros estados lo han investido de un poder militar "más que suficiente para ejercer una influencia absoluta en las provincias del interior y amargar a las litorales", y que su invitación parece dirigida "más bien a imponerles terror que no a inspirarles confianza". No obstante, Buenos Aires y Santa Fe estrecharán la amistad con las demás provincias, para cuando llegue el momento de organizar la República *bajo el sistema federal*.

Una noche de principios de octubre, en el *Monte de Castro*, Rosas ha estado a punto de ser asesinado. En las zanjas de la quinta de *Quirno*, por donde va a pasar, de regreso de Flores, es sorprendido, agachado y con armas, el delincuente *Marcos Coz*, al que días después se le ejecuta. Para los unitarios, Coz, profesional del delito, es una inocente víctima de Rosas.

Revolución en Entre Ríos

1º de octubre de 1830. Revolución en Entre Ríos, preparada desde la Banda Oriental por Lavalle y Del Carril y costeada por el general Martín Rodríguez. Parece que a Lavalle le decide a levantarse en armas –lo afirma su biógrafo Pedro Lacasa– el fusilamiento de Montero: comprende que nada puede ya esperarse –habla el biógrafo– "de ese bandolero sin nombre, y que era



Uniformes de los soldados de Rosas



Vista del Montevideo de 1840

preciso otra vez ceñirse la espada de *Pichincha* en defensa de los derechos del pueblo". El gobernador de Entre Ríos es derrocado, pero más tarde el movimiento, como todo lo que hace Lavalle, fracasará. Los federales se han estremecido al pensar en un posible triunfo del ex dictador. Los que no gustaban de las facultades extraordinarias, ahora comprenden su necesidad.

Por estos mismos días, el general *Fructuoso Rivera* ha asumido el mando en Montevideo. Es el *primer presidente de la República del Uruguay*. Rosas conoce bien a don Frutos. Le ha escrito llamándole "mi amigo querido" y "antiguo benemérito defensor de la nueva República", y pidiéndole acepte sus felicitaciones "como la demostración cordial y afectuosa" de su amistad. Rivera le ha contestado muy amablemente, mientras, entendido con los unitarios, favorecerá la revolución en Entre Ríos y la invasión de Lavalle.



Rivera

Rosas está rodeado de enemigos. Paz, dueño de casi toda la República, lo atacará por el norte y el oeste. Lavalle, por el este –el lado del río– y por el norte. En la ciudad, los unitarios anuncian su triunfo. La anarquía ha vuelto. Rosas, el hombre que ama el orden y la paz sobre todas las cosas, combatirá una vez más contra la anarquía. El tiene su plan. Y de este plan forma parte la alianza con las provincias litorales.

Pacto del Litoral

Momento solemne. En Santa Fe tres hombres van a firmar el Pacto del Litoral. Cada uno representa a su provincia. Va a nacer de ese Pacto la República Argentina, tal como hoy está organi-

zada bajo el sistema federal. Esa unión es la semilla que se convertirá en el árbol. Años más tarde, cuando los argentinos nos demos una constitución, la Constitución federal que hoy nos rige, se recordará en el Preámbulo a "los pactos preexistentes", el más trascendental de los cuales es éste del *4 de enero de 1831*, obra de Rosas[2].

El tratado, al que pronto se agrega Corrientes, es una alianza ofensiva y defensiva. Impregnado de espíritu federal, es un gran triunfo de Rosas. Si bien no estipula directamente que el gobierno de Buenos Aires se encargará de las *Relaciones Exteriores*, ni que ayudará pecuniariamente a las demás provincias, en el hecho así queda resuelto: ratifica convenciones del año anterior en las que esos encargos se establecían. Crea una Comisión Representativa –un diputado por cada provincia– para "que arregle la administración general del país bajo el sistema federal". Dentro de unos meses, esta Comisión dejará de existir. Y quedará como *único poder nacional el de Rosas*.

Paz y Rosas: comparemos sus métodos. Paz ha asaltado a las provincias y ha puesto en el gobierno de cada una de ellas un hombre de guerra, un procónsul brutal y desalmado. Rosas ha atraído a sus aliados por el convencimiento. Ni amenazas, ni siquiera astucias. Es hombre de procedimientos legales y no gusta de la guerra ni de la fuerza innecesaria. Venció a Lavalle sin una batalla y ascendió al poder sin disparar un tiro. Si ahora se dispone a combatir es porque sus enemigos van a atacarlo.



Soldados federales, según dibujo de 1841.

NOTAS AL CAPITULO

[1] Llegado a Buenos Aires, Quiroga se hospeda en casa de don Braulio Costa, una de las figuras más de "posibles" de la ciudad, que fuera su socio por mil ochocientos veintitantos, en la Casa de Moneda y Mineral de Famatina, compañía explotadora por ese tiempo de los yacimientos de oro y plata en el cerro riojano. Minas de trabajo criollo que la ley de Presidencia rivadaviana, en 1826, pretendió hacerlas inglesas en un negocio entre la Banca Hullet Brothers y don Bernardino: la Minning River Plate Association.

Aquí trabó amistad con los generales Alvear, Guido, Iriarte, Ferré, Mansilla. Impresiona su elegancia en las tertulias porteñas, a donde concurre en compañía de gente principal. Su hijo mayor —tiene catorce años— estudia en el mejor colegio de Buenos Aires. A pesar de las barbas y la leyenda, el Tigre de los llanos viene de familia noble. Un ordenamiento y relación hechos por el doctor Jorge Demarchi, basándose en el cronista de Galicia, fray Felipe de la Gándara, entre otros, sostienen la "alcurnia y sangre real del apellido con doble tronco real: suevo el uno y godo el otro, que son: Reciario II, que reinó en 530, y Recaredo I "el Católico", con cuya hija se casó Reciario, considerándose a éstos los progenitores del linaje que tomó el nombre de Quiroga, según lo afirma Gaspar Alvarez, autor portugués, por la heroica defensa del Valle de Quiroga atacado por los moros".

[2] José María Roxas y Patrón, por Buenos Aires, Domingo Cullen, por Santa Fe y Antonio Crespo por Entre Ríos, son los signatarios del Pacto Federal, que tiene por antecedentes el Tratado del Pilar —23 de febrero de 1820— realizado a poco de la batalla de Cepeda, estableciendo el sistema federal de gobierno y la paz, entre las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe, quebrado luego por las subversiones unitarias.

El Pacto del Litoral, o Federal, obliga a las provincias firmantes "respetar la libertad, independencia, representación y derechos recíprocos; resistir cualquier invasión extranjera que se hiciera,

bien en el territorio de cada una de las tres provincias contratantes o de cualquiera de las otras que componen el Estado argentino; Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe se ligan y constituyen en alianza defensiva u ofensiva contra toda agresión o preparación de parte de cualquiera de las demás provincias de la República (que Dios no lo permita) que amenace la integridad o independencia de sus respectivos territorios; se comprometen a no oír ni hacer proposición, ni celebrar tratado alguno particular, una provincia por sí sola con otra de las litorales, ni con ningún otro gobierno, sin previo avenimiento expreso de las demás provincias que forman la presente federación; prometen no dar asilo a ningún criminal que se acoja a una de ellas, huyendo de las otras dos por cualquier delito, y ponerlos a disposición del gobierno respectivo; los habitantes de las tres provincias litorales gozarán recíprocamente la franqueza y seguridad de entrar y transitar con sus buques y cargas en todos los puertos, ríos y territorios de cada una, ejerciendo en ella su industria con la misma libertad, justicia y protección que los naturales de la provincia en que residan; los frutos y efectos de cualquier especie que se importen o exporten del territorio o puertos de una provincia a otra, no pagarán más derechos que si fuesen importados por los naturales de la provincia a donde o de donde se exporten o importen; no se concederá en una provincia derecho, gracia, privilegio, o exención a las personas o propiedades de los naturales de ella, que no se conceda a los habitantes de las otras dos. Teniendo presente que algunas de las provincias contratantes ha determinado por ley, que nadie pueda ejercer en ella la primera magistratura sino sus hijos, respectivamente, se exceptúa dicho caso y otros de igual naturaleza que fuesen establecidos por leyes especiales, cualquier provincia de la República que quiera entrar en la liga que forman las litorales, será admitida con arreglo a lo establecido."

BUENOS AIRES.
SANTA FE.
ENTRE RIOS.
CORRIENTES.
SAN LUIS.
CATAMARCA.
RIOJA.
SANTIAGO.
TUCUMAN.
SALTA.
JUJUI.
SAN JUAN.
MENDOZA.
CORDOVA.
PARAGUAY.
TARIJA.

LA
ONFEDERAC ON
ARGENT A
ES, Y SERA
NDEPENDIENTE
Y LIBRE.
POR LA
RAZON
Ó LA
FUERZA.

MUER
LOS
SALVAGES

ROSAS,

Oleo que representa un homenaje que le hiciera la Confederación Argentina a Don Juan Manuel de Rosas.

CAPITULO VIII
ROSAS REALIZA LA UNIDAD NACIONAL

El país argentino ha quedado dividido en dos partes, cada cual con su gobierno y su ejército. Una es tierra federal. En la otra mandan los unitarios, pero las masas urbanas y campesinas son federales. La parte federal está compuesta por Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. La unitaria, por Córdoba y las ocho provincias restantes, que han caído bajo el sable de los procónsules de Paz. Estas dos partes de la patria van a entrar en guerra. ¿Cuál vencerá? Los jefes federales, Rosas y López, carecen de ciencia militar. El unitario Paz es el primer táctico argentino. El litoral cuenta con más dinero y más hombres. El interior, con mejores soldados. Los de Rosas son negros y gauchos, y los de López gauchos desarrapados e indios. Los de Paz son hombres que hicieron la campaña de los Andes, bajo el mando de San Martín, y que, a las órdenes de Alvear y de Paz, vencieron al Imperio en Ituzaingó.

Rosas y Paz frente a frente

Han transcurrido unas semanas del año 31. Paz inicia la ofensiva. López, general en jefe del ejército federal, se mueve hacia Córdoba con dos mil hombres. Felipe Ibarra, gobernador desposeído de Santiago del Estero, avanza desde Santa Fe a su provincia con ochocientos santiagueños. La vanguardia de Buenos Aires, al mando del coronel Angel Pacheco, parte al encuentro de las tropas de Paz.

Rosas vuelve a Buenos Aires a principios de febrero. El 3 ha partido Juan Facundo Quiroga, con cuatrocientos hombres, hacia las provincias de Cuyo –San Luis, San Juan y Mendoza– para



Juan Felipe Ibarra, que libera a Santiago del Estero de la dominación de Deheza

reponer a las autoridades legítimas, derrocadas por los procónsules de Paz. ¿Aleja Rosas con placer a Quiroga? Juan Facundo le criticaba, decía que la causa federal estaba perdida y que los federales carecían de capacidad para constituir el país. Los soldados de Quiroga, se ha dicho, son *forajidos* sacados de las cárceles. *Con ellos, forajidos o no*, realizará la más extraordinaria hazaña de nuestra historia.

Al día siguiente de reasumir Rosas el mando, los diarios dan la noticia de que Pacheco ha derrotado en *Fraile Muerto* a las tropas de Paz, mandadas por uno de sus coroneles. Igualmente publican las proclamas de López y de Quiroga. El gobernador patriarcal anuncia que marcha a campaña "para quebrantar las cadenas del despotismo militar, salvar a los oprimidos de las garras de la anarquía, poner término a feroces enconos y dar un abrazo fraternal a los amigos de la libertad". Quiroga explica a los pueblos que toma las armas para "redimirlos del cautiverio, para protegerlos y no para oprimirlos".

Rosas ha nombrado jefe del ejército de Buenos Aires a Balcarce, que parte hacia el Norte con la infantería. Llegan noticias de todas partes: se han levantado los llanos de La Rioja contra Lamadrid y la sierra de Córdoba contra Paz; la campaña de Córdoba recibe las divisas federales con entusiasmo; Ibarra ha libertado a Santiago del Estero de la brutal dominación de Deheza; Catamarca ha sido reconquistada por el general Benito Villafañe.

Rosas permanece más de un mes en Buenos Aires. El 23 de marzo delega el mando en los ministros, y en un decreto que revela su personalismo o su desconfianza previene al gobierno delegado que "durante su ausencia no cree empleo o grado alguno, ni confiera los ya creados a ninguna persona, en propiedad ni provisoriamente, sin su previo consentimiento y aprobación". Al otro día, al frente de las tropas de reserva, dirígese al campamento de *San Nicolás*. Noticias de triunfos: la gente de Paz ha sido vencida en *Los Calchines*; se multiplican las deserciones en el ejército enemigo; Lavalle, que acaba de invadir Entre Ríos con cinco coroneles y ciento cincuenta oficiales *decembristas*, ha fracasado –a pesar del bando por el que condenaba a muerte a los que no lo siguieran–, y varios de sus oficiales, al cruzar el río, han sido copados por la escuadrilla leal.

Pero nada tan asombroso como la marcha triunfal de Quiroga, el gaucho guerrero y lector de la Biblia. Ha atravesado las pampas enfermo, acostado en su carreta. El 7 de marzo, después de combatir tres días, se apodera de la fortificada *Villa del Río Cuarto*, en la provincia de Córdoba. Poco después triunfa en el *Río Quinto* y el 22 entra en la ciudad de *San Luis*, de la cual

ha huido el coronel Videla, delegado de Paz y autor de tropelías contra los federales y el vecindario. El 28, en el *Rodeo de Chacón*, dirigiendo a sus hombres desde el pértigo de su carreta –el reumatismo no le permite caminar ni montar a caballo–, derrota a dos mil hombres del coronel Videla Castillo, el precónsul de Paz en Mendoza. Perdona la vida a los oficiales prisioneros –extraño caso de magnanimidad en esos tiempos– y al otro día entra en Mendoza, después de haber recorrido mil quinientos kilómetros, sextuplicado su ejército y triunfado en tres combates. De allí, reorganizados sus elementos, parte a San Juan, donde ya gobiernan los federales. Allí se agrava su enfermedad. Está malhumorado: antes de partir de Mendoza ha sabido, por carta de su provincia, que su mujer y sus hijos fueron desterrados a Chile por Lamadrid. Preocúpale el no tener noticia de su amigo el general Benito Villafañe, que está en Chile y al que ha llamado para que le reemplace. El malhumor le hace imponer contribuciones y ordenar fusilamientos. Vuelve a Mendoza. Una tarde, en la puerta del cuartel de la *Cañada*, recibe la noticia del asesinato de Villafañe por los unitarios[1]. Hace llamar a los presos recientes, que llegan contentos, imaginándose ya libres. Cruza la calle, extiende su poncho en la acera y se sienta. Hace sentar a los oficiales y formar en fila a los veintiséis presos. Con la voz hecha pedazos por la ira, les refiere a los oficiales el asesinato de Villafañe y les recuerda cómo los unitarios fusilaron a Dorrego y a Mesa y a sus oficiales prisioneros después de La Tablada y pusieron cadenas a su anciana madre. Ahora la van a pagar. ¡Un piquete! Los presos, que han comprendido, se agitan con desesperación. Unos claman misericordia; otros ruegan por un confesor. Facundo, justiciero, sombrío, silencioso, se levanta con calma, recoge su poncho, se pone al frente del piquete y ordena: *¡fuego!*



General José B. Villafañe colaborador de Quiroga

Rosas en San Nicolás

Rosas llega al campamento de San Nicolás en abril. El ejército está instalado en la bajada de *Cariaga*, sobre el río Paraná, a media legua de la ciudad. Rosas se ha detenido unas diez leguas antes, en el arroyo de *Las Hermanas*. Un atardecer, aparécese en el campamento, de incógnito. Advertido por la tropa es llevado en brazos, entre exclamaciones de júbilo. El general Balcarce pronuncia una alocución. Rosas le contesta. Gritos, música y tambores. Luego conversa con los jefes y se conviene en que al otro día se presentará ante el ejército.

Es muy temprano. Las tropas forman en orden de parada. Rosas se exhibe de chaqueta desabrochada y bombacha, gorra de cuartel con funda de hule y en ella una gran divisa punzó con el lema *¡Federación o Muerte!* Lleva alrededor de la cintura un poncho, del que sobresale el cabo de un puñal. Sobre el poncho se ha atado las boleadoras, que sujetan un rebenque. Ni espada ni galones. Con esta indumentaria de estanciero, de gaucho decente, ha querido, sin duda, complacer a los soldados. A su llegada, salvas de cañón y vítores. La infantería descarga sus fusiles a medida que él pasa. Rosas recibe después a los jefes y les hace regalos.

Se instala en una casita que dista del campamento una legua. Todos los días va a San Nicolás y por las noches al cuartel general. Conferencia con los jefes y se retira a las doce con su comitiva. En el trayecto, diviértese en lanzar su caballo a la disparada. Los demás deben seguirlo, y, como el campo está agujereado de vizcacheras, sus acompañantes ruedan y a veces se lastiman, mientras él, el más *de a caballo*, cae siempre en pie. Allí le llegan los informes de los últimos triunfos de Quiroga y de la maestría gaucha con que López va venciendo a Paz. Lleva a las disciplinadas huestes enemigas de un lado al otro, cansándolas. Muchos soldados de Paz desertan. Rosas, informado de que una escuela de niñas va a ser clausurada por falta de dinero, la dota de su peculio. Anotemos el pormenor, pues los unitarios le acusarán de odio a la cultura.

Allí se entera Rosas de que Lavalle ha vuelto al Uruguay de-



Bandera del 2º Batallón de Patricios



El general Paz cae prisionero en Santa Fe

rrotado, después de su segunda invasión a Entre Ríos. Ha sido llamado por Fructuoso Rivera, presidente de la República Uruguaya, y en seguida ha empezado a reclutar gente. Poco después sabrá Rosas que el tenaz Lavalle reúne hombres por el *Sandú* y que piensa pasar a Entre Ríos.

Primeros días de mayo: el ejército parte hacia el norte, para incorporarse a las tropas de López. Cruza el arroyo *del Medio* y entra en la provincia de Santa Fe. Rosas se establece, con su comitiva, junto al arroyo *Pavón*, sobre una altura próxima a la orilla. El ejército va a marchar hacia Córdoba, cuando llega un chasque de Santa Fe. Sensacional noticia: Paz ha caído prisionero. ¿Cómo ha ocurrido eso? Paz, *el general científico y a la europea*, viéndose vencido por la táctica de López, intentó imitarlo. Disfrazó de gauchos rotosos a sus hombres. En cierta ocasión en que se apartara de su gente, creyó reconocer a los suyos en un grupo de soldados harapientos. Cuando advirtió su error, quiso huir. Pero un soldado de López lo boleó y lo bajó del caballo[2]. Ahora está preso en Santa Fe, en el edificio de la Aduana. Algazara en el ejército federal. No conciben nada tan ridículo. Suponen que Paz no sabe andar a caballo, y esto, que les parece inferioridad en cualquiera, es grotesco en un general. Paz queda desprestigiado ante el gauchaje.



El general Paz en su prisión de Luján, trabajando

Con su prisión se da por terminada la guerra. Lamadrid, llamado a Córdoba, gobierna unos días. López se dirige hacia esa ciudad, y Lamadrid, después de haber recogido la platería de que eran dueños los unitarios, huye a Tucumán. El ejército de Buenos Aires, incorporado al de López, entra en Córdoba.

En Buenos Aires hay gran contento por la prisión de Paz. "La patria es libre y será feliz", dice *El Lucero*. Sábese que López lo trató con sobria amabilidad: le ofreció cigarrillos y mate, y le dió el mejor asiento y lo convidó a su mesa y a descansar en su birloche. Años más tarde se casará en la prisión. En sus *Memorias* sólo se queja contra el ministro *Domingo Cullen*, quien, por medio de otros, hacíale creer que lo dejaría evadirse, para después frustrarle sus tentativas. A Rosas le escribe: "He sido tratado con humanidad, y aun generosamente, por el señor general López".

De acuerdo con la lógica de los tiempos, impuesta por los unitarios, Paz debió ser fusilado. Sin embargo, ni López ni Rosas vengan en él a Dorrego, cuya muerte aprobó. Durante esos días, *El Lucero* tendrá este permanente de dramática elocuencia: *Carta de Paz a su madre:* "No tenga usted cuidado, porque he merecido del señor general y de los otros jefes consideraciones muy satisfactorias". *Carta de Dorrego a su esposa:* "Me intimaron que dentro de una hora debo morir, ignoro por qué. Perdono a todos mis enemigos". La historia oficial considera como asesinos a los federales y como nobles y puros a los unitarios, inclusive a Juan Lavalle, al cual ha absuelto y glorificado.


Coronel Corvalán, edecán de Rosas

Rosas continúa junto al *Pavón*. Durante meses, hasta que el ejército regresa de Córdoba, no se mueve de allí. Tanto él como su secretario Maza y los demás de su séquito, viven en carretas que han sido desmontadas de sus ruedas. Rosas está enfermo, y su mal debe ser de importancia: come una vez al día, a eso de las dos de la noche, pero bebe incesantemente leche, que tiene en una tinaja, junto a su mesa. Su carreta está a cuatrocientas varas de las de su secretario y ayudante, y no sale de ella sino para ir a su despacho de gobernador, instalado en una tienda. Su asiento es una descarnada cabeza de vaca.

Impone a los hombres de su séquito una vida durísima. Ninguno tiene ordenanzas y cada cual debe cortar su ración de carne –única comida– y cocinarla. No les permite montar a caballo, y las monturas permanecen almacenadas. Esta prohibición la ha establecido para cuidar a los caballos, tan indispensables en las guerras de entonces. Iriarte refiere –sin explicar los motivos de Rosas y con el fin de ridiculizarle– que, habiéndole alguien pedido permiso para pasear el 25 de Mayo, le contestó: "Ni pensarlo. Es preciso cuidar mucho los caballos. Más fácil es que me deje dar cien azotes que permitir que se monte un solo caballo". Y es que su escasez empieza a asumir proporciones graves. De ella se le queja a Anchorena, lo mismo que de la falta de dinero. Ha pedido cincuenta mil pesos y no se los mandan. "Sin que sea preciso buscar milagros, creo que podrían habérseme proporcionado. Prueba de ello es lo que ustedes y don Victorio han podido reunir en secreto. . ." Así, en medio de escaseces y ayudado por el desprendimiento de sus fieles, organiza Rosas un gran ejército.

A la oración, rosario obligatorio, dirigido por el general *Corvalán*, guerrero de la Independencia y edecán del Gobernador. Las primeras horas de la noche las pasa Rosas en conversación con el secretario y con los jefes, alternadas por las burlas en que intervienen los bufones. También trabaja de noche. Se acuesta muy tarde y se levanta muy temprano.

Uno de sus dos bufones, don *Eusebio de la Santa Federación*, como Rosas le llama, es un mulato chiflado, que se dice descendiente de los *Incas*. Ha sido soldado de la Independencia. Peón de los *Ezcurra*, se instaló en la casa de Rosas después que *Encarnación* se casó. Es muy gracioso y hace reír a Rosas y a sus visitantes y también es bastante pillo. Por aquellos días Encarnación le escribe a su marido: "No le des largas al loco Eusebio, porque cada día me cercioro que es loco de conveniencia o un solemne bribón". El otro, *Juan Bautista Biguá*, que ahora tiene

veintidós años, sólo sirve para cebar mates. Esclavo de Rosas, él le dará carta de libertad en 1836, como hizo con su madre y sus hermanos. Biguá también tiene sus gracias, pero son más burdas que las de don Eusebio. Suele usar un hábito sacerdotal, por lo que Rosas le llama *Su Paternidad*. Una noche, estando Rosas con los jefes, alguien golpea las manos. A la pregunta de Rosas, contestan: "Soy el Excelentísimo señor Gobernador". Rosas se levanta, abre la puerta y aparece don Eusebio, en patas, de galera y bastón. Rosas se inclina en tiesas reverencias. De pronto, finge advertir las risas de los otros, los mira, se demuestra asombrado, fija los ojos en el bufón, exclama: "¡ Conque eras vos, don Eusebio! " y lo echa a puntapiés.



Caricatura de Biguá el bufón preferido de Rosas

Más obras religiosas

Rosas prosigue, durante este año 31 y el siguiente, su política y obra religiosas. En enero, ha puesto en el cargo de Vicario al obispo *in partibus infidelium* de Aulón, doctor Mariano Medrano: hecho importante, pues hace muchos años que la sede episcopal está vacía. Rosas no realiza un acto de regalismo: el obispo de Aulón había sido nombrado Vicario, años atrás, por el Nuncio de Su Santidad, que pasaba para Chile, si bien el beneficiario no llegó a ocupar el vicariato.

Por los mismos días, Rosas encabeza, con dinero y ganado, una suscripción para restaurar el santuario de *Luján*. Inténtase una manifestación de gratitud, que él prohíbe, como las ha prohibido en otros pueblos, sin dejar de seguir ayudándolos. Ha enviado a San Antonio de Areco una misión franciscana, para casar, bautizar y confesar a la gente de la comarca. Destina a los curatos de la campaña los frailes secularizados en tiempos de Rodríguez y Rivadavia y que gozan de una pensión sin hacer nada. Más tarde, deroga el decreto *rivadaviano* por el cual, pretextando razones de higiene, se prohibían las misas de cuerpo presente. Y a principios del año próximo pedirá con insistencia, al Vicario de Córdoba, cinco sacerdotes para los curatos de las nuevas ciudades; y encabezará las suscripciones para el templo de San José de Flores con doce mil pesos de sus sueldos y setecientos de su peculio particular.



Don Eusebio de la Santa Federación, otro de los bufones de Rosas

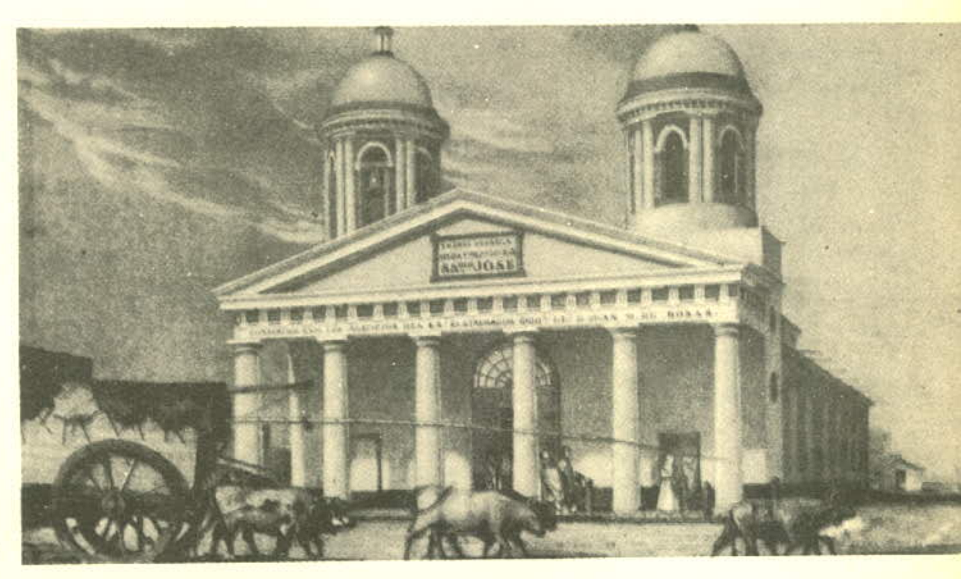
Pero nada tan importante como su decreto sobre las escuelas. Ya ha empezado la infiltración del *protestantismo* en la ciudad, que se está llenando de ingleses. Hay escuelas de niñas cuyas maestras son protestantes, y algunas profesoras protestantes enseñan en casas de familia. El decreto de Rosas exige al que quiera

establecer una escuela- justificar su moralidad, religión y suficiencia. Los directores, maestros y ayudantes deberán ser reputados públicamente por *católicos* y destinar los sábados a la enseñanza del catecismo de Astete. Si en alguna escuela no se cumplen estas condiciones, será cerrada.

Rosas es un entusiasta catequista. En la carta a Quiroga en que le envía una copia del tratado del Litoral, le dice: "La consideración religiosa a los templos del Señor, a sus ministros, conviene acreditarla. Antes de ser federales éramos cristianos; y es preciso que no olvidemos nuestros antiguos compromisos para con Dios". En la Argentina, ni antes ni después, jamás un gobernante ha hablado así.

Fin de la guerra y adhesión al Pacto federal

Va terminando la guerra. López y Balcarce entran con su ejército en Córdoba, el 1º de junio. Quiroga, en las provincias de Cuyo, prepara su partida a Tucumán: quiere batir al gobernador Javier López y a Lamadrid. El unitario Javier López, que el año anterior fusiló sin proceso a cuatro jefes, un capitán y veinticinco soldados y ciudadanos, había pedido al gobierno de Buenos Aires la entrega *del famoso criminal Juan Facunto Quiroga.* Pero más que de él, Facundo quiere vengarse de Lamadrid, que incitó a López a ese pedido; que puso cadenas a su madre y desterró a su mujer y a sus hijos; que se apoderó de sus dineros, escondidos



Iglesia San José de Flores

bajo tierra en La Rioja. Y un día de ese invierno de 1831, emprende, para encontrarse con Lamadrid, una marcha de trescientas leguas por comarcas desiertas en donde no hay agua.

Las provincias comienzan a adherir al *Pacto Federal.* Una de las primeras es Córdoba, a la que gobierna el coronel José Vicente Reinafé, elegido por influencia de Estanislao López. Entre agosto, setiembre y octubre, se adhieren Santiago del Estero, La Rioja y las tres provincias de Cuyo. Al año siguiente lo harán Catamarca, Tucumán y Salta. Observemos cómo Rosas va uniendo a las provincias mediante un tratado, un acto legal, mientras Paz unió a nueve provincias mediante la violencia.

Rosas permanece en el arroyo Pavón. El 9 de julio el ejército de reserva, que allí acampa, celebra la fiesta patria. El Gobernador dirige a las tropas una proclama que empieza así: *¡Dulce Patria, salud!* . Misa al raso y tedéum. Las divisiones rezan el rosario en voz alta y luego el *Alabado Sea el Santísimo Sacramento.* A las seis de la tarde comienza el banquete, al que asiste Rosas. Dos largas horas de jovialidad y camaradería. Abundantes brindis. Rosas dice que quien allí se encuentra no es el Gobernador, sino



Soldados de Rosas, entreteniéndose durante un descanso

Juan Manuel de Rosas, *miliciano de la provincia de Buenos Aires*. Alguien le brinda como al Gobernador, y él contesta: "¿dónde está? Aquí no hay más que patriotas y hermanos, federales defensores del orden y de las leyes". A las ocho concluye la fiesta, y todos los concurrentes, entusiastas de júbilo, acompañan a Rosas hasta su tienda.



Neceser de campaña de Rosas

A mediados de agosto, la Sala le acuerda el grado de brigadier general, que él no quiso aceptar el año 29. Un mes más tarde, el ejército de Balcarce llega a Buenos Aires. Rosas debe permanecer en el arroyo Pavón, porque ha de entrevistarse con Estanislao López y hablar con él largamente. Contesta el 12 de octubre, aceptando el grado de brigadier. Una semana antes, López ha vuelto a Santa Fe. Ha llegado el momento de que los viejos amigos se encuentren otra vez. Y el 22, Rosas parte a la Villa del Rosario.

Rosas sigue un poco enfermo y muy malhumorado. Prevé que sus próximos días no serán de felicidad ni de sosiego. Ha escrito que por necesidad tendrá "que dejar la tierra y en ella los más caros objetos de su alma". ¿Teme a la muerte? Más bien una ausencia del país, con la que quiere asustar a sus amigos. Y Encarnación tampoco está bien: "un mal de ánimo" la inutiliza.

Un motivo de malhumor es la falta de dinero. Amigos de la comarca le han prestado sus onzas para seguir la guerra y comprar caballos. No puede regresar a Buenos Aires sin devolver esos dineros. No le mandan los recursos que ha pedido. Como Anchorena le llama con urgencia, diciéndole que si no va en seguida expone al país a grandes males, él escribe a Terrero: "No puedo moverme por falta de fondos para dejar bien puesto mi crédito particular". Habla de su posición desesperada, y agrega: "El crédito es lo único que conservaré después de esta gran borrasca, y no es posible perderlo".

Otro motivo de mal humor: los unitarios y sus "padrinos". A Anchorena: "Estoy cansado, aburrido, acobardado, desesperado y no sé si enfermo; ya no puedo más. Sufriré solamente hasta que desaparezcan esos restos de unitarios abrigados en Tucumán". Al mismo, días antes, le declara que, al ver a los unitarios tan obstinados y cómo emplearon la libertad que él les dio, ha resuelto "no aflojar con ninguno de los que hay sueltos o se prendiesen". A uno de sus fieles: "el que no sea federal, aunque sea amigo del Gobierno y honrado, es delincuente, enemigo de la quietud pública". A Balcarce: "Me tienen caliente las indecencias de esos hombres feroces, y créame que si yo pudiera proceder, como son mis deseos y como debe procederse con ellos, ya estarían pulverizados".

Pero algunos federales no lo dejan. Ahí está su ministro Gar-



Retrato de Juan Manuel de Rosas, en un acto de jurar lealtad a la bandera

cía, que acaba de renunciar y que le escribe lamentando las prisiones y los destierros, afirmándole que la mayoría de los presos no han conspirado y reprochándole el consentir en los deseos de ciertos amigos y en querer "acreditarse así con la multitud", en usar de las persecuciones "como un recurso para levantar el espíritu y el entusiasmo de las masas". Y no hay unitario que no tenga su padrino entre los federales de categoría. Así se lo dice él a Balcarce y a su fidelísimo Vicente González. "Esta patria, amigo don Vicente, se ha de perder; sí, ella será víctima de nuestra miseria". °Y como su amigo se interesa por un desertor, le agrega: "Pídame usted una pierna y me verá cortármela; pero no me pida gracia por ninguno de los mocitos engreídos unitarios que, al citarlos para marchar a campaña, desertaron y se fueron al Estado Oriental". Y este interés de ciertos federales por tal cual preso le hace prorrumpir en exclamaciones desorbitadas en una carta al ingenuo de Pedro Burgos, que suele escribir de igual manera: "¡ Dios Santo! ¿Hasta cuándo queréis castigar a esta tierra? ¿Por qué no alumbráis a los federales por el camino de la gloria verdadera? ¿Por qué consentís en ellos tanta miseria, tanta debilidad para perjudicar la marcha única que debe seguir la autoridad legal para afianzar las leyes y librar la tierra de tiranos feroces? ".

Entrevista con López

¿De qué tratan López y Rosas en sus conversaciones en la Villa del Rosario, que duran una semana? De la oportunidad de organizar el país. Es extraño que los tres grandes caudillos federales –Quiroga, primero, López ahora y dentro de un año Ibarra– se interesen tanto ante Rosas por un congreso y una constitución . A los tres él los convence de su error, por un congreso y una constitución. A los tres él los convence de su error, lo cual prueba su poder sobre los espíritus. El congreso no será convocado, y ellos no dejarán de seguir siendo sus amigos y casi sus vasallos.

López recuerda todo lo que tiene hecho en favor de la organización nacional. Considera haber llegado el momento de que los votos de los pueblos se cumplan, de que los pueblos salgan "de la miseria en que están sumidos". Ya existe una Comisión Representativa, creada por el Pacto del Litoral. Son cuatro diputados. ¿Por qué no invitar a las demás provincias a que envíen sus representantes a Santa Fe? Así se tendrá un verdadero Congreso Nacional.

Fonda característica en las regiones de frontera



Pero Rosas no está de acuerdo: "No es tiempo de constituir el país, y es preciso, compañero, que prescindamos de la Comisión Representativa". A Quiroga le comunica haberle dicho a López que la Comisión Representativa, de acuerdo con el artículo 15 del Tratado del Litoral, no tiene ya objeto; en lo que le sobra razón, porque ese artículo estatuye que la Comisión durará "mientras no se establezca la paz pública en todas las provincias", y la paz es ahora un hecho indiscutible. Rosas teme que la permanencia de la Comisión se preste al juego de los unitarios, a sus intrigas, y a que la discordia suceda a la armonía. López ha quedado estupefacto al oír a Rosas, y así se lo escribe en noviembre a Quiroga: "No se ha separado de mí el estupor que aquellas palabras causaron en mi ánimo; lo primero que se me ocurrió, en aquel desagradable momento, fue que ésta causaría más males a la República que los que han originado los unitarios mismos". La actitud de Rosas significa una catástrofe para las provincias, que no tienen casi rentas porque el único puerto importante de la República es Buenos Aires. López quiere —así entiende el Federalismo— que las entradas del puerto sean nacionales, que se repartan entre todas las provincias. No hacerlo es condenar a casi todas a la miseria y al hambre. López queda triste. Probablemente cree que su amigo lo ha estado engañando. En realidad, Rosas no le ha dicho las verdaderas razones por las que no quiere constitución. No puede decírselas. López tal vez no sienta en adelante tanto afecto por don Juan Manuel. Y como no conoce hasta dónde llega su poder, cree posible entenderse



Casa de Vicente González "El Carancho de Monte"

para sus deseos con las demás provincias. Y se va a su capital, desengañado –*desabrido*, dice Iriarte–, pero con alguna esperanza.

¿Por qué Rosas no quiere congreso ni constitución? El tiene el egoísmo del porteño frente a las provincias. Una constitución significaría la igualdad entre los Estados y él quiere el dominio de Buenos Aires y su propio dominio personal. Pero no sólo por ansia de poder. Lo quiere también porque teme a la reacción unitaria. Paz está preso, pero Lavalle y Agüero están libres. Quiroga le ha escrito, desde San Juan, que los unitarios pueden volver, pues en esos "países son mucho más activos que los federales". Rosas está convencido de la necesidad del poder fuerte y de extender a las provincias el que ejerce en Buenos Aires. Una constitución no lo permitiría. Establecería gobiernos sin fuerza y los unitarios los derrocarían. Piensa que el país está constituido de hecho; o que lo estará pronto, cuando Lamadrid sea vencido y las tres provincias del norte se agreguen a las demás. Aunque no se lo diga a López, también piensa –lo que sabemos por la

carta que un año después escribirá a Ibarra– que el país está constituido de derecho, pues el *Pacto Federal* une a los pueblos jurídicamente.

¿Ha procedido Rosas con hipocresía al firmar, cuando el país estaba en peores condiciones, ese tratado que él mismo propuso según afirma Ferré, y en el que se establece la obligación de reunir un *congreso general federativo*? Pero el Tratado dice que eso se hará cuando las provincias "estén en plena libertad y tranquilidad"; y estas palabras justifican a Rosas porque si ahora tienen libertad, la amenaza unitaria les quita tranquilidad. La intranquilidad exige que el poder se simplifique, que se concentre en una sola mano.



Trabuco "naranjero" de la época de Rosas

Fusilamiento de San Nicolás

Rosas ha pedido a López la entrega de los oficiales de Paz, que han llegado presos a Santa Fe. López consiente, acaso creyendo que el Pacto del Litoral le obliga. Rosas no los ha visto, pero conoce sus nombres. El más importante, el coronel Luis Videla, enviado por Paz a San Luis, derrocó a las autoridades legítimas, se hizo elegir gobernador y cometió iniquidades. Seis de ellos –Faustino Cuevas, Francisco Ramón Campero, Pedro Cuello, Luis Carbonell, Norberto Claro y Angel Altamira– fueron actores en la campaña de la sierra. A Campero los federales le llaman *Cortaorejas.* Rosas los considera grandes criminales. "El que menos –le escribe a su amigo el coronel Pedro Burgos– había sacado los ojos vivos a una porción de federales". Este hecho no es cierto, y Rosas lo dice, no por mentir, sino por natural tendencia a la exageración, pero sí es cierto que algunos de los presos incurrieron en actos de verdadero salvajismo.

Pero el peor crimen, para Rosas, cometido por los presos, es el delito de Estado: el atentar contra el orden, contra la seguridad del Estado. ¿Los hará fusilar a todos? Eso correspondería, según la ley impuesta por los unitarios. Rosas recuerda los fusilamientos de Dorrego y de Mesa, las matanzas en la sierra, el crimen de La Tablada y el reciente asesinato de Villafañe. Las facultades extraordinarias le dan el poder de juzgar y sentenciar. Legalmente, es tan juez como otro. ¿Proceso previo? Los crímenes de esos hombres son harto conocidos. Pero él no fusilará a todos. Medita cada nombre. Y va señalando los que cree más culpables.

El 28 de octubre los presos llegan a San Nicolás. El jefe de las fuerzas tiene orden de fusilar inmediatamente a los designados por Rosas. Son nueve. ¡Dieciocho salvados! Lo horrible es que

entre esos hombres está un niño que acompaña a su padre. Imposible que Rosas haya querido hacerle morir. ¿Por qué? Seguramente ignora la edad de este condenado. Pero no hay posibilidad de preguntárselo. Y la orden es terminante, urgente. Han caído los nueve sentenciados. ¿Ha sufrido Rosas al ordenar su muerte? ¿Le ha temblado la mano? La historia oficial se horroriza de la muerte de estos nueve hombres –único fusilamiento *en masa* que ordena Rosas en veinte años de dictadura– y cierra los ojos ante la matanza de La Tablada, ignora la de la sierra, y se olvida de los doscientos fusilados de golpe por Lamadrid.

No obstante, el fusilamiento de San Nicolás constituye una mancha en la historia de Rosas. A las víctimas, cuando se entregaron en Córdoba, se les garantizó la vida. Nada se remediaba con este acto cruel e impolítico. Lo mismo puede decirse del fusilamiento ordenado, por esos mismos días, en el Salto, de otros oficiales tomados en Córdoba, y culpables de haber intentado sublevar a la guarnición, en diciembre de 1829. Es posible que estas represiones violentas sean exigidas por el pueblo. En su carta a Burgos, del 20 de noviembre, Rosas, después de lamentarse de la cantidad de "padrinos" que tienen los unitarios presos entre los federales distinguidos, añade: "No ha habido hasta ahora ningún hombre pobre que me haya importunado pidiéndome por ningún unitario; por el contrario, si se empeñan es para desear que los ahorque".



Tambor del 2º Batallón de policía de Buenos Aires

Rosas en Buenos Aires

Terminadas las conferencias con López, Rosas vuelve a Pavón; y días después, a Buenos Aires. Viaja en su carruaje, enfermo. En el trayecto, gran noticia: Quiroga ha destrozado a Lamadrid en la *Ciudadela*, cerca de Tucumán. Lamadrid ha huido a Bolivia. Quiroga ha hecho su edecán de un coronel adversario y permitido a la mujer de Lamadrid ir a reunirse con él. Pero, en represalia de *La Tablada*, ha fusilado a algunos oficiales de Paz. Iriarte considera a Paz culpable de este fusilamiento, por no haber dado satisfacción a Quiroga a raíz del crimen de Tablada; y acusa de hipócrita a Paz, "que hacía acalorar a sus jefes, para que fusilaran a los presos".

Rosas llega el 4 de diciembre, después de más de siete meses de ausencia. Arcos triunfales, salvas, parada militar, y una multitud en la calle y plaza de la Victoria. Pero el pampero destruye arcos y adornos y la gente se refugia bajo los soportales del Cabildo. Después de las seis, precedido por oficiales a caballo, pasa

don Juan Manuel con sus ministros, en una inmensa *sopanda*, con aspecto cansado y enfermo. Descargas por la artillería del Fuerte. Campanas en las iglesias. Galopar de caballos. Vítores frenéticos. Y viento y arena. El se queda con el fuerte con sus ministros, después de despedir a los funcionarios, jefes del ejército y amigos. Pero el pueblo lo espera. Y cuando sale lo acompaña hasta su casa, cuyos grandes patios y habitaciones son invadidos por la multitud.



Facsímil de una tarjeta con loas a Rosas

Durante varios días, se publican versos en su honor. El no ha combatido, pero ha organizado la victoria. Llámasele el *Washington del Sur.* El 8 de diciembre, en que reasume el mando, da una proclama. Se excusa de haber hecho la guerra: no había otro partido que elegir. Incita al trabajo, "sin el cual se corrompe y desmoraliza la sociedad y el pueblo se precipita a la esclavitud por entre la miseria y los crímenes". Anuncia su futura campaña del desierto: "Es preciso que se acaben para siempre esas incursiones de los indios, que por tantos años han retardado los progresos naturales del país". Cuenta con el apoyo pecuniario de todos, y, si no lo obtuviese, "cumplidos como están –continúa– los compromisos que contraje en los días del peligro, y cerrada mi carrera pública, nada me impedirá volver a la paz de mis campos y a las sencillas labores en que me he ejercitado siempre y que formarán la preciosa ocupación del resto de mis días".

Mediados de diciembre: llega el parte de Quiroga sobre su triunfo. Y otra buena noticia para Rosas, aunque de diverso carácter: la *Sociedad Real Jenneriana,* de Londres, le ha nombrado Miembro Honorario y le ha enviado un diploma, "en obsequio de los grandes servicios que ha prestado a la causa de la humanidad, introduciendo, con el mayor éxito, la vacuna entre los indígenas del país". Sus enemigos y los levitas de la historia oficial hablarán de su ausencia de todo sentimiento humanitario. . . .

Campaña contra las facultades extraordinarias

Por los mismos días, *El Clasificador* o *Nuevo Tribuno* realiza una campaña contra las facultades extraordinarias. Su redactor, don Pedro Feliciano Sáenz de Cavia, hombre culto y distinguido, es el mismo federal ferviente que el año anterior habló en la Sala en favor de esas facultades. Mes y medio atrás, ha presentado a la Sala una moción para que el Poder Ejecutivo informe sobre el grado de seguridad existente en la Provincia. Ataque indirecto a las facultades, es rechazado. Ahora publica su discurso del 23 de noviembre; y como es largo, y el periódico muy pequeño, su re-



Plato perteneciente a Rosas

producción dura cerca de tres meses. Cavia, además, inserta artículos tendenciosos. En uno habla de "la necesidad que tiene el país de que todo entre de nuevo en la senda constitucional". Y con negra intención reproduce párrafos de libros, con estos títulos: *Dictadura, Tolerancia, No hay patria sin Libertad, despotismo.* Hay, pues, libertad de opinión. Querer quitarle a Rosas –a ese militante de la legalidad– las facultades extraordinarias, es querer quitarle el Poder. Sin embargo, nada le ocurre a Cavia, si bien *El Lucero* y *La Gaceta* lo atacan duramente. Cavia sigue en el Partido Federal, y en su periódico publica *comunicados* de ardiente y aun de fanático federalismo.

Asombra, a un siglo de distancia, la incomprensión, la ingenuidad de los federales que consideran desaparecido todo peligro para su causa a fines de 1831 y principios del 32. Hace apenas tres años del fusilamiento de Dorrego; dos, de las matanzas en Córdoba; unos meses, de la invasión de Lavalle a Entre Ríos; unas semanas, de las ejecuciones de San Nicolás, y unos días de las de Tucumán. El país entero está ensangrentado. ¿Cómo se conformarán? Hay calma en la Provincia porque gobierna Rosas con facultades extraordinarias. Pero no la hay en la Banda Oriental. Los años le darán la razón a Rosas. De allí vendrán todas las guerras y revoluciones, pues aun las que estallen dentro de la Confederación Argentina, serán ayudadas o fomentadas por los emigrados en Montevideo.

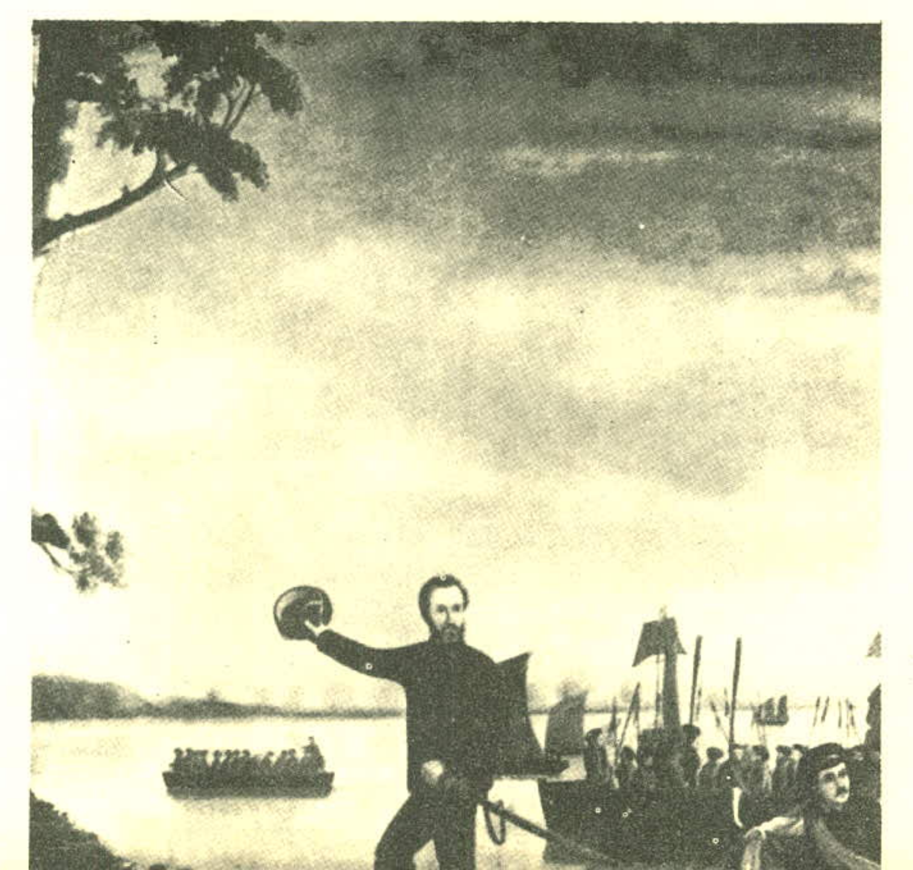
En enero del 32 nace *El Cometa.* En su primer número examina el estado político y social de las provincias para demostrar que no están en condiciones de formar parte de la confederación. A Rosas, que cree haber fundado la Confederación, eso le desagrada tanto como las ideas de Cavia; y el 29 de enero ordena la suspensión de los dos periódicos. Rosas, que tanto trabajo ha tenido para lograr la unidad del país, no quiere permitir que ideas de división circulen libremente, que esos periódicos pongan en peligro su obra. Pero se contenta con impedir que sigan distribuyendo su antipatriótico veneno y con dictar un decreto sobre la prensa. Y es tanta su benevolencia, que nombrará a Cavia, cuatro meses más tarde, Encargado de Negocios en Bolivia.

Cinco días antes de la suspensión de los periódicos, ha llegado una trascendental nota de Quiroga. Ha firmado la paz con Salta: jefes y oficiales podrán exiliarse voluntariamente, y el gobernador de Salta deberá ser un federal neto. La guerra ha terminado en absoluto. Rosas dispone que los cañones del Fuerte anuncien el glorioso acontecimiento, y, considerando que el tránsito de la guerra a la paz "es, por excelencia, el más digno de las congratu-

laciones de todos", decreta fiestas religiosas, en acción de gracias a Dios Nuestro Señor.

Pero sigue enfermo. Se hace representar por el ministro Balcarce en la misa y el tedéum. Su salud, según los términos del decreto, "se encuentra desfallecida". Tanto que, pocos días después, delega el mando en los ministros García y Balcarce. El ministro Anchorena ha renunciado en días anteriores, también por causa de salud. ¿Cuál es el mal de Rosas? Su casi exclusiva alimentación láctea en Pavón hace creer en alguna enfermedad del estómago o de los intestinos. Un mes permanece alejado del poder.

Durante su ausencia sábese que un barco de los estados Unidos ha atacado las islas Malvinas. Sus tripulantes han incendiado algunas casas y se han llevado prisioneros a varios argentinos. Esta piratería es apañada por el Encargado de Negocios de los Estados Unidos. Meses más tarde, el ministro de Inglaterra, invocando derechos inexistentes, y aprovechándose de la ausencia de su colega americano, que pidió sus pasaportes, afirmará que esas islas son inglesas. El gobierno argentino se conduce altiva y enérgicamente ante los yanquis usurpadores y piratas; lo mismo que ante la impertininencia de los ingleses, los cuales, al alegar derechos que no tienen, sólo pretenden preparar el golpe que realizarán más tarde[3].



Desembarco de Lavalle en Entre Ríos



De Pridiliano Pueyrredón: Un alto en el campo

De como Rosas logra la unidad del país

En los comienzos de 1832 ya no hay disensiones dentro del territorio argentino. Si algunas quedan son meramente ideológicas, y Rosas, con su dialéctica cerrada, las destruirá a su tiempo. Las provincias reconocen a Juan Manuel de Rosas como el primer magistrado de la Nación. Por el Pacto Federal —todas han adherido— el gobernador de Buenos Aires ejerce la dirección de las Relaciones Exteriores y el mando de todos los ejércitos. Es, pues, un jefe supremo, un presidente de la República, aunque no tenga este título.

Para suprimir toda disidencia de ideas, y también por exigencia religiosa, Rosas prohibió funcionar a la *Masonería.* No se ha encontrado ningún documento que lo pruebe. Pero tal resolución debe deducirse de unas palabras de Lucio V. Mansilla, en su libro *Memorias.* Cuenta que una vez, al levantar la tapa de uno de los brazos del gran sofá del comedor de su casa, encontró allí las insignias masónicas de su padre. No cabe dudar de que el marido de Agustina Rosas, que años antes había sido liberal, las tenía escondidas, y esto no puede justificarse sino por el hecho de que Rosas, su hermano político, hubiese decretado la supresión de las logias. Esta actitud de Don Juan Manuel explica también el feroz encono con que los *Hijos de la Viuda* combatieron y combaten su obra y su persona.

Pero el país también está unido por la adhesión de los ciudadanos al sistema federal. Salvo en la ciudad de Buenos Aires y

en una que otra provincia, ya no hay unitarios confesos; y los pocos que no aceptan el poder de Rosas emigran a Montevideo. En el país entero dominan los federales, y la República entera ha elegido la forma federal.

El país está organizado de hecho. ¿Qué falta para que lo esté de derecho? Un congreso y una constitución. Pero Rosas no aspira a que imitemos a los Estados Unidos, como quería Dorrego. En el federalismo que acaba de crearse lo único nacional son las relaciones exteriores y la dirección de la guerra. Cada provincia tiene su ejército y se rige por sus propias leyes e instituciones. El país se ha organizado de hecho en una confederación de estados estrictamente autónomos y en cierto modo semi-independientes. Este federalismo –conviene repetirlo– se parece al de *Pi y Margall* y otros republicanos españoles, quienes, años después que Rosas, pretenderán hacer de su patria un estado en el que cada región –Castilla, Vasconia, Cataluña– se rijan por sus propias leyes e instituciones.

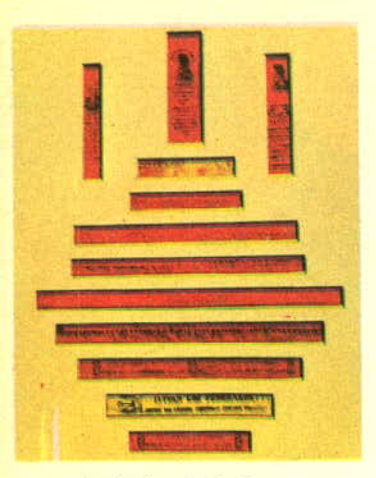


Diploma de honor a los mejores alumnos, que se distribuía en ocasiones especiales y con grandes festejos

¿Cómo ha logrado Rosas la unidad del país? No por la fuerza. El temor a los unitarios ha traído la unión de las provincias y el reconocimiento del poder de Rosas. Pero también ha obrado la habilidad del Restaurador. Durante dos años y medio ha discutido. Por medio de centenares de hilos –sus cartas– ha atado a los gobernadores de las provincias, ha dominado a esos señores feudales. Ha creado la Confederación Argentina en mucho menos tiempo que Luis XI creó la Francia, y sin los procedimientos inmorales que empleó el gran monarca francés para destruir el feudalismo.

Conocemos algunos de sus recursos para mantener la unión entre los federales: el constante recuerdo de Dorrego, la palabra Federación. Ahora ha encontrado otro: *la divisa punzó.* Singular ocurrencia, revela su conocimiento de los hombres. Los que pertenecen a una causa combatiente y combatida gustan de exhibir algún signo de su fidelidad. Un distintivo es un modo de unificar a los espíritus y de clasificar las opiniones. La *divisa punzó* nació en el año 29, durante la campaña restauradora. La llevó el ejército en el desfile del 17 de marzo de 1831, antes de partir hacia el norte; pero pocos particulares la usaban. En el tedéum del 27 de enero, a la salida, mucha gente adórnase con ella. Al rato, muchos federales, entre ellos varias mujeres, recorren las calles con la divisa y gritando: *¡Viva la Federación!* . Una semana después, Rosas la impone por decreto.

¿Qué razones da? Se adelanta a la objeción de que su uso podría ahora juzgarse innecesario y hasta odioso, asegurando, después de invocar "la experiencia de lo pasado", que el distintivo



Insignias de la época

"no será una señal de división y odio, sino de fidelidad a la causa del orden y de paz y unión entre sus hijos bajo el sistema federal". La divisa les recordará los bienes que ha traído el sistema "y los desastres que fueron siempre el resultado de haberlo abandonado", y los hará que "se afiancen en él y lo sostengan en adelante, con tanto empeño como la misma independencia nacional".

¿Quiénes deben usar ese "distintivo color punzó, colocado visiblemente en el lado izquierdo, sobre el pecho, con la inscripción: *Federación*"? El decreto incluye a "todos los empleados civiles y militares, incluso los jefes y oficiales de milicia; los seculares y eclesiásticos que por cualquier título gocen de sueldo, pensión o asignación del tesoro público; los profesores de Derecho con estudio abierto, los de Medicina y los practicantes de estas dos facultades, procuradores, corredores y todos los que recibiesen nombramiento del gobierno". Los militares deberán llevar en la divisa las palabras *Federación o Muerte.*

Con este decreto, Rosas somete a los argentinos bajo su fuerte garra. Hasta los escolares tendrán que usar el distintivo. ¿Desea él sinceramente que la divisa no sea señal de odio y de división? No cabe duda. Lo prueban sus actos de benevolencia, sus palabras contra la guerra, su resistencia a las persecuciones a que sus amigos quieren conducirle. Está en su interés que desaparezcan los odios. Pero los unitarios, que los iniciaron con el motín de Diciembre y el fusilamiento de Dorrego, no están dispuestos a abandonarlos. Rosas quiere la unión en la obediencia a las autoridades y en el respeto del orden; en el sometimiento a la disciplina social, tan necesaria para un pueblo levantisco e individualista como es el nuestro por esos años. Pero no quiere odiar ni ser odiado, ni quiere la división ni la guerra. Como todos los grandes estadistas, aspira a la unión perfecta entre los argentinos. Acaso por esto usa tanto la palabra *compatriota*, que nosotros sólo dirigimos al argentino ausente, o, si estamos ausentes, al que vive en la patria. Y como los grandes estadistas y creadores de las naciones, eliminará o aplastará implacablemente a los que fomentan las discordias.

Pero no basta todo eso para unir a los argentinos, para acercar a las diversas clases. Hace falta un ideal exaltado, y Rosas lo encuentra en la *Federación.* Es error creer que esta palabra traduce sólo un sistema de gobierno. Abarca muchas cosas: el amor fanático a nuestra tierra, el apego a nuestras viejas costumbres, la simpatía hacia lo gauchesco, el desdén a lo extranjerizo, el culto exaltado de la patria, el sentido de lo popular. Su carácter excesivamente vernáculo impide a la Federación ser entendida por



José María Velázquez y sus ayudantes en la escolta de Rosas

ciertos señorones instruidos del Partido Federal, "los hombres de las luces y de los principios", como les llama Rosas con desprecio, que no tardan en abandonarla y traicionarla.

La religión y el culto son elementos de unión. Rosas, por su obra restauradora de la Iglesia, se ha atraído la adhesión de los creyentes y del clero. Los hombres de orden, los estancieros, los comerciantes, los industriales, hartos de tanta anarquía y temerosos de las revoluciones que anuncian los unitarios, también están con él y con la Federación.

Dentro del panorama social de la época, los indios ocupan un importante lugar. No sólo hay indios en los toldos. Muchos viven en territorio del gobierno, y otros vienen a la ciudad a vender sus productos; y hasta hay en Buenos Aires *corralones de indios,* que son algo así como el *caravansêrail* del Africa y del Asia, en donde los hijos de los pampas, que llegan a la ciudad en verdaderas caravanas, se alojan con sus caballos y sus cargamentos. Rosas cuida su amistad con los indios. Se escribe con *Catriel, Cachul, Coñuepán* y otros. Woodbine Parish, que fue ministro de



Candombe federal. Baile en los suburbios

Inglaterra, testimonia una escena sorprendente. He aquí en Buenos Aires una gran comitiva de indios con sus mujeres y sus hijos. Algunos se enferman de viruela y son abandonados por sus parientes. El gobernador Rosas visita a uno de los viejos caciques, atacado por el terrible mal. Ante el asombro de todos, les muestra una cicatriz en el brazo y les explica que eso le permite acercarse al enfermo sin peligro. Se vacunaron en seguida ciento cincuenta indios, entre ellos Cachul y Coñuepán. A este último, al comunicarle el fin de la guerra, le escribe: "Engorde no más, amigo, y cuide sus caballos, que en esta primavera han de tener que trabajar. Cuídese mucho, que la patria necesita de sus servicios". A principios del 32 le raptan una hija a un cacique amigo, que vive en territorio del gobierno. Rosas ordena un sumario. Pero como la chinita no aparece, conmina en un extenso documento al Coronel Miranda a levantar una nueva y minuciosa investigación. Amenaza, si no se encuentra a la chinita, con enviar a su secretario para que "aplique el rigor más fuerte de la justicia hasta lograr el esclarecimiento necesario, castigando de muerte a todos los autores y cómplices de tan negro delito y atentado". Sin duda a Rosas le mueve el odio a todo delito y el deseo de establecer la seguridad en los campos; pero también el anhelo de devolver la alegría al indio y a su mujer, la cacica Luisa.

Igualmente, Rosas se atrae a los negros. En la pequeña ciudad de sesenta mil habitantes, los negros y los mulatos constituyen cerca de la cuarta parte de la población. Esa gente de color, igual que el resto de la plebe, ha sido ferviente partidaria de Do-

rrego, *el padre de los pobres*. Rosas, su vengador, y jefe de los federales, ha heredado ese amor. Pero necesita cultivarlo y agrandarlo. Iriarte, refiriéndose a este último año del gobierno de Rosas, asegura que don Juan Manuel "proporciona fondos a los negros para constituir asociaciones con denominaciones de tribus africanas". Al volver Rosas de Pavón, los periódicos publicaron versos en que los negros, en su español africanizado, se alegraban de su regreso. Posteriormente, constituirán los negros una de las más fuertes columnas de la Federación.



General Tomás de Iriarte

Devolución de las facultades extraordinarias

El día en que Rosas reasume el mando –7 de marzo– renuncia el ministro García. Rosas reorganiza el gabinete: los ministros serán *cinco en vez de tres*. Queda Balcarce en *Guerra y Marina;* y nombra para la cartera de *Gobierno* al doctor Victorio García Zúñiga; para la de *Hacienda, a don José María Roxas y Patrón; para la de Relaciones Exteriores* a don Vicente López; y más tarde para la de *Justicia,* al doctor Manuel Vicente Maza. García Zúñiga es un hombre muy culto y distinguido y viene actuando en política desde hace muchos años, sobre todo en la Banda Oriental, donde ha nacido. Roxas y Patrón, ex ministro de Dorrego, tiene especiales conocimientos en materia económica y financiera. Don Vicente López y Planes, personalidad venerada, hombre de vasta cultura, es nada menos que el autor del *Himno Nacional.* Y al doctor Maza se le considera trabajador, inteligente, ilustrado y recto. Rosas elige como colaboradores a los hombres de mayor experiencia y mérito.

Con el fin de la guerra, se propone organizar la administración. No es un iluso, como Rivadavia. No intenta deslumbrar con decretos que no pueden cumplirse. Temperamento realista y práctico, quiere, ante todo, que el trabajo administrativo se realice con orden. Y para ello envía a las diferentes oficinas circulares y formularios minuciosísimos. Por éste y otros medios establece el más riguroso control en la administración.

Primero de abril: elecciones de diputados. Los unitarios no votan, pero entre los electos figuran algunos adversarios de Rosas. El no ha presionado, pues, a sus amigos. Durante esos meses, parece estar por encima de las pasiones. Sus fieles, no obstante, quieren empujarlo por el mal camino. Ejemplo de fanatismo: tres meses atrás, con motivo del bello rasgo del general Quiroga, que perdonó la vida a un coronel prisionero y lo hizo su edecán, cierto periódico publica un *Comunicado* en el que se critica a



Don Manuel Vicente Maza

Quiroga, porque los jefes y oficiales no podrán alternar con "un sectario tan acérrimo del parricidio de Diciembre", ni obedecer con gusto las órdenes que por su intermedio reciban.

Nueva discusión sobre las facultades extraordinarias. Rosas las devuelve con la conciencia de haberlas usado muy moderadamente, según dice en el Mensaje del 7 de mayo, porque sus ministros y la parte más ilustrada, aunque menos numerosa, de la población, así lo quieren. Respeta el juicio de esos ciudadanos, pero cree tener mejores motivos que ellos para conocer la verdadera situación del país, y teme que, "reducido el Poder Ejecutivo a los estrechos límites que le estaban señalados antes del motín del 1º de diciembre, se desaten sordamente las pasiones, recobre su funesto imperio la inmoralidad y se preparen de un modo progresivo nuevos elementos de combustión que hagan repetir aquella terrible escena". Salva su responsabilidad y espera de la "sabiduría" de los consejos de la honorable Sala –dice, irónicamente– "el modo de asegurar al país el fruto de los inmensos sacrificios que ha hecho en tres años consecutivos para ponerlo a resguardo de los ataques de la autarquía".

Documento favorable para Rosas. ¿Cuándo se vio a un gobernante que, en disentimiento con sus ministros, se sometiera a su opinión? Ha podido reemplazarlos. Nada difícil para él encontrar cinco serviles. Pero ha preferido respetar a sus colaboradores. Eso sí: no calla su desacuerdo. En sus palabras hay una especie de apelación al pueblo. Y la certeza de que el tiempo estará de su parte.



Vicente López y Planes, abogado y poeta, autor de nuestro Himno Nacional

¿Cómo esos hombres, dada la anarquía latente, creen posible gobernar sin poderes especiales? Pronto estará Agüero en Montevideo, de regreso de Europa, dispuesto a mover al mundo contra la Federación. Lavalle sigue imaginando conspiraciones que contarán con el apoyo del presidente Rivera, seducido por los unitarios. San Martín vio mejor que esos ministros de Rosas. Pero Rosas, en vez de declararse dictador, sólo acepta serlo por el voto de la Sala, que representa al pueblo. Y no sólo no se impone ni amenaza, sino que ni siquiera recurre a turbios manejos: no intenta comprar a los diputados, como hizo el grupito unitario del Congreso de 1826. Dignamente, orgullosamente, él espera todo del convencimiento.

Se nombra una comisión, la que aconseja, a mediados de setiembre, investir al Poder Ejecutivo de atribuciones que equivalen a las facultades extraordinarias. Los de la comisión, federales netos, aseguran haber renunciado a los *inciensos* que obtienen "los que por aparecer ilustrados y liberales comprometen la suerte de la población y aproximan los días de llanto a los inocentes".

En muchas sesiones se discute el proyecto. Los ministros asisten, por pedido de la Sala, a una de las sesiones. El de Gobierno declara que concurren por deber; pero que, según orden del Gobernador, no tomarán parte en las discusiones: y se retiran. Repítense los viejos argumentos. Un diputado afirma que, aprobada esa ley, la Sala no tiene razón de ser. Por fin, votada nominalmente, es rechazada por diecinueve votos contra siete. Rosas queda sin facultades extraordinarias, y, como auténtico demócrata, se resigna al voto legislativo, aunque es adverso a sus deseos.

Florencio Varela en Buenos Aires

Por aquellos días ocurre un suceso tan significativo como ignorado por los historiadores: el 1º de diciembre, en la goleta *Flor del Río*, llega Florencio Varela a Buenos Aires. Muchas personas van a la ribera a esperarle. Hay entre ellas varias lindas mujeres. Se le recibe entre abrazos y lágrimas, y él llora también.

Este hecho demuestra varias cosas: la importancia de Florencio Varela, ya que semejante recepción es harto rara en esos tiempos; la confianza que él tiene en que nada le ocurrirá, a pesar de ser uno de los cómplices de Lavalle en el motín de Diciembre, delito tan tremendo y constantemente condenado por Rosas; la existencia de libertad, así como la moderación de los procedimientos del Gobierno; y la convicción de que don Juan Manuel no será reelegido o no aceptará el poder. Es evidente que si Rosas fuera



Miniatura del poeta y periodista Florencio Varela, enemigo político de Rosas

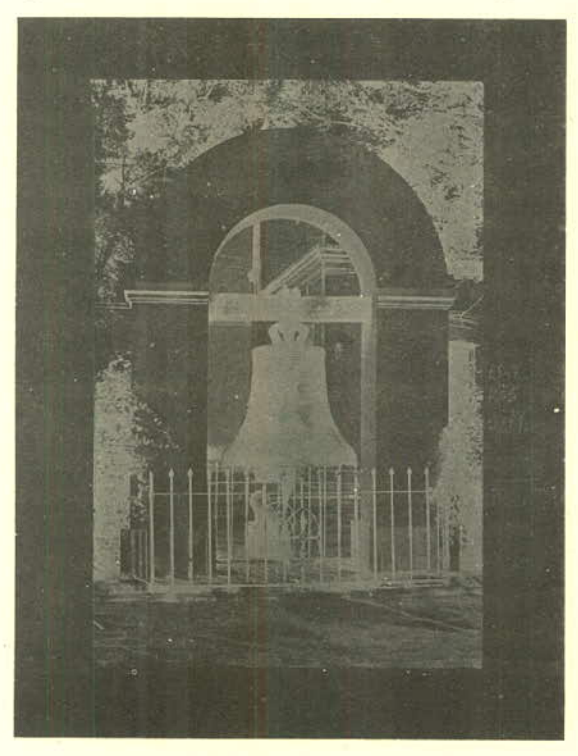


Coronel Juan Ramón Balcarce

el déspota que pintan los unitarios, Florencio Varela no se hubiera atrevido a embarcarse en Montevideo. De acuerdo con la lógica política de ese tiempo, Rosas ha debido encerrar en la cárcel al peligrosísimo viajero o expulsarlo del país. Es el más inteligente, el más hábil y, acaso, el menos escrupuloso de sus enemigos. Don Juan Manuel, tan conocedor de los hombres, tan minuciosamente informado de todo, no lo ignora. Sorprendería su magnanimidad si no supiéramos que es el más exagerado de los legalistas. Con las facultades extraordinarias, no cabe duda de que hubiera encarcelado o desterrado a Varela. Sin las facultades extraordinarias, no lo hace.

Balcarce gobernador

Es el 5 de diciembre de 1832. Rosas ha terminado su gobierno de tres años, y la legislatura está reunida para elegir a su sucesor. Veintinueve diputados votan por la reelección de Rosas, y siete por otros candidatos. Entre los que han votado por don Juan Manuel figuran varios que se han opuesto a las facultades extraordinarias. Entusiastas aplausos de diputados y espectadores. En las calles adyacentes, llenas de federales y de curiosos, se reparten poesías impresas en las que se cantan las hazañas de Rosas, al que llaman *moderno Cincinato, orgullo de América, héroe y*



Campana de la antigua Catedral de Buenos Aires. Museo de Luján.

salvador de la República y César Argentino. Una banda miltar toca frente a la Casa de Representantes. Estallan cohetes y buscapiés.

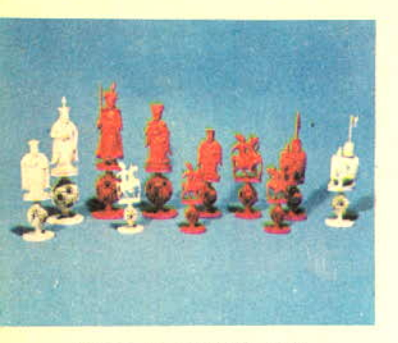
Los representantes envían una nota a Rosas. Han dejado satisfecha "la justicia, las exigencias del país y los deberes de su puesto". La reelección –dícenle a Rosas– no es una recompensa "a los muy señalados servicios que la Provincia ha recibido de su constante y fiel cooperación a la causa del orden", pero sí un testimonio de confianza que inspiran "los sentimientos de patriotismo y de constante adhesión al orden , que fueron siempre la divisa del Restaurador de las leyes". Tanto en los labios y en la pluma de Rosas como en los de sus fieles, el tema del orden, cuando de él se trata, es un obsesionante *leit motiv.*



Guante, con la efigie de Rosas estampada

Pero Rosas no acepta por su mala salud. Así contesta ese mismo día y la Sala vuelve a reunirse. Un representante afirma que cada voto fue bien meditado. Reconoce que la salud del Gobernador no es buena, pero no es *un estado de entera decadencia.* Puede delegar el mando hasta reponerse. Resuélvese no aceptar la renuncia y dirígenle una nueva nota. Segunda renuncia, que la Sala trata y rechaza el 7; y nueva nota de los representantes en la que "ratifica solemnemente el meditado, libre y decisivo pronunciamiento", le fijan el día 10 para que jure y nombran una comisión de cinco miembros –algunos de los cuales combatieron las facultades extraordinarias– para que le entregue la nota. Hora y media dura la entrevista. El sigue firme en su negativa, invocando razones de salud. El 9 trátase la tercera renuncia, en que habla del peso enorme del gobierno y de su falta de fuerzas. Su nota es pasada a la comisión de Negocios Constitucionales, la cual, el 10, presenta un proyecto por el que no se admite la renuncia. La Sala le dice: "V. E. ha presentado por primera vez el útil y saludable ejemplo de un gobierno que termina su período legal sin haber sentido esas resistencias tumultuosas que tantas veces han trastornado el orden existente". Rosas vuelve a renunciar, y la Sala, el 12, elige gobernador al general Juan Ramón Balcarce. Pero tampoco Balcarce quiere el Poder. La Sala insiste, y Balcarce acepta el 15 y en seguida jura.

Rosas tiene la convicción de que, por el momento, es imposible gobernar sin facultades extraordinarias. Podría aceptar el poder sin ellas y luego convertirse en dictador. Así lo hicieron todos los dictadores del mundo, inclusive Napoleón. Pero Rosas es legalista. No quiere el poder fuerte si no lo autorizan los representantes del pueblo. Tampoco hace nada para conseguirlo. Y como no se lo dan y él lo cree absolutamente necesario para gobernar, no acepta el mando. Pero también es cierto que está enfer-



Juego de ajedrez que perteneciera a Rosas

mo, por lo cual el poder, en esos momentos, representa para él un verdadero sacrificio. Su padre le ha escrito el 6 unas líneas significativas. Le pide visitar a su madre, cuya *máquina* se ha descompuesto al enterarse de la reelección. ¿Por qué? No hay guerra y la opinión es unánime en favor de su hijo. Sería absurdo temer un asesinato. La madre se aflige, seguramente, al pensar que las preocupaciones del gobierno, tan absorbentes en su hijo, sean funestas a su salud, resentida desde hace un año y medio. Se objetará que, tres meses más tarde, emprende la expedición al desierto. Es que la ausencia del gobierno y el aire de la pampa le restablecen.

Carta de Rosas a Ibarra

La víspera de abandonar el Poder contesta a Felipe Ibarra, el gobernador de Santiago del Estero, que le ha escrito unos días antes. También éste quiere constitución y congreso. Rosas niega el aislamiento con que le argumenta Ibarra: "existen compromisos mutuos, fundados en pactos expresos y tan obligatorios como los que podría imponer una carta constitucional". ¿Añadiría algo una autoridad común o una asamblea? Y estas autoridades, ¿serían más eficaces, "para acudir a las urgencias internas o externas de la República, que la cooperación simultánea de todos los pueblos, en virtud de las obligaciones que imponen la Liga del Litoral? ". No cree en las constituciones. Considera "equivocada la idea de que una carta constitucional enfrentaría las turbulentas pasiones de los innovadores". Muestra su profundo conocimiento de los hombres y de la vida política: "En las controversias de los partidos políticos enconados, el código más alto no es otra cosa que un argumento más, que cada uno hace servir, a su turno, en beneficio de sus intereses. Cada cual lo glosa en su sentido, y al fin sirve para impedir un choque lo que una muralla de lienzo entre cuerpos armados". Le recuerda lo que sucede en otros pueblos de América, que se han dado una constitución. ¿Acaso porque la tuviésemos, los emigrados en Bolivia y en el Uruguay "entrarían en juicio, desistirían de sus empresas y se resignarían con su destino? ". Agrega, con sorna: "Juzgo que no aguardará usted este prodigio". Su sentido realista de la política le hace decir: "Desde que no ofrece ventaja real anticiparnos, la prudencia prescribe marchar con las circunstancias y con los sucesos, para no perdernos en ensayos precipitados". Enumera las dificultades de hecho. Pero cree que en mejores tiempos se podrá obtener una constitución. No duda de las ventajas de "un congre-



Braulio Siete Cabezas, popular vendedor de diarios

so exento de pasiones y mezquindades y consagrado exclusivamente a sistematizar" –¡bien puesto este verbo! – "la organización de la República, pero nada permite esperar ese desenlace". Si se escindiese el Partido Federal, "¿Los unitarios desperdiciarían la ocasión de ir contra nuestras propias desgracias? ". Teme a los unitarios; a sus innovaciones peligrosas; a sus malas administraciones; a su doctrinarismo fanático, que justifica asesinatos como el de Dorrego; a su odio aristocrático hacia el hombre del pueblo y del campo. Por estas cosas, que él no recuerda todas en su carta pero que, seguramente, están presentes en su memoria, cree que, antes de pensar en un congreso, es preciso destruir "por la energía, por la unión y acción uniforme de los

pueblos, todos los medios de que puede servirse el partido que hemos combatido". Y es preciso, también, esperar a que las provincias organicen su sistema representativo y afiancen su administración; a que se calmen las agitaciones y se moderen "las pasiones políticas que la última guerra ha encendido"; y a que "las relaciones sociales y de comercio indiquen los principales puntos de interés general que deben ser discutidos". Mientras todo eso no suceda, él considera funesto el ocuparse "de un congreso federativo".



Aduana de Buenos Aires

Ha hablado con franqueza. Su voluntad es que por ahora no haya congreso ni constitución. Pero, ¿desearán lo mismo los hombres del nuevo gobierno? Tácitamente, sus palabras revelan esa confianza.

Ha descendido del poder don Juan Manuel de Rosas. Su obra de progreso material ha sido escasa. En lo cultural, se ha limitado a aumentar en la campaña el número de las escuelas. Pero ha mejorado las finanzas y la administración. Ha cumplido los mandatos de la legislatura: restaurar la Religión —obra espiritual trascendente— y sostener y defender el sistema federal. Ha edificado o arreglado numerosos templos y ha fomentado el sentimiento patriótico y democrático.

La grandeza de su obra no consiste en el Pacto Federal, en haber terminado con la anarquía y en haber creado la nación. Por él los argentinos tienen ya una patria común. Las catorce provincias, por primera vez en nuestra historia, forman una unidad auténtica; no ficticia, como en tiempo de Rivadavia. Sin Rosas el país se hubiera dividido en varias republiquetas, algunas de las cuales habrían caído en manos extranjeras: Inglaterra, Francia, el Brasil o Bolivia. Por él los pueblos argentinos se han vinculado y conocido mejor y se han unido en el ideal de la Federación. Las palabras *Restaurador de las Leyes* no son un título caprichoso, ni vano, ni ridículo: ha vuelto a funcionar la legislatura y a ser verdad, por lo menos legalmente y a pesar de las facultades extraordinarias, el sistema representativo republicano. Ser el Restaurador de las Leyes es también ser el creador del orden. Antes de Rosas no existió un orden verdadero en la República. Como en todos los pueblos de la América Hispana, la independencia del poder español nos trajo la anarquía, con sus constituciones a granel y sus revueltas militares. Pero en la década 1830-1840 aparece en cada pueblo un hombre de garra que, mediante la dictadura, establece el orden. Ese hombre fuerte se llama, en Chile, *Diego Portales*; en Venezuela, *José Antonio Páez*; en Bolivia, *Andrés Santa Cruz*; en Ecuador, *Vicente Rocafuerte*; y en la Argentina, *Juan Manuel de Rosas.*

Ha empleado casi todo el tiempo y mucho dinero en preparar un gran ejército; pero no fue él, sino Paz, quien provocó la guerra. Su página negra en este primer gobierno es el fusilamiento de San Nicolás, en el que, si hubo un fondo de venganza –ojo por ojo y diente por diente–, su razón verdadera fue el castigo por delitos de Estado. Y su lección a los argentinos díscolos ha sido el amor a la legalidad. Pudo declararse dictador como Lavalle. No lo ha querido. Respeta como nadie a las leyes, y no usa de poderes especiales cuando la legislatura no ha querido concedérselos. Y a pesar de saberse amado y temido, de saberse necesario y deseado por todo su pueblo, no se apodera del gobierno, y desciende al llano sencillamente, democráticamente. Por segunda vez en nuestra historia un gobernante entrega el poder a su sucesor por medios legales. Es uno de los grandes méritos de Juan Manuel de Rosas

Emblema que distinguía a los diarios de los unitarios



NOTAS AL CAPITULO

[1] Una vieja amistad de terruño y luchas en común unían a Quiroga con el general José Benito Villafañe. Había combatido con éste en 1817 —capitán entonces— tropa de San Martín en Chile, victoriosos de Copiapó y Huasco, cabecera de puente en el triunfo de Chacabuco. Cabildante, gobernador delegado de La Rioja, pertenecía a una de las principales familias de la provincia. Su muerte es narrada por Samiento en "Facundo" con aires de grandeza, en donde cuenta que el "joven Navarro, culto en su lenguaje y tan elegante como el primer pisaverde", desafía en pelea al general —arroyo de por medio— en Guanda, punta de quebrada hacia la cordillera. Por la noche busca al general en Tilo, a pocas leguas del reto caballeresco:

— ¡Villafañe, levántate; vengo a matarte! El que tiene enemigos no duerme —dice Navarro por pluma de Sarmiento— y mientras el mayor desenvaina la espada, desmontando, el general empuña su lanza, pero al cuete; el otro lo atraviesa con el fierro.

Pero un testigo protagónico de los hechos, Domingo Ozán, lo cuenta diferente, desmintiendo el libro de Sarmiento lleno de "inexactitudes a designio", como el mismo sanjuanino aclaró a José María Paz. En carta dirigida a Quiroga, desde Coquimbo, con fecha 29 de julio del 31, Ozán relata que durmiendo en el Tilo con el general Villafañe, fueron atacados como a las diez de la noche por una partida unitaria, alrededor de 20 hombres, comandada por el mayor Bernardo Navarro, la que del primer tiro lo dejó seco sin despertarse al "amigo Escudero". Luego se entabló una lucha escasa en la que el general Villafañe se rindió por lo inútil de la resistencia. Allí lo asesinaron, "haciendo con él los mayores destrozos", les robaron cuanto tenían encima y dejaron por muertos al resto.

La versión no será tan heroica como la de Sarmiento. Pero es la cierta.

[2] La cosa fue en el Tío, Córdoba, unas 14 leguas de la frontera santafecina, el 10 de mayo de 1831.

Paz, buscando el combate con Estanislao López, al frente del 5º regimiento de cazadores, ordenó a Pedernera seguirlo con su caballería. Anocheciendo, en compañía de un paisano y dos oficiales dejó atrás el monte que tapaba la posición de López y su tropa. La luz, ya esquiva, no le dejaba ver tampoco el paradero enemigo. Se internó un poco más en el campo. Allí lo topó la sorpresa. Una partida santafecina descubrió su presencia sin soñarlo siquiera. Revuelo de gritos, galope y boleadoras lo dejaron a Paz de a pie y prisionero. El general ni se dio cuenta: "Mi caballo se puso a dar terribles corcovos, con que, mal de mi grado, me hizo venir a tierra", cuenta en sus memorias, tal vez avergonzado que le bolearan la montura. "En el mismo momento —continúa— me vi rodeado de doce a catorce hombres que me apuntaban con sus carabinas, y que me intimaban a que me rindiese; y, debo confesar, que aún en ese instante no había depuesto del todo mis dudas sobre la clase de hombres que me atacaban, y les pregunté con repetición quiénes eran, y a qué gente pertenecían; mas duró poco el desengaño, y luego supe que eran enemigos y que había caído del modo más inaudito en su poder... Todo fue obra de pocos instantes; todo pasó con la rapidez de un relámpago; el recuerdo que conservo de él, se asemeja al de un pasado y desagradable sueño... No obstante pude admirar la decisión de aquellos paisanos que se habían armado para sostener una opinión política que no comprendían". Es el pensamiento eterno de los ideólogos; los que se equivocan no son ellos, es la realidad que no entiende las teorías. De ahí aquello de "educar al soberano", para meter en la cabeza de las mayorías la ventolera de los iluminados. "¡Qué actividad! —sigue Paz— ¡Qué brevedad y armonía en sus consejos y consultas, que se sucedían con frecuencia! ¡Qué rapidez en sus movimientos! ¡Qué precauciones para no dejar escapar su presa! ¡Qué sagacidad para evadir los peligros que podían sobrevenirles!" Demasiados qué de admiración para hombres que no entendían la cosa. Y concluye: "En lo general fui considerado, hasta cierto punto, y con pocas excepciones no les merecí ni vejámenes ni insultos".

¿Qué hubiera pasado si en vez de Paz, hubiese sido López prisionero de los unitarios? La campaña de las sierras, lo sucedido en La Tablada y Oncativo, la fusilación de Dorrego no hacen muy aventurada la respuesta.

Cuando el general José María llegó al campamento santafecino, Estanislao López salió a su encuentro, saludándolo y ofreciéndole una pequeña silla de paja que el otro no aceptó, sentándose en una cabeza de vaca. El mate entibió la rueda y fue ordenado un poncho para el cautivo, ya que el frío era intenso. En todo el silencio de la llanura el general Paz dijo:

—"Señor López, sus soldados de usted son unos valientes, y los míos unos cobardes, que me han abandonado a dos cuadras de mi ejército"—, cuenta un testigo de la escena, Saturnino Gallegos.

Rosas se enteró de la novedad por puño y letra del mismo López, quien puso posdata a la carta: "El soldado Francisco Ze-

ballos, a cuyo brazo debemos presa tan importante, remite a Ud. como prueba de estimación, aunque no tiene el gusto de conocerlo, el fiador y la manea que usaba "El Protector", y las bolas con que le sujetó el caballo."

[3] Este ataque contra nuestras Malvinas fue llevado a cabo por la corbeta de guerra norteamericana "Lexington", á órdenes del comandante Duncan, quien fondeó en la isla soledad, robando cueros de lobo, destruyendo la pequeña artillería existente, metiendo fuego a las casas y apresando al gobernador delegado y otros colonos.

La piratería tuvo lugar el 28 de diciembre de 1831, bajo mentido pabellón francés, como represalia por la detención de tres goletas yanquis que ordenara don Luis Vernet, gobernador del archipiélago, en virtud de negarse dichas naves al pago de los impuestos correspondientes para ejercer la pesca en la zona.

Seguidamente, el gobierno de la Confederación Argentina se dirigió al presidente de los Estados Unidos reclamando por este atropello, violatorio del derecho internacional. La respuesta del presidente Jackson estuvo en Buenos Aires a mediados de julio, por intermedio de su agente en el Río de la Plata, Mr. Francis Bayles, aduciendo que las Malvinas eran posesión británica. Rosas ordenó la inmediata devolución de credenciales al diplomático, cancelando el "Placet" del cónsul George Slacum, que tenía a su cargo el reclamo de los Estados Unidos ante nuestra cancillería, por la detención de sus naves pesqueras. Dos meses después, el 29 de setiembre del 32, se entregaba en Buenos Aires una aprovechada nota inglesa: "La soberanía de las islas Malvinas está investida en la corona de Gran Bretaña, y no puede ejercerse por cualquier otra potencia acto alguno de gobierno o autoridad sobre aquellas islas, sin atacar los justos derechos de S.G.M.B.", el documento venía por mano de Mr. Henry Fox, representante de la corona. No sería tan solo un documento; el 2 de enero del 33, un navío inglés —"Clio"— al mando del Capitán John Onslow, fondea en Soledad. Se exige arriar el pabellón argentino aduciendo el derecho británico sobre las islas. El teniente coronel José María Pinedo, a cargo de nuestra goleta "Sarandí", no encuentra recursos para oponerse a la usurpación, pero se niega a bajar su bandera. La infantería de desembarco inglesa arría nuestra enseña y enarbola el pabellón de la corona, dejando luego un soldado en custodia y señal de soberanía, antes de marcharse. Pinedo embica a Buenos Aires.

Al conocerse la novedad —ha concluido su mandato Rosas y es nuevo gobernador el general Juan Ramón Balcarce— se piden satisfacciones al ministro inglés Gore, reclamando además, por intermedio de nuestro representante en Londres, Manuel Moreno, frente al Foreing Office: "Las Provincias Unidas han probado con documentos indubitables sus títulos a las Malvinas".

Lord Palmerston contestó lacónicamente y con una mentira: los derechos ingleses sobre las islas se basan en la "prioridad de descubrimiento"

El descubridor fue Hernando de Magallanes, en 1520, cuando

navegó por primera vez el estrecho que hoy lleva su recuerdo. En ese año tomó posesión de las Malvinas en nombre de Carlos V. Otros navegantes al servicio de España las visitaron luego: Loiza en 1528, Alcazaba en 1535, Villalobos en 1549.

Los piratas Drake y Hawkins aparecieron largo tiempo después.


PROVª
DE
BUENOS AYS

Empuñadura de la espada que le obsequiara a Rosas la legislatura de la Provincia.

CAPITULO IX
LA CAMPAÑA DEL DESIERTO

El general Juan Ramón Balcarce, nuevo gobernador de Buenos Aires, desea continuar la obra de Rosas. Lo ha dicho en su discurso al recibirse del mando; y lo demuestra, al elegir como colaboradores a sus mismos ministros. Nadie odia tanto como él a los unitarios. No les perdona el fusilamiento de Manuel Dorrego, su íntimo amigo y su compañero de campañas militares. Y él mismo ha sido víctima de esos hombres, que lo encarcelaron y desterraron.

Rosas organiza la expedición

Pero débil de carácter, a pesar de su apariencia enérgica, escucha a los federales enemigos de Rosas. Tratan de seducirlo para que a don Juan Manuel no se le nombre Comandante General de la Campaña y jefe de la expedición al desierto. El proyecto de la expedición es exclusiva obra de Rosas. ¿Cómo podría él traicionar al ex gobernador, al jefe de hecho del partido a que pertenece, al hombre a quien le debe el Poder? Sin embargo, promete a sus amigos que no hará ese nombramiento. Pero luego se arrepiente, y el 9 de enero cumple con Rosas. Don Juan Manuel, al aceptar, renuncia a sus sueldos, "a beneficio de los objetos públicos", como lo hizo siempre.

Mientras organiza la expedición, Rosas, según el general Iriarte, componente del grupo que rodea a Balcarce, "busca la popularidad". Costea, en la cancha de pelota, magnos almuerzos populares en que se devoran terneras asadas y corren el vino, la cerveza y la caña. Estas comilonas, en donde cada concurrente corta del asador su porción de carne, son calificadas por Iriarte

como "bacanales salvajes, en que criados y amos alternaban". Rosas asiste también a las corridas de toros en Barracas. Cierta vez que tiene su palco junto al de Balcarce, arroja abundante dinero a los lidiadores, y el anfiteatro y la arena resuenan con los gritos de "¡ Viva el Restaurador de las Leyes! ", mientras nadie se acuerda de Balcarce.

La organización de la campaña del desierto es una obra maestra de Rosas. Se trata de formar un ejército, hombre por hombre, y de conducirlo, a través de las pampas solitarias en donde no se levanta una sola población, a ciento cincuenta leguas de Buenos Aires. Allí donde el ejército acampe no habrá con qué alimentarlo. Rosas debe llevarlo todo desde Buenos Aires. Y debe, también, llevar caballos en gran número y asegurarse de que en ningún momento le faltarán. A causa de las guerras civiles, escasean los caballos. Rosas envía a sus representantes a distintos lugares de la Provincia para comprarlos y mantiene correspondencia con personas que ahora, o más tarde, podrán suministrárselos.

Una de sus mayores preocupaciones son los indios; no aquellos contra los cuales va a combatir, sino los que considera como amigos y aliados y que aún no se han decidido a su favor. Si los caciques amigos le siguen fieles y los dudosos lo ayudan o, por lo menos, no atacan ni dificultan a la expedición, el éxito de la campaña es indudable. Pero, ¿cómo asegurarse la fidelidad de tantos caciques y caciquillos? La obra de diplomacia que Rosas emprende y lleva a feliz término es tan difícil y extraordinaria como la que, años más tarde, realizará ante los representantes de Francia y de Inglaterra. Porque es más fácil vencer diplomáticamente los Mackau y a los Howden que a los dueños de las pampas. La correspondencia de Rosas con los caciques, no estudiada todavía, abarcaría varios volúmenes y constituye un monumento de sagacidad, de previsión y genio organizador. Rosas se vale de unos caciques para atraerse a otros. Sus cartas a esos seres primitivos son de tanta claridad que un niño las comprendería. Pero no emplea el mismo tono para todos los caciques. Si a *Cachul* le llama "mi querido hermano" y le tutea, a *Coñuepán* le habla de "vuestra salud" y le trata con cierta solemnidad. Es una empresa de enorme audacia la de Rosas: querer llegar hasta las márgenes del río Colorado, dejando a sus espaldas varias tribus de indios que pueden levantarse contra él en cualquier momento, aislar al ejército, separarlo de sus fuentes de abastecimiento y del contacto con la civilización.

No hay problema que él no resuelva. Uno de los más difíciles e importantes, el de las comunicaciones con la capital. El debe

estar en constante correspondencia con los hombres del Gobierno y con sus amigos. Para lograrlo, organizará un sistema de postas dirigidas por oficiales. Desde antes de partir, ya tiene decidido en qué lugares establecerá esas postas, mediante las cuales sus cartas, llevadas por chasques a caballo, llegarán en una semana desde el remoto Colorado hasta Buenos Aires.

Pero la expedición no se limita a la provincia de Buenos Aires. Es inmensamente más ambiciosa. Abarca desde la cordillera de los Andes hasta el océano Atlántico en un gigantesco frente de trescientas leguas. Desde hace unos años, Rosas ha venido pensando su plan. No se lo ha propuesto ningún general, ni lo ha estudiado junto con ningún táctico. Todo es obra exclusivamente suya. Es preciso explicarlo, para que se comprenda su grandeza.



Juan Manuel de Rosas en la época de la Campaña del desierto

La expedición será realizada de acuerdo con el gobierno de Chile, cuyas tropas podrán penetrar en la Patagonia para perseguir a los indios chilenos. En el territorio argentino, tres divisiones partirán hacia los desiertos del sur: la derecha, mandada por el general Félix Aldao, caudillo de Mendoza, atacará por el sur de esta provincia y por Neuquén, a los araucanos; el centro, mandado por el general Ruiz Huidobro, lugarteniente de Quiroga, arremeterá por el sur de San Luis y Córdoba, contra los ranqueles; y él, Rosas, al frente de la izquierda, acometerá por el sur de Buenos Aires a los pampas. Rosas, a quien sus enemigos consideran como un ambicioso de poder, no asume, como se ve, el mando de toda la expedición. El general en jefe será Juan Fadundo Quiroga, a quien Rosas mucho admira.

El entenderse con Quiroga, con Aldao, con el gobierno de Chile y con los gobiernos de las provincias argentinas que participarán en la expedición, somete a Rosas a un cansador ejercicio epistolar que, agregado al que realiza con caciques, amigos, estancieros y hombres del Gobierno de Buenos Aires, adquiere proporciones aterrorizadoras. Y toda esta correspondencia la lleva él solo. A veces se vale de algún amanuense, a quien dicta. Pero generalmente él redacta el borrador. Y así como lo escribe todo, lo hace todo directamente. Durante tres meses, Rosas no vive sino para esta expedición, de la que espera conquistar para la patria inmensa y feraces tierras. Empresa heroica, difícil, patriótica y noblemente desinteresada –como que Rosas no busca sino salvar a los campos del azote del indio y establecer la paz y el orden–, sus enemigos de hoy, no obstante, le niegan su grandeza, para exaltar expediciones posteriores. Pero cuarenta y dos años después, no significará una hazaña penetrar en el desierto y vencer a los indios: hay caminos, ferrocarriles, dinero, y el general en jefe, lejos de ser hostilizado por el Gobierno, será el Ministro de Guerra.



En la expedición al desierto. Cuadro de la época

Recursos para la expedición

Una expedición de esta índole insume grandes cantidades de dinero. El Gobierno está pobre. La administración de los unitarios y los gastos ocasionados por las guerras civiles han dejado exhausto el tesoro público. En sus tres años de administración, y por causa de la guerra con Paz, Rosas no ha podido suprimir el déficit ni disminuir gran cosa la deuda pública.

¿Cómo obtener todo el dinero que se precisa? El primero de febrero comienza a discutirse en la Sala un proyecto que autoriza al Ejecutivo para un empréstito de un millón y medio de pesos. Alguna oposición levanta. A un diputado le parece mucho. Quiere saber del material de guerra que existe, para deducir la suma estrictamente indispensable. ¿Y se gastará eso y nada más? Don Tomás Manuel de Anchorena le contesta que esa cantidad no es excesiva: la campaña durará por lo menos seis meses. Otro diputado, adversario del proyecto, lo considera de la mayor gravedad, pues la provincia quizá "va a aventurar toda su fortuna". No cree que sean tantos los bienes que resulten de la expedición, y teme que, si fracasa, la Provincia se arruine. La oposición no se manifiesta abiertamente. Nadie se atreve a atacar a Rosas y a su empresa. A los opositores sólo les disgusta la hipoteca de las tierras públicas como garantía y el impuesto por cada cabeza de ganado que se introduzca para el consumo y los saladeros. Y el 6 de febrero queda el proyecto convertido en ley.

El Gobierno convoca a los principales comerciantes y banque-

ros. El resultado es negativo, y así lo comunica a la Sala. Fuerte golpe para Rosas. ¿Habrá hecho lo posible el Gobierno por conseguir el empréstito? ¿No intentarán los enemigos de Rosas impedirle realizar esa campaña que aumentará, si cabe, su prestigio? Acaso algunos de sus adversarios sean sinceros. Los hombres de la ciudad, los que no poseen campos o no han vivido en ellos, los doctrinarios y los *europeístas,* ignoran la gravedad del problema del indio. El, Rosas, sabe que no existe en la República otro problema de semejante magnitud. Urge resolverlo para que haya orden y paz. Rosas no se desanima por este primer fracaso. El Gobierno le dará el dinero a medida que se vaya necesitando. Y si no lo tiene o no quiere entregárselo, sus amigos costearán la expedición. Juan Manuel de Rosas no dejará de realizarla. El pertenece a esa estirpe de hombres fuertes a quienes los obstáculos hacen más tenaces.

Obstáculos para la campaña

El 5 de marzo, Rosas parte definitivamente a la Guardia de San Miguel del Monte. Allí, cerca de su estancia "Los Cerrillos", tiene su cuartel general, donde ha ido concentrando tropas y efectos. Pronto dispondrá de mil novecientos treinta y tres hombres, algunos de los cuales están en Tapalqué. Muchas mujeres de los soldados se han reunido también: Rosas los ha autorizado a llevarlas, para hacerles soportable la vida en los desiertos. Casi to-

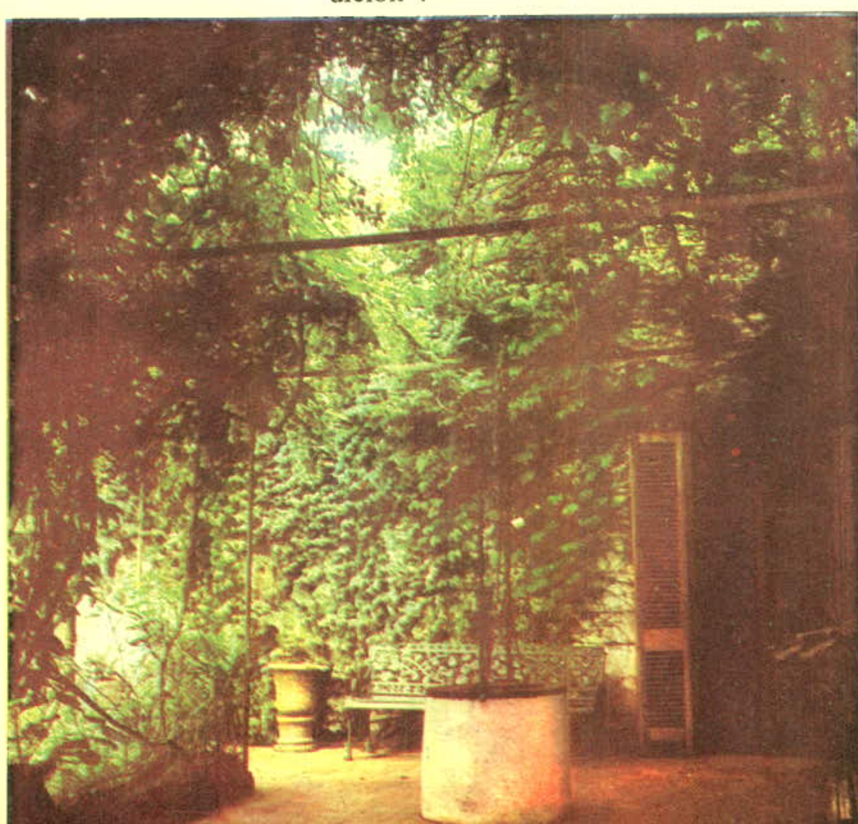
Campamento de indios del sur



do el ejército pertenece a la caballería. Lanzas, tercerolas y sables. Pero hay también infantería montada, armada de carabinas, y algunos artilleros. Un grupo de marineros partirá por mar hacia Bahía Blanca y Patagones. Irán en un bergantín, una goleta y un lanchón, y los acompañarán un agrimensor y varios técnicos en diversas especialidades.

Ya ha obtenido Rosas seis mil caballos. Al llevarlos, se han incluido, por error, caballos de algunos estancieros. Los propietarios los reclaman, y Rosas les contesta: "La patria los necesita". Pero aún faltan muchas cosas. El 11 de marzo escrita ya la proclama, que días más tarde difundirán los diarios, le envía una carta al general Tomás Guido, su gran amigo. Los reproches y las amarguras desbordan de estas páginas.

Laméntase que todavía la Inspección General del Ejército no haya enviado al coronel Pedro Burgos los seis zanjadores que pidió. Esos hombres son absolutamente indispensables para la construcción de fortificaciones. Se corre el riesgo de que el coronel Burgos, ahora en el Arroyo Azul, se vaya a su casa y se dispersen los pobladores. Confía en que se los manden en las carretas; otros pueden ir por mar hasta Bahía Blanca. Para darle a Guido una idea de la importancia de los zanjadores, le ruega imaginarse lo que sería un Fuerte en Choele-Choel, aunque sólo estuviera defendido por cincuenta hombres: "esta obra, que parece pequeña, llevada a efecto inmortalizará el nombre de la presente expedición".



Casa en Monte de Vicente González

Le irrita la lentitud oficial en asunto tan importante como las carretas. "¡Conque recién el 8 se aprobó la contrata! ", exclama. Y agrega: "Y gracias a usted que lo habrá activado. Contratas y más contratas, y los días corren y más corren. . . ¡Cuántos días perdidos! ¡Y cuánto tesoro podría ser inútilmente gastado si no fuera la constancia producida por el honor y la necesidad! " Frase incorrecta pero verdadera: su constancia es obra de su sentido del honor y de la necesidad de llevar a cabo su empresa.

Espera que el comisario del Ejército traiga los doscientos mil pesos que ha pedido para la caja. Guido le ha hecho saber que está fabricándose el jabón. Rosas exclama sarcásticamente: "¡Conque el jabón se está fabricando! ¡Paciencia, y vamos marchando a son de *ulundú*! "

Otra cuestión, vinculada con la causa federal: las tres mil varas de bayeta. Le han dicho que no hay sino verde. El asegura que en plaza la hay encarnada. "Si el Gobierno no las quiere comprar, tómelas usted a mi crédito particular. Hágaselo usted así presente al señor Gobernador, y mándemelas volando, porque sin ellas no puedo marchar, ni me he de mover de este punto mientras no vengan". El colorado de las bayetas es, para él, elemento de conquista política y unión. "No conocen esos hombres –dice, refiriéndose a los del Gobierno– que tengo que luchar con indios y acallar las mismas rivalidades y celos que se fomentan entre ellos". A toda costa exige bayeta encarnada. "Páguese un peso, páguese dos, páguese doble que la verde; pero no me quieran obligar a tomar ésta". Y si ni buscando una pieza aquí y otra allí puede reunirse la cantidad de bayeta colorada que él necesita, que se compre "paño de segunda, encarnado".

Teme que ningún general se preste a servir en la expedición y protesta por la falta de médicos. "¿Qué será de nosotros, los que podamos enfermarnos en ese vasto desierto? " Encuentra ridículo, triste y singular que el Gobierno carezca de energías para obligar a que marchen los médicos designados. Le ruega a Guido que vea al *Adivino,* un famoso curandero, "que pudiera no excusarse por ser amigo de Encarnación y mío".

¿Y los vestuarios? Sesenta días tardará en recibirlos, porque el 7 se ha aprobado la contrata. Afligido y desengañado, exclama: "¡Qué triste es la condición de los mortales! Sin duda se ha querido que yo sea el pavo de esta boda. Pero se engaña miserablemente el que tal esperanza alimente, porque, por no serlo, dejaré todo, me iré a mi casa y manifestaré a todos los pueblos de la República por qué lo hago". Le ruega hacer saber a quienes corresponde, su "profundo sentimiento y desagrado". ¿Por qué no se contrataron los vestuarios desde que se resolvió la expedi-



Campamento de combatientes rosistas

ción? ¿O el Gobierno pensaba "no vestir a sus tropas, a pesar de estar absolutamente desnudas, pues hace mucho que se les dio el uniforme malo e incompleto que hoy sólo les sirve de andrajos sucios y piojosos? " Así, no responde de la subordinación; y si esto falta, los resultados serán desagradables. "¡Conque en el gran pueblo de Buenos Aires no hay cómo hacer en ocho días mil seiscientos vestuarios! " Teme que el plazo se alargue, porque el contratante "se atenderá a la debilidad del Gobierno y, con pretexto, se tomará después otros cuarenta días".

En todo piensa este hombre minucioso, este organizador formidable: en los útiles para construir dos chalanas, en los pergaminos para los tambores, en el modo cómo han de desarmarse las carretas al embarcarlas, en una imprentita que tiene y quisiera llévar si hubiera quién supiese manejarla. El hombre sin sentimientos que nos han pintado sus enemigos, se interesa por que se le dé licencia por doce días y se le pague por adelantado el sueldo de dos meses a un oficial que quiere casarse antes de partir.

No cabe duda de que prevé complicaciones políticas; acaso una guerra de zapa contra la expedición, porque le dice a Guido: "Escríbame con franqueza todo lo que quiera, seguro de que sus cartas serán devueltas o quemadas en un apuro". Revela, así, su sospecha de que Guido tendrá que referirle cosas muy reservadas, peligrosas para referirlas por carta. Y a fe que los hechos le justificarán muy pronto.

Proclama a sus soldados

El 9 de marzo, Rosas ha creído posible la partida inmediata, porque de esa fecha es su proclama, muy bella, como todas las suyas: "¡Soldados de la división del Sur! La campaña que abrimos debe cerrar la historia de nuestras empresas contra los indígenas y poner término a una guerra de dos siglos, cuya duración es el baldón de nuestra patria". Recuerda cómo su gobierno, en los últimos meses, "ha minado en secreto el poder de los enemigos, que se creían favorecidos de nuestras fatales discordias". La campaña ha debido hacerse en la anterior primavera; pero "obstáculos invencibles" –la guerra y la sequía– la han retardado. No se encontrará un enemigo hasta el río Negro de Patagones. Las divisiones de Cuyo y de Córdoba, que supone en movimiento, derrotarán pronto "al feroz *Llanquetrú*, que habita en la confluencia del Diamante o *Chasi-Leo* con el Tunuyán y a las tribus



Indios de Patagonia

que acampan setenta leguas al sur del río Quinto". En las márgenes del río Negro se reunirán las tres divisiones, para pasar allí "lo más crudo del invierno", y poder en la próxima primavera, "dar cabo a esta obra inmortal". Y exclama: "¡Compañeros de armas! Llegó el día deseado en que, reunido el poder de los cristianos de una y otra banda de la gran cordillera –Rosas alude aquí a la participación del gobierno de Chile en la campaña–, dome por fin a los bárbaros vagabundos o los confine a las ingratas regiones del Polo". Habla de nuevas vías de comercio, de riquezas no conocidas, de los bienes "no sospechados que la naturaleza guarda en los ríos y en las montañas colosales de nuestra tierra afortunada". Pide un esfuerzo más, "y nuestros hijos, nuestras madres, nuestras esposas, volverán a abrazarnos con la idea de vivir tranquilos con nosotros en nuestros hogares, y con la posesión de un bienestar no imaginado que podrán transmitir seguros a su posteridad". Prevé los sufrimientos del ejército y dice: "Dos o tres meses de invierno a las orillas del río Negro, y al abrigo de los bosques, es lo más arduo que nos resta para conseguir tantos bienes para nuestros hermanos y amigos". Se pregunta si las incomodidades de un invierno merecen recordarse siquiera a los veteranos argentinos y a los infatigables milicianos de los campos de Buenos Aires. Y termina: "¡Compañeros, marchemos! Dios y el sol de la patria nos acompañan y las bendiciones del Cielo nos esperan". Todo es admirable en esta página, digna de un gran escritor: la habilidad para convencer de lo fácil que es la empresa; la evocación de los nombres indígenas, que



sugestionan extrañamente; el recuerdo de los hijos y de las madres y de la felicidad que espera a los triunfadores; y la afirmación de que *Dios y el sol de la patria* acompañan al ejército.

Desgraciadamente, el plan ha fracasado en parte. Chile no puede enviar tropas por causa de una conspiración que se había propuesto asesinar al dictador Diego Portales; y tampoco llegan a partir, por causa de otra conspiración, las fuerzas de la derecha. Sólo ha emprendido la marcha la división del Centro. Pero, por parte de Rosas, todo está listo. El se juega, en esta obra de audacia, su gran prestigio. A sus espaldas queda un gobierno de cuya lealtad tiene ya alguna razón para no estar seguro. Y por delante, las pampas infinitas y desiertas, sólo recorridas por el indio. ¿Qué les espera, a él y a sus soldados, en el caso de una derrota? La muerte o el cautiverio. Y la derrota no es imposible. Las tribus son inmensamente más numerosas que su pequeño ejército, disponen de armas de fuego y cuentan con la alianza del desierto, a veces sin agua, y de los grandes fríos que pueden desmoralizar al soldado. Pero a cambio de los peligros que lo amenazarán, Juan Manuel de Rosas, el hombre de *hierro y de poder*, cuenta con la adhesión férvida de sus soldados. Por él, esos gauchos se dejarán matar; por él, que es un gaucho como ellos. Y a donde él los lleve, allá irán con el más ardiente júbilo.

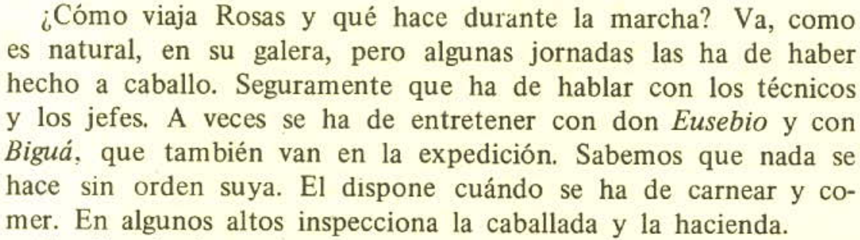
Y en la tarde del 22 de marzo de ese año de 1833 emprende el ejército la marcha.

Llegada a Tapalqué



Chaleco federal

¡Dura marcha! Esa tarde de la partida, apenas anochece, comienza a llover. El ejército acampa a una legua de la laguna de las Perdices y pasa la noche al raso, bajo el aguacero. Al otro día, la tropa se seca y bebe aguardiente. En marcha a las diez, a caballo. Acampan a la tarde y soportan una noche muy fría. El día 24, tanto la tropa como el convoy pasan el Salado. A la izquierda está la estancia "Los Cerrillos". Marchan por un terreno pantanoso. Y así, entre lluvias copiosas, noches frías y días generalmente nublados –y con algunos enfermos–, llega el 28, en que se hace conocer la noticia de la derrota, por la división del centro, del cacique *Llanquetrú*. Los jefes son felicitados con dianas. De nuevo en marcha, y el 31, con sol fuerte, el ejército hace alto junto al arroyo Tapalqué, donde va a permanecer tres semanas.



¿Cómo viaja Rosas y qué hace durante la marcha? Va, como es natural, en su galera, pero algunas jornadas las ha de haber hecho a caballo. Seguramente que ha de hablar con los técnicos y los jefes. A veces se ha de entretener con don *Eusebio* y con *Biguá*, que también van en la expedición. Sabemos que nada se hace sin orden suya. El dispone cuándo se ha de carnear y comer. En algunos altos inspecciona la caballada y la hacienda.

En Tapalqué se incorporan a la expedición, con trescientos indios, los caciques *Catriel* y *Cachul*. Se les ordena situarse media legua a retaguardia de la división. También llegan las fuerzas que defienden el cantón de Tapalqué, entre las que hay un batallón de libertos, todos negros.

Rosas recibe en Tapalqué dos cartas importantes, ambas del 28 de marzo.

El ministro de Gobierno, don Victorio García Zúñiga, le declara que su espíritu está ya libre, "gracias a Dios, del disgusto y sobresalto" que le produjo la renuncia de Rosas, *felizmente* retirada, y le consulta sobre las dos listas de candidados a diputados, que le incluye. La primera lista es obra del doctor Felipe Arana, uno de los fieles de Rosas, "de acuerdo con varios de nuestros amigos". La segunda le ha sido dada "por el señor Gobernador, con mucha recomendación"; y a sus reparos sobre algunos candidatos, Balcarce le ha contestado que "mayor mal causarán en sus círculos privados que en la Sala". Agrega el ministro que su propósito firme es "marchar de acuerdo con su amigo el general Rosas", para lo cual ha convenido con los otros en consultarle. Asegura don Victorio que el Gobernador, en cuantas conferencias confidenciales ha tenido con él, le ha ma-

nifestado los más positivos deseos de mantener la mejor armonía con Rosas, "cuya cooperación es la principal garantía de su Gobierno". El Ministro le pide a Rosas hablarle a Balcarce con la misma franqueza y seguridad que lo puede hacer con él, persuadido como está de que el Gobernador es uno de los que más aprecian su persona y sus servicios. Y más adelante le da a entender que tiene enemigos y que "debe vengarse noble y generosamente, haciendo el bien a la Provincia".



Fusilero del ejército federal

La otra carta es del ministro de Guerra, general Enrique Martínez. Rosas le ha hecho ciertos cargos, y él le contesta no haber faltado a la amistad, salvo que se entienda por tal cosa el "cerrar los ojos a cuanto se le antoje al amigo". Dice que por tener opiniones propias se ha opuesto a algunas medidas que él no consideraba lo mismo que Rosas. Le recuerda que durante los tres años del gobierno de Rosas, siendo Inspector del Ejército, no tuvo en este cargo sino el título y que jamás dijo una palabra, "porque las leyes estaban calladas". Le insinúa que a él no lo gobernará: "Mi posición, hoy, como ministro, es diversa, y además, como hombre, discurro y no me dejo en nada arrastrar sin ser convencido". Rosas le ha acusado de haberse unido a sus enemigos, a lo que el ministro contesta que no los conoce, y agrega: "Yo no sé hacer la guerra en secreto".

Estos dos documentos revelan la situación política. Hay una reacción muy fuerte contra la influencia de Rosas. Por primera vez en el Partido Federal, desde 1829, se hace una lista de candidatos sin consultarle. Sus enemigos comienzan una guerra disimulada contra él. Aprovechan de su ausencia para roerle su prestigio. Todos ellos estiman la libertad, y no se resignan a que él vuelva al gobierno, con sus facultades extraordinarias y su dura mano. Si Rosas estuviera en Buenos Aires no habrían hecho nada contra él. Pero las leguas que lo separan de la capital garantizan a esos hombres su impunidad.

Balcarce desea las buenas relaciones con Rosas, pero déjase dominar por los enemigos del Restaurador. Uno de ellos es el ministro de Guerra, que no tardará en combatirle abiertamente. El ser primo hermano de Balcarce coloca a Enrique Martínez en privilegiada situación.

El ministerio se ha dividido. Maza y García Zúñiga son elementos incondicionales de Rosas. Los otros, enemigos suyos. También el Partido Federal se ha escindido. Los netos siguen a Rosas. Los otros, los doctrinarios, "los hombres de las luces y de los principios", responden a Balcarce y a Martínez.

¿Hasta dónde llega la hostilidad hacia Rosas? Probablemente sus enemigos aspiran al fracaso de la expedición, pero es exage-

rado afirmar que desean la ruina del ejército. El historiador Adolfo Saldías dice que, el día antes de partir, Rosas recibió una nota del ministerio de Guerra en que se le comunicaba la imposibilidad de proveer a la división de vestuarios, municiones, pertrechos, caballadas y ganados y que, por consiguiente, Rosas no podía girar contra el ministerio de Hacienda, para lo cual se le había autorizado anteriormente. Esto es falso. Rosas, antes de marchar, ya contaba con gran parte de los elementos necesarios. La carta de Guido revela que estaba contratado el vestuario. Acaso la ayuda del Gobierno fuera insuficiente, sobre todo ya avanzada la expedición; pero en los comienzos, el Gobierno ha hecho lo que ha podido. El 11 de marzo, Rosas dispone que el comisario del Ejército dé entrada en la Caja de su cargo a los cien mil pesos que ha enviado la Tesorería; y el 14 recibe, en dos remesas, otros cien mil pesos. Más tarde, al enconarse la lucha política y periodística, el Gobierno, sobre todo el ministro Martínez, asumirá actitudes hostiles hacia Rosas y la expedición. Pero aún faltan algunas semanas para que eso ocurra.

Marcha por el desierto

Después de armar a todos los hombres del cuartel general, de racionar de yerba y tabaco a los indios y de pagar a algunos escuadrones cinco meses de atraso, el ejército parte de Tapalqué, el 5 de abril. Rosas se retarda allí, ocupado en atraer y decidir a los indios que han quedado en las guardias de Tapalqué, Azul, Tandil y Federación.



Indios pampas de vida nómade poblaban las llanuras desde Buenos Aires a la Patagonia

Empieza la marcha por el desierto. Es la primera vez que los cristianos entran en esas regiones. Van por caminos que ni los baqueanos conocen. No se sabe cuántos son los indios, pero nadie ignora su valentía y su ferocidad. Y están en sus tierras, que han recorrido miles de veces. Sin embargo, acaso el peor enemigo del ejército sea la naturaleza. ¿Qué habrá detrás de esa sierra de la Ventana, que se divisa próxima? Y esos temibles arenales que son los médanos, ¿no ahogarán a los soldados cuando el pampero los levante en pavorosas tormentas? Ha de faltar el agua y ha de hacer mucho frío, y los soldados no tienen con qué abrigarse. ¿Y no escasearán los alimentos? Pero todos confían en el poder de Rosas. Y todos aceptan el sacrificio, porque es preciso librar a la Provincia de ese azote que es el indio ladrón y asesino.

Rosas debe ir preocupado pensando en su enorme responsabilidad, en los peligros que van a correr sus dos mil hombres, en lo grave que sería el fracaso de la expedición, para la seguridad de la Provincia y para su prestigio personal y político. Y debe ir preocupado, principalmente, por las noticias que le van llegando de Buenos Aires. La hostilidad del gobierno le parece ya evidente. ¿Pretenderán el ministro de Guerra y los federales liberales dejarlo morir de hambre con sus soldados y que los ultimen los indios?

¡Penosas marchas las de esos días! Lluvias, caminos guadalosos, campos anegados, fríos crueles, viento, escasez de agua. Se duerme al raso, bajo el cielo del desierto. Hay días enteros sin



La yerra, tarea campestre conque se designa a la marca del ganado con la insignia de la estancia

agua. Otros la beben en las lagunas o en los arroyos de bellos nombres: *Cura-Lafquén, Huaca-Lafquén, Huincul-Huincul*. Más de un día no se come por falta de leña. Pero son pagados religiosamente los sueldos, inclusive los de los indios, y a nadie le falta yerba y tabaco.

El general trabaja sin descanso. A veces se adelanta con sus ayudantes; y en el camino que debe seguir el ejército, para señalar la dirección, va apostando balizas con jinetes que se retiran cuando llegan los primeros soldados. Examina minuciosamente cada dos o tres días, dedicando a esta labor muchas horas, el ganado caballar, vacuno y yeguarizo. Conversa con los indios que vienen a saludarle. Escribe, a veces hasta las dos de la madrugada, contestando a los chasques que llegan de Buenos Aires o de la división del Centro. Ocúpase de las postas que va dejando a su paso, y que serán en total, desde el Salado al Colorado, veinte, con cien hombres y seiscientos treinta caballos.

La marcha es muy lenta. Generalmente se hace en dos columnas paralelas, formadas por la caballería y la infantería montada. A retaguardia, la artillería; y a los flancos, las caballadas. Los indios marchan aparte. Como la tierra está mojada por las abundantes lluvias, las carretas avanzan con harta lentitud. A veces necesitan cinco yuntas de bueyes, y en cierto paso difícil es preciso ponerles catorce yuntas. En cierta ocasión se rompe uno de los carretones de la Secretaría del general en Jefe.

No hay distracciones en aquella marcha monótona, como no sean los médanos de Huincul o las elevaciones de la Sierra de la Ventana. Un día hubo un fusilamiento, ante todo el ejército: un desertor, un corneta, que ha sido encontrado por los indios de Catriel.

Así van acercándose a Bahía Blanca. Se ha obtenido el primer éxito de la expedición: haber encontrado un camino directo hasta ese sitio. El jefe y los oficiales del Fuerte preséntanse en Los Manantiales a saludar a Rosas. Desde Napostá –25 de abril– se ve hacia un lado el promontorio principal de la sierra y hacia el otro las construcciones de la Guardia de Bahía Blanca. Allá va don Juan Manuel, con unos pocos hombres de su escolta, al pueblito que cinco años atrás él mandó fundar. Ahora la fortaleza está casi concluida. Afuera, abundan las casas particulares. Un profundo foso rodea todo. Descargas de artillería y de fusiles saludan a Rosas. Mala noticia: los indios han robado trescientos caballos a las tropas del Fuerte. Otra mala noticia: el barco que trae los vestuarios no ha llegado. Disgusto y amargura. Rosas trata de conseguir ropa en el pueblo, pero no la hay. Preocupado, vuelve a Napostá. ¿Les exigirá a sus soldados el sacrificio de in-



Bandera federal

ternarse en las comarcas del río Colorado y del Negro, de temperatura a veces glacial, vestidos de verano? Hay que seguir la marcha. En Napostá encuentra al viejo cacique Caniuquín, jefe de los boroganos, que ha bajado de la sierra de Guaminí para hablarle, y celebra con él un largo parlamento. El primer día de mayo se pone en marcha con todo el ejército hacia el Sauce Chico, a donde llega el mismo día. Desde allí dispone que la vanguardia, ochocientos hombres al mando del general Angel Pacheco, se dirija al río Negro. Rosas, con el grueso de las tropas, se queda unos días en Sauce Chico. Se produce un incendio en los campos y él contribuye a apagarlo. Y el 5 de mayo se reanuda la marcha, siguiendo las rastrilladas de los indios.



Tomás Guido

División del Partido Federal

En Buenos Aires, la división del Partido Federal se define. Tres listas de candidatos han surgido para las elecciones del 28 de abril: la de Gobernador; la de los "libres e independientes", como se llaman a sí mismos los liberales; y la de los netos o rosistas. En esta última figuran algunos íntimos de Rosas –Arana, los Anchorena, el general Guido y el doctor Manuel José García, entre otros–, pero no Rosas, pues sus amigos consideran, con razón, que su lugar no está en la legislatura. En cambio, figura en la lista de sus adversarios. ¿Les ha faltado valor para romper con él? ¿O lo han puesto para despistar, o para obtener sufragios mediante su nombre? ¿O para que en la Sala se desprestigie, ya que no es orador ni posee la cultura de los demás candidatos?

En este movimiento contra Rosas tienen su parte los unitarios. Iriarte dice que algunos de ellos "se incorporan al círculo liberal". Varios jefes y oficiales decembristas vuelven al ejército. El Gobierno permite a los unitarios toda clase de libertades, y ellos levantan de tal modo la cabeza que muy pronto, a principios de mayo, saldrán por las calles con la divisa celeste, símbolo de su partido. El que ejerce mayor influencia es Florencio Varela. Ni entre los liberales ni entre los unitarios hay quien tenga su talento, su cultura, su tenacidad, su dialéctica y su habilidad política.

¿Cómo los federales antirrositas se unen con los asesinos de Dorrego, fundador de su partido? Ni el odio a Rosas, que no puede ser grande en quienes lo han votado una semana atrás; ni el temor a su retorno al Poder y a sus violencias, que a ellos no han de perjudicarles; ni el amor a la libertad, algo tardía en quienes votaron las facultades extraordinarias, explican la actitud de



Soldados de Rosas, durante la campaña del desierto, agasajados por los pobladores de la región

esos federales liberales. Hay que atribuirla al odio a "la chusma", pues ellos son también aristócratas y europeístas, y a la palabra seductora de Florencio Varela.

Triunfan los enemigos

Elecciones del 28 de abril. Los secuaces del ministro de Guerra no permiten votar a los partidarios de Rosas. Dícese que batallones enteros sufragan por los candidatos del general Martínez. En algunas parroquias, como en el Socorro, los desmanes del oficialismo son escandalosos, y la votación debe suspenderse. Mediada la tarde, ya no se duda del triunfo fraudulento del ministro. Los federales netos comentan las noticias, con indignada exaltación. La mujer de Rosas, Encarnación Ezcurra, que, por ausencia de su marido, se está iniciando en los manejos electorales y de pequeña política, exclama en su estrado, con acento fúnebre: "¡ Han triunfado nuestros enemigos"!

Rosas, sin embargo, figura entre los vencedores. Lo han elegido también en Lobos. En la ciudad, entre la lista ganadora y la derrotada la diferencia es de cuatro nombres sobre ocho. Pero estos cuatro nombres y algunos de los que figuraron en ambas listas –no en la de los amigos de Rosas, que apenas fue votada– son considerados por los federales netos poco menos que como unitarios.

La sociedad distinguida, no el pueblo, se regocija por los nom-



Fiesta porteña

bres de los triunfadores. Celébranse tertulias familiares, en las que se baila el *minué* y se cantan trozos de óperas. Bandas de música recorren las casas y se instalan a tocar en los patios, que se llenan de gente. Estas elecciones originan polémicas en los periódicos. ¿Deben o no anularse? Los *federales netos* comienzan a considerar como *unitarios* a los *liberales*. Aparecen nuevos periódicos, y su medio de expresión es el insulto y la calumnia. La división en el Partido Federal se hace profunda. Los liberales llaman *absolutistas* y *apostólicos* –términos de la política española– a los rosistas, y éstos califican a sus enemigos de *cismáticos*. Suele creerse que por estar impresas en negro las listas de los cismáticos se les llama también *lomos negros*, y que ellos, por el color de las listas de sus enemigos los llaman *lomos colorados*. Más probable es que se trate de una diferencia de indumento. Los cismáticos, todos pertenecientes a la clase distinguida, usan frac, que es casi siempre negro; y los rosistas, que pertenecen al pueblo, usan chaqueta colorada. Pero sea lo que fuere, el hecho es que se ha consumado la escisión temida por Rosas. Los unitarios van a utilizarla a su favor. El acercamiento entre unitarios y cismáticos se acentúa, y, como ocurre siempre, la tendencia más fuerte, la unitaria, absorberá a la otra.

Mientras tanto, la Sala discute las elecciones. Dos fieles de Rosas fracasan con un proyecto por el cual se las declara "contra la ley", porque en esa misma sesión del 20 de mayo son aprobadas. Pero tiene que haber nuevas elecciones en la capital, pues varios representantes, elegidos por la ciudad y por la campaña al mismo tiempo, han optado por la campaña.

Llegada al Río Colorado



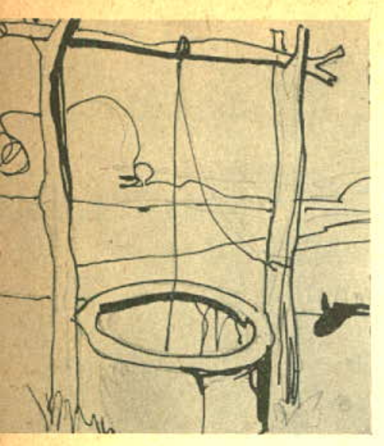
Angel Pacheco

Juan Manuel de Rosas ha seguido su marcha por el desierto. Al partir del arroyo Sauce Chico –región de pajonales y pantanos–, ha sido preciso formar rastrilladas con los caballos, la hacienda y el convoy a fin de que sobre ellas pasen la artillería y la infantería. Atraviesa el ejército un salitral de dos leguas donde las carretas se hunden, y una comarca de médanos de arena suelta, que sólo permiten andar una legua en todo el día. Y entre heladas y fríos –¡y los vestuarios no llegan! – se aproximan al Colorado. La víspera, cuando la infantería está en camino, hombres y animales pasan un día de angustiosa sed. El general manda abrir un pozo. En la confianza de que encontrarán agua, Rosas hace beber los dos últimos barriles a cuatro bueyes, a los que salva de la muerte. ¡Y el agua que sale del pozo es salada como la del mar! Rosas ordena la marcha al amanecer. Van por un camino que han frecuentado los indios, lleno de viejas osamentas de animales. Rosas se retrasa con la artillería y el convoy. Y el 12 de mayo llegan al Colorado.

Rosas recorre sus dos márgenes, hasta que elige un punto de la izquierda, donde establece su cuartel general, que una semana después es trasladado. Aquí ordena la construcción de las trincheras. Con los carretones, las galeras, las carretas del parque y las del convoy, separadas entre ellas por algunos metros y unidas por un cordón de gruesas estacas y de cuartas, forma un cuadrado defendido por la artillería y la infantería y uno de cuyos lados es el río barrancoso. Además del cuartel general y de los cuarteles de las diversas armas, comienzan a levantarse dentro del cuadrado varias aglomeraciones de ranchos. No tardarán en aparecer algunos negocios muy modestos; y una verdadera población surgirá. Por allí circulan, con sus ponchos rojos, los soldados, en su mayoría negros y mestizos, y grupos de indios a caballo. Allí los indios y sus mujeres carnean alguna yegua y beben su sangre fresca. Del otro lado del río, se levantan suaves colinas.

Rosas se queda con trescientos hombres. A los demás los envía en distintas direcciones, en persecución de los indios. Dispone que dos capitanes de marina, utilizando la más grande de las canoas de la expedición, reconozcan el río Colorado hasta su desembocadura en el mar, y contempla con placer, desde la costa, el ensayo de expedición naval. Y no tarda en tener noticias de Pacheco, que el 10 de mayo ha llegado al río Negro y atacado y deshecho a varias tolderías.

25 de Mayo. Rosas ha ordenado un minucioso programa. Desde tempranito, las tropas, formadas con frente al este, esperan.


Aljibe típico de la época

Rosas está allí, con todos los jefes y oficiales del cuartel general. Cerca de las siete, por entre nubes, sale el sol de Mayo. El ejército lo saluda. Rosas pronuncia una breve arenga, se lee la Orden del Día, las tropas se retiran para desayunarse y vuelven al mismo punto. Ración de vicios –tabaco y yerba– para la tropa y para los indios amigos. Rosas es saludado por jefes y oficiales en el cuartel general. A las diez, rosario y *Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento,* que Rosas dice en alta voz, mientras todos se arrodillan, inclusive los indios. Al terminar, una descarga. Luego, almuerzo, corrida de sortijas y una rifa de cincuenta premios de veinte pesos, a favor de los indios. Media hora antes de ponerse el sol, nueva formación de las tropas. A la oración, acuden al cuartel general los jefes, los oficiales y algunos caciques, entre ellos Catriel y Cachul, que han sido invitados por el general a un banquete, que celébrase en el bosque. Brindis entusiastas. A las doce de la noche termina el banquete. El 26, sortija y gallo ciego. Rosas visita a los jefes, oficiales y particulares. Acompañado a su alojamiento entre vítores, cántase allí el Himno Nacional. A la noche, a pesar de haberse anunciado la proximidad del enemigo, se baila hasta las dos de la madrugada. Rosas se retira del baile para escribir.

Agitación política en Buenos Aires

Por esos días de fines de mayo y principios de junio, lléganle a Rosas noticias sobre las elecciones y los sucesos que siguieron. Encarnación le ha escrito tres semanas después del acto comicial. Le ha contado cómo las elecciones fueron ganadas por sus enemigos, porque "nada se trabajó para que no lo lograran". El triunfo –lo dirá posteriormente– "los puso en un estado de altanería espantoso, trabajan con descaro y se jactaban en público de sus muchos recursos y de tu pronta caída". También le escriben a Rosas sus amigos, entre ellos el comandante Vicente González, llamado el *Carancho del Monte,* sujeto pintoresco, de escasa cultura y muy fiel a don Juan Manuel, cuyo procónsul es allá en la Guardia del Monte.

El 24 de junio, recibe Rosas una carta de Guido, su representante político, por medio de quien se comunica con sus demás parciales. Le contesta que él nada puede desde tan gran distancia. "Pero ustedes están ahí y pueden juntarse a hacer lo que usted me dice y evitar de este modo los males que se preparan". Recuerda, seguramente, que Guido ha sido designado para ir al Brasil, a fin de convenir el tratado definitivo con el Imperio, por-

que le dice: "Mas para esto era necesario que usted no se fuera y todos a una tentasen empujar al Ministerio". Claro que para hacerlo caer. "Por lo que a mí toca, no deben dudar ni un momento de mi cooperación activa y de que estoy dispuesto a todo lo que tenga tendencia a asegurar el orden público, sin que para su logro me arredre nada". Se queja de trabajar inútilmente, pero prevé el caso de que lo hagan *calentar*, es decir, irritarse. Entonces les dará qué hacer a sus enemigos, y en el *tutis revolutis* que se produzca cerrará los ojos y no se conducirá como en la guerra pasada, en que, dice: "atajé la degollación, que hubiera sido indudable si yo no hubiera sabido contener a los de chaqueta". Pero él no tiene un plan, y por eso insiste en que sus amigos "deben juntarse, formar un plan y marchar a una por el camino que crean más conveniente para cortar el desorden y salvar al país". Lo mismo le escribe a García Zúñiga: "No creo conveniente que mis amigos marchen así, a la buenaventura; soy de opinión que deben juntarse y acordar el plazo bajo el cual convenga que marchemos".

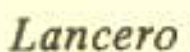


El "cielito", baile de la época, que persiste aun hoy

En la carta a Guido se advierte cómo predomina en Rosas el tema del orden y cómo le aflige la situación del país, que él ve a punto de caer "en el precipicio en que tratan de sumergirlo cuatro miserables aspirantes". No comprende la debilidad de Balcarce, que preside un gobierno en que unos ministros están contra otros. Por amor al orden y porque conviene a su política, ordena salvas para celebrar la moción del diputado Nicolás Anchorena, su primo, de que la comisión de negocios constitucionales presente, antes del 31 de agosto, un proyecto de constitución de la Provincia, bajo la forma republicana federal.

Pero el tema político no le hace olvidar la expedición. Refiere el "notorio milagro" realizado por el Todopoderoso, de que los ochocientos caballos flacos traídos de San Nicolás están sirviendo a Pacheco, a trescientas leguas de ese pueblo y en invierno. Laméntase de la falta de caballos y de ganado. "Yo he de tomar las reses y caballos de donde los encuentre" y los habría de tomar "aunque el Gobierno mandase orden para lo contrario". Pero no dejará de "documentar a sus dueños", para que puedan cobrarlos al Gobierno.

Diez días antes ha escrito a Pacheco: "Buenos Aires sigue sumamente agitado. Ya ha logrado don Enrique dar principios a la división de los federales". Le cuenta cómo ese ministro y sus satélites han trabajado, "con escándalo, por el triunfo", y cómo el general Félix Olazábal, seguido de otros diputados, y de una "porción de empleados conocidos pero de poco juicio", gritaba como loco por las calles y los templos: "¡Ya somos libres, mueran los tiranos, los apostólicos!" Considera que "se ha quitado del todo la máscara" el Ministro y que "ya está implantada la logia". El renunciará al cargo de representante, y en su renuncia pondrá "en transparencia la perversidad de esos hombres". No



Lancero

Félix Olazábal, enemigo de Rosas



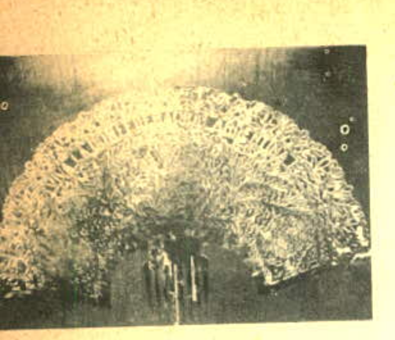
sabe qué de provecho se proponen conseguir "con elementos de desorden y con alardes de ingratitud". Agrega: "Nosotros sólo debemos pensar ahora en llevar adelante la grande obra emprendida, sin dispensar para ello, hasta su gloriosa conclusión, cuantos sacrificios sean necesarios". Y termina: "Esto sólo bastará para privar al país de nuevas desgracias; porque los buenos resultados de la expedición tendrán grande influencia en la marcha de los negocios públicos".


Retrato de Agustina Rosas de Mansilla

Pocos días después, el 22 de junio, envía su renuncia. Dice que sería para él muy satisfactorio desempeñar el cargo de representante, entre otras razones "por la parte que le cabría en la sanción de la Constitución"; pero ni podrá volver pronto, "ni es conforme a sus sentimientos capitular con sucesos y circunstancias que son bien notorias". Manifiesta sus puros y vehementes deseos por la prosperidad del país, y eleva sus votos al Ser Supremo "para que se digne dispensar sus luces a los señores Representantes, preservarles de toda siniestra influencia" y conducirlos por el sendero de la justicia, del orden, y del bienestar de la Provincia. Preservarles *de toda siniestra influencia* . . . Intencionadas palabras, que causan sensación.

Desconfiado, teme que sus enemigos intenten sublevar o hacer desertar a sus oficiales. Y así, dos días después de la carta a Guido escribe al coronel Pedro Ramos, el cual, al frente de una reducida tropa, anda en persecución de los indios, para que les diga a los jefes y oficiales que si reciben cartas "seductoras" se las comuniquen, pues ignorándolas no podrá "confundir las maquinaciones de hombres tan funestos". Y el mismo día a Pacheco: "No sería extraño que procuren introducir algunas cartas perjudiciales; y tampoco lo sería que en las que te mando haya algo perjudicial. Por ello, te he de estimar que, reuniendo a todos los jefes y oficiales, les digas de mi parte que si algo les escriben en este sentido es conveniente que me lo comuniquen por tu conducto".

En esta misma carta habla de política. "Aquello arde de una manera escandalosa". Le cuenta que todos los tiros se dirigen a darle en la cabeza, como a sus fieles amigos. "Gritaban por la constitución de la Provincia, a que decían me oponía como déspota tirano; pero han sido desmentidos por la moción que verás de mi primo don Nicolás y por lo que digo en mi renuncia". Rosas explota hábilmente esta moción surgida del partido de que es jefe. La ha transcripto en la Orden del Día que se ha leído al ejército el 25 de junio, junto con las palabras con que el autor la fundó. El "santo" es: "Constitución Nacional Federativa". El día anterior –¡ "Dios santo, alumbrad la legislación"– ha dirigido



Peinetón, adorno de grandes dimensiones, que lucían las mujeres de la época

una proclama. En ella habla, de "la consoladora esperanza de una Carta acomodada a la forma federal de la República", e invita a continuar "arrostrando las penalidades de la campaña", a fin de que pueda el ejército "tornar de los desiertos al seno de un país constituído y salvo de los elementos que pugnan con las garantías públicas y particulares". El 26 de junio –el "santo" de este día es *Federación, ínclito lazo– contempla la próxima unión*, que dará vida a los pueblos y los convertirá en una familia dichosa. "¡ El cielo, la justicia eterna, ha favorecido, federales, vuestra santa causa! ", exclama. Y agrega: "Se acerca ya el suspirado día de nuestra Constitución provincial, y es de esperarse que todas las provincias sancionen las suyas bajo la misma forma". He aquí "los cimientos de la gran Carta Nacional Federativa". El ve cómo "en medio de la calma de las pasiones y guiados nuestros legisladores por la porción de luces de esos códigos provinciales, las lecciones de lo pasado y los consejos de la experiencia, sancionarán y nos presentarán la obra maestra de nuestra dicha futura". Estas palabras, cuya belleza moral nadie podrá negar, explican y muestran con claridad perfecta el viejo pensamiento de Rosas.

Mientras tanto, su enojo contra sus enemigos es muy grande. A Encarnación le ha escrito el 21 de junio, pero no le ha enviado la carta "porque su contenido en orden a la política es fuerte". Va a esperar nuevas noticias para ver si "calma un tanto la irritación que es natural al saber las inicuas maquinaciones de los genios anárquicos, enemigos del sosiego público".

Pero si sus enemigos lo atacan, a él no le faltan compensaciones: la moción de Anchorena, que acaso él ha sugerido, y que tendrá una repercusión muy vasta, y, a la par, muy favorable, a su persona y a su partido: el descubrimiento de un puerto en el Colorado, sobre el océano; el hallazgo de ciertos vegetales en los que él ve una futura riqueza; y las noticias de los triunfos de sus soldados. El 26 de mayo, las fuerzas de Pachecho han aniquilado a la tribu de *Payllarŕén*; el cacique y casi todos los indios de pelea han muerto en el combate. El 3 de julio, Pacheco se apodera de la isla de *Choele-Choel*, mientras uno de sus segundos vence a *Pitrioloncoy* y lo toma prisionero, y otro destruye a la indiada de *Chocorí*, el cual muere en el combate y al *que le quita su coraza: fina cota de mallas. Y, en fin, le compensa de los ataques enemigos la disciplina de sus soldados y el* afecto que le profesan. Un jefe escribe: "He servido en varios ejércitos, pero no he visto uno más entusiasta, ni más arreglado y moral, ni tampoco que presente el raro fenómeno de no tener desertores. La inclemencia de la estación y las incomodidades



Combate entre indios y fuerzas de caballleria

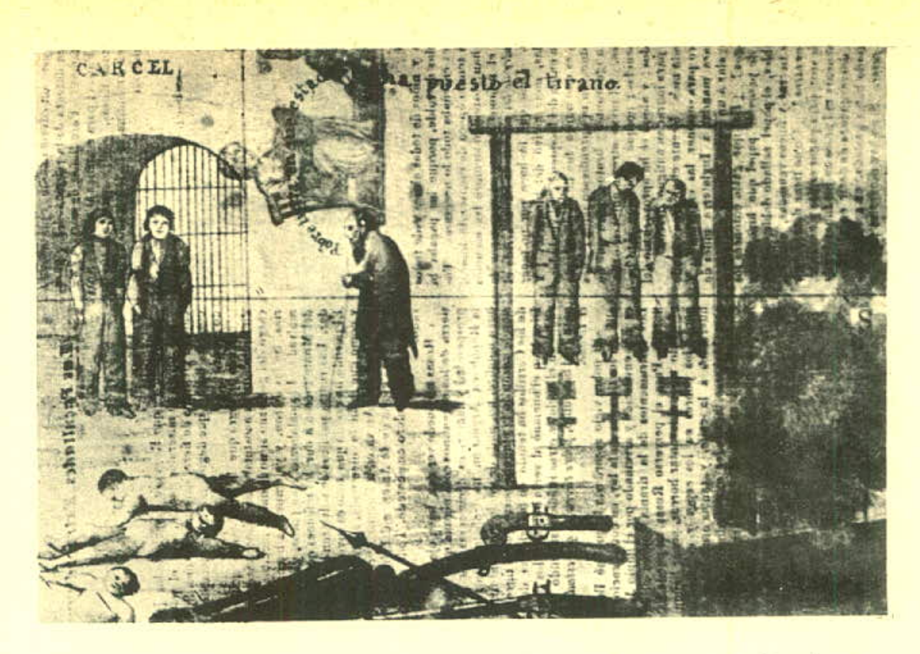
consiguientes se sufren con alegría". Y afirma que jamás ha visto "más placentero" al general.

Y a las incomodidades –el frío terrible, las lluvias, la escasez de carne en cierto momento y la obligada economía en todas las cosas– se agregan los peligros, aun en el mismo Colorado. Los *indios de Chocorí, antes de ser vencidos, pasaron en dirección a las tolderías de los boroganos*; de modo que si llegan a unirse con los boroganos, indios de dudosa fidelidad al Restaurador y cuyos toldos están entre Buenos Aires y el campamento, habría corrido el riesgo el ejército de no poder volver a la capital y de ser exterminado por los bárbaros.

Hostilidad en la legislatura

Ese mes de junio y principios de julio, los enemigos de Rosas se han sentido fuertes y han iniciado, en la legislatura y en la prensa, una violenta reacción contra su pasado gobierno. El tarda un poco en enterarse. Sus partidarios, desconcertados por los golpes del enemigo, no le escriben en seguida; y las cartas, que no pueden salir cotidianamente, tardan una semana, y a veces mucho más en llegar al Colorado.

En la sesión del 7 de junio, Olazábal ha presentado un proyecto restableciendo la ley de imprenta de Dorrego; e Iriarte otro, por el que se deroga el decreto de Rosas de 1832 sobre la prensa. Y el mismo Iriarte propone que se reúnan todos los de-



Diarios de la época en los que se critica la represión a los enemigos políticos

cretos dictados mientras rigieron las facultades extraordinarias, y que la Sala los revise y los clasifique para ver cuáles pueden conservarse, modificarse o revocarse. Con estos proyectos se intenta presentar a Rosas ante el país como un déspota, demostrar que un régimen de libertad es posible en la Provincia y que ellos, los federales liberales, no quieren complicarse con Rosas y que son hombres libres y de principios.

¿Era tan abusivo el decreto de Rosas? Sólo exigía el permiso para establecer imprentas y fundar periódicos. En 1830, el rey de esa Francia tan amada por los federales doctrinarios, declaraba suspendida la libertad de la prensa, exigía también el permiso para fundar periódicos, con el agravante de que debía ser renovada cada trimestre, y establecía la censura. La ley de Dorrego instituía penas severas, inclusive a los que publicasen sátiras o ridiculizasen a las personas. Rosas quiso asegurar la responsabilidad de los editores. No pretendió quitar a la oposición el derecho de juzgarle. Y en los periódicos que respondían a la tendencia de Rosas se reprodujeron las ideas más liberales que por esos tiempos manifestaba la prensa europea.

Lo más grave para Rosas, y como síntoma de oposición, son los términos en que los diputados Olazábal, Iriarte y otros han juzgado su gobierno. En medio de la moderación y atildamiento de la época, en que los diputados no dicen las cosas con claridad sino en forma elíptica e insinuándolas, han de haber producido impresión enorme las palabras en que Iriarte recordaba la "época terrible en la que, como en todas las naciones, en circunstancias

iguales, los ciudadanos más justificados veían a cada momento descender sobre sus cabezas inocentes la espada amenazadora de Damocles".

Pero ha llegado el 16 de junio y comienzan las elecciones. Los partidarios de Rosas han trabajado y parece indudable que triunfarán. Los elementos del ministro de Guerra, apoyados por los "decembristas", se conducen con prepotencia. Un general abofetea al comisario Andrés Parra, partidario de Rosas. En San Nicolás, el juez de paz ha llevado una mesa y, rodeado de oficiales de Lavalle, rechaza las listas coloradas, hasta que un grupo de pueblo –de apostólicos– carga contra la mesa. Apostólicos y cismáticos se acusan mutuamente de violencias y fraudes. Y el Gobierno, por exigencia del ministro de Guerra, que teme la derrota de su fracción, da un golpe de autoridad y suspende las elecciones.



Figura alegórica de Rosas.

Pocos días después de los comicios, Encarnación le escribe a su marido. Le cuenta cómo los suyos trabajaron a los hombres del pueblo diciéndoles que las listas negras iban contra la Federación y contra Rosas, y ellos dieron una lección práctica de que "no se venden a los malvados". A la una, las elecciones estaban ganadas; pero los cismáticos engañaron al Gobierno con falsas noticias de escándalos y fraudes cometidos por los netos. A las cuatro de la tarde, los netos, al saber suspendidas las elecciones, se enfurecieron. "Todos querían ir afuera a reunirse, para de allí imponérseles". Pero "los principales de los nuestros se opusieron, diciendo que no había de ser de tu aprobación". Interesantes palabras, que revelan cómo los amigos de Rosas conocen su odio hacia todo lo que sea desorden. "Sólo así se contuvieron –agrega Encarnación– y sufrieron que la gente del comandante Fernández, pagada para ello, gritara en las pulperías: "¡Muera Rosas! ".

Ahora va a comenzar de veras la lucha de los liberales contra Rosas. El general Martínez, desde su cargo de ministro de Guerra, y contando con la debilidad de su primo el gobernador Balcarce, a quien domina, intentará destruir la expedición contra los bárbaros; y mediante la actividad del general Olazábal, también primo suyo, convertido en director de la campaña periodística de los liberales, intentará destruir el prestigio político de Rosas y la reputación personal de sus más conspicuos fieles.

El Gobierno y la expedición

Suspicaz, desconfiado y propenso a exagerarlo todo, especialmente cuando se trata de las actividades de sus enemigos contra



Dr. Felipe Arana

él, Rosas ha temido, desde la partida de la expedición, que algo se intentara para desbaratarla. A fines de junio y principios de julio ya no duda. Sabe que diversos enviados del Gobierno han pretendido sublevar a los indios que están en Tapalqué y en las Salinas. Así lo han afirmado los capitanejos a los caciques Cachul y Catriel. El plan consistía en unirse a los boroganos, que no han sido muy fieles a Rosas, y atacar juntos el campamento del Colorado. Los caciques ordenan se fusile en Tapalqué a los indios que dieron oídos a la incitación a traicionar; y Rosas envía a Tapalqué a uno de sus oficiales, para que presencie la justiciera ejecución.

Y como algunos jefes y oficiales han sido invitados a provocar al deserción de las milicias y a regresar con la tropa veterana –o teme Rosas que así haya ocurrido– reúne a los ciento cuarenta jefes y oficiales en la colina de Clemente López, como él ha bautizado, en homenaje a su abuelo, a una de las alturas próximas al cuartel general. Allí les habla de la conducta del Gobierno y les dice que él no quiere tener en el ejército hombres que no cooperen de corazón en la gran obra de asegurar las fronteras de la Provincia. Ruega pedir su pasaporte a los que no deseen quedarse, porque él los tratará con todo su rigor. Y al día siguiente, doce jefes y oficiales abandonan el campamento.

De otras cosas se queja también Rosas. "Mi espíritu ha estado, y está muy afligido" –le escribe a Pacheco– por lo que pasa en Buenos Aires. El Gobernador se ha declarado en favor de "los anarquistas". Exclama: "¡el fuego prenderá en toda la República, y Dios sabe cuáles serán los resultados! " Le refiere que en reuniones secretas se ha hablado de acabar con él y con Quiroga. Se trabaja para desmoralizar al ejército expedicionario, y "aseguran que, antes de mi regreso, seré amarrado por los mismos jefes que me acompañan".

Buenos Aires arde en el incendio producido por la guerra periodística. En veinte papeles, sin contar las hojas sueltas, apostólicos y cismáticos se insultan, se calumnian, se sacan a la luz la vida privada. Los cismáticos han comenzado. *El Lucero*, apostólico, que muere en julio, no ha tenido una palabra agresiva. *La Gaceta*, del mismo color, se ha mantenido en actitud correcta hasta julio. En cambio los cismáticos vienen empleando desde abril un lenguaje procaz. El 28 de junio, *El defensor de los derechos del pueblo* se pregunta: "¿Hay alguna cosa más asquerosa que los apostólicos? ". Dos días después, *El Látigo Republicano* dice que la palabra Arana –se refiere al doctor Felipe Arana, respetable ciudadano, amigo de Rosas– equivale a "embuste, trampa, estafa". Y alude a otro no menos respetable partidario de

don Juan Manuel con estas palabras infames: "Corredores de amores ilícitos. Muy ocupados andan, pretendiendo gracia. Los necesita un ministro".

En esos días de junio, derogado el decreto de Rosas sobre la prensa, varios periódicos aparecen. Los liberales, además de *El Defensor* y *El Látigo,* cuentan con el *Iris*, el *Rompecabezas* y *El Patriota Bonaerense* y en julio fundarán *El Constitucional, El Amigo del País, El loco Machuca Batatas* y *El Rayo.* Los absolutistas publican en junio *Los Muchachos* y *El Gaucho*; en julio *El Avisador, El Restaurador de las Leyes*, y más tarde, *El Cacique Chañil, Don Cunino* y *El Relámpago.*

El Gobierno, indiferente a las desvergüenzas del periodismo que le es adicto, se alarma extraordinariamente por un comunicado que publica *La Gaceta Mercantil* el 8 de julio. Dice el anónimo corresponsal: "El Fiscal del Estado, ¿permanecerá espectador indiferente a estos ataques contra la moral pública? Si no pone un dique a estos males, mañana veremos puesta en transparencia la vida privada del señor ministro de Guerra, del general Olazábal, etc. Tampoco escapará sin lesión nuestro buen Gobernador". El ministro, caso inaudito, revelador de la exasperación a que se ha llegado, envía a los diarios unas líneas firmadas en las que declara cómo siendo su vida pública "la de un patriota enemigo de la tiranía, amigo de las leyes y de las libertades públicas", le importa muy poco le saquen su vida privada, pues, llegado el caso, "el telón se correrá, y sin disfraz alguno, porque no los usa, publicará la de todos los enemigos de la li-

Volante de la época, para la propaganda electoral

bertad". Y al día siguiente, el Gobierno, en consejo de ministros, resuelve que el Fiscal acuse a los diarios que infringen la ley de prensa.

Los federales apostólicos han soportado con paciencia los ataques de los deslenguados cismáticos. Su único exceso ha sido la horca y la calavera –amenazantes anuncios– que aparecieron en la primera página de *Los Muchachos*. Pero ya no pueden más. Y así, *La Gaceta*, después de recordar cómo se comprometió a no publicar ataques personales, declara que no queda sino el arbitrio de la represalia.

Hasta ahora, la violencia verbal de los cismáticos no ha afectado personalmente a Rosas. *El Patriota Bonaerense* acusa a sus partidarios de que, cuando las elecciones del 16 de junio, invocaron abusivamente "el nombre del gran ciudadano", a quien todos conocen "por sus servicios a la causa del orden" y que, siendo un "defensor de las libertades públicas", se ve perjudicado por sus amigos. Y *El Defensor de los Derechos del Pueblo* dice que Rosas no vendrá a autorizar los desafueros electorales de sus amigos; que "no vendrá a cambiar su título magnítico de Restaurador por el de caudillo de un partido intolerante". Es tan grande el prestigio político y moral de Rosas, y es tanto lo que sus nuevos enemigos le temen, que nadie se atreve, por el momento, a insultarle ni a calumniarle. Y parece evidente que, fuera de su dureza para imponer el orden, nada pueden reprocharle, sobre todo en su conducta privada.



Insignias federales

Crece la agitación y renuncian ministros rosistas

Rosas tiene escasas noticias de estos sucesos. "¿Por qué no se me escribe? ¿A qué tanto miedo? ". Así dice a Guido el 28 de julio. Se queja de que sus amigos no distribuyan por la campaña, ni envíen al ejército expedicionario, los impresos favorables a su causa. Sólo su fiel Vicente González le manda *La Gaceta* y *El Gaucho.* Pregúntase si sus amigos tienen miedo o no quieren gastar. Desea que sus partidarios compren los periódicos y los desparramen por las provincias, Montevideo y Chile. Hay que ayudar mucho a *La Gaceta*, "porque es papel de crédito dentro y fuera del país y merece ser correspondido". El comprará ejemplares por quinientos pesos, mensualmente. Lo mismo con *El Restaurador de las Leyes*. Y pide veinte ejemplares de todos los periódicos en donde haya "algo favorable que convenga que corra". En esta carta habla de su mal humor por ciertas noticias. También le ha puesto de pésimo temple una carta de Balcarce, en la que el Gobernador "descubre, acaso sin querer, que pertenece todo él a mis enemigos".


MAYO.

EN GEMINIS

SALE		SE PONE
Dia 1 . . 6 h. 37 m.		5 h. 12 m.
11 . . 6 h. 45 m.		5 h. 7 m.
21 . . 6 h. 52 m.		5 h. 0 m.

EL BRIGADIER GENERAL D. J. FACUNDO QUIROGA.

1	Dom.	San Felipe y Santiago, Apóstoles.
		Luna llena á las 1 y 13 minutos de la mañana
2	Lun.	San Atanasio Obispo.
3	Mar.	La Invencion de la Santa Cruz.
4	Mier.	Santa Mónica.
5	Juev.	San Pio V. Papa.
6	Vier.	San Juan Damasceno.
7	Sab.	San Estanislao, Obispo.
		Cuarto menguante á las 7 y 25 minutos de la noche.
8	Dom.	La Aparicion de San Miguel Arcangel.
9	Lun.	San Gregorio Nazianceno.—Rogaciones.
10	Mar.	San Antonino, Arzobispo.—Rogaciones.
11	Mier.	San Mamerto.—Rogaciones.
12	Juev.	La ASCENCION del SEÑOR, y Sto. Domingo de la Calzada.
13	Vier.	San Segundo, Obispo y martir.
14	Sab.	San Bonifacio.
15	Dom.	San Isidro, labrador.
		Luna nueva á las 10 y 3 minutos de la mañana.
16	Lun.	San Juan Nepomuceno, martir, y San Pedro Regalado.
17	Mar.	San Pascual Bailon.
18	Mier.	San Felix de Cantalicio.
19	Juev.	San Pedro Celestino, Papa.
20	Vier.	San Bernardino de Sena.
21	Sab.	[illegible]—Vigilia, abstinencia y visita general de Carcel.
22	Dom.	PENTECOSTE.—Santa Rita de Casia.
23	Lun.	San Desiderio.
		Cuarto creciente á la 1 y 58 minutos de la tarde.
24	Mar.	San Robustiano.
25	Mier.	San Gregorio VII, Papa.—Tèmporas.—Aniversario de Nuestra Regeneracion—FIESTA CIVICA.
26	Juev.	San Felipe Neri, confesor.
27	Vier.	San Juan, Papa.—Tèmporas.
28	Sab.	San Justo y San German.—Tèmporas.
29	Dom.	LA SANTISIMA TRINIDAD.—San Alejandro.
30	Lun.	San Fernando, Rey.
		Luna llena á las 12 y 5 minutos del dia.
31	Mier.	Santa Petronila.

Calendario con la imagen de Facundo Quiroga

Pero no por eso Rosas se desanima. Continúa, por medio de su copiosa correspondencia, tratando de que nada le falte al ejército; alimentación, vestuario, "vicios". Para la alimentación necesita vacas y algunas yeguas, pues hay una treintena de bárbaros que prefieren esta carne, si bien él debe reservarla para los indios. Tantas cartas redacta, que el 9 de Julio apenas ha podido asistir a las fiestas patrias. Y así, mientras el ejército reza el *Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento*, dirigido por el coronel Corvalán en su reemplazo, él, inclinado sobre las hojas, está escribiendo.

Las noticias sobre la guerra periodística le tienen fuera de sí. A él, hombre de orden, le parece intolerable semejante espectáculo en que unos y otros se injurian atrozmente. Sabe que sus enemigos quieren la caída de los ministros Maza y García de Zúñiga. Ellos hubieran renunciado. "Siguen –escribe Rosas a Pacheco, el 19 de julio– porque así se lo he suplicado, pues si ellos faltan la expedición no podrá continuar". El piensa ante todo en la expedición, que considerará siempre como la mayor empresa de su vida.

Ahora están discutiendo en la Sala de Representantes las elecciones de junio. El Gobierno manda gente a la barra. El diputado Argerich, antes militar y hoy sacerdote, ha debido increpar a la barra oficialista porque, con sus toses y esgarros, no lo dejaban expresarse. Lo mismo ocurre mientras habla Anchorena, lo que obliga al general Mansilla a gritar: "¡El que tenga tos, que vaya

a la calle! ". Las discusiones son tan violentas que el general Olazábal llega a decirle: "¡Miente usted! " al ministro García Zúñiga.

Rosas, a quien se acusará más tarde de haberlo dirigido todo desde el Colorado, se encuentra en una molesta indecisión. No tiene allí a quien consultar. Carece de noticias suficientes. Se desespera. Y entonces, el autoritario que pintan sus enemigos, le escribe a Pacheco: "En tal situación, no sé qué hacer. Me aflige verte tan lejos. Dime algo, y cuál es tu opinión respecto a lo que debemos hacer" ¿Juan Manuel de Rosas ha escrito estas palabras? Juan Manuel de Rosas. Ahí está su carta.

A fines de junio, le traen los diarios una prueba de su inmenso prestigio. En un banquete celebrado el 4 de julio –aniversario de la Independencia de los Estados Unidos– al que han concurrido las altas autoridades de la Provincia, como el ministro Martínez ha brindado "por la memoria del ilustre Franklin", el cónsul norteamericano, señor Zimmermann, recuerda a Rosas. Habla en inglés. Lo evoca como una columna del orden. En época reciente, "lo hemos visto en todo su esplendor, venciendo una temible facción militar". Afirma que el poder de que se le invistió, "aunque en sí temible, no nos hizo temer por el modo como fue ejercido". Ahora, ese hombre, uno de los más eminentes, acampa en el desierto, para prestar más servicios al país. Y después de elogiar la lealtad de ese *gran hombre* hacia el actual gobernador y sus muchas pruebas de subordinación republicana, pide ser acompañado en un "¡Viva el general Juan Manuel de Rosas! ".

Mientras el Restaurador se entera de estas palabras, en Buenos Aires la situación se agrava. Arrecian los ataques a los ministros apostólicos. El de Guerra ha conquistado del todo el ánimo del Gobernador. En la Sala, en los periódicos, se pide la renuncia de los señores Maza y García Zúñiga. Los papeles más procaces los insultan. Es imposible pedir consejo a Rosas, ¡tan lejos! El 6 de agosto, los ministros apostólicos abandonan sus carteras y Balcarce los reemplaza con dos cismáticos.

Ha triunfado el ministro don Enrique Martínez. Ha triunfado la reacción contra Rosas.

NOTAS AL CAPITULO

[1] La campaña al desierto emprendida por Rosas no tiene como único objetivo el ensanchar la frontera ante el indio, sino dilatar los confines de la civilización, incorporando los elementos geográficos, incluso, a la actividad creadora del hombre. El marino Juan B. Thorne, yanqui de nacimiento, que combatirá defendiendo nuestra soberanía en la Vuelta de Obligado, forma parte de la expedición. Juan Manuel le encomienda que junto a Guillermo Bathurst recorra el Colorado para explorar sus posibilidades económicas. De esa navegación, hasta más allá de su desembocadura, Rosas confeccionará un informe que es ejemplo de juicio: "La campaña del Colorado ofrece mil ventajas a la población que indudablemente deberá establecerse en él. El río Colorado corre al sureste sobre arena; su anchura es de ciento a doscientas varas; confluye con el mar: sólo da paso en el invierno, pues en el verano crece y es muy profundo; sus costas son poco barrancosas y pobladas en lo general de árboles de sauce colorado y blanco. Los pastos de los llanos que se extienden a sus márgenes, son de los mejores para engorde, pues se componen de alfilerillo, cebadilla, cola de zorro y trébol de olor, siguiendo después en los altos el pasto fuerte; de manera que si fuese puerto en su embocadura, estando tan cerca de las Salinas, y siendo tan seco el temperamento, los ganados que se críen en estos campos podrían con el tiempo destinarse ventajosamente a las elaboraciones de carnes saladas, y aun venir éstas por el río, beneficiadas desde las frontera de Mendoza y cordillera de donde baja. Siendo sus costas tan buenas, y calculándose en ciento cincuenta leguas la distancia que media entre las nacientes del río y su desembocadura en el mar, cabrían en ambas márgenes cien estancias de a tres leguas cuadradas, y capaces para sustentar diez mil cabezas de ganado vacuno, cada una de ellas: esto daría una exportación anual de trescientos mil cueros, trescientos sesenta y cinco mil quintales de carne salada y seiscientas mil arrobas de cebo, pues el engorde debe de ser de dos arrobas cuanto menos. El ganado yeguarizo podrá también criarse aquí con ventaja; pues que

engorda en campos buenos para el vacuno. Para el lanar, es mejor el temperamento del Colorado que el del interior de la provincia, porque es más frío y más seco, y porque los pastos son tiernos. Los carneros merinos se criarían muy bien sin desmejorar en nada, porque el lanar quiere en verano un temperamento no muy cálido y en invierno poca lluvia, aunque haya mucho frío; debido a la temperatura que aquí domina, es que las ovejas pampas siempre han sido en su tamaño y engorde, superiores a las del interior de la provincia. Los cerdos se crían muy bien y engordarían mucho, porque sobre los médanos y en las márgenes del río hay una especie de papas o nabos muy grandes que los indios comen cocidos, y a los que llaman "napur"."

[2] En esa época, el 13 de agosto, un inglés que andando el tiempo hará fama por el mundo, entrevista a Rosas en su campamento sobre las márgenes del Colorado. Es un mozo de 24 años, científico, que viene realizando trabajos de investigación botánica, zoológica y etnográfica en tierras patagónicas. Se llama Carlos Darwin. Desembarcado del bric "Beagle" —buque artillado de su majestad británica, al mando del capitán Fitz Roy— en la desembocadura del río Negro, se interna con ayuda de algunos vaqueanos por la soledad sureña.
algunos vaqueanos por la soledad sureña.

Unos diez años luego publicará "Viaje de un naturalista alrededor del mundo". En ese libro describe lo que era nuestro país por aquellos años, y nos deja una versión de Rosas y los habitantes argentinos: "Al norte del Río Negro, entre éste y el país poblado cerca de Buenos Aires, existe tan sólo un pequeño establecimiento recién fundado en Bahía Blanca". Ya sabemos que este poblado fue obra de Rosas. "En línea recta, hay cerca de 500 millas inglesas del Río Negro a Buenos Aires. Las tribus nómades de indios que utilizan el caballo, y que desde siempre vienen ocupando la mayor parte del territorio, atacaban continuamente las estancias aisladas... el general Rosas avanzó en línea recta por medio de llanura sin explorar; desalojó a los indios, estableciendo postas con caballos para asegurar las comunicaciones con la ciudad... El campamento del general Rosas se halla ubicado muy cerca del río Colorado. Forma un cuadro de carretas, artillería, chozas de paja, etc. Casi toda la tropa es de caballería... la mayor parte de los soldados eran mestizos de negro, indio y español. Me presento al secretario del general para mostrarle mi pasaporte, hacen llegar los documentos a éste, quien me contesta con un atentísimo mensaje y soy alojado en un rancho perteneciente a un viejo español que sirviera a las órdenes de Napoleón en las campañas de Rusia... Calculé que el general Rosas tenía cerca de seiscientos indios aliados; éstos eran de elevada estatura y bien formados. Entre las mujeres que acompañan la expedición hay algúnas jóvenes o chinas, realmente bellas. Tienen los cabellos negros y muy brillantes, que peinan divididos en dos trenzas, largas hasta la cintura. Poseen la piel oscura y ojos brillantes. Sus piernas y brazos pequeños y de forma graciosa". Más adelante cuenta que "el general Rosas insinuó que

quería conocerme. Es un hombre de extraordinario carácter, que ejerce la más profunda influencia sobre el país; influencia que sin duda pondrá al servicio de éste, para asegurar su prosperidad y su dicha." En la edición de 1845, año de la Vuelta de Obligado, el inglés pone una rectificación a pie de página: "Esta profecía ha resultado una completa y lastimosa equivocación". No queríamos entender los beneficios de la civilización británica, que diría Sarmiento. Y sigue Darwin, hablando de Rosas: "Se dice que posee setenta y cuatro leguas cuadradas de campo con alrededor de trescientas mil cabezas de ganado. Dirige admirablemente estas inmensas propiedades, produciendo mucho más trigo que todos los restantes hacendados. Las normas que él ha redactado para sus estancias y el cuerpo de milicianos integrado por varios centenares de hombres con absoluta disciplina, adiestrados en la lucha contra el indio, dieron comienzo a su fama. Acerca del rigor con que el general hace cumplir estas leyes, corren muchas anécdotas. Una de ellas cuenta que cierto domingo fue a visitarlo el gobernador, rodeado con el protocolo oficial de su cargo. El general Rosas salió a recibirlo con gran apresuramiento y llevando facón a la cintura. Su mayordomo le tocó el brazo recordándole la ley que impusiera el general mismo, prohibiendo llevar cuchillo los domingos, para evitar las peleas que enciende la bebida y el juego de ese día, transgresión que se castiga con pena de calabozo; el general se dirigió entonces al gobernador diciéndole que lamentaba dejarlo por cuanto ya no era dueño de casa, en virtud de tener que ir a prisión. Poco después el mayordomo decidió poner en libertad a su patrón. Apenas salido Rosas le dijo: "Ahora es usted quien ha quebrantado las leyes y por tanto irá a ocupar mi lugar en el calabozo.

Hechos como éste impresionan al gauchaje, extremadamente celoso de su igualdad y su dignidad.

Además, el general Rosas es un excelente jinete, condición muy apreciada en el país. . . Cuando conversa es vehemente, pero al mismo tiempo grave, y denota gran sensatez. . . Mi entrevista con el general finalizó sin que él hubiera sonreído una sola vez; obtuve salvoconducto y autorización para utilizar caballos de posta del gobierno, todo lo que me fue concedido de la manera más atenta y cortés."

En diciembre, el naturalista inglés llega a Buenos Aires. Al pasar por la Guardia del Monte, se había visto rodeado por gran cantidad de gente inquiriéndole noticias de la campaña al desierto. "Nunca he visto —dice— popularidad tan grande como la de Rosas, ni tanto ardor por la guerra dirigida contra el indio. Debo confesar que se entiende mejor este impulso, si se piensa que hasta hace muy poco, hombres, mujeres, niños y bienes materiales se hallaban expuestos a la rapiña del salvaje."

El 13 de ese mismo mes también ha llegado a la ciudad el general Juan Facundo Quiroga, para devolver al gobierno los efectivos de la división de los Andes, que viajaron con él, y le fueron entregados para la campaña al desierto.

EDICIONES ARGENTINAS S.R.L.
terminó de imprimir esta primera
edición de 6.000 ejemplares el día 15
de noviembre de 1974 en sus talleres
de Gorritti 5995/99, Buenos Aires.